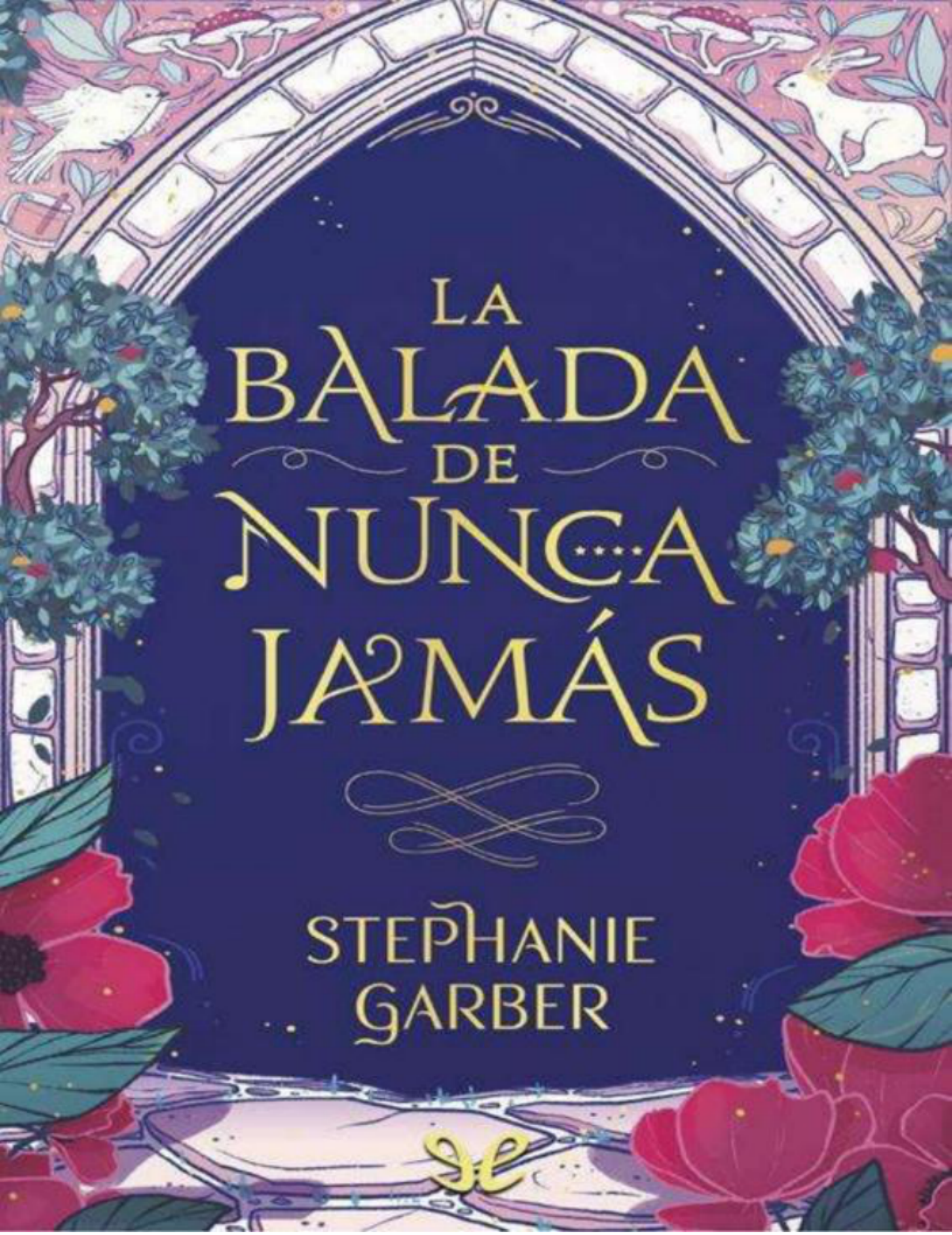
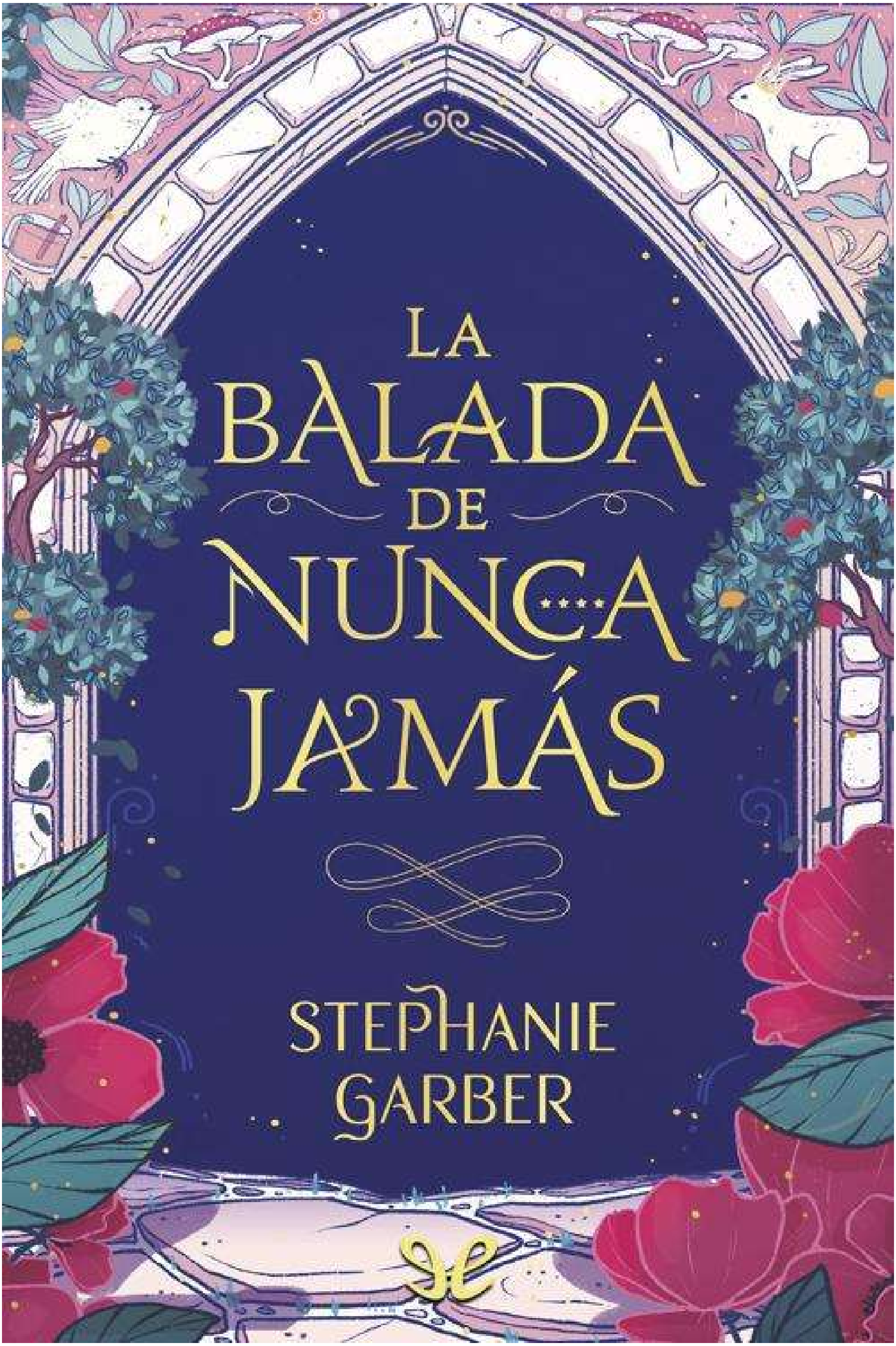

LA BALADA DE NUNCA JAMÁS
STEPHANIE GARBER



Los finales felices pueden atraparse, pero es difícil retenerlos…

Después de la traición de Jacks, el Príncipe de Corazones, Evangeline

Fox se promete que jamás volverá a confiar en él. Ahora que ha descubierto su propia magia, cree que puede usarla para recuperar el final feliz que Jacks le arrebató.

Pero cuando se descubre una nueva y aterradora maldición, Evangeline vuelve a verse abocada a una frágil asociación con el Príncipe de Corazones. Sin embargo, las reglas han cambiado esta vez. Jacks no es el único con el que debe tener cuidado. De hecho, podría ser el único en quien puede confiar, a pesar de su deseo de despreciarlo.

Haciendo estragos en la vida de Evangeline, en lugar de un hechizo de amor, hay un encantamiento mortal. Para romperlo, Evangeline y Jacks tendrán que batallar con viejos amigos, nuevos enemigos y una magia que juega con las mentes y los corazones.

Evangeline siempre ha confiado en su corazón, pero esta vez no está segura de poder hacerlo…

No todas las historias de amor terminan con un felices para siempre.

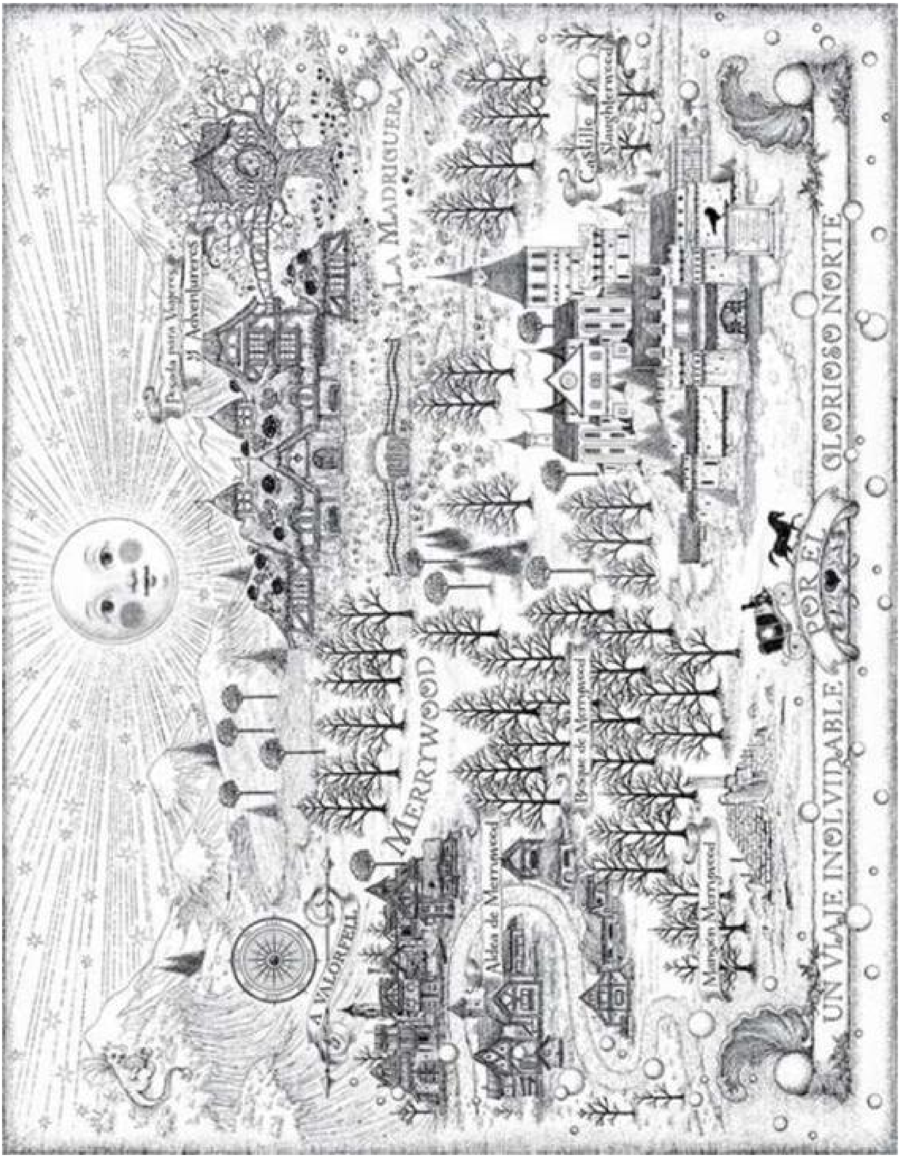
Stephanie Garber

La Balada de Nunca Jamás

Érase una vez un corazón roto - 2

Para todos los que alguna vez han temido

que no encontrarían el verdadero amor.



Querida Evangeline:

En algún momento volverás a verlo y, cuando lo hagas, no debes dejarte engañar por él. No te dejes engatusar por sus encantadores hoyuelos, por sus sobrenaturales ojos azules o por las mariposas que revolotearán en tu estómago cuando te llame Pequeño Zorrillo; no es un apelativo cariñoso, es otra forma de manipulación.

Puede que el corazón de Jacks haya vuelto a latir, pero no siente nada. Si te ves tentada a confiar en él de nuevo, recuerda todo lo que ha hecho.

Recuerda que fue él quien envenenó a Apollo para que te acusaran de asesinato y encajaras en una profecía muy, muy antigua, una que te convertiría en una llave capaz de abrir el Arco Valory. Eso es lo único que quiere, abrir el Arco Valory. Seguramente será amable contigo en algún momento del futuro, para intentar persuadirte de abrir el arco. No lo hagas.

Recuerda lo que te contó aquel día en el carruaje: que es un Destino y que tú no eres para él más que una herramienta. No te permitas olvidar lo que es, ni vuelvas a sentir pena por él.

Si tienes que confiar en alguien, confía en Apollo cuando despierte. Porque despertará. Encontrarás un modo de curarlo y, cuando lo hagas, confía en que juntos encontraréis vuestro final feliz y en que Jacks recibirá lo que se merece.

Buena suerte,
Evangeline.

Terminó de escribirse la carta a sí misma con una profunda exhalación. Después, selló la nota con un grueso pegote de cera dorada y escribió las palabras: *Por si olvidas lo que el Príncipe de*

Corazones ha hecho y te sientes tentada a confiar de nuevo en él.

Solo había pasado un día desde que descubrió la traición más reciente de Jacks: había envenenado a su marido, Apollo, la noche de bodas. La hipocresía le parecía tan flagrante que creía imposible que volviera a confiar en Jacks. Pero sabía que su corazón siempre esperaba lo mejor. Creía que la gente podía cambiar; creía que la vida era una historia con un final todavía por escribir y que, por tanto, el futuro albergaba infinitas posibilidades.

Pero Evangeline no debía esperar que Jacks cambiara ni perdonarlo por lo que les había hecho a Apollo y a ella.

Y jamás lo ayudaría a abrir el Arco Valory.

Los Valor, la primera familia real del Glorioso Norte, construyeron el arco como pasadizo hacia un lugar llamado Valory. Nadie sabía qué contenía, ya que las historias del Norte no eran fiables debido a la maldición que pesaba sobre ellas. Algunas crónicas no podían escribirse sin que estallaran en llamas, otras no podían abandonar el Norte, y muchas cambiaban cada vez que eran contadas, volviéndose más inciertas con cada relato.

En el caso del Valory, había dos versiones en conflicto. Una decía que era un cofre del tesoro que contenía los objetos mágicos más preciados de los Valor. La otra afirmaba que el Valory era una prisión embrujada donde estaban encerradas todo tipo de criaturas mágicas, incluyendo la abominación que los Valor habían creado.

Evangeline no sabía qué interpretación creer, pero entre sus planes no estaba permitir que Jacks pusiera sus manos frías sobre objetos mágicos, ni sobre monstruos mágicos.

El Príncipe de Corazones ya era bastante peligroso. Y estaba furiosa con él. El día anterior, después de sospechar que fue él quien envenenó a Apollo, Evangeline le envió cinco palabras con el pensamiento: *Sé lo que has hecho*.

Los guardias lo echaron de Wolf Hall. Para su sorpresa, Jacks se marchó sin discutir ni pelear. Pero Evangeline sabía que regresaría. Todavía no había terminado con ella, aunque ella hubiera terminado con él.

Tomó la carta que acababa de escribirse a sí misma, atravesó sus aposentos reales y colocó la nota sobre la repisa de la chimenea con el lado lacrado hacia fuera… Para asegurarse de que vería las palabras

de advertencia si alguna vez volvía a necesitarlas.

PARTE I

Una crueldad compuesta de maldiciones

Hay una puerta en el interior de la biblioteca real de Wolf Hall que nadie ha abierto en siglos. La gente ha intentado prenderle fuego, romperla a hachazos y forzar su cerradura con llaves mágicas. Pero nadie ha conseguido siquiera arañar esta obstinada puerta. Algunos dicen que se burla de ellos. Hay una cabeza coronada de lobo adornando el centro de la puerta de madera y la gente jura que el lobo se ríe con suficiencia tras cada intento fallido, o que muestra los dientes cuando alguien está a punto de desbloquear esta puerta imposible de abrir.

Evangeline Fox lo intentó una vez. Tiró y empujó y retorció el pomo de hierro, pero la puerta no cedió. No lo hizo entonces. No lo hizo antes. Pero tenía la esperanza de que ahora fuera diferente.

A Evangeline se le daba muy bien eso de mantener la esperanza.

También se le daba bastante bien abrir puertas. Con una gota de su sangre dispuesta, podía desbloquear cualquier cerradura.

Primero, tenía que asegurarse de que la mentirosa sabandija comemanzanas en cuyo nombre ni siquiera podía pensar no estuviera vigilándola o siguiéndola o acechándola.

Miró sobre su hombro. El halo ocre de su farol ahuyentaba las sombras cercanas, pero la noche emborronaba la silueta de los altos pilares de la biblioteca real.

Movió los dedos con nerviosismo y el farol titiló. Nunca antes había temido la oscuridad. La oscuridad era el lienzo de las estrellas, de los sueños y de la magia que tenía lugar entre días. Antes de quedarse huérfana, observaba las constelaciones con su padre y escuchaba las historias que su madre le contaba a la luz de las velas. Y nunca la había asustado.

Pero en realidad no era la oscuridad, o la noche, lo que temía. Era el hormigueo sutil que sentía, como el de una araña reptando entre sus omoplatos. La había acompañado desde que salió de sus aposentos reales con la misión de abrir aquella puerta y con la esperanza de que

eso la condujera a una cura que salvara a su marido, Apollo.

La inusual sensación era tan leve que, al principio, se permitió pensar que solo era paranoia.

No la estaban siguiendo.

No había oído pasos.

Hasta que…

Escrutó la oscuridad de la biblioteca y un par de ojos inhumanos le devolvieron la mirada, de un azul plateado, tan brillantes y luminosos como las estrellas rotas. Pensó que destellaban solo para mofarse de ella. Pero sabía que, por mucho que brillaran, aunque iluminaran la oscuridad y la tentaran a seguir su luz, no podía confiar en ellos.

Y no podía confiar en él.

Jacks. Intentó no pensar en su nombre, pero le fue imposible no hacerlo cuando lo vio salir de la penumbra, indolente pero seguro y tan atractivo como siempre. Se movía como si la noche debiera temerlo.

El cosquilleo de sus omoplatos se deslizó sobre sus brazos en una caricia inquietante que bajó hasta la cicatriz con forma de corazón roto que le quedaba en la muñeca. La herida le dolió y después palpitó, como si Jacks hubiera hundido sus dientes de nuevo en ella.

Evangeline agarró su farol como una espada.

—Vete, Jacks.

Solo habían pasado dos días desde que ordenó a los guardias que lo echaran y esperaba que se mantuviera alejado un poco más… Aunque para siempre habría sido lo ideal.

—Sé lo que hiciste, y no quiero verte —le espetó.

Jacks se metió las manos en los bolsillos de los pantalones. Llevaba la camisa gris humo a medio meter, remangada sobre sus brazos delgados y con algunos botones perdidos en el cuello. Ahora que su alborotado cabello era dorado, en lugar del seductor azul medianoche, parecía más un mozo de cuadra descarado que un calculador Destino. Pero Evangeline sabía que no podía permitirse olvidar lo que Jacks era en realidad: un ser obsesivo e impulsivo que carecía por completo de

moral o conciencia.

Las historias decían que sus besos eran mortales para todos excepto para su verdadero amor, y que en su búsqueda había dejado atrás un reguero de cadáveres. En el pasado, Evangeline había sido tan ingenua que creyó que el Príncipe de Corazones comprendería su mal de amores, ya que le habían roto el corazón una y otra vez mientras buscaba el amor. Pero ahora estaba claro como el agua: era él quien los rompía, porque no sabía amar.

Jacks habló en voz baja:

—Si estás enfadada, lo entiendo…

—¿ *Sí*? —lo interrumpió Evangeline—. ¡Envenenaste a mi marido!

Jacks se encogió de hombros, despreocupado.

—No lo maté.

—No creo que eso te dé puntos —replicó Evangeline, intentando que no se le rompiera la voz.

Hasta entonces, no se había dado cuenta de que una parte de ella todavía albergaba un resquicio de esperanza sobre la inocencia de Jacks. Pero él ni siquiera intentó negarlo. No le importaba que Apollo fuera poco más que un cadáver, como no le había importado que ella se convirtiera en piedra.

—Tienes que dejar de medirme con estándares humanos —le dijo Jacks, arrastrando las palabras—. Soy un Destino.

—Esa es exactamente la razón por la que no quiero verte. Desde que te conocí, mi primer amor se convirtió en piedra, *yo* me convertí en piedra, luego me convertí en una fugitiva, varias personas intentaron asesinarme, envenenaste a mi marido…

—Eso ya lo has dicho antes.

Evangeline lo fulminó con la mirada.

Jacks suspiró y se apoyó en una estantería cercana, como si los sentimientos de Evangeline fueran el equivalente emocional a un estornudo, algo de lo que era posible olvidarse rápidamente o que era posible evitar solo con apartarse.

—No voy a disculparme por ser quien soy. Y se te olvida que, antes de

que nos conociéramos, no eras más que una triste huérfana con el corazón roto y una hermanastra malvada. Después de que yo apareciera, pasaste a ser la encantadora salvadora de Valenda, te casaste con un príncipe y te convertiste en princesa.

—Eso solo ocurrió porque te venía bien para tus retorcidos intereses.

Evangeline estaba furiosa. Todo lo que él había hecho por ella fue con la intención de usarla para abrir el Arco Valory.

—Los niños tratan mejor a sus juguetes de lo que tú me has tratado —dictaminó.

Jacks entornó los ojos.

—Entonces, ¿por qué no me apuñalaste, Pequeño Zorrillo? La noche que pasamos en la cripta te lancé una daga, y estaba lo bastante cerca para que la usaras.

Los ojos de Jacks bajaron hasta su cuello, el lugar exacto donde su boca se había detenido tres noches antes, con una nueva diversión.

Evangeline se sonrojó ante el recuerdo no solicitado de sus dientes y su lengua sobre su piel. A él lo había infectado el veneno de vampiro, y a ella la había infectado la estupidez.

Aquella noche, se quedó con él para mantenerlo ocupado y que no se alimentara de sangre humana y se convirtiera en vampiro. No lo hizo; en lugar de eso, se alimentó de su compasión. Jacks le contó la historia de la chica que había hecho latir su corazón, la princesa Donatella. Se suponía que ella era su verdadero amor, pero en lugar de jugar ese papel, la princesa eligió a otro y apuñaló a Jacks en el pecho.

Después de oír esa historia, Evangeline comenzó a ver a Jacks como el compasivo Príncipe de Corazones cuya ayuda había buscado. Pero Jacks estaba destrozado; no tenía corazón. Y ella tenía que dejar de esperar que fuera más de lo que era.

—Aquella noche, en la cripta, cometí un error. —Evangeline se despojó del rubor de sus mejillas y miró directamente a los ojos inhumanos de Jacks—. Pero dame otra oportunidad y no dudaré en apuñalarte.

Él sonrió, mostrándole unos hoyuelos que no se merecía tener.

—Me siento casi tentado a poner a prueba esa afirmación. Pero tendrás que hacer algo más que herirme si deseas librarte de mí. —Jacks sacó una manzana intensamente blanca del bolsillo y comenzó a lanzarla al aire—. Si de *verdad* quieres que salga de tu vida para siempre, ayúdame a encontrar las piedras que faltan para abrir el Arco Valory. Después, te prometo que jamás volverás a verme.

—Aunque eso me encantaría, jamás abriré ese arco por ti.

—¿Y por Apollo?

Evangeline sintió una abrupta punzada de dolor por el príncipe y otra oleada de ira por Jacks.

—No te atrevas a pronunciar su nombre.

La sonrisa de Jacks se amplió; parecía extrañamente complacido por su ira.

—Si accedes a ayudarme, lo despertaré de su estado suspendido.

—Si de verdad crees que voy a hacer eso, estás delirando. —El primer trato que hizo con Jacks fue el origen de todo aquel lío. No haría más tratos con él, no habría más asociaciones ni nada más—. No te necesito para salvar a Apollo. He encontrado otro modo.

Evangeline señaló la puerta cerrada de la biblioteca con la barbilla. Seguía medio cubierta por las sombras, pero habría jurado que la cabeza coronada del lobo sonreía, como si supiera que sería ella quien abriría por fin su cerradura.

Jacks echó una mirada a la puerta y se rio, mudo y burlón.

—¿Crees que ahí encontrarás una cura para Apollo?

—Sé que lo haré.

Jacks se rio de nuevo, más oscuro esta vez, y dio un alegre mordisco a su manzana.

—Avísame cuando cambies de idea, Pequeño Zorrillo.

—No cambiaré de…

Se marchó antes de que ella pudiera terminar. Lo único que perduró fue el eco de su ominosa carcajada.

Pero Evangeline se negó a dejarse irritar. Un viejo bibliotecario le había dicho que aquella puerta le daría acceso a todos los libros e historias perdidas de los Valor.

Aunque la primera familia real del Norte era humana, la creencia común era que todos ellos poseían importantes poderes. Se decía que Honora Valor, la primera reina del Norte, había sido la mejor sanadora de todos los tiempos. Y Evangeline tenía muy buenas razones para creer que, entre los relatos al otro lado de aquella puerta, había crónicas sobre sus terapias que con suerte incluirían un modo de sacar a alguien de un estado de sueño suspendido.

Evangeline extrajo su daga, un cuchillo de empuñadura enjoyada a la que le faltaban algunas gemas. En realidad, era de Jacks; la misma que le había lanzado la noche que pasaron en la cripta. La dejó abandonada por la mañana, y ella todavía no estaba segura de por qué la había recogido. No quería conservarla, ya no, pero todavía no había tenido tiempo de reemplazarla y era lo más afilado que tenía a su alcance.

Un pinchazo con la daga y su sangre manó roja. La presionó contra la puerta y susurró las palabras: «Por favor, ábrete».

La cerradura emitió un chasquido inmediato. El pomo giró con facilidad.

Por primera vez en siglos, la puerta se abrió.

Y Evangeline comprendió por qué se había reído Jacks.

Evangeline atravesó la puerta y el suelo se desmenuzó bajo sus pies como si fuera de galleta en lugar de piedra. Sucedió como con su esperanza: se desintegró rápidamente.

Se suponía que aquella estancia escondería estantes enteros de libros sobre los Valor, respuestas a sus preguntas, una cura para el príncipe Apollo. Pero solo había un resuello de aire nuboso flotando en espirales alrededor de un arco de mármol dramáticamente tallado.

Evangeline cerró los ojos y los abrió, como si pudiera hacer desaparecer el arco con un parpadeo y que los valiosos libros que buscaba aparecieran en su lugar. Por desgracia, no había magia en sus pestañeos.

Aun así, se negaba a rendirse.

En el Imperio Meridional, de donde provenía, aquel arco habría sido solo una curva decorativa de roca tallada lo bastante grande para albergar un par de puertas. Pero estaba en el Glorioso Norte, donde los arcos eran algo completamente diferente. Allí, los arcos eran portales mágicos construidos por los Valor.

Aquel tenía unos poderosos ángeles con armadura tallados en las columnas, como guerreros en lados opuestos de una batalla eterna. Uno de los ángeles tenía la cabeza bajada y un ala rota; parecía casi triste, mientras que el otro parecía furioso. Ambos tenían las espadas desenvainadas y cruzadas en el centro, para disuadir con una advertencia a cualquiera que deseara entrar.

Pero Evangeline no era cualquiera. Si acaso, la naturaleza prohibida del arco hacía que deseara mirar aún más en su interior.

Era posible que aquel arco fuera un modo de obtener los libros y la cura que necesitaba para Apollo. Si el viejo bibliotecario tenía razón cuando le dijo que aquella estancia contenía todas las historias sobre los Valor, quizá los ángeles estuvieran protegiendo los libros de la maldición que los corrompía. Quizá lo único que tenía que

hacer era manchar las espadas con su sangre y ellos las apartarían educadamente para permitirle entrar.

Dio otro paso y volvió a pincharse el dedo con la daga, sintiendo una oleada de esperanza. Después, manchó la espada de uno de los ángeles con su sangre.

Se iluminó como una vela. Resplandecientes vetas doradas se extendieron como una tela de araña sobre las espadas de piedra, los ángeles y el arco entero. Era brillante y luminoso y mágico. Sintió un hormigueo en la piel mientras el polvo del arco se elevaba y destellaba a su alrededor como diminutas supernovas. El aire, que había sido frío, se calentó. Era como si supiera que ella estaba destinada a entrar en aquella estancia, a encontrar aquel arco, a abrir…

De repente, recordó la advertencia que le había hecho el hermano menor de Apollo, Tiberius, y el aire abandonó sus pulmones: *Naciste*

para abrirlo. Las cosas mágicas siempre hacen aquello para lo que fueron creadas.

Y Tiberius creía que Evangeline había nacido para abrir el Arco Valory.

Retrocedió, tambaleándose y recordando las carcajadas de Jacks. Esta vez, no le sonaron oscuras. Le sonaron divertidas, entretenidas, *alegres*.

—No —susurró.

Los hilos dorados que rodeaban las columnas todavía hacían brillar la piedra.

Evangeline observó cómo se extendían por la parte superior, iluminando una serie de palabras talladas que no habían sido visibles antes.

Concebida en el norte, y nacida en el sur, reconocerás esta llave porque estará coronada en oro rosa.

Será sierva y princesa, una fugitiva acusada en falso, y solo su sangre dispuesta abrirá este arco.

A Evangeline se le heló la sangre.

Aquellas no eran solo palabras. Aquello era… Ni siquiera quería pensarlo. Pero fingir no borraría ni cambiaría nada. Aquella era la profecía del Arco Valory, la que Jacks la había manipulado para cumplir. Lo que significaba que aquel no era solo otro arco. Aquel era el Arco Valory.

El pánico reemplazó cualquier otra emoción.

No debería ser posible. Se suponía que el arco estaba fragmentado. Aunque existían dos versiones contradictorias sobre el contenido mágico del Valory, todos estaban de acuerdo en una cosa: el Arco Valory se había hecho pedazos que escondieron por todo el Norte para evitar que alguien descubriera la profecía y recompusiera el arco.

—No, no, no, no, no…

Evangeline intentó limpiar la sangre de la piedra frenéticamente antes de que Jacks o cualquier otro descubriera lo que había hecho. Los ángeles no habían cambiado de posición, pero temía que una puerta apareciera tras ellos, o que se apartaran en cualquier momento.

Escupió y frotó el arco con el dobladillo de su capa, pero su luz no se atenuó.

—Sabía que tú conseguirías abrir la puerta.

La voz ronca era demasiado vieja para pertenecer a Jacks, pero el sonido le detuvo el corazón de todos modos.

—Mis disculpas, alteza. Creo que te he asustado otra vez.

—¿Otra vez? —Se giró.

El hombre que estaba en la entrada era casi tan pequeño como un niño, pero mucho mayor que Evangeline, con una barba larga y plateada que contenía hilos de oro a juego con el borde bruñido de su túnica blanca.

—Tú… —Por un momento estuvo demasiado nerviosa para formar palabras—. Eres el bibliotecario que me mostró la puerta de esta habitación.

—Lo recuerdas. —Aunque parecía satisfecho, la sonrisa del anciano no consiguió tranquilizarla. Como el arco, casi parecía resplandecer, y su barba cambió del gris ordinario a una iridiscente plata—. Ojalá tuviéramos más tiempo para charlar, pero debes darte prisa y encontrar las piedras perdidas.

El hombre miró la parte superior del arco, donde faltaban cuatro piedras. Los agujeros eran más pequeños que su palma, no los trozos grandes de roca fracturada que había imaginado, pero de inmediato supo que *aquellos* eran los fragmentos que tenía que encontrar para abrir el Arco Valory.

Su sangre no era suficiente. El alivio la atravesó.

—Debes encontrarlas —repitió el viejo bibliotecario—. Una para la suerte. Otra para la verdad. Otra para la alegría. Otra para la juventud. Aunque debes tener cuidado. Las piedras son poderosas y engañosas. Y el traslado…

—¡No! —lo interrumpió Evangeline—. No voy a buscar esas piedras. Jamás abriré este arco. Mancharlo con mi sangre fue un error.

El anciano la miró con gesto cansado y preocupado.

—No es un error, es tu destino… —Su voz se disipó como si fuera

humo exhalado en lugar de sonido.

El bibliotecario frunció el ceño e intentó hablar de nuevo, pero de su boca solo manaron más volutas grises y blancas. Esta vez, el humo formó las palabras: ¡ *Oh, diantres*!, como si aquello le ocurriera todo el tiempo.

La barba del anciano se había convertido en humo, exactamente igual que sus palabras. Sus manos eran de repente transparentes, como su túnica y su rostro arrugado, que ahora era tan transparente como unos visillos finos.

—¿Qué eres? —exhaló Evangeline, intentando encontrar sentido a lo que estaba viendo. Se había topado con vampiros y Destinos, y su hermanastra era una bruja, pero no sabía qué era aquel ser.

—Soy un bibliotecario —consiguió decir él al final, pero las palabras sonaron como algo transportado por una ráfaga de viento, tintineantes y distantes—. Sé que esto me hace parecer bastante sospechoso, pero te aseguro que, si supieras la verdad… Si pudiera contártela…

Desapareció por completo antes de terminar, dejando a Evangeline rodeada por los zarcillos de humo que aún perduraban y con la inquietante sensación de que quizás el Príncipe de Corazones no fuera la única fuerza sobrenatural con la que debía tener cuidado.

Días más tarde, Evangeline seguía teniendo el corazón acelerado. No quería pensar en el contenido del Arco Valory. No quería preguntarse por sus secretos. No quería recordar lo desesperado que había sonado el viejo bibliotecario cuando dijo: *Si supieras la verdad…*

—Nos estamos quedando sin tiempo —dijo Havelock con voz ronca mientras su carruaje traqueteaba por una calle de adoquines cubiertos de nieve de un blanco azulado.

Havelock había sido el guardia personal de Apollo, pero ahora actuaba como escolta de Evangeline mientras buscaban en secreto un remedio para la condición del príncipe.

Durante la última semana habían visitado a místicos y boticarios, doctores en medicina y médicos de la mente. Abrieron puertas que previamente habían estado cerradas y entraron en bibliotecas llenas de fábulas, pero ninguna de ellas les sirvió de ayuda.

«Nadie ha estado suspendido desde la época de Honora Valor», era la respuesta que solían recibir, seguida por miradas curiosas precedidas de despedidas rápidas.

Nadie sabía que el príncipe Apollo seguía vivo, y la noticia no podía extenderse.

Apollo era demasiado vulnerable en su estado actual. El pueblo creía que el príncipe Tiberius, el hermano menor de Apollo, lo había asesinado. Evangeline sintió una punzada de remordimiento, al saber que aquello era falso. Pero como Tiberius había intentado matarla, no se sentía tan culpable.

—Esta podría ser nuestra última oportunidad de salvarlo —dijo Havelock.

Evangeline sabía que eso no era del todo cierto. Todavía podría acceder a abrir el Arco Valory para Jacks… aunque no se lo había mencionado a Havelock. Aún esperaba que hubiera otro modo de salvar a Apollo.

—¿Has visto el último tabloide? —le preguntó Havelock.

—Estoy intentando evitarlos —contestó Evangeline. No obstante, aceptó el periódico enrollado cuando Havelock se inclinó en el frío carruaje y se lo ofreció.

El Rumor del Día

Salve, Lucien Jareth Acadian

Por Kristof Knightlinger

Se espera que el nuevo heredero al trono, Lucien Jareth de la Casa Acadian, aparezca en Valorfell mañana y ya han llegado a mis oídos rumores sobre él. Se dice que, cuando no está construyendo hogares para los pobres o buscando una familia para los perros y gatitos callejeros, enseña a los huérfanos a leer.

Nuestra fuente real en Wolf Hall también nos ha confirmado que ya están en marcha los preparativos para la siguiente Nocte Eterna.

Evangeline dejó de leer, incapaz de aguantarlo más. Llevaban así toda la semana.

Tan pronto como la absolvieron del asesinato, los periódicos comenzaron a imprimir historias sobre el nuevo heredero al trono, un primo lejano de Apollo, Lucien Jareth Acadian. Los relatos eran siempre sensibleros y empalagosos y hacían que el tal Lucien pareciera un santo.

—Me pregunto cuánto de esto será verdad en realidad —musitó.

—No lo sé —dijo Havelock—. Creo que lo único con lo que podemos contar es con que llegará mañana.

Mañana.

La palabra sonaba de repente muy amenazadora. Aunque aquel Lucien fuera de verdad un ejemplo de virtud que adoraba a los huérfanos y se pasaba el día salvando cachorritos, ocuparía el trono de Apollo al día siguiente. A menos que ella consiguiera curar a su príncipe ese mismo día.

—No te preocupes —dijo Evangeline, con más seguridad de la que sentía—. LaLa nos ayudará.

El carruaje se detuvo al llegar a los chapiteles. A Evangeline, las retorcidas torres de apartamentos y tiendas le parecían un montón de libros de cuentos cubiertos de nieve.

Allí era donde vivía Ariel «LaLa» Lágrimas. LaLa, también conocida como la Novia Abandonada, era una Destino, como Jacks… aunque

ella era amiga de Evangeline.

Cuando Tiberius la envenenó, fue LaLa quien la curó, y esperaba desesperadamente que hiciera lo mismo por Apollo.

En realidad, Evangeline fue a visitar a LaLa de inmediato, pero encontró una nota en la puerta de su apartamento que decía: ¡ *Estoy fuera, viviendo aventuras*! Evangeline no sabía a dónde había ido su amiga a vivir aventuras, pero ordenó a algunos soldados reales que estuvieran pendientes de su regreso. Algo que, según los informes, había sucedido aquella mañana.

Mientras subía los peldaños hacia el apartamento de LaLa, el aliento de Evangeline formaba esponjosas nubes blancas. No se había fijado antes, pero las barandillas tenían frases talladas. Cosas como:

Érase una vez una muchacha con una cola peluda que se agitaba cada vez que se avecinaba una nevada.

Y:

Érase una vez una casa de cuya chimenea, en lugar de humo, salían risas constantes.

Sin duda, el apartamento de LaLa parecía el tipo de hogar del que podría escapar una risa espontánea. La fachada era de un alegre amarillo moteado, con una redondeada puerta blanca que tenía un llamador con cabeza de dragón.

—¡Oh, mi querida amiga! —LaLa abrió la puerta antes de que Evangeline pudiera llamar, en un borrón de sonrisas y calidez que la atrapó en un abrazo que hacía que pareciera que se conocían de toda la vida, en lugar de hacía apenas unas semanas—.

Has elegido el momento perfecto para una visita. Tengo mucho que contarte.

Mientras Havelock hacía guardia fuera, Lala dirigió a Evangeline al interior con paso dicharachero, aunque su vivienda tenía justo el aspecto contrario. Tan pronto como cruzó el umbral, Evangeline descubrió que no era el mismo lugar reconfortante y acogedor que había sido tiempo atrás. La chimenea estaba vacía. Todavía estaba allí el alegre mobiliario, pero las paredes estaban desnudas y las mesas peladas. Incluso habían desaparecido las pequeñas jaulas lámpara de LaLa, excepto la que descansaba sobre el montón de baúles que esperaba junto a la puerta.

—¿Te marchas?

Evangeline sintió una enorme punzada de decepción. Esperaba equivocarse, pero incluso la ropa que LaLa llevaba parecía confirmarlo. Habitualmente, LaLa vestía con lentejuelas o plumas o irisadas faldas de sirena, pero aquel día, su vestido era del color tranquilo de la crema fresca, con unas mangas largas que escondían las llamas de dragón tatuadas en sus brazos bronceados. El vestido llegaba hasta al suelo, a la moda del Glorioso Norte, pero cuando caminó hacia el sofá, Evangeline vio un par de botas de viaje de tacón sobresaliendo bajo el dobladillo.

—Me moría de ganas de contártelo: ¡me he prometido!

LaLa extendió el brazo para enseñarle un grueso brazalete de compromiso, dorado y brillante y tan bonito como la exaltada sonrisa que curvaba sus labios.

—Se llama lord Robin Slaughterwood. Es un apellido horrible, lo sé, pero tampoco es que yo vaya a usarlo. Como ya sabes. —LaLa se detuvo con una carcajada que Evangeline no esperaba.

En el pasado, LaLa le había confesado que los Destinos estaban siempre luchando contra el ansia de ser lo que habían sido creados para ser. Como ella era la Novia Abandonada, su mayor deseo era encontrar a alguien que la amara, aunque estaba destinada a ser abandonada en el altar, donde derramaría unas lágrimas tan poderosas que, si un humano las bebía, moriría de desamor. Y, aun así, allí estaba LaLa, con un nuevo brazalete de compromiso y sus preciosos ojos llenos de esperanza.

—¡Me alegro mucho por ti! —exclamó Evangeline. Y la sorprendió un poco descubrir que lo decía en serio. De haber ocurrido unos meses antes, le habría preguntado si aquella breve felicidad compensaba su sufrimiento cuando inevitablemente le rompieran el corazón. La gente lo llamaba «corazón roto», pero Evangeline creía que perder a alguien a quien amabas te rompía algo más que el corazón. Cuando ella perdió a su primer amor, su mundo entero se hizo añicos. Y, aun así, allí estaba, a pesar de tanto dolor, esperando no solo salvarle la vida a Apollo sino tener otra oportunidad en el amor con él.

—Espero que el castillo Slaughterwood esté cerca —dijo Evangeline—. Me encantaría visitarlo.

—Sería fantástico. —LaLa sonrió de oreja a oreja—. El castillo Slaughterwood está a solo un día de viaje y he pedido que este fuera

un noviazgo largo; con suerte, organizaré un montón de fiestas.

Las botas de LaLa repiquetearon sobre el suelo de madera mientras se acercaba a uno de sus baúles y sacaba un pastel con forma de colmena (porque, por supuesto, tenía pastel guardado), junto a una cubertería y platos dorados con forma de corazón.

Evangeline sabía que tenía que preguntarle si conocía una cura para Apollo. Como Havelock le había recordado, no tenían mucho tiempo. Pero celebrar la dicha era importante, y LaLa era su única amiga en el Norte.

Se permitió un par de minutos para disfrutar del pastel y de la dicha de su amiga mientras esta le contaba la historia de cómo había conocido a Robin y se había comprometido con él apenas unos días después.

—Si alguna vez deseas volver a casarte, fingir que soy una damisela en apuros siempre me ha funcionado bien en el Norte.

Evangeline se rio, pero no debió resultar demasiado convincente.

LaLa se puso seria de inmediato. Sus ojos revolotearon sobre el atuendo de Evangeline. Se había quitado la capa, revelando el vestido de luto norteño: seda de un blanco puro cubierta de un elaborado diseño hecho con cintas de terciopelo negro.

—Oh, amiga mía. Lo siento mucho… Olvidé que sigues de luto por Apollo. He sido muy insensible, ¿verdad?

Como era una Destino, LaLa no experimentaba las mismas emociones que los humanos, pero aquella era en realidad una de las cosas que a Evangeline le gustaban de su amiga. Mientras que la falta de humanidad de Jacks lo convertía en alguien de sangre fría y sin escrúpulos y en el azote de su existencia, la de LaLa parecía hacerla más auténtica y sincera.

—Por favor, no te sientas mal. En realidad, no estoy de luto —le confesó Evangeline, y el resto de las palabras escaparon de ella—. Apollo está vivo. Las historias que has oído sobre que su hermano lo envenenó no eran totalmente ciertas. En realidad, fue Jacks quien lo hizo: puso a Apollo en un estado de sueño suspendido para manipularme.

Evangeline no estaba segura de cuánto sabía LaLa del Arco Valory. Apollo le había contado que los norteños creían que la historia era un

cuento de hadas, y que pocos conocían la profecía. Así que se lo explicó casi todo.

—Jacks cree que soy la llave que, según la profecía, abrirá el arco. Dice que, si encuentro las piedras faltantes y le abro el arco, Apollo se curará.

—Oh, vaya. —LaLa palideció; su piel se tornó grisácea y sus ojos asumieron el temor de los ojos de una cierva.

Era la primera vez que Evangeline la veía casi asustada.

—No te preocupes —le dijo con rapidez—. No voy a abrirle el arco a Jacks. He venido a preguntarte si tú podrías curar a Apollo.

—Lo siento mucho, amiga. Aunque sé algunas cosas sobre pociones y hechizos, los que yo uso no suelen ser benignos, y nunca he dejado a nadie en estado suspendido. Es una magia muy antigua. Creo que Honora Valor la usaba en las guerras, cuando había demasiados heridos a la vez. Suspendía a aquellos a los que ni ella ni el resto de los sanadores podían atender de inmediato.

Evangeline intentó no sentirse decepcionada. Aquello era más o menos lo que los otros sanadores le habían dicho.

—¿Estás segura de que no sabes nada más? Me vendría bien cualquier información que tuvieras. El nuevo heredero llegará mañana y…

—Deberías abrirle el arco a Jacks —la interrumpió LaLa.

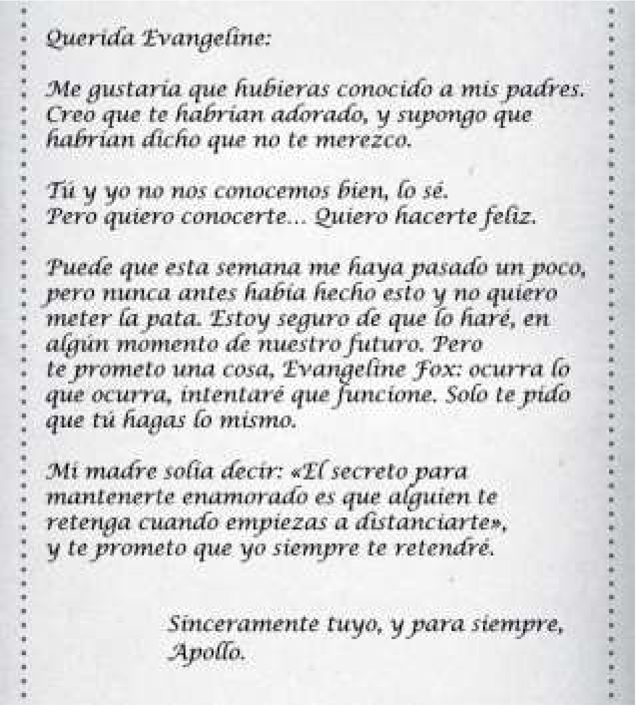
—¿Qué?

Evangeline pensó que quizá la había entendido mal. Momentos antes, habría jurado que LaLa parecía turbada, pero su mirada estaba ahora despejada.

¿La habría malinterpretado antes o la estaría malinterpretando ahora?

—¿No quieres salvar a Apollo? —le preguntó LaLa.

Evangeline sintió un escalofrío de culpabilidad. Había momentos en los que ella también se hacía esa pregunta. Quería salvarlo, pero a veces temía no desearlo lo suficiente. No podía decir que Apollo y ella estuvieran enamorados, pero se sentía



Querida Evangeline:

Me gustaría que hubieras conocido a mis padres. Creo que te habrían adorado, y supongo que habrían dicho que no te merezco.

Tú y yo no nos conocemos bien, lo sé. Pero quiero conocerte... Quiero hacerte feliz.

Puede que esta semana me haya pasado un poco, pero nunca antes había hecho esto y no quiero meter la pata. Estoy seguro de que lo haré, en algún momento de nuestro futuro. Pero te prometo una cosa, Evangeline Fox: ocurra lo que ocurra, intentaré que funcione. Solo te pido que tú hagas lo mismo.

Mi madre solía decir: «El secreto para mantenerte enamorado es que alguien te retenga cuando empiezas a distanciarte», y te prometo que yo siempre te retendré.

Sinceramente tuyo, y para siempre,
Apollo.

unida a él. Estaban conectados. No sabía si era un remanente del hechizo de amor de Jacks, si se debía a sus votos matrimoniales o si el Destino había entrelazado sus caminos, pero sabía que su futuro estaba unido al de Apollo.

Pensó en la carta que se había guardado en el bolsillo, la que había memorizado después de tanto leerla.

Evangeline encontró la nota en el dormitorio de Apollo después de que la hubieran absuelto de su asesinato. Al principio, sus palabras la hicieron llorar. Después, la hicieron albergar esperanza.

Apollo estuvo bajo un hechizo de amor todo el tiempo que estuvieron comprometidos, pero Evangeline habría jurado que entre ellos había habido momentos de afecto reales. Aquella carta parecía confirmarlo. Parecía *real*, y la hacía creer que Apollo había experimentado algunos momentos en los que no estuvo hechizado.

Aquella carta no parecía escrita por un joven embrujado; parecía un atisbo auténtico de la personalidad del príncipe… de un príncipe que sentía lo mismo que ella.

—Estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario para salvar a Apollo, excepto abrir el arco para Jacks. ¿Cómo se te ocurre pensar que debería hacer eso?

LaLa hizo un mohín, con aspecto fugazmente indeciso. Pero, cuando habló de nuevo, su voz sonó decidida y clara, y totalmente perturbadora.

—El Valory no contiene lo que tú crees. Si yo estuviera en tu lugar, abriría el arco.

—¿Tú sabes qué hay dentro? —le preguntó Evangeline.

—El Valory es un cofre del tesoro que protege los objetos mágicos más valiosos de los Valor o una puerta hacia una prisión embrujada llena de todo tipo de criaturas mágicas, incluyendo la abominación que crearon los Valor… —LaLa se detuvo y frunció el ceño—. Odio la maldición de las historias.

Dejó en la mesa su pastel a medio terminar con un sonoro golpe, tomó las manos de Evangeline y pareció concentrarse mucho. Esta vez, cuando intentó contarle qué creía que había en el arco, las palabras salieron de su boca como un galimatías.

La madre de Evangeline, Liana, solía despertarse antes del amanecer cada mañana. Se ponía una bonita bata de flores que a Evangeline siempre le había parecido muy romántica. Después, bajaba delicadamente las escaleras, de puntillas, y entraba sin hacer ruido en el despacho, donde se sentaba a leer delante de la crepitante chimenea.

Liana Fox creía en empezar el día con una historia.

Cuando era pequeña, Evangeline también se levantaba temprano a menudo. Como no quería perderse nada de la magia que siempre parecía rodear a su madre, la seguía al despacho para acurrucarse en su regazo y quedarse de nuevo dormida.

Al final, Evangeline se hizo demasiado mayor para regazos, pero mejoró en lo de mantenerse despierta. Y por eso su madre comenzó a leer sus novelas en voz alta.

Algunos cuentos eran breves, otros tardaban días o semanas en terminarlos. Demoraron seis meses enteros en leer un libro, un grueso tomo con grabados dorados que había venido de las Islas del Sur. Y cuando Liana llegaba a la última página de cada historia, nunca decía: *Fin*. En lugar de eso, siempre miraba a Evangeline y le preguntaba: ¿*Qué crees que ocurre a continuación*?

Viven felices para siempre, solía afirmar Evangeline. Creía que la mayoría de los personajes se lo merecía, después de por todo lo que había pasado.

Su madre, no obstante, pensaba otra cosa. Creía que los personajes serían felices por el momento, pero no para siempre. Después, le señalaba algunas cosas que sin duda les crearían problemas en el futuro: el aprendiz del villano que seguía vivo; la hermanastra malvada de la que todos se habían olvidado pero que seguía allí, esperando para atacar otra vez; el deseo que se había hecho realidad pero por el que no se había pagado un precio; la semilla que se había plantado pero que aún tenía que crecer.

Entonces, ¿tú crees que todos están condenados? , le preguntaba Evangeline.

Su madre sonreía, dulce y tan cálida como un pastelillo de azúcar recién hecho. *Para nada, mi querida niña. Creo que hay un final feliz para todo el mundo, pero no creo que este final*

ocupe siempre la última página de un libro, o que todos vayan a encontrar su «felices para siempre». Los finales felices pueden ser apresados, pero es difícil retenerlos. Son tesoros con alas.

Son criaturas salvajes, feroces y temerarias que deben ser perseguidas constantemente, o de lo contrario huirán.

Evangeline no quiso creer a su madre entonces, pero ahora lo hacía.

Y habría jurado que podía oír su final feliz, corriendo para alejarse de ella mientras salía del apartamento de LaLa.

Deseaba perseguirlo, pero por un momento se quedó allí, respirando el frío aire del Norte y deseando acurrucarse en el regazo de su madre una vez más. Todavía la echaba ferozmente de menos. Se preguntaba

qué le habría aconsejado ella.

Se había prometido que jamás le abriría a Jacks el Arco Valory, pero las palabras de LaLa la hacían cuestionar su decisión. *El Valory no contiene lo que tú crees. Si yo estuviera en tu lugar, abriría el arco*.

Estaba claro que su amiga creía la versión de la historia que decía que el Valory era un mágico cofre del tesoro. Pero incluso los tesoros podían ser peligrosos.

¿Y si LaLa se equivocaba? Había otros, como Tiberius, el hermano de Apollo, tan determinados a mantener cerrado el Arco Valory que habían intentado asesinarla.

¡Tiberius lo había intentado dos veces! Pero ¿sabía Tiberius lo que se escondía al otro lado del arco, o solo lo temía porque había decidido creer la versión de la historia que decía que contenía una abominación?

Aunque lo cierto era que ella también debería estar asustada, y si era sincera consigo misma, lo que más la asustaba ya no eran los contenidos desconocidos del Valory: era la idea de asociarse con Jacks para salvar a Apollo.

No podía y no lo haría de nuevo.

Nunca había besado al Príncipe de Corazones, pero había descubierto que sus tratos eran muy parecidos a sus letales besos: mágicos y totalmente destructivos. Haría un trato con casi cualquier otro antes de asociarse de nuevo con él.

—¿Hubo suerte? —le preguntó Havelock cuando estuvieron a resguardo en el carruaje.

Evangeline negó con la cabeza.

—Quizá deberíamos pensar en informar al nuevo heredero de la condición de Apollo, para ganar un poco de tiempo mientras buscamos una cura. Si la mitad de las historias sobre Lucien son ciertas, tal vez espere antes de ocupar el lugar de Apollo como príncipe.

Havelock resopló.

—Nadie es tan bueno como quieren que el tal Lucien parezca. Si le contamos la verdad, en el mejor de los casos encerrará a Apollo por su *seguridad* y no volverás a verlo. En el peor, y mucho más probable, el nuevo heredero hará que maten a Apollo con discreción, y después hará lo mismo contigo.

Evangeline quería discutir, pero temía que Havelock tuviera razón. El único modo seguro de salvar a Apollo sería descubrir cómo despertarlo antes del día siguiente.

Tic. Tac. Tic. Tac. No había reloj en el carruaje, pero Evangeline podía oír el tiempo escabulléndose. O quizá Tiempo fuera amigo de Jacks y él también estuviera burlándose de ella.

Wolf Hall, el célebre castillo real del Glorioso Norte, parecía en parte un castillo de cuento de hadas y en parte una fortaleza, como si los primeros rey y reina del norte no se hubieran puesto de acuerdo en lo que debía ser.

Había un montón de piedra pesada y protectora, pero también pinturas decorativas animando las puertas y complicados grabados de plantas y flores en algunas de las losas del suelo, junto a recordatorios de su utilidad:

Trébol pegaso: para olvidar.

Hierba del ángel: para una buena noche de sueño.

Algodoncillo gris: para la tristeza.

Hibisco espiritual: para el duelo.

Acebo unicornio: para la celebración.

Bayas de invierno: para dar la bienvenida.

Cuando Evangeline salió del castillo aquella mañana, había ramas de algodoncillo gris y ramos de hibisco espiritual por todas partes, pero luego todo había sido reemplazado por coronas de acebo unicornio de un rojo brillante.

Se le revolvió el estómago al verlo. En el Glorioso Norte, el luto terminaba tan pronto como se nombraba a un nuevo heredero, algo que se suponía que ocurriría al día siguiente. Aunque, a juzgar por los

cambios en Wolf Hall, casi parecía que el nuevo heredero ya había ocupado el lugar de Apollo.

Evangeline oyó a trovadores cantando *Lucien el Grande*; los criados se habían despojado de sus uniformes negros de luto para reemplazarlos por impolutos delantales blancos. Un par de doncellas de la edad de Evangeline llevaban festivas ramitas de bayas de invierno en sus trenzas, y color en las mejillas y los labios. Y todos ellos susurraban:

He oído que es joven…

He oído que es alto…

¡ *He oído que es más guapo que el príncipe Apollo*!

Cada palabra ponía un nudo en el estómago de Evangeline. Sabía que no podía culpar a aquellos hombres y mujeres; la gente necesitaba razones para celebrar. El luto era importante, pero no podía perpetuarse para siempre.

Solo habría deseado contar con más tiempo. Al menos, todavía le quedaba un día antes de que Lucien llegara, aunque no pareciera suficiente.

Tomó aire temblorosamente mientras el pasillo por el que Havelock y ella avanzaban se volvía más oscuro y frío. Momentos después, llegaron a la trampilla astillada que los conduciría hasta Apollo.

A Evangeline siempre la ponía nerviosa que no hubiera un guardia apostado en la puerta, pero dejar a un solo soldado en mitad de un pasillo vacío habría resultado demasiado sospechoso. En lugar de eso, un miembro de fiar de la guardia real esperaba en el interior, a los pies de la escalera.

La pequeña cámara secreta estaba más bonita que la primera vez que la había visitado. Evangeline no sabía si Apollo era consciente de lo que lo rodeaba. Pero, por si lo era, había pedido a sus guardias que pusieran algo de vida en la pequeña estancia.

Los suelos fríos se habían cubierto de gruesas alfombras burdeos, pinturas de vibrantes escenas forestales colgaban de las paredes de piedra, y habían bajado una cama con dosel de terciopelo.

Habría preferido que Apollo estuviera en su dormitorio, donde el fuego ahuyentaría el frío y las ventanas podrían abrirse cuando el aire se arranciara. Pero, como Havelock le había recordado, era demasiado

arriesgado.

A los pies de la escalera, el guardia saludó a Evangeline con una reverencia y después habló en voz baja con Havelock, dándole privacidad mientras se acercaba a su príncipe.

Mariposas se movieron en su pecho. Esperaba que las cosas fueran distintas aquel día, pero su príncipe parecía exactamente el mismo.

Apollo estaba inmóvil, como el final de una trágica balada norteña. Su corazón latía muy lento, y su piel oliva estaba fría al tacto. Tenía los ojos marrones abiertos, pero su abrasadora mirada no contenía vida y estaba tan mate y vacía como fragmentos de cristal marino.

Se acercó y le quitó las ondas de cabello oscuro de la frente, deseando con todo su corazón que se moviera o pestañeara o respirara. Solo quería una pequeña señal de que regresaría a la vida.

—En tu carta, me prometiste que siempre intentarías que funcionara. Por favor, trata de regresar conmigo —susurró, acercando la cara a la del príncipe.

No disfrutaba tocándolo, tan inerte. Pero recordaba que, cuando ella estuvo convertida en piedra, ansiaba desesperadamente el contacto con otras personas. Eso era algo que podía darle a Apollo.

Acarició su mejilla cerosa y posó un beso en sus labios inmóviles. Su boca estaba suave, pero sabía mal, como a finales infelices y a maleficios, y como siempre, él no se movió.

—No comprendo por qué haces esto cada día. —La voz indolente de Jacks atravesó la cámara.

Evangeline la sintió precipitándose sobre su piel, un fuego lento que hacía que la cicatriz del corazón roto de su muñeca ardiera como si acabaran de marcarla. Intentó ignorar tanto la cicatriz como a Jacks. Intentó no girarse, no mirarlo ni reconocer su presencia, pero seguramente resultaría más sospechoso que continuara besando los labios inmóviles de Apollo.

Despacio, se irguió, fingiendo que no sentía el hormigueo de la cicatriz en cada centímetro de su piel mientras Jacks se acercaba.

Iba vestido con mayor cuidado de lo habitual. Una serie de cadenas de plata aseguraban la capa azul medianoche a sus hombros. Su jubón de

terciopelo era del mismo azul profundo, excepto por el bordado gris humo a juego con sus pantalones ceñidos, pulcramente metidos en unas pulidas botas de cuero.

Evangeline echó un vistazo sobre el hombro de Jacks, a Havelock y al otro guardia a los pies de la escalera, pero no estaban haciendo nada. Jacks debía haberlos hechizado.

La mayoría de la gente creía que el único poder del Príncipe de Corazones era su beso letal, pero Jacks también poseía la habilidad de convertir a humanos en marionetas a su voluntad. Su poder como Destino estaba más limitado en el norte, pero aun así podía controlar las emociones y los corazones de varios humanos a la vez.

Afortunadamente, estos poderes no le permitían controlar a Evangeline. Lo había intentado, pero ella oía sus pensamientos y nada más. Él también podía oír sus pensamientos, si ella se los enviaba. Pero compartir su mente con Jacks no era algo que deseara hacer en aquel momento.

—¿Besas al príncipe porque te gusta hacerlo? —le preguntó Jacks—. ¿O de verdad crees que eso lo revivirá mágicamente?

—Puede que lo haga porque sé que eso te molesta —le respondió Evangeline con malicia.

Jacks le dedicó una sonrisa que era mucho más malvada que aprobadora.

—Me alegra saber que piensas en mí cuando besas a tu marido.

El calor sonrojó las mejillas de Evangeline.

—No pienso cosas *buenas*.

—Todavía mejor. —Le brillaron los ojos, de un azul enjoyado con hilos plateados y demasiado bonitos para pertenecer a un monstruo como él. Los monstruos deberían tener aspecto de… monstruos, no ser como Jacks.

—¿Has venido solo para sacarme de quicio?

Jacks suspiró, lenta y dramáticamente.

—No soy tu enemigo, Pequeño Zorrillo. Sé que sigues enfadada conmigo, pero siempre has sabido lo que soy. Nunca he intentado

fingir lo contrario, pero tú te permitiste creer que soy algo que no soy. —Sus ojos se volvieron metálicos y totalmente insensibles—. No soy tu amigo. No soy un muchacho humano que te contará bonitas mentiras o te traerá flores o te regalará joyas.

—Nunca creí que lo fueras —replicó, pero quizás una pequeña parte de ella lo había creído. No había esperado que le llevara flores o regalos, pero había comenzado a pensar en él como en un amigo. Un error que jamás volvería a cometer.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Evangeline.

—He venido a recordarte con qué facilidad podrías salvarlo.

Jacks se metió las manos en los bolsillos despreocupadamente, como si hacer otro trato con él fuera tan sencillo como darle a un panadero algunas monedas a cambio de un trozo de pan.

Puede que al principio lo pareciera. Si le dijera a Jacks que abriría el Arco Valory, Apollo despertaría aquella misma noche. No tendrían que preocuparse por el nuevo heredero. Pero Jacks seguiría allí; estaría allí hasta que encontrara las piedras que le faltaban al arco. Y Evangeline necesitaba que Jacks se fuera, quizá tanto como necesitaba despertar a su príncipe. Mientras Jacks siguiera en su vida, continuaría arruinándola.

Había intentado hallar una cura para Apollo, pero puede que lo que *realmente* necesitara encontrar fuera un modo de librarse de Jacks.

—La respuesta es «no», y siempre será «no».

Jacks se cruzó de brazos y se apoyó en el poste de la cama.

—Si de verdad lo crees, te falta imaginación.

Evangeline enfureció.

—No me falta imaginación. Es solo que tengo determinación.

—Como yo. —En los ojos de Jacks destelló algo maléfico—. Esta es tu última oportunidad para cambiar de idea.

—¿O qué? —le preguntó Evangeline.

—Empezarás a odiarme de verdad.

—Quizá sea lo que deseo.

La comisura de la venenosa boca de Jacks se curvó como si la idea lo divirtiera un poco. Después, un reloj sonó arriba, en alguna parte. Siete sonoros repiques.

— *Tic, tac*, Pequeño Zorrillo. He intentado ser amable dándote tiempo para que reconsideraras la oferta que te hice en la biblioteca, pero estoy cansado de esperar.

Tienes hasta esta noche para cambiar de idea.

Evangeline intentó ignorar cómo se retorcieron sus entrañas. Si poner a Apollo en un estado de sueño suspendido era lo que Jacks consideraba un modo amable de persuadirla, temía qué podría hacer después de aquella noche. Y, aun así, no creía que asociarse de nuevo con él fuera mejor.

La joven se giró para marcharse.

Una mano le agarró la muñeca.

—Jacks…

Pero la mano que la detenía no pertenecía a Jacks.

La piel de Jacks estaba fría y suave como el mármol. La mano que la había agarrado ardía.

¿ *Apollo*?

Evangeline se giró de nuevo hacia su príncipe, atravesada por una oleada de entusiasmo. Apollo estaba…

Mal.

Unos momentos antes, sus ojos habían estado tan opacos como el cristal marino, pero ahora resplandecían en rojo, como rubíes de fuego y maldiciones.

Evangeline se giró hacia Jacks… O lo intentó. Era difícil moverse con la mano de hierro de Apollo rodeando con fuerza su muñeca.

Fulminó a Jacks con la mirada.

—Creí que ibas a darme el resto de la noche.

—Yo no he hecho esto. —Su mirada pasó de los brillantes ojos rojos del príncipe a la muñeca atrapada de Evangeline.

La muchacha intentó liberarse, pero los dedos de Apollo se clavaron en su piel con mayor fuerza.

Tiró con ganas.

Él apretó más, dolorosamente fuerte, haciéndola chillar mientras intentaba zafarse.

Sus ojos todavía tenían ese horrible brillo rojo, pero no parecía despierto: parecía poseído, o quizá luchando desesperadamente por despertar.

Evangeline sintió que el pánico le aplastaba el pecho.

—Apollo…

—No puede oírte. —Jacks sacó una daga con una brillante hoja negra.

—¿Qué…?

—¡Va a romperte los huesos! —gritó, y le cortó la mano a Apollo con su cuchillo.

La sangre salpicó la falda de Evangeline cuando el príncipe le soltó la muñeca. El rojo había desaparecido de sus ojos.

La joven se sujetó la mano dolorida; Apollo le había dejado un brazalete de moretones azules y púrpuras.

Plic.

Plic.

Plic.

Ella también estaba sangrando, pero la sangre no caía de la mano que el príncipe le había agarrado. Era la otra mano. La sangre roja manaba de un corte diagonal en su dorso, igual que la herida que Jacks acababa de hacerle a Apollo, como si ella también se hubiera cortado. Intentó limpiárselo, esperando que fuera solo una salpicadura de la sangre de Apollo, pero su mano siguió sangrando.

Jacks le miró la herida con unos ojos tan oscuros como una tormenta. Soltó una maldición, se sacó un pañuelo del bolsillo y le rodeó el corte apresuradamente.

—Mantente alejada de aquí, y no vuelvas a besarlo.

—¿Por qué…? ¿Qué está pasando? —le preguntó.

Jacks habló con los dientes apretados.

—Alguien acaba de envenenaros de nuevo, a ti y a tu príncipe.

Otro hechizo.

—Parece una maldición espejo —dijo Jacks.

Aunque Evangeline intentó no dejarse llevar por el pánico, estaba de los nervios. Si hubiera sido un libro, se habría sentido como si le estuvieran arrancando las páginas lentamente. Estaba herida, sangraba, su marido estaba embrujado y ahora ella también parecía estarlo. Y Jacks todavía no le había soltado la mano.

Se zafó de la mano helada de Jacks, pero no se sintió mejor. Si acaso, un frío nuevo cubrió su piel.

Jacks habló con una voz inquietantemente serena y deliberada:

—Mientras la maldición espejo esté activa, Apollo compartirá contigo las heridas que recibas, y tú las que reciba él. Pero es por su muerte por lo que debes preocuparte.

Si él muere, tú mueres.

Los ojos de Jacks se posaron en el pañuelo con el que le había rodeado la mano. Por un segundo, le pareció completamente inhumano. La calma abandonó su expresión y su rostro se volvió vengativo e infame.

Cualquier otro día, a Evangeline le habría encantado ver al Príncipe de Corazones tan afectado, pero no estaba segura de creer en su reacción. No después de que le hubiera advertido que tendría solo aquella noche para decidir si quería hacer un trato con él.

—¿Esto es cosa tuya? —le preguntó. Jacks la fulminó con la mirada—. No finjas que nunca me harías daño para manipularme. Acabas de decir que, si no accedo a abrirte el Arco Valory, empezaré a odiarte de

verdad.

—Yo hago daño a todo el mundo, Pequeño Zorrillo, pero tienes que estar viva para odiarme. —Sus ojos se helaron—. No quiero que mueras, y mataré a cualquiera que lo intente.

Se marchó de la habitación.

Los guardias que estaban a los pies de la escalera volvieron a moverse, liberados de inmediato del control del Príncipe de Corazones. Se produjo una ráfaga de palabras y movimiento cuando ambos se fijaron en la escena alterada.

—¿Qué está pasando? ¿Eso es… sangre?

Los guardias rodearon rápidamente a Evangeline, recuperando el cerebro y el sentido del deber justo a tiempo de evitar que subiera las escaleras tras Jacks y le exigiera respuestas.

La joven levantó la mano para mostrar la herida vendada a ambos hombres mientras se le ocurría una mentira rápida.

—Intenté probar algo nuevo para despertar a Apollo, pero no funcionó. Os lo explicaré más tarde, pero ahora tengo que irme.

Tenía que seguir a Jacks. La rapidez con la que se había marchado de la cámara la hacía sospechar que sabía quién les había lanzado aquella nueva maldición, o que creía saberlo.

—Por favor, quedaos con el príncipe… y curadle la herida de la mano. Él necesita más protección que yo.

Havelock parecía querer discutir, pero Evangeline no le dio la oportunidad. Corrió escaleras arriba, rápida como una liebre.

Estaba a mitad de la escalera cuando… ¡Chan-ta-ta-chán!

Trompetas, toda una banda de ellas, estridentes y celebratorias, llenaron el castillo de música.

A Evangeline le falló el paso. ¿Por qué sonaban las trompetas? Debería haberlo pasado por alto; no tenía mucho tiempo, si quería alcanzar a Jacks. Pero entonces oyó las risitas. A un par de metros por el pasillo, una pareja de jóvenes doncellas se había detenido a hablar.

—¿Alguna de vosotras sabe a qué viene esa música?

La chica más alta miró a Evangeline de reojo, pero la bajita fue más educada y le respondió, con una sonrisa de disculpa:

—Creo que es parte de la ceremonia de bienvenida del príncipe Lucien. Ha sorprendido a todo el mundo al arribar antes.

El pasillo comenzó a dar vueltas a su alrededor. ¿Por qué no le había dicho nadie que había llegado antes? Había estado ocupada, pero alguien debería haber ido a buscarla.

—Estoy segura de que alguien te habría informado —dijo la doncella bajita, como si le hubiera leído el pensamiento—. Pero he oído que al príncipe Lucien le preocupaba que fuera de mal gusto hacerte presenciar el evento en el que reemplazaría a tu amado como heredero. Por eso adelantó la ceremonia.

—Qué considerado —dijo la doncella alta, soñadora.

—Ya me cae bien —asintió la bajita.

A mí me gustaría darle un puñetazo, pensó Evangeline.

No era solo que el nuevo heredero hubiera llegado antes; era la naturaleza engañosa de todo aquello. Debería haberla invitado a la ceremonia.

¿Por qué Lucien no la había hecho partícipe? No creía ni por un segundo que intentara respetar sus sentimientos. Por supuesto, en ese momento no tenía tiempo para preocuparse por ello. Tenía que seguir a Jacks.

—Princesa Evangeline —entonó una voz a su espalda.

Se sintió tentada a no girarse, pero entonces aparecieron dos soldados a su lado.

Ambos iban vestidos con los colores reales de los Acadian (bronce, oro y granate), aunque no los reconocía.

—Debemos acompañarte al solárium para las visitas —dijo el de la derecha—. El príncipe Lucien ha solicitado tu presencia de inmediato.

Evangeline intentó recuperar el optimismo mientras seguía a aquellos guardias desconocidos, pero lo único que sentía era un creciente vacío en su interior. Era desquiciante que no la hubieran invitado a la coronación de Lucien y que ahora prácticamente la estuvieran arrastrando para que lo conociera.

Mientras se acercaba a su destino, el aire se calentó y dulcificó con el aroma del vino especiado y las celebraciones mal organizadas. El solárium rara vez se usaba para las reuniones vespertinas. Con sus amplias paredes de vidrio que dejaban pasar la luz, estaba pensado para las horas del día o para una ocasional velada al atardecer. El nuevo heredero no debía saberlo. Aquella noche, la sala de espera del exterior estaba llena de vida y luz, de velas goteando en los candelabros, invitados parlanchines con las mejillas maquilladas y sonoras carcajadas que bordeaban la ebriedad.

Aunque ella no era la única que había sido invitada a conocer a Lucien, al parecer, estaba planeado que fuera la primera. Los soldados la hicieron pasar ante todos los demás, hasta otro par de guardias que de inmediato le abrió las puertas arqueadas del solárium.

Evangeline se pintó una sonrisa, escondió la mano vendada entre los pliegues de su falda y caminó con valentía. No esperaba encontrar al santo que los periódicos habían descrito, pero estaba lista para fingir la dicha adecuada al conocer al joven que ocuparía el lugar de Apollo en el trono.

El solárium estaba más oscuro que el concurrido salón exterior. La luna espiaba entre las altas ventanas, una luna menguante que añadía atmósfera pero no iluminación. Las velas ardían en sus apliques, aunque emitían más humo que luz y teñían la habitación con una bruma que podría haber intrigado a otros pero que hizo que Evangeline aminorara el paso. Todo estaba en penumbras, excepto la zona justo delante de la rugiente chimenea, la butaca en la que el heredero estaba repantigado haciendo girar en su mano una corona dorada.

—Buenas noches —se obligó a decir alegremente, dando otro paso hacia la ambarina luz del fuego. Pero, tan pronto como lo hizo, sus piernas se negaron a moverse.

Aquel joven no era el heredero… Ni siquiera era un joven. Era sobrenaturalmente atractivo, con unos ojos demasiado brillantes, una mandíbula con la que se podría cortar un diamante y una piel dorada que parecía resplandecer de verdad.

Era un vampiro.

Y su primer amor.

Luc le dedicó una sonrisa torcida, todavía haciendo girar la corona dorada entre sus dedos como si fuera el juguete de un niño.

—Hola, Eva.

Evangeline cerró los puños con fuerza.

En el pasado, habría corrido hacia él. En el pasado, habría llorado por él. Ahora, solo quería lanzarle cosas. Cosas afiladas y dolorosas.

Hubo una época en la que pensó que se casaría con Luc, pero la última vez que lo vio, estaba encerrado en una jaula y formando parte de una ceremonia para convertirse en vampiro. Jacks le había advertido que no lo salvara, pero ella escuchó a su corazón.

Ayudó a Luc a escapar y él le dio las gracias intentando rasgarle la garganta con los dientes.

—¿Qué estás haciendo aquí? —exigió saber.

Luc hizo un mohín.

—¿Sigues enfadada por lo de la otra noche?

—¿Te refieres a cuando intentaste morderme?

—No fue así. Bueno, quizá fue un poco así.

Luc sonrió, mostrándole sus colmillos como si fueran el equivalente a un brillante y nuevo reloj de bolsillo, un accesorio a juego con su jubón, que era de terciopelo negro con bordados de un profundo rojo sangre.

—Esto no tiene gracia, Luc. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Ah, venga ya. Eres lista, o lo eras. Esperaba que lo hubieras imaginado.

Volvió a girar la corona en sus dedos, una y otra vez. Era una diadema sencilla, pero estaba hecha de oro y brillaba a través de la bruma, haciendo que fuera muy obvio lo que debería haber quedado claro desde el momento en el que entró allí: *Luc* era *Lucien*.

—¿ *Tú* extendiste los ridículos rumores sobre Lucien Acadian?

Evangeline había pensado que aquel Lucien era demasiado bueno para ser real, pero nunca habría imaginado que el joven que enseñaba a leer a los niños y que buscaba hogar a los cachorritos callejeros pudiera ser Luc. Luc era un montón de cosas, pero no era lo bastante astuto para gobernar un reino, y mucho menos para quedarse con él ilícitamente.

¿Cómo lo había conseguido? Ella sabía que los vampiros contaban con la *seducción*, una habilidad que les permitía deslumbrar a los humanos que los miraban a los ojos.

Pero Luc habría necesitado algo más que eso para convertirse en el heredero. Ni siquiera había nacido en el Glorioso Norte.

Si hubiera conseguido encontrar un modo de despertar a Apollo, aquello no habría ocurrido.

—Creí que estarías más impresionada. ¡Ahora soy príncipe! —Luc lanzó su corona despreocupadamente al aire y la atrapó con la cabeza.

Evangeline hizo una mueca.

Luc frunció el ceño, y la expresión mancilló sus atractivos rasgos.

—No comprendo cómo o por qué has hecho esto, Luc, pero no va a funcionar. No puedes inventarte un nombre y reclamar un trono.

—Te preocupas demasiado, Eva. Solo el nombre es mentira. —Comenzó a jugar de nuevo con su corona, dejando que se deslizara desde su cabeza a sus dedos—. Caos me dijo que cambiarme el nombre facilitaría que la gente me aceptara, pero resulta que de verdad soy un familiar lejano del príncipe muerto.

Evangeline hizo una mueca al escuchar las palabras *príncipe muerto* y se resistió a negar con la cabeza. No se creyó ni por un segundo que Luc fuera un familiar lejano de Apollo; pero, por supuesto, Luc sí lo

creía. Siempre había sido un poco presumido. Era un defecto menor que había pasado por alto en el pasado, pero de repente ya no le parecía tan inocuo. Cuando era humano, Luc había creído que lo merecía todo, y ahora que era vampiro, sin duda se creía digno de mucho más.

La pregunta era: ¿por qué le habría cedido Caos el trono? Evangeline se había encontrado con Caos en varias ocasiones. Las dos primeras fingió ser un guardia real, pero resultó que era un vampiro, el señor de los Espías y Asesinos.

Quizás había sentado a Luc en el trono porque suponía que, al ser un nuevo vampiro, sería fácil de controlar. No obstante, le resultaba difícil creerlo. Luc era demasiado impulsivo. Aunque hiciera lo que Caos deseaba en cuanto a leyes y normas, a Evangeline no le costaba imaginárselo perdiendo el control ante sus necesidades vampíricas. Si la había atacado a ella, alguien que supuestamente le importaba, no creía que fuera a contenerse con otros.

La repentina y aterradora imagen de Wolf Hall llena de cortesanos y criados sangrando o muertos o convertidos en vampiros atravesó su mente.

Esto va a ser un desastre. Estuvo a punto de decirlo en voz alta, pero dudaba de que Luc se lo tomara bien. En lugar de eso, se preguntó por qué la había llamado, para verla a solas. Nunca lo había temido cuando era humano (había estado enamorada de él), pero el muchacho al que conocía desapareció tan pronto como se infectó con la toxina vampírica.

—¿Por qué no te acercas un poco más?

Luc ladeó la cabeza hacia Evangeline, que sintió su mirada abrasadora en el cuello y una oleada de calor mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

—Para, Luc.

—¿Con qué quieres que pare? —Otra sonrisa, pero esta no llegó a sus ojos, oscuros y castaños y *hambrientos*.

Evangeline tenía que irse (necesitaba encontrar esa cura para Apollo más que nunca, para alejar a Luc del trono), pero si dejaba solo a Luc, temía lo que podía hacer. *A quién podía morder*.

—Luc, por favor… —Evangeline se detuvo al oír pasos.

Sonaron al otro lado de las puertas, tan ligeros como la aguda voz femenina que siguió a su sonido.

—Me ha llamado el príncipe Lucien para la cena.

La última palabra hizo que Evangeline se tensara.

—Dime que se refiere a cenar contigo.

—Estoy seguro de que *ella* se refiere a eso —apuntó Luc. A Evangeline empezó a revolvérsele el estómago—. Si estás celosa, de buena gana te elegiré *a ti* para cenar.

Luc le echó una sonrisa que seguramente pretendía ser juguetona pero que contenía demasiados dientes.

—Eso no tiene gracia. —Su sangre se había acelerado, incómodamente caliente.

—No pretende tenerla. —Luc hinchó las fosas nasales.

La puerta del solárium se abrió.

Evangeline se preparó para ver a la chica que había acudido para la *cena*. Pero no era una chica. Era Havelock.

—¿Quién eres tú? —Luc curvó los labios en una mueca.

Havelock lo ignoró, mirando solo a Evangeline.

—Princesa, hay algo que debes ver de inmediato.

—No estoy segura de que este sea el mejor momento.

Evangeline echó a Luc una mirada preocupada. No podía dejarlo solo para que se alimentara de alguna pobre chica. Pero, por supuesto, Havelock no sabía qué era Luc en realidad. Ni siquiera sabía si Havelock estaba al tanto de la existencia de los vampiros, y en aquel momento, quizá ni siquiera le importaba.

El rostro de Havelock estaba cubierto de arrugas preocupadas y, cuando habló de nuevo, su voz sonó como una cosa áspera que bordeaba el miedo.

—Esto es urgente.

Evangeline lo sintió entonces, húmedo en el dorso de su mano. Una

gota de sangre atravesó el vendaje de la herida que compartía con Apollo.

Luc inhaló desde el otro lado de la oscura habitación. Un sonido parecido a un gruñido salió de su garganta. Y después, en un destello, se puso en movimiento.

Evangeline había olvidado con cuánta rapidez podía moverse un vampiro. Se transformó en un poderoso borrón que cruzó la estancia en penumbras y la apresó con dos manos brutales. Antes de que pudiera huir, una mano se cerró alrededor de su cintura, clavándose en ella, mientras la otra cazaba su cabello y la hacía estirar el cuello hacia su boca abierta.

Evangeline gritó.

Pero los labios de Luc no llegaron a rozar su piel. En un instante estaba allí, todo dientes afilados y ansia primitiva. Después salió disparado, y a ella la sostuvieron. Unas manos amables, en lugar de bruscas, la rodearon protectoramente, tirando de ella hacia un pecho frío y duro. Olía a manzanas y a crueldad, pero Evangeline temblaba demasiado para apartar a Jacks mientras la sacaba del oscuro solárium.

—Voy a matar a ese tipo —dijo Jacks con furia.

Las luces del pasillo eran cegadoras y Evangeline, que ya se sentía un poco débil, empezó a marearse. Luc no había conseguido morderla, pero la herida de su mano estaba goteando de nuevo y su mente giraba en círculos atropellados.

—Havelock…

—Está bien —dijo Jacks.

Entonces el guardia apareció allí, a un par de pasos de ella, con aspecto aturdido y seguramente bajo el control de Jacks. Afortunadamente, no parecía sangrar ni estar herido.

—Pero Luc…

—Lo están sometiendo. —Jacks tensó el brazo a su alrededor, llevándola por el pasillo demasiado iluminado lejos del solárium.

—Espera… —Evangeline clavó los talones y se liberó—. ¿Quién lo está sometiendo?

—Alguien que no conseguirá retenerlo para siempre.

La boca de Jacks formó una línea recta. Intentó abrazarla de nuevo, pero Evangeline retrocedió.

Agradecía que Jacks hubiera evitado que se convirtiera en el siguiente tentempié de Luc, pero que la hubiera salvado una vez no lo convertía en un salvador. Seguía siendo su villano, no su héroe.

—No voy a ir a ninguna parte contigo.

—Aquí no estás a salvo —dijo Jacks con tranquilidad, como si Evangeline fuera un gatito callejero al que estuviera intentando arrear. Y, aun así, la joven notó que tenía los nudillos tensos y que un músculo latía furiosamente en su cuello.

—Disculpa. —La minúscula voz llegó por el pasillo desde las puertas del solárium—

. ¿Está ya el príncipe Lucien listo para cenar?

Evangeline se giró, alarmada, y su mirada se detuvo en la chica bajita a apenas unos metros de distancia. Su rostro era delicado; su vestido, del color rosa de los pétalos.

Verla la llenó de un nuevo temor. Era Marisol. Su hermanastra.

No la había visto desde la mañana después de que ella consiguiera que la arrestaran por el asesinato de Apollo. Marisol había sabido que era inocente, pero bajo su fachada almibarada vivía un corazón corroído por la envidia que había provocado que la acusara de un crimen que no había cometido.

Verla en ese momento, tan bonita como una princesa, fue un cuchillo en sus recuerdos que reabrió todas las heridas que Marisol le había infligido con su traición.

En un principio, las fechorías de Marisol le dolieron tanto que pensó en usar su posición en la casa real para expulsar a su hermanastra de Wolf Hall… Incluso del Glorioso Norte. Pero, a pesar de cuánto deseaba que se marchara, no se decidió a echarla. Sus sentimientos hacia Marisol eran complicados. Quería perdonarla. Quería ser mejor con su hermanastra de lo que esta había sido con ella, pero quizá no era mejor.

Porque, por mucho que odiara reconocerlo, estaba dispuesta a dejarla

atravesar las puertas del solárium, para que se encontrara cara a cara con Luc y cosechara todo el dolor que había sembrado.

A Evangeline le habría sido fácil quedarse de brazos cruzados, dejar que Marisol entrara en el solárium sin advertirla. La historia de Marisol con Luc había sido tremenda: usó un hechizo de amor para robárselo a Evangeline. Después, cuando a Luc lo atacó y desfiguró un lobo, Marisol lo rechazó y le rehuyó. Luc se merecía aquella oportunidad de enfrentarse a ella.

Pero Evangeline sabía que no era eso lo que él quería de Marisol.

Tenía un nudo en el estómago.

—Sé lo que estás pensando —le dijo Jacks—, pero a algunas personas les pasan las cosas que se merecen.

Evangeline sabía que tenía razón. Marisol no era inocente. Había hecho cosas terribles. Pero eso no significaba que fuera a permitir que Luc la matara.

Antes de decidirse, se encaminó hacia ella. Marisol palideció cuando se acercó.

Luego, la chica miró con asombro a Jacks. Se fijó lentamente en cada centímetro de su cuerpo, desde sus botas pulidas a su elegante media capa y la cruel línea de su boca.

Marisol había conocido a Jacks en la Nocte Eterna y había quedado embelesada de inmediato. Entonces él llevaba el cabello azul oscuro, muy distinto del brillante oro que ahora lo coronaba, pero sin duda lo había reconocido. La emoción le aceleró la respiración. Después, endureció la mirada y fulminó a Evangeline, seguramente recordando que le había aconsejado que se alejara de él.

—Eres una pequeña hipócrita.

Te he dicho que se lo merece, pensó Jacks para Evangeline.

Ella lo ignoró y descartó sus palabras, junto al filo en la voz de su hermanastra. Lo único que tenía que hacer era ponerla sobre aviso. Después, con suerte, habría terminado con ella para siempre.

—Tienes que marcharte de aquí —le dijo—. Vete de Wolf Hall y del Norte.

Marisol resopló.

—No puedes obligarme a partir. No eres más que una amargada a la que se le ha muerto el marido. Puede que los criados te llamen *princesa*, pero la mayoría sigue pensando que asesinaste al príncipe.

Evangeline hizo una mueca.

—Eres un mal bicho —le espetó Jacks, apretando la mandíbula.

—Solo digo la verdad.

—Yo también —dijo Jacks.

Las mejillas de Marisol se tiñeron de un rojo brillante, pero levantó la barbilla con una inhalación arrogante.

—Ahora voy a conocer al príncipe Lucien.

—Si atraviesas esas puertas, no volverás a salir —le advirtió Evangeline.

Marisol puso los ojos en blanco.

—¿Eso es lo mejor que se te ha ocurrido?

—Es la verdad.

¡ *El príncipe Lucien es en realidad Luc, y es un vampiro*!, deseó gritarle, pero temía que decir la palabra *vampiro* actuara en su contra. Jacks le había contado que todas las historias sobre vampiros estaban malditas, pero en lugar de deformar la verdad, como sucedía con el resto de los relatos embrujados del norte, las historias sobre vampiros manipulaban la opinión de la gente. Sin importar lo que contaras, la gente siempre se sentía intrigada por los vampiros en lugar de horrorizada.

Marisol giró en sus talones y se encaminó a las puertas del solárium.

Evangeline sintió una breve punzada de indecisión y se volvió hacia

Jacks.

Aunque había creído que sus sentimientos por Marisol eran complicados, en realidad eran muy sencillos. Lo único que quería de su hermanastra era una disculpa.

Quería que sintiera algún pesar o remordimiento por las cosas egoístas que había hecho. No quería que muriera.

Y, aun así, solo conseguiría salvarla si le pedía ayuda a Jacks.

Tragó saliva. Algo metálico le cubrió la lengua, con sabor a un precio que no quería pagar. Se recordó que no podía confiar en Jacks. No podía engañarse y creer que era su amigo, o acostumbrarse a recurrir a él. Solo lo haría esta única vez.

—Por favor —susurró a Jacks—, usa tus poderes para detenerla.

Él levantó una ceja arrogante.

—¿Me estás pidiendo un favor?

—Te estoy pidiendo que muestres algo de humanidad.

Eso parecía igualmente peligroso. Si Jacks lo hacía gratis, le sería más fácil volver a pensar que era algo que no era. Pero, por la expresión impasible de su rostro, estaba claro que eso no sería un problema.

—Te estás equivocando —le dijo.

Los guardias echaron mano a las manijas del solárium.

A Evangeline se le tensó el vientre. Si Jacks no iba a detener a Marisol, tendría que intentarlo ella de nuevo. Sin saber qué hacer, se dirigió al solárium detrás de su hermanastra.

—No. —Jacks le agarró la muñeca, con mano firme y fría.

Evangeline intentó zafarse.

Pero entonces vio a Marisol. Su hermanastra se detuvo ante las puertas y retrocedió, revoloteando como un pájaro asustado con el fino cabello castaño azotándole la cara.

Tropezó con el dobladillo de su falda y trastabilló un poco sobre el suelo de piedra antes de echar a correr en la dirección opuesta.

Jacks había usado su poder para salvarla, después de todo.

Evangeline relajó los hombros, pero su pecho seguía atenazado. Esperaba que Jacks le dijera que ahora estaba en deuda con él. Ya le había soltado la mano, pero miraba la última marca de corazón roto en su muñeca. Era un recordatorio de la deuda que no había terminado de pagar, del último beso que le debía.

Jacks llevaba un tiempo sin mencionar la deuda, pero Evangeline sintió una ráfaga de nerviosismo al preguntarse si se la cobraría pronto… Si a ese último beso era a lo que se había referido cuando le prometió que comenzaría a odiarlo de verdad.

Havelock se aclaró la garganta.

—Lo siento, alteza.

Evangeline se sobresaltó y se alejó de un brinco de Jacks. No estaba segura de cuándo se había acercado el guardia, pero, tras ver su rostro apesadumbrado, supo que no quería oír lo que tenía que contarle.

No en ese momento.

Evangeline no sabía si podría lidiar con mucho más. Ni siquiera estaba segura de estar haciendo un buen trabajo enfrentándose a lo que ya tenía. De no haber sido por Jacks, Marisol estaría muerta en ese momento. No se arrepentía de haberle pedido que la salvara, pero no podía pedirle más. Necesitaba alejarse de él y de todo lo demás. Se había esforzado mucho en hacer lo correcto, en tomar las decisiones más nobles, en ser la heroína, y estaba agotada.

Jacks le había dicho a menudo que los héroes no tenían finales felices, pero en ese momento no estaba buscando su felicidad. Solo quería un respiro, un momento de paz antes de enfrentarse a otra catástrofe. ¿Era mucho pedir?

Miró su mano vendada. La herida que compartía con Apollo había dejado de sangrar, y el resto de ella (excepto su corazón maltrecho) estaba en buen estado. Por tanto, Apollo no estaba en peligro inmediato. Lo que Havelock quería de ella podía esperar.

—Me marcho —anunció—. Y no quiero que nadie me siga.

Todavía no sabía a dónde iría exactamente, pero lo pensaría más tarde. Quizá fuera a visitar a LaLa y a su nuevo prometido y comería pastel hasta que el mundo volviera a ser dulce, o quizá se subiría a un

caballo y cabalgaría hacia una nueva historia. Lo único que sabía era que tenía que salir de Wolf Hall.

Siempre había pensado que el gran castillo norteño era mágico, y lo era, pero estaba lleno del tipo equivocado de magia. Casi todos los recuerdos que tenía del interior de aquellos muros de piedra estaban manchados por algún tipo de maldición o traición.

Su falda blanca y negra silbó alrededor de sus tobillos mientras daba la espalda tanto a Havelock como a Jacks.

—Princesa. —Havelock caminó tras ella—. No puedes marcharte…

—Lo siento —lo interrumpió—. Te aprecio, Havelock, pero no puedo soportar más malas noticias en este preciso momento. Así que, a menos que vayas a decirme que acaban de llegar un montón de unicornios que conceden deseos, necesito un momento, probablemente bastantes momentos, para mí misma.

Apresuró el paso hasta casi correr. La falda del vestido era pesada, pero sus botas eran recias, por suerte, y le fue fácil bajar el tramo de escaleras y correr por el pasillo hasta la puerta que conducía al exterior. Cuando salió a la noche norteña, endoselada por un cielo de constelaciones desconocidas que todavía no había aprendido, el aire le pareció muy frío.

Quizá debería regresar al sur, a su hogar en el Imperio Meridional, abandonar el norte y todas sus maldiciones. Pero, mientras lo pensaba, supo que no era eso lo que quería. No quería otra historia: quería arreglar aquella. Quería salvar a Apollo. Quería una oportunidad para conocerlo sin que estuviera hechizado. Quería creer que su historia juntos no había terminado. Quería el final feliz que había ido a buscar allí.

Se adentró en el jardín y los pétalos congelados de las flores crujieron bajo sus botas.

Después oyó otro par de pasos: más ligeros que los suyos, pero acercándose.

La cicatriz del corazón roto en su muñeca empezó a arderle. A veces era capaz de ignorar la sensación, pero en ese momento era más fuerte de lo habitual, como si Jacks quisiera que supiera que le sería imposible escapar de él.

Evangeline aceleró el paso, esperando perderlo en las sombras del

oscuro jardín.

Pero Jacks no dejó de seguirla, y tuvo la sensación de que nunca lo haría.

Pensar aquello casi la hizo reírse, la idea de que podía huir de él. De que él la dejaría marchar.

Se obligó a detenerse bajo el halo ambarino de un farol del jardín con forma de flor caída. El frío le mordió las mejillas y le lamió las manos, pero Jacks ni siquiera tiritaba

mientras caminaba hacia ella, indiferente al cortante aire que le congelaba la punta del cabello y las pestañas. Se deslizaba en la noche helada como una lenta estrella fugaz de ojos sobrenaturales y movimientos elegantes.

Evangeline cruzó los brazos sobre el pecho, lo que probablemente no resultaba tan contundente como quería con el pañuelo de Jacks todavía rodeándole la mano; un recordatorio más de cómo la había *ayudado*, aunque al hacerlo seguramente hubiera creado otro problema.

—Jacks, déjame en paz.

Él dio otro paso lento.

—Justo ahora das un poco de miedo, ¿lo sabías?

Ella lo fulminó con la mirada.

—Ese era un halago, Pequeño Zorrillo. —Extendió la mano hacia ella y le metió un mechón tras la oreja con un roce ligero como una pluma.

Mariposas se movieron en su interior. Distintas de las que sentía siempre que iba a ver a Apollo. *Porque Apollo no me da miedo*.

—¿Qué estás haciendo? —chilló.

Jacks soltó una risita.

—Si hubiera sabido que para asustarte solo tenía que tocarte un poco, lo habría probado antes. —Las puntas de sus dedos jugaron con el lóbulo de su oreja.

Evangeline se alejó, casi tropezando en la tierra congelada. Odiaba

sentir las piernas tan inestables. Que una pequeña caricia pudiera afectarla así.

Pero, segundos después, el suelo seguía temblando. No parecía un auténtico temblor, sino una vibración moviéndose por el jardín, y Evangeline temió de repente que no fuera solo la debilidad de sus piernas.

Más allá del círculo de las luces del jardín, el mundo era más oscuro. Había espirales de niebla en lugar de arbustos y árboles. Cuando levantó la mirada, tuvo el mismo mal presentimiento que la semana anterior, cuando Jacks la siguió a la biblioteca.

Alguien estaba observándola.

—Creo que hay alguien más aquí —susurró. Forzó los ojos hasta que vio una figura apareciendo en la distancia. Estaba tan lejos que podría haber sido solo un truco de las sombras, pero a Evangeline le pareció un jinete a caballo.

Jacks frunció el ceño.

—Seguramente es ese chismoso de la gaceta de sociedad.

Pero Evangeline no lo creía. El jinete parecía más ancho y fuerte, y le resultaba *familiar*.

Dio un paso hacia las sombras.

—¿Qué haces? —le preguntó Jacks.

—No te preocupes —replicó Evangeline—. Estoy segura de que, sea quien fuere, no puede ser más peligroso que tú.

Pero la verdad era que algo en aquel jinete la atraía. El único que la había hecho sentir algo así era Jacks. La cicatriz del corazón roto de su muñeca la ataba a él, y cosquilleaba y ardía y le recordaba que no podía escapar de él. En el caso del jinete, era distinto. No sentía ningún cosquilleo. Era más parecido a un amarre, como si tirara de ella atrayéndola con una cuerda invisible. La nieve aleteó alrededor de sus hombros mientras caminaba por el sendero iluminado por la luna.

Las hojas susurraron, el caballo relinchó y un rayo de luz de luna iluminó al jinete, lo bastante para que Evangeline viera con claridad el conocido perfil de su atractivo rostro. *Apollo*.

El tiempo se detuvo, o quizá fue solo el corazón de Evangeline. Apollo estaba despierto. Totalmente despierto. Aquello debía ser lo que Havelock había intentado decirle.

Sintió un imposible arrebato de esperanza.

Cuando miró los ojos del príncipe, ya no estaban rojos. A diferencia de la última vez que lo había visto, Apollo parecía totalmente dueño de sí mismo.

A su lado, Jacks se quedó tan inmóvil como si estuviera en una pesadilla. Evangeline no pudo evitar sonreír. Si Apollo estaba despierto, Jacks no tendría ninguna influencia sobre ella. No se vería obligada a abrir el Arco Valory. El horror había terminado. Al menos, quería creer que era así.

La rigidez de Apollo sobre su caballo era totalmente indescifrable. No cabalgaba alejándose de ella, pero tampoco se estaba acercando. Y, de repente, Evangeline recordó otra cosa, algo que le habría encantado enterrar para siempre. Justo después de desbaratar el hechizo de amor de Jacks, antes de que el veneno hiciera efecto, Apollo se mostró furioso y devastado, y seguramente no la había perdonado todavía.

Pequeño Zorrillo, pensó Jacks. *Creo que deberíamos marcharnos*.

Todavía no, respondió en un pensamiento. *Pero tú puedes irte*.

Jacks apretó los dientes. Después oyó su voz de nuevo en su cabeza, más suave esta vez, como si intentara usar sus poderes para coaccionarla. *Esta es una idea terrible. Una idea peligrosa. Tienes que salir del jardín ya*.

Evangeline lo acalló. Estaba decidida a esperar lo mejor; era posible que Apollo no la hubiera perdonado por el hechizo de amor, pero el hecho de que estuviera allí la hacía pensar que quizá quisiera hacerlo.

—Me alegro mucho de que estés despierto.

Apollo tomó aire profundamente y exhaló una pequeña nube blanca.

—Dioses, eres preciosa.

Tres palabras nunca habían sido tan poderosas. Evangeline dio un dubitativo paso hacia él.

—¡No! —gritó Apollo con brusquedad.

Evangeline se desanimó.

El príncipe se pasó una mano por el cabello oscuro.

—Lo siento. Yo… En realidad, no quiero hacerte daño. Yo solo… —Se detuvo, y gracias a un rayo de luz de luna, Evangeline pudo ver el dolor distorsionando su expresión. Era un dolor crudo y herido, algo que nunca antes había visto en su cara.

Aquel no era el mismo príncipe con el que se había casado. Ese príncipe había tenido suerte en la vida: había estado protegido por sus guardias, mimado por sus súbditos y más que un poco enamorado de sí mismo. Cuando se conocieron, lo habría descrito como gallardo y perfecto. Pero ahora Apollo tenía un pasado: un hechizo de amor había desestabilizado su mundo, y otra maldición había estado a punto de matarlo. De algún modo, luchó contra el segundo embrujo y venció, pero eso todavía parecía atormentarlo.

Apollo tomó aire profundamente. Parecía dividido.

—No sé cuánto tiempo tengo, pero quiero que sepas que te oía. Cada día, cuando venías a mi cámara… Oía tu voz a través de la niebla, pidiéndome que lo *intentara*.

Su caballo dio un paso, acercándose.

Evangeline sintió otro destello de esperanza. Fue entonces cuando se dio cuenta de que Apollo parecía el mismo que la noche en la que se le declaró. Al principio también había estado a caballo y así vestido, un poco rústico excepto por las elegantes flechas doradas que llevaba a la espalda. Aquella noche había sido el Arquero y ella había sido su Zorro (de *La balada del arquero y el zorro*, su cuento favorito de la infancia) y se atrevió a preguntarse si ese volvía a ser el caso. Si aquel era otro gesto majestuoso, un intento de comenzar de nuevo.

—¿Significa esto que me has perdonado? —le preguntó.

—Quiero hacerlo —dijo Apollo, pero sus palabras sonaron extrañamente tensas.

Pequeño Zorrillo, gruñó Jacks en su cabeza, pero Evangeline no oyó lo siguiente porque la voz de Apollo lo interrumpió.

—Me gustaría que pudiéramos intentarlo de nuevo… pero creo que deberías irte.

—¿Qué?

—Márchate, Evangeline. —Un destello de dolor cruzó el rostro de Apollo, hundiendo sus mejillas y grabando arrugas en su frente—. No quiero hacerte daño.

—¿Qué pasa? —Ella se acercó un paso más.

—¡Para! —bramó él—. Tienes que irte.

El príncipe sacó una flecha roja del carcaj que llevaba a la espalda. La luz de la luna destelló en la punta cuando la sostuvo en su puño.

Evangeline se detuvo.

—¿Qué estás haciendo?

—Pequeño Zorrillo… ¡Vete dentro! —Jacks la empujó con brusquedad para colocarla a su espalda.

Los ojos de Apollo se volvieron rojos, del mismo tono estridente que cuando le agarró la muñeca.

Y entonces Jacks gritó:

—¡Corre!

Evangeline todavía no comprendía qué estaba ocurriendo, pero se levantó la falda y comenzó a correr, aunque no fue lo bastante rápida.

Una flecha atravesó el aire y le hirió el muslo. Gritó y se tambaleó mientras la flecha atravesaba su piel. Le dolió como el demonio, volviendo gris todo lo demás excepto el dolor mientras intentaba regresar a la seguridad del castillo.

La sangre le empapó rápidamente la falda mientras trastabillaba.

Otra flecha pasó junto a ella, esquivando su brazo y atravesando un

arbusto con flores. Aun así, sintió un terrible dolor en el hombro, como si hubiera recibido otro flechazo.

No supo cómo llegó a la puerta de Wolf Hall. La sangre manaba de un profundo tajo en su hombro, desde el brazo hasta la palma. Húmeda y pegajosa, dejó una mancha de sangre cuando giró el pomo y se tambaleó hacia la calidez del pasillo.

Puntos de luz danzaron ante sus ojos. Se le emborronó la visión mientras miraba la flecha dorada que sobresalía de un rasgón ensangrentado en su falda.

No veía otra flecha en su hombro, pero la herida le dolía igual. Y había mucha sangre empapando el corpiño blanco de su vestido.

Sus pensamientos comenzaron a astillarse, saltando entre el pánico y el dolor y la confusión. Se derrumbó en un banco de madera y manchó de sangre el cojín primorosamente bordado. Era de color crema, con pequeñas flores rojas que su sangre estaba agrandando y oscureciendo.

Necesitaba ayuda.

Intentó levantarse del banco.

La pierna en la que había recibido el flechazo se le dobló, y volvió a derrumbarse mientras perdía más y más sangre.

Ayuda. La palabra sonó tan bajito que no estuvo segura de haberla dicho en voz alta.

Quizás estuviera solo en su cabeza. A su alrededor, el castillo se estaba emborronando.

Tenía los párpados pesados, y empezaba a ver destellos titilantes rodeando los límites nebulosos de su visión.

Cerró los ojos, solo un instante. Solo para descansar un segundo.

—Evangeline…

Parecía la voz de Jacks, pero había dicho su nombre, no *Pequeño Zorrillo*. Jacks nunca decía su nombre. Después, murmuró algo más. Dos palabras que Evangeline nunca antes le había oído.

—Lo siento —le dijo, justo antes de que todo se oscureciera de verdad.

Evangeline intentó abrir los ojos, pero tenía los párpados imposiblemente pesados. No estaba segura de si estaba despierta o dormida. Le había parecido que Jacks estaba allí, justo antes de que todo se volviera negro. Pero los brazos que la sostenían estaban abrasadoramente calientes… O tal vez fuera ella la que ardía.

Oía conversación, pero apenas estaba allí. Sobre todo, frases en voz baja y gruñidos de dos voces que discutían, algunas palabras dispersas.

—Ella… veneno.

—… humana… riesgo…

—… quiero… morir…

—No…

Su captor la sujetó con fuerza, presionándola contra un pecho envuelto en cuero que olía a metal y a humo. Sin duda no era Jacks.

Se sintió alarmada de repente.

—Suélta… me —consiguió decir.

—Tranquila —dijo una voz que no reconocía—. No voy a hacerte daño.

—No. —Intentó arañar a su captor, pero no podía mover los dedos. El cuerpo le estaba fallando. Estaba hecha de extremidades inútiles y párpados rotos. Su piel era sangre secándose, y sus pensamientos se estaban volviendo grises.

Pero había una idea más brillante y más aterradora que todas las demás. Si ella estaba herida, también lo estaría Apollo. Estaría desangrándose en alguna parte, seguramente fuera, en el oscuro jardín.

—Apollo —consiguió decir al final—. El príncipe Apollo… necesita

ayuda.

Su captor se tensó. Después oyó otra voz, tan suave que supo que estaba en su cabeza.

Lo siento, Pequeño Zorrillo. No es por Apollo por quien tienes que preocuparte. Está…

Empezó a perder la conciencia de nuevo antes de captar el resto de los pensamientos de Jacks. No obstante, sabía qué iba a decirle. El príncipe Apollo había sido el causante de sus heridas.

Los segundos pasaron como si fueran horas. Evangeline no conseguía mantenerse despierta mucho tiempo, pero cuando lo hacía, sentía cada instante de dolor como si fuera un siglo, toda una vida de dolor a cambio de un único momento de lucidez.

Apenas estaba lo bastante espabilada para sentir unos brazos fríos rodeándola. *Los brazos de Jacks*. Todo era confuso y distante, pero supo, de algún modo, que había más intimidad en aquellos brazos de la que había sentido cuando la sostenían los brazos calientes.

Y aun así…

Evangeline se descubrió alejándose de ellos y adentrándose en un sueño que parecía emerger de las páginas de una historia amarilleada por el tiempo: *La balada del arquero y el zorro*.

Aunque siempre le había encantado esa historia, al regresar a ella la descubrió tiznada de una tristeza que no recordaba haber sentido antes.

El cuento comenzaba como siempre, con el arquero más diestro de todo el Glorioso Norte. Era joven y atractivo y admirado, y lo habían contratado para cazar a un zorro.

Era el zorro más astuto con el que se había cruzado nunca, y lo buscó durante semanas. El zorro se acercaba a él mientras dormía, para morderle las orejas y roer sus zapatos y hacerle la vida imposible, pero el arquero no conseguía atraparlo.

La única alegría que tenía el arquero mientras perseguía al zorro eran

los días en los que veía a la chica. Al principio no conocía su nombre (era solo una guapa campesina que vivía en el bosque), pero se descubrió deseando seguirla a ella en lugar de al zorro.

Ella hablaba con él a través de acertijos y, cuando los contestaba correctamente, le llevaba pequeños regalos.

El arquero intentó postergar la caza del zorro, pues deseaba tener una razón para quedarse en el bosque con aquella campesina. Era lista y dulce, y lo hacía reír.

Pero la campesina tenía un secreto: podía transformarse en zorro… El mismo zorro que a él le habían encargado cazar.

Después de descubrir esto, el arquero pensó que sus contratistas habían cometido un error. Les devolvió las monedas que le habían pagado y les dijo que el zorro era en realidad una joven.

Pero sus jefes ya lo sabían, y no les alegró que se negara a cazarla. Así que lo hechizaron, obligándolo a cazar a la chica a la que amaba.

El corazón de Evangeline se aceleró en esta parte. Siempre que su madre le había contado la historia, olvidaba qué estaba diciendo antes de terminarla. Y ahora empezaba a acercarse al final.

Podía sentir la seguridad del arquero, su miedo mientras se acuclillaba en el lecho del bosque, fuera de la cabaña de su amada.

El arquero siempre había estado muy seguro de sí mismo y de lo que podía hacer.

Nunca le habían encargado una tarea que no consiguiera completar. No había bestia que no pudiera encontrar, ningún objetivo al que no pudiera disparar. Podía acertar a una manzana en la mano de un amigo a mil pasos de distancia… ¡después de que la hubiera lanzado al aire! Era una leyenda, era el Arquero, y lo habría sacrificado todo para salvarla.

Aun así, mientras pensaba aquellas palabras, bajó la mirada y vio que ya estaba preparando una flecha, listo para disparar a la muchacha a la que amaba tan pronto como saliera de su cabaña.

El arquero tiró el arco y partió la flecha en su rodilla, deseando que fuera tan fácil romper aquella maliciosa maldición. Le habían dicho que solo se desvanecería cuando matara a la joven. El único modo de salvarla sería mantenerse alejado de ella, pero no quería creer que

estuvieran condenados a no estar juntos. Tenía que haber un… o… el…

El sueño se disolvió, como gotas de lluvia lavando la tiza de los vendedores ambulantes sobre la acera. Evangeline intentó aferrarse a él. Intentó descubrir cómo

terminaba. Pero cuanto más se esforzaba por permanecer en el sueño, más se disipaba este, hasta que no pudo recordar qué había estado soñando.

Cuando despertó, le dolía todo. Ya no había brazos que la sostuvieran, ni calientes ni fríos. Estaba tumbada sobre su espalda y le ardía y dolía cada centímetro de su cuerpo, a pesar de la blandura de la cama en la que la habían dejado. Abrió los ojos lentamente, parpadeando, adaptándose a la luz. Era apenas suficiente para que viera unos gruesos barrotes de hierro, como los de una jaula, cruzándose sobre ella.

Se incorporó de golpe.

La herida de su hombro gritó de dolor y se dejó caer de nuevo, sin gracia, sobre el colchón.

—Bienvenida de nuevo, princesa. —La voz era tan suave como el terciopelo, y Evangeline no tardó mucho en identificar su fuente.

Caos, el vampiro y señor de los Espías y Asesinos, estaba apoyado despreocupadamente en uno de los oscuros postes de la cama, con la tranquilidad de un ser que nada tiene que temer.

Evangeline intentó reunir un poco de valentía, pero se sintió paralizada de inmediato. Ahora sabía por qué había barrotes sobre su cama. Estaba en el castillo subterráneo de Caos.

Solo había estado allí una vez, pero recordaba vívidamente las jaulas de tamaño humano que colgaban entre la elegancia clásica de aquellos muros. Se estremeció al pensar en la razón por la que podía estar allí.

Repasó frenéticamente sus recuerdos. Las últimas horas estaban borrosas, hasta que llegó al momento justo antes de desmayarse. Estaba en el interior de Wolf Hall, sangrando por todas partes, y Jacks

dijo su nombre: *Evangeline*, no *Pequeño Zorrillo*.

Después le dijo que lo sentía. ¿Aquella era la razón? ¿Se disculpó porque iba a entregársela a Caos?

—¿Soy una prisionera? —le preguntó.

—Puedes marcharte cuando quieras —le dijo Caos—. Pero dudo de que llegues muy lejos con esa pierna herida. —Señaló con la cabeza su muslo dañado.

El rostro del vampiro era ilegible debido al yelmo de bronce maldito que llevaba.

Rodeaba su frente y su mandíbula, cubriendo su boca para que no pudiera morder. Y, aun así, en aquel castillo no se sentía segura.

Apretó los dientes y buscó una vía de escape en la habitación. Era del tamaño de sus aposentos en Wolf Hall, con una chimenea llena de velas, sofás de terciopelo oscuro para sentarse y una cómoda para la ropa y las joyas. También había una enorme puerta redondeada, pero estaba en el extremo opuesto, una distancia que le parecía insuperable con su pierna herida. Sin embargo, no podía quedarse en aquella cama.

Tenía que salir de allí. Necesitaba descubrir por qué la había atacado Apollo.

No creía que hubiera querido hacerle daño. Ahora lo veía más claro. Su rostro le había parecido dolorido, angustiado. Le había pedido que huyera. Había intentado salvarla antes de tratar de matarla. Tenía que descubrir por qué.

Empezó a apartar las sábanas, pero se detuvo al darse cuenta de que le habían quitado la ropa. Estaba prácticamente desnuda. Por instinto, agarró las sábanas con fuerza. Ni siquiera quería pensar en quién la habría desvestido. No llevaba nada más que una fina combinación corta de seda y las vendas tejidas que rodeaban su hombro y su muslo herido.

No podía salir de la cama así. Era posible que Caos no pudiera morder, pero si estaban en su guarida, otros vampiros podrían… Y seguramente lo harían. Ir por ahí con un retal de seda le parecía una provocación.

—Si de verdad puedo marcharme, me gustaría que me trajeras algo de

ropa y zapatos —le dijo.

Caos se rio levemente, un sonido engañosamente joven. Parecía apenas unos años mayor que ella, pero Jacks le había contado que Caos era tan viejo como el Norte.

—Puede que haya exagerado al decir que podías marcharte cuando quisieras.

La puerta redondeada se abrió con un gruñido que traicionaba su antigüedad.

Después, en silencio, entró Jacks.

Sus ojos colisionaron desde extremos opuestos de la habitación. La mirada de Jacks bajó lentamente hasta las sábanas que Evangeline sostenía sobre su casi inexistente

combinación. Pero después, antes siquiera de que le diera tiempo a sonrojarse, él apartó la mirada.

Evangeline sintió una extraña punzada de decepción mientras Jacks comenzaba a lanzar al aire la brillante manzana negra que tenía en la mano.

Su capa había desaparecido. Recordaba que la había llevado en brazos, pero no había sangre en el pálido gris de su jubón.

—¿Le has contado las buenas noticias? —preguntó Jacks alegremente.

—Todavía no —contestó Caos.

Evangeline dividió una mirada entre ellos. *Perpleja* ni siquiera comenzaba a describir cómo se sentía. Jacks despreciaba a los vampiros… O al menos eso había pensado. La última vez que había estado allí con él, parecía odiarlo todo. Sin embargo, ahora parecía totalmente relajado, y la despreocupación con la que hablaba con Caos hacía que pareciera que eran casi amigos.

—¿Qué está pasando? —le preguntó Evangeline.

Pero, mientras hacía la pregunta, las piezas encajaron. Jacks le había dicho que, si no accedía a abrir el arco antes de que terminara el día, empezaría a odiarlo de verdad.

Aquella debía ser la razón. Jacks estaba trabajando con Caos.

Evangeline recordó su conversación con Luc, que le reveló que fue Caos quien lo ayudó a apoderarse del trono. Sería inusual que Jacks estuviera involucrado en aquel ardid. Pero después de descubrir que Luc era el heredero, lo primero en lo que pensó fue en que tenía que despertar a Apollo. Quizá, si hubiera tenido más tiempo, habría recurrido a Jacks.

Le seguía pareciendo extremo, pero Jacks estaba dispuesto a ir muy lejos para conseguir lo que quería.

—Parece confundida —dijo Caos.

Jacks dejó de lanzar su manzana y se giró hacia Evangeline.

—Tu marido casi te mató. Gracias a él, tienes el hombro destrozado y una pierna gravemente herida. Con métodos humanos, tu hombro tardaría semanas en sanar. Tu

pierna todavía más, y seguramente no volvería a ser la misma. También podrías morir debido a una infección. Pero Caos se ha ofrecido amablemente a ayudar en el proceso de curación.

Una vampira de cabello oscuro y labios rojos entró en la habitación y se acercó a la cama. La mujer le mostró los colmillos y Evangeline agarró las sábanas con fuerza, comprendiendo.

—¡No!

Había dos tipos de mordeduras vampíricas: una que permitía a los vampiros alimentarse, y otra que infectaba a su presa con veneno de vampiro. La toxina de los vampiros tenía propiedades curativas impresionantes, pero también el potencial de convertir a la persona infectada en un vampiro. Que te mordieran no significaba que fueras a cambiar; cualquier humano infectado con veneno tenía que beber sangre humana antes del alba para transformarse en un vampiro.

Pero Evangeline había visto lo que el veneno de vampiro hacía a los humanos, cómo los volvía lo bastante desesperados para romper jaulas y cerraduras solo por un mordisco. Ella no deseaba ser un vampiro, pero ¿y si eso cambiaba cuando la infectaran?

—Deberíamos comenzar —dijo Caos—. Esto no será fácil, pero tenemos grilletes para contenerte.

El vampiro señaló la pared. Entre unas cortinas de terciopelo, Evangeline vio dos pares de cadenas con esposas.

—O, si lo prefieres, podríamos meterte en una jaula.

—No. No quiero nada de esto. —Evangeline negó vehementemente con la cabeza.

Miró a Jacks con una súplica—. Dejad que me cure sola.

Jacks mordió despreocupadamente su manzana y se giró hacia Caos.

—Creo que deberías usar la jaula.

Tan pronto como Jacks dijo la palabra, Caos echó mano a una palanca incrustada en la pared. Las rejas cayeron de inmediato alrededor de su cama, atrapándola en el interior.

—¡No! —Había ocurrido tan rápido que ni siquiera supo que había gritado hasta que oyó su voz resonando en la habitación.

Se aferró a los barrotes de acero, pero fue un error. Caos le sujetó la muñeca a través de las rejas.

—Te estoy haciendo un favor.

Sosteniéndola con fuerza, ofreció su brazo a la mujer vampiro.

Evangeline forcejeó y gritó de nuevo.

Vio un destello de dientes, y después sintió cómo se hundían dolorosamente en su muñeca.

Todo ardió durante un abrupto momento. Evangeline se derrumbó sobre la cama.

Después… el dolor se disolvió. No solo el del mordisco sino el de sus heridas, que sanaron casi de inmediato.

Parpadeó, y fue como si le hubieran quitado un velo de los ojos.

Cuando despertó la primera vez, la habitación estaba en penumbras…

Era un dormitorio de humo y sombras. Pero en ese momento destellaba bajo la resplandeciente luz de las velas. Era el brillo más bonito que había visto nunca. Todo en la habitación parecía rutilar: los marcos dorados de los retratos, las pulidas patas de la mesa, incluso los horribles grilletes de la pared.

Después estaba la cama, que parecía más lujosa. Su almohada, el colchón, las sábanas que rodeaban su cuerpo eran mucho más suaves que antes. Eran de seda blanca, y Evangeline habría jurado que podía oler su color: fresco y limpio y luminoso, como la luz del sol atravesando una ventana abierta después de una llovizna.

Crac.

Jacks le dio un bocado a la manzana, atrayendo su atención hacia los pies de la cama, donde se había detenido como un eterno desamor. Su piel pálida resplandecía tenuemente, sus ojos brillaban como estrellas robadas, su cabello era de oro hilado y las crueles llanuras de su rostro parecían llenarla de un anhelo tan profundo que dolía.

Se preguntó si Jacks siempre tenía aquel aspecto y sus ojos humanos eran incapaces de asimilarlo, o si de algún modo atenuaba su apariencia y, ahora que el veneno corría por sus venas, podía verlo como era en realidad a pesar de sus esfuerzos por esconderlo. Solo una mirada prendió fuego a su sangre, y le gustaba cómo ardía.

Intentó inhalar profundamente, pero cuando lo hizo, lo único que pudo oler fue su oscura dulzura, y se preguntó a qué sabría. ¿Estaría frío en su lengua? ¿Su sangre dejaría de arder, su corazón dejaría de correr si rozaba su cuello con sus labios?

Jacks le dio otro bocado a la manzana.

Sus incisivos se alargaron de inmediato. Los empujó con la lengua, intentando hacer retroceder las afiladas puntas y detener el repentino latido en su boca. En realidad, no quería morderlo: su sangre era bastante humana y, si lo mordía, cambiaría. Pero solo pensar en las palabras *morder* y *Jacks* envió un escalofrío a su interior que no fue totalmente desagradable.

—Cuidado —dijo Jacks, despacio—. Ahora mismo no me estás mirando como si me odiaras.

—Te odio —replicó. Pero su voz sonó totalmente deformada, ronca y jadeante y…

hambrienta.

Se clavó los colmillos en el labio, lo bastante fuerte para hacerse sangre.

Los ojos de Jacks se detuvieron en la gota.

Algo inescrutable atravesó su rostro perfecto. Y después su voz sonó en su cabeza.

No olvides qué ocurrirá si esta noche se tuerce. No quieres convertirte en uno de ellos.

Los pensamientos de Jacks estaban cargados de desdén. Aunque ahora fuera amigo de Caos, parecía que al Príncipe de Corazones seguían sin gustarle los vampiros.

Tiró su manzana negra al suelo y caminó hacia la puerta redondeada.

—¡No te vayas! —gruñó Evangeline. Las palabras abandonaron su boca antes de que pudiera detenerlas. Sabía que era mejor que se fuera; sin sangre, no podría convertirse en un vampiro. Pero no podía concebir que fuera a marcharse sin más.

Cuando la toxina vampírica infectó a Jacks, ella se mantuvo toda la noche a su lado para asegurarse de que no mordiera a un humano y cambiara. Pero él apenas le había dedicado unos minutos.

Agarró los barrotes de su jaula con fuerza suficiente para abollarlos. Después, horrorizada, se apartó. Ni siquiera se había dado cuenta de que se había movido.

Incluso después de soltar los barrotes, seguía teniendo las manos cerradas en unos puños de nudillos blancos, como si su cuerpo todavía quisiera liberarse.

En un destello, Caos apareció ante ella y se inclinó hacia los barrotes que sus manos todavía querían agarrar.

—Los vampiros necesitan tiempo para aprender a controlarse —le dijo —. Parte de la razón por la que nos movemos tan rápido es porque nuestras formas físicas están impulsadas por instintos que los humanos no tienen.

Como Jacks, el vampiro parecía peligrosamente inmortal. Antes no se había fijado en su ropa, pero ahora veía que, por una vez, Caos no iba

vestido de soldado. Llevaba pantalones de vestir negros, una elegante camisa negra y su casco de bronce maldito, que tenía unos detallados grabados de los que no se había percatado. Las picas que sobresalían sobre sus pómulos estaban cubiertas de diminutas espinas que señalaban a sus hipnóticos ojos.

Normalmente intentaba evitarlos; los vampiros entendían el contacto visual directo como una invitación para morder o un modo de controlar. Pero, justo en ese momento, Evangeline no tenía control de sí misma. Era justo como Caos había dicho: sus pensamientos se convertían en movimiento. Pensó en sus ojos, y de repente sus miradas se encontraron.

Pero los ojos de Caos no eran como los recordaba. Habría jurado que eran verde esmeralda, pero ahora parecían una sombra pura. Eran oscuros y eternos, y devoradores. No era como mirar un par de ojos inmortales; era como mirar a la Muerte.

Caos es un asesino, le había dicho LaLa una vez. Y Evangeline lo veía ahora en su mirada. Su yelmo evitaba que mordiera, pero no que matara.

Evangeline intentó retroceder y de inmediato notó que su columna golpeaba el otro extremo de la jaula.

Caos se rio, con una voz grave y más sedosa de lo que la recordaba.

—Yo no soy un peligro para ti, princesa. De hecho, estoy aquí para asegurarme de que esta noche no te ocurra nada.

Evangeline captó entonces el aroma de las manzanas, dulces y frías. Era la fruta que Jacks había tirado al suelo. Se había marchado de la habitación, pero solo pensar en él llevó un nuevo y exquisito dolor a su boca, un ardor que sabía en su alma que solo podía detener una cosa…

—Estás gruñendo —le advirtió Caos.

Evangeline rodeó los barrotes de la jaula con las manos, los que estaban justo delante de Caos. Una vez más, ni siquiera recordaba haberse movido hacia la cama.

Pero esta vez no soltó los barrotes. Presionar las manos contra el metal (sentir cómo su fuerza lo abollaba) la ayudó a apartar la mente de la palpitación de su boca y del dolor de sus encías mientras sus colmillos crecían de nuevo.

—Cuidado.

Caos cerró sus manos sobre las de Evangeline. Podría haberle roto los dedos con su poderosa mano de no haber sido por el veneno que corría por sus venas. Pero eso no significaba que no le doliera.

—Suéltame. —Evangeline forcejeó, procurando liberarse, hasta que su respiración se volvió resollante.

Mientras, Caos ni siquiera parpadeó. Si acaso, en su mirada sombría ardía algo parecido a la excitación al tiempo que le apretaba los dedos todavía más fuerte.

—Podría quedarme así toda la noche, princesa.

El instinto de Evangeline asumió el control. Caos era más fuerte, pero eso no significaba que poseyera todo el poder.

El labio le había dejado de sangrar, pero después de otro mordisco con los dientes, sangró de nuevo. Se inclinó hacia adelante, presionó la boca contra la jaula y dijo:

—Por favor, ábrete.

Los barrotes se elevaron de inmediato.

Un destello de sorpresa iluminó los ojos muertos de Caos.

Evangeline sintió una oleada de victoria justo antes de que él la inmovilizara contra la cama con toda la fuerza de su cuerpo.

El aire abandonó sus pulmones mientras luchaba en vano contra él. Era muy pesado y lo sentía arder. Y habría jurado que se volvía aún más abrasador cuanto más luchaba ella. No obstante, no podía dejar de luchar. No sabía si era el veneno o solo su instinto humano reaccionando al hecho de estar inmovilizada en una cama por la encarnación de la Muerte.

Intentó tirar de su yelmo, pero Caos le agarró las muñecas sin esfuerzo y le sujetó los brazos sobre la cabeza.

—¿Por qué haces esto? —resolló.

—Jacks me pidió que siguieras siendo humana.

—¡No necesito tu ayuda con eso! No deseo cambiar.

—Pero no tienes el control de tu cuerpo.

—Porque tú estás encima de él.

Caos levantó parte de su peso, aunque sus manos seguían sujetándole las muñecas y sus piernas presionaban con firmeza las suyas.

Vagamente, sabía que aquello era lo mejor. Él tenía razón: no tenía todo el control, pero nunca se había sentido más atrapada en su vida. Creía haber estado incómoda en el interior de la jaula, pero ahora era aún peor. Con Caos encima, no era solo su boca lo que ardía: todo su cuerpo estaba en llamas. Tenía la piel sonrosada y el corazón desbocado, y el calor que desprendía Caos solo lo empeoraba.

Pensó en Jacks y en cómo su piel fría la aliviaría de inmediato. Recordó cómo la había tocado la noche que pasaron en la cripta: su boca en su cuello, su pecho presionado contra el de ella. No la había mordido; solo la había tocado. Eso era lo único que ella quería.

—A Jacks no le importará que me dejes marchar —insistió—. Mientras siga siendo una llave capaz de abrir cosas, le dará igual.

—Te equivocas en eso, princesa. Jacks no quiere esta vida para ti.

Caos la miró a los ojos de nuevo. Había llamas mezclándose con las sombras de su mirada muerta.

Evangeline dejó de forcejear. Por un instante, deseó creer al vampiro. Le gustaba la idea de que a Jacks le importara lo que le pudiera ocurrir. Pero era mucho más probable que Jacks solo intentara manipularla haciéndola pensar que se preocupaba por ella.

—¿Te ha pedido Jacks que me dijeras eso?

—Jacks no controla mis palabras.

—Pero te pidió que te aseguraras de que siguiera siendo humana. —Intentó darle otra patada.

Caos volvió a presionarla con toda la fuerza de su peso.

—Hago esto por lealtad hacia Jacks. Pero esa no es la única razón por la que estoy aquí.

—Entonces, ¿cuál es la otra razón? —lo provocó.

—Me decepciona que tengas que preguntarlo.

Caos ladeó la cabeza. La mandíbula de bronce de su yelmo rozó la mejilla de Evangeline, abrasándole la piel.

El sudor le perló la frente cuando las palabras que había visto antes, las que estaban inscritas en el casco, empezaron a refulgir. La escritura estaba en una antigua lengua que ya había visto alguna vez, una que reconoció pero no consiguió descifrar: *la lengua de los Valor*.

—¿Qué dice? —le preguntó.

—Es la maldición que evita que me quite el yelmo.

Y quiere quitárselo. No era de extrañar que estuviera tan ardiente… tan hambriento.

No sabía cuánto tiempo hacía que el casco evitaba que se alimentara, pero suponía que vivir sin sangre debía ser una agonía para un vampiro. Ella solo llevaba un breve periodo infectada con el veneno y ya se estaba volviendo loca.

—Déjame adivinar: quieres que use mi sangre para despojarte del yelmo.

Él emitió un sonido demasiado roto para ser considerado una carcajada.

—Tu sangre, por desgracia, no es capaz de romper esta maldición. Pero… todas las maldiciones tienen… una puerta trasera.

Caos dijo las últimas palabras con voz entrecortada, como si pretendiera decir otra cosa pero las palabras se hubieran deformado mágicamente.

Esto hizo que Evangeline recordara el momento en el que la maldición de las historias evitó que LaLa le contara lo que creía que contenía el Arco Valory.

De repente, supo qué quería Caos. Quería lo mismo que Jacks. Esa era la razón por la que estaban trabajando juntos.

—Quieres que abra el arco. ¿Crees que el Valory contiene la llave para abrir tu yelmo maldito?

—No lo creo. Lo sé —dijo Caos, y algo parecido al dolor se filtró en su voz. Tomó aliento profundamente y su pecho se movió contra el de Evangeline, calentando violentamente su piel.

—¿Qué demonios estáis haciendo? —gruñó Jacks.

Evangeline, con un hililllo de sudor bajando por su mejilla, se giró hacia su voz y lo descubrió en la puerta. Una vena latía furiosamente a lo largo de la línea de su cuello de mármol pulido. Su piel parecía muy fría, mientras que ella se estaba quemando. Lo único que quería era presionar la boca contra su garganta, y quizá lamerla solo una vez.

Su sangre se aceleró al pensarlo y sus colmillos comenzaron a alargarse.

—¡Jacks, sal de aquí! —le ordenó Caos—. A menos que hayas cambiado de idea y quieras que se convierta en un vampiro.

Caos le agarró con fuerza las muñecas, presionándolas (y también a ella) con firmeza contra la cama. Evangeline se retorció; estaba aplastándola de nuevo con todo el peso de su cuerpo.

Algo crujió sonoramente en la entrada.

Sus ojos volvieron hacia Jacks, que había dado un puñetazo al ahora astillado borde de la puerta. ¿Había hecho eso con sus manos?

Sin duda parecía bastante enfadado. El azul plateado de sus ojos se volvió oscuro como la medianoche mientras la veía forcejear con Caos.

Evangeline era un poco consciente de que debía dejar de luchar. Si se liberaba de Caos y conseguía morder a Jacks, la vida que tenía (la vida que quería mantener) acabaría. Pero lo deseaba. Quería que Jacks la detuviera. Quería que le quitara a Caos de encima y que fuera él quien la inmovilizara contra la cama.

Tomó una ronca inspiración y su mirada colisionó con la de Jacks una vez más.

Él se frotó la mandíbula con la mano. Gracias a sus sentidos ampliados, Evangeline la oyó tensándose bajo su palma. Después oyó el chirrido de las botas de Jacks cuando se giró bruscamente y desapareció por el pasillo.

Evangeline sintió el instante en el que el alba llegó. Sus extremidades, que antes le habían parecido muy fuertes, estaban de repente demasiado débiles para moverlas. Se había convertido de nuevo en una chica, con sentidos ordinarios e incisivos normales y una profunda sensación de desconsuelo, tumbada bajo el cuerpo de Caos, insoportablemente consciente de cómo se le había subido la combinación hasta las caderas.

Una oleada de mortificación la inundó al pensar en cómo se había comportado aquella noche… y en que Jacks también la había visto así.

Había tenido tanto calor que no se había dado cuenta de lo expuesta que estaba, pero cuando Caos le soltó las muñecas y se levantó de la cama, notó el aire frío deslizándose sobre su piel.

Mantuvo los ojos cerrados con fuerza e intentó relajar su respiración. Era infantil fingir que dormía, pero no quería enfrentarse a él… Ni a nadie, en realidad. La noche anterior no había sido ella misma.

Notó que Caos se detenía ante ella, observándola por una razón que no estaba segura de querer conocer. Después sintió su mano bajándole la combinación hasta que le cubrió las rodillas.

Se le erizó la piel. Se quedó muy quieta, hasta que por fin oyó que Caos se había marchado. Intentó abrir los ojos, pero solo encontró la fuerza para pestañear. Ahora que el veneno había desaparecido, no era solo humana: estaba totalmente agotada.

Recordó que Jacks se había encontrado igual después de haberse infectado con el veneno vampírico. Había creído que exageraba, cuando se acurrucaba sobre las tumbas y se derrumbaba delante de las puertas. Pero ahora la impresionaba que hubiera conseguido moverse.

No sabía cuánto había dormido. Cuando se restregó el sueño de los ojos y se atrevió a salir de la cama con sus piernas temblorosas, supuso que quizás había pasado un día entero.

Le rugía el estómago y tenía la garganta seca. Se sintió agradecida cuando descubrió que alguien le había dejado algunas cosas: una bandeja llena de comida, un vestido y una tina de cobre para lavarse. El agua estaba fría, pero se alegró de poder quitarse la sangre y la suciedad del cuerpo y del cabello.

Cuando estuvo limpia, comió tanto como pudo. Había pan de miga,

queso fuerte, lonchas de fiambre y su mermelada de higo favorita. Pero con tantas ideas girando en su cabeza, le fue difícil disfrutar de la comida.

Tan pronto como le inocularon el veneno, dejó de pensar en Apollo. En ese momento se preguntó si le habrían curado las heridas o si seguiría herido. Esperaba que estuviera bien, a salvo en alguna parte. Seguía sin creer que él fuera culpable de aquello.

Alguien debió haberlo obligado.

Tenía que descubrir quién y por qué. Comenzaría regresando a Wolf Hall e interrogando a Havelock. La última vez que lo vio, tenía noticias. Había supuesto que era que Apollo estaba despierto, pero el guardia parecía alarmado en lugar de aliviado.

Quizá supiera algo.

Se sentía un poco nerviosa ante la idea de regresar a Wolf Hall sola, pero de ninguna manera iba a quedarse allí con Jacks y con Caos.

Volvió a preguntarse si habría sido Jacks quien, de algún modo, había obligado a Apollo a dispararle una flecha. Pero Jacks la necesitaba viva. Él no haría aquello… Al menos no lo creía. Lo único que sabía con seguridad era que no podía fiarse de él, otra razón por la que tenía que salir de allí tan pronto como le fuera posible.

Evangeline examinó el vestido que le habían preparado. El diseño, con volantes y flores, era tan bonito como un amanecer, pero más parecido a un vestido de fiesta que a uno adecuado. Ceñido y ligero, tenía las mangas abullonadas, los hombros caídos y un escote tan pronunciado que prácticamente estaría suplicando a todos los vampiros cercanos que la mordieran.

No le sorprendió encontrar a un vampiro haciendo guardia al otro lado de la puerta de su dormitorio: la vampira de labios rojos que la había mordido la noche anterior.

—¿Podrías indicarme dónde está la salida? —le preguntó educadamente.

La mujer miró a Evangeline como si fuera una niña y no le gustasen demasiado tales criaturas.

—No te está permitido…

—No lo digas —la interrumpió Evangeline. Sabía que aquella vampira podría romperle el cuello solo con los dedos, pero también sabía que Caos no solo la necesitaba viva, sino *dispuesta* a abrir el Arco Valory, así que dudaba de que a ningún guardia se le permitiera romperle algo —. Si me dices que no puedo marcharme, voy a enfadarme mucho con Caos, y después él estará muy enfadado contigo. Así que evitemos todos los enfados. Deja que me vaya, y dime por favor dónde está la salida.

La mujer se apartó con una sonrisa arrogante, dejando claro que permitía que se marchara pero que no le diría cómo salir de allí.

Le parecía bien. Evangeline había estado allí antes, y estaba segura de que conseguiría encontrar la salida sola. La última vez, en su visita con Jacks, escaparon subiendo unas escaleras que conducían al cementerio.

Valerosamente, Evangeline subió cada escalera que encontró. Había montones de jaulas vacías y grilletes, y más de una vez echó a correr tras oír pasos. Estaba sin aliento y un poco nerviosa cuando llegó a lo que esperaba que fuera el salón de la planta superior.

Allí no había grilletes ni jaulas, solo decoraciones engañosamente sofisticadas: candelabros de oro, asientos de terciopelo, cortinas translúcidas. Después, por fin, encontró una puerta cerrada de pesado metal.

Buscó su daga, pero por supuesto no la llevaba encima. No la habían dejado junto al vestido. Debió haberla perdido la noche del jardín, lo que era bueno. No le habría gustado que Jacks la encontrara y se diera cuenta de que había conservado su viejo cuchillo.

Afortunadamente, a Caos le gustaba decorar con armas, así que le fue fácil conseguir otro cuchillo con el que pincharse el dedo.

Rápidamente, antes de que algún vampiro pudiera captar el olor de su sangre, ofreció a la puerta un par de gotas. Aunque no quería ser una llave o parte de una profecía, no podía negar que disfrutaba de las ventajas que conllevaba. Se sintió poderosa cuando dijo: «Por favor, ábrete» y la puerta obedeció de inmediato.

La libertad sabía fría.

El mundo era tan oscuro como los secretos guardados y deseó haberse apropiado de una capa antes de marcharse. Al despertar en su habitación sin ventanas, había asumido que era de día, pero en

realidad era de noche. Y no era el tipo de noche que parecía pensada para vestidos ligeros como un susurro y delicadas zapatillas de seda.

La nieve debió fundirse mientras estaba en la mansión, porque cuando entró en el cementerio que se extendía sobre el reino subterráneo de Caos solo había ramitas y tierra bajo sus pies.

En el cementerio había más árboles de lo que recordaba; sus copas desnudas sofocaban la luz de la luna y lo emborronaban todo mientras intentaba recordar el camino hacia Valorfell.

Dudó por un segundo. Ahora que estaba fuera y se sentía un poco perdida en la noche, le era más fácil temer que aquello fuera un error. Puede que volver a Wolf Hall no fuera lo más prudente, pero la otra opción era regresar con Jacks y con Caos.

Tras una inhalación tan fría que le quemó los pulmones, Evangeline siguió caminando. Creyó ver el mausoleo donde había pasado la noche con Jacks. Por un segundo, sintió un nuevo escalofrío atravesando sus hombros ante el recuerdo. Cuando la sensación hormigueante bajó hasta su muñeca y la cicatriz del corazón roto, temió que eso significara que Jacks estaba allí. Pero, cuando echó un vistazo a su alrededor, el bosque estaba vacío. Solo había árboles. Demasiados árboles.

No recordaba que el bosque fuera tan denso. Los árboles estaban tan cerca como cerillas en una caja. Se giró, pero debió hacerlo en la dirección contraria, porque se descubrió al borde de un acantilado, mirando el espumoso océano.

Se rodeó el pecho con los brazos y volvió a girar en la dirección por la que había venido. El aire se estaba enfriando e intentó calentarse acelerando el paso. Sonaban más fuertes de lo que le habría gustado, tan ruidosos que tardó un minuto en darse cuenta de que había otro sonido en el bosque.

Plof. Plof. Plof.

El pesado sonido era más animal que humano. Sonaba como un caballo perdido entre las tumbas.

Evangeline se detuvo, recordando la última vez que había oído los cascos de un caballo.

Con cautela, retrocedió un paso hacia la sombra de los árboles.

Después dio otro paso. Habría jurado que no había emitido ningún sonido, pero un segundo después el caballo apareció ante su vista, junto a su jinete. Tenía los hombros anchos y la espalda recta, y aunque no podía verle la cara con claridad, sabía que se trataba de Apollo.

Parecía totalmente curado. Era un joven fuerte y saludable, y Evangeline sintió una extraña e imposible atracción hacia él, a la que intentó resistirse mientras lo observaba desde las sombras.

El modo en el que su caballo se movía, avanzando con lentitud, le dejó claro que no iba a pasar de largo. Estaba buscando algo.

A ella.

Lo supo en su alma. Pero ¿cómo sabía que estaba allí?

—Evangeline… —Dijo su nombre como una súplica que la tentó a responder, pero se obligó a mantenerse inmóvil—. Si estás aquí, tienes que marcharte —le pidió, más ronco que antes—. Si te marchas ahora, no te perseguiré; en este momento tengo el control de mí mismo, pero no sé cuánto durará. —Tomó aliento, entrecortado—. No quiero herirte, pero me pasa algo. Encontrarte… —Se atragantó—. Solo puedo pensar en cazarte.

Las nubes se apartaron de la luna y Evangeline captó otro atisbo del rostro de Apollo entre los árboles. Su expresión estaba marcada por algo parecido a la aflicción, algo tan crudo que la joven lo sintió como una herida real. Quería ser optimista y decirse que todo iría bien; si había despertado del hechizo de Apollo, el príncipe conseguiría luchar contra lo que fuera que lo poseyera ahora, pero no sabía qué estaba ocurriendo. Y ambos empezaban a sentirse condenados.

Evangeline intentó contener el aliento, pero lo vio escabulléndose en ralas vaharadas blancas que esperaba que no la delataran.

—No sé con seguridad si estás aquí, si esa es la atracción que siento ahora mismo.

Pero, si me estás escuchando, ayúdame, Evangeline. —Su voz se suavizó al decir su nombre, antes de sonar rota de nuevo—. Encontraré un modo de romper este hechizo que me obliga a cazarte, y te prometo que no haré más que protegerte.

El príncipe echó mano al carcaj de su espalda y sacó una flecha dorada. Destelló bajo la luz de la luna, titilando con el temblor de sus

dedos. Evangeline trató de quedarse muy quieta. Estaba claro que Apollo estaba luchando contra lo que intentaba controlarlo.

O contra *quien* intentaba controlarlo.

Había desechado rápidamente la idea de que aquello fuera cosa de Jacks. Pero no lo había descartado por completo, y en ese momento, mientras se estremecía en el oscuro bosque, de nuevo se preguntó si no habría sido él quien había orquestado todo para asegurarse de que no tuviera a nadie a quien recurrir excepto…

Una mano le cubrió la boca y un poderoso brazo le rodeó los brazos y el pecho.

No hagas ruido, Pequeño Zorrillo.

Jacks volvió a tirar de ella hacia el bosque, levantando sus pies del suelo mientras la alejaba de Apollo.

¡ *Suéltame*!, pensó Evangeline, furiosa. Que Apollo fuera un peligro para ella no significaba que estuviera segura con Jacks. Se le cayeron las zapatillas mientras se retorcía en sus brazos.

¿ *Ya no te interesa morderme*?, se burló Jacks en su cabeza.

A Evangeline se le calentaron las mejillas de repente, pero no dejó que eso la distrajera y le dio un cabezazo a Jacks en la cara.

El Destino dejó de controlarla un instante, pero después la abrazó de nuevo, presionándola con mayor firmeza contra su pecho.

Deja de forcejear conmigo o te matará, le envió Jacks con el pensamiento. Usó la mano que tenía sobre su boca para que ella girara la cabeza mientras Apollo cabalgaba a través de un claro de distante luz de luna. Parecía un cuento de hadas hecho realidad, una silueta apuesta… Hasta que se atisbaba la luz de sus ojos, ahora de un rojo brillante: el mismo y terrible color que tenían la última vez que la atacó.

Evangeline dejó de luchar. Sabía que no estaba a salvo en los brazos de Jacks, pero en aquel momento parecía el menor de dos males aterradores. ¿ *Qué le has hecho*?

¿ *Crees que esto es cosa mía*?, pensó Jacks. Evangeline sentía los latidos acelerados de su corazón en su espalda, una lívida sinfonía para sus palabras furiosas.

No te hagas el ofendido, replicó en su mente. *Me has dicho repetidas veces que eres un monstruo, y me advertiste que, si no hacía lo que querías, te odiaría de verdad.*

Jacks la aplastó contra su pecho, y esta vez sus palabras no sonaron solo en sus pensamientos.

—Ya te he dicho que debes estar viva para odiarme. Yo no he hechizado a tu marido para que te diera caza. Le lancé un cuchillo al hombro para evitar que te disparara.

Podría mentirte y decir que no me acordé de la maldición espejo, pero sabía muy bien que cualquier herida que le causara también la sufrirías tú. En ese momento, solo pensé que una puñalada sería preferible a la muerte.

Jacks la soltó con brusquedad.

Evangeline se tambaleó hacia adelante. Él le agarró el brazo, ayudándola a recuperar el equilibrio, pero después la soltó con rapidez.

—Esta maldición no es cosa mía, pero sé qué tipo de hechizo es —gruñó Jacks—. Y

creo que tú también lo sabes.

Evangeline volvió a mirar a Apollo y, esta vez, no solo vio sus ojos rojos, sino su imagen completa: a caballo, con el arco en una mano y el carcaj a la espalda, determinación tensando su mandíbula. Volvía a estar vestido como el arquero de su cuento favorito de la infancia.

A Evangeline siempre le había gustado *La balada del arquero y el zorro* porque ella también era un zorro, aunque de un tipo muy distinto al de la chica de la historia ya que Fox solo era su apellido. Pero seguía siendo un zorro, y de repente supo por qué la perseguía Apollo.

—Apollo es el arquero —exhaló.

—No —dijo Jacks con brusquedad—. Apollo no es el arquero, pero parece que alguien ha resucitado su maldición para usarla con él. Por eso intenta matarte, y seguirá intentándolo hasta que lo consiga. Alguien te quiere muerta, y te juro, Pequeño Zorrillo, que ese alguien no soy yo. Pero, si no me crees, puedes seguir paseando por el bosque.

Sobre el torrente de su sangre corriendo hasta sus oídos, Evangeline podía oír una vocecita diciéndole que estaba a punto de cometer un error. Pero ¿cuál sería el error, confiar en Jacks o huir de él?

Sabes que tengo razón, Pequeño Zorrillo.

¿Y ella la tenía?

Se sentía muy tentada a creer en Jacks. Sabía que él no la quería muerta, pero se recordó que Jacks ya la había engañado antes. Y aunque Jacks no tuviera nada que ver

con aquello, se había prometido que jamás volvería a confiar en él, después de todo lo que había hecho.

Dio un paso hacia los árboles, alejándose de Apollo y de Jacks.

Los ojos de Jacks destellaron. Parecía querer detenerla, pero se quedó allí, con los puños cerrados con fuerza.

Aunque era doloroso caminar sin zapatillas, Evangeline siguió alejándose de ambos jóvenes. Continuó caminando a través del denso bosque del cementerio, donde solo había dragones dormidos, ramitas y…

Crac.

Algo más sonoro que una ramita se rompió bajo su pie.

Todo ocurrió a la vez. No vio a Apollo girándose hacia ella; solo oyó el sonido de su caballo galopando con fiereza en su dirección.

¡ *Corre, Pequeño Zorrillo*!

Pero ella ya estaba corriendo, tan rápido como sus pobres y maltrechos pies se lo permitían, que no era a demasiada velocidad. Oía a Apollo acercándose.

—¡Evangeline! —Su voz era resonante y grave, más parecida a una súplica que a una amenaza.

Evangeline se preguntó si Apollo sabría que matarla también lo mataría a él.

Se detuvo una fracción de segundo y miró sobre su hombro apenas lo suficiente para ver su expresión rota mientras apuntaba una flecha directa a su corazón.

Evangeline corrió más rápido.

La flecha silbó junto a ella, pero la notó arañándole la mejilla.

Y se estaba dirigiendo en la peor dirección, hacia el imperioso acantilado bajo el que las olas rompían furiosas.

—¡Salta! —gritó Jacks. Salió de la nada y de repente estaba a su lado.

—No sé nadar —gimió.

—Entonces agárrate.

Le rodeó la cintura con un fuerte brazo y cayeron juntos.

Evangeline no podía respirar.

Golpeó el agua helada, tan dura como la tierra. Pataleó, por instinto, pero Jacks la sostuvo con fuerza. Sus brazos eran implacables, y tiró de ella hacia la superficie a través del rompiente. El agua salada subió por su nariz, y el frío le llenó las venas.

Estaba tosiendo y escupiendo, apenas capaz de tragar aire, mientras Jacks nadaba hacia la orilla con ella a remolque. La agarraba con fuerza, sacándola del océano como si fuera su vida la que dependiera de ello, y no la de ella.

— *No* te dejaré morir.

Una única gota de agua cayó desde las pestañas de Jacks hasta sus labios. Fue suave como una gota de lluvia, pero la expresión de sus ojos contenía la fuerza de una tormenta.

Debería haber estado demasiado oscuro para ver su expresión, pero la luna creciente parecía más luminosa a cada segundo, delineando las mejillas de Jacks mientras la miraba con demasiada intensidad.

El oleaje del océano parecía silencioso en contraste con los latidos de su corazón. O

quizá fuera el corazón de Jacks.

Jacks respiraba trabajosamente, con la ropa empapada y el cabello caótico sobre su rostro. No obstante, Evangeline supo en ese momento que no solo la llevaría a través de las aguas heladas. Atravesaría el fuego con ella si tuviera que hacerlo, la arrancaría de las garras de la guerra, la sacaría de ciudades derrumbándose y mundos desmoronándose. Y, durante un precario instante, Evangeline comprendió por qué tantas chicas habían muerto por sus labios. Si Jacks no la hubiera traicionado, si no la hubieran acusado de asesinato por su culpa, se habría enamorado un poco de él.

—Suéltame. —Se retorció contra los brazos que la sostenían, negándose a caer bajo su hechizo.

—No te estoy secuestrando —gruñó Jacks—. Las rocas de la orilla te cortarán los pies, y no creo que quieras sangrar cuando regresemos con los vampiros.

—No quiero volver allí —resolló, todavía sin respiración tras haber salido del agua.

—Nadie quiere volver allí. Pero Apollo seguirá persiguiéndote hasta que estés muerta.

Evangeline tomó otra trabajosa inspiración.

—Si es verdad que tú no has hecho esto, ¿no podrías usar tus poderes para detenerlo?

—No. —Jacks la presionó contra su pecho húmedo mientras caminaba con esfuerzo por la playa—. La maldición solo se rompe cuando el arquero mata a su presa. Pero…

—Dudó, y su cabello dorado goteó—. Todas las maldiciones tienen… una puerta trasera. Si abrieras el Arco Valory, el hechizo de Apollo podría deshacerse.

Evangeline entornó los ojos. Las palabras de Jacks eran parecidas a las

que Caos le había dicho, y aun así…

—Eso parece bastante conveniente.

—Entonces sin duda has malinterpretado la situación. —Jacks parecía acalorado—.

El Arco Valory ha permanecido cerrado miles de años porque es casi imposible de abrir.

Si hubiera otro modo de romper la maldición de Apollo y asegurarme de que no murieras, lo haría. Porque, aunque accedieras a abrir al arco, es mucho más probable que Apollo te mate primero. La maldición del arquero no le permitirá descansar hasta que tú hayas muerto.

Evangeline quería seguir discutiendo. Odiaba estar de acuerdo con Jacks, pero también le resultaba cada vez más difícil creer que Jacks la pondría en *tanto* peligro, sobre todo mientras sentía que el corazón de él latía tan furiosamente como el suyo.

Aunque, si Jacks le estaba diciendo la verdad, si él no había hechizado a Apollo esta vez, entonces lo había hecho otra persona.

La idea daba que pensar.

Evangeline recordó a la última persona que había intentado matarla antes de Apollo: Tiberius. Por lo que sabía, estaba encerrado en la Torre, y él no tenía ni idea de que su

hermano estuviera vivo. Aunque dudaba de que hubiera sido él, podría haberlo hecho otro miembro del Protectorado.

Evangeline no sabía demasiado sobre el Protectorado: era una sociedad secreta que la mayoría consideraba una leyenda. Ella solo conocía su existencia porque su objetivo primordial era asegurarse de que el Arco Valory no se abriera nunca, la cual era la razón por la que Tiberius había intentado matarla.

No sabía cuántos miembros tenía el Protectorado. Era posible que hubiera más gente que supiera que ella era la llave. Aunque, si de verdad querían matarla, lo único que habrían tenido que hacer era matar a Apollo tras usar con él la maldición espejo. No tenía mucho sentido que hicieran aquello. A menos que la maldición espejo la hubiera utilizado otra persona, lo que también parecía improbable.

—Tenemos que interrogar a los guardias que vigilaban a Apollo.

—Ya lo he hecho, mientras dormías —le contestó Jacks—. Dicen que nadie lo visitó, además de tú y yo.

—¿Podría haberles borrado alguien la memoria?

La primera en la que Evangeline pensó fue en Marisol, pues sabía que era una bruja.

Pero Marisol no sabía que Apollo estaba vivo.

—Dudo de que les hayan borrado la memoria —dijo Jacks—. Por lo que sabemos, podrían haber usado la maldición antes de que fuera envenenado. Después de aquel baile, hubo muchas chicas que se pusieron celosas y muchos padres que vieron frustradas sus esperanzas.

—¿Crees que eso fue lo que ocurrió? —le preguntó Evangeline, mirándolo.

Seguían cayendo gotas del cabello dorado de Jacks, que captaban la luz de la luna.

Aún después de haber saltado de un acantilado y haberse zambullido en el océano, parecía el rudo personaje de un cuento de hadas: un príncipe caído que se negaba a rendirse.

—No creo que eso importe. Intentar descubrir quién hizo esto es una pérdida de tiempo porque eso no deshará la maldición. No hay cura conocida. El único modo de salvarte, y de salvar a Apollo, es abrir el Arco Valory.

Evangeline examinó el implacable rostro de Jacks un instante más. Aunque era reacia a confiar en él, no podía creer que él hubiera hecho aquello.

—¿Fue Caos quien lanzó esta maldición?

—No —le dijo Jacks—. Caos no haría nada que te pusiera en un peligro real. No puede arriesgarse a perder otra llave.

—¿Acabas de decir *otra* llave?

La boca perfecta de Jacks asumió un gesto oscuramente burlón.

—¿Creías que eras la única?

Evangeline no contestó. Claro que lo había creído.

—Según Caos, la última llave fue la que sobrevivió más tiempo —le dijo Jacks—.

Consiguió recuperar una de las cuatro piedras del arco antes de que el Protectorado le cortara la cabeza.

Todavía fría y temblorosa después de su baño de medianoche, Evangeline se sintió de repente muy mortal, como si el hierro se hubiera transformado en un fino panel de cristal.

Aquella noche, Luc apareció en la cama de Evangeline. El joven estaba tumbado de costado, con el cabello castaño cayendo sobre un ojo mientras sonreía como un chico malo que acaba de entrar a hurtadillas en su primer dormitorio.

—Hola, Eva.

Evangeline intentó apartarse de él, pero tenía las extremidades demasiado cansadas.

Luc le mostró los colmillos, blancos y afilados. Después le perforó la garganta, rasgando la carne para beberse su sangre. Bebió y bebió y bebió, gimiendo de placer mientras ella lloraba de dolor… hasta que un parpadeo la llevó a otro sueño.

Estaba de nuevo en el bosque; las hojas crujían bajo sus dedos descalzos y la niebla cubría como una capa sus hombros desnudos. Ya no le sangraba el cuello, pero se le aceleró el pulso al ver a Apollo sobre una yegua blanca.

—Ojalá no tuviera que hacer esto. —Su voz grave se rompió al extraer su flecha y atravesarle el pecho con ella.

Sintió cómo le perforaba el corazón, cómo lo rompía en dos y su cuerpo se derrumbaba en unos brazos que antes no habían estado allí.

Los brazos de Jacks. Estaban fríos mientras la sostenía en su regazo.

—Te tengo —le dijo. Habló con tanta ternura, tan distinto de cómo solía ser Jacks, que recordó que aquello seguía siendo solo un sueño. Lo que la sorprendió fue lo agradable que era de repente. Lo segura que se sentía al estar cerca de él.

Había ido al Glorioso Norte buscando amor, pero era posible que lo único que quisiera fuera no estar sola, no sentirse desarraigada. No quería ser esa persona que desaparece sin que nadie sepa que se ha ido. Quería ser importante para alguien. Si su corazón se detenía, quería que alguien más lo sintiera… igual que ella podía sentir el corazón de Jacks cuando apoyaba la cabeza en su pecho.

El Príncipe de Corazones le dedicó una sonrisa hermosa y depravada.

—Me decepciona que olvides con tanta facilidad lo que soy.

Entonces la soltó.

Evangeline se despertó sobresaltada.

Abrió los ojos.

Jacks la estaba mirando desde la oscura mesilla de noche donde se había sentado.

Sus largas piernas caían con descuido sobre el borde del mueble mientras jugaba con una manzana y un cuchillo.

—Hablas en sueños —dijo con lentitud—. Has dicho mi nombre… un montón.

Evangeline sintió una oleada de calor reptando por su cuello.

—Sin duda estaba teniendo una pesadilla.

—A mí no me lo pareció, Pequeño Zorrillo, y llevo aquí toda la noche.

Su corazón correteó ante la idea de que él hubiera estado observándola mientras dormía. ¿Por eso había soñado con él?

—No te preocupes, no le diré a tu marido que estás obsesionada conmigo. —Jacks lanzó su manzana blanca y atrapó la fruta con la punta de su daga, una que Evangeline reconoció con otra oleada de mortificación. Era el cuchillo con la empuñadura de joyas azules y púrpuras, el que ella le robó y después perdió.

—Espero que no te importe que lo haya recuperado. —Jacks giró la

daga hasta que las piedras preciosas atraparon la luz de las velas—. Y no te preocupes, tampoco le diré a Apollo que te he descubierto con mi cuchillo. Es mi amigo, después de todo, y no me gustaría que se pusiera celoso.

Evangeline resopló.

—¿Cómo puedes decir que seguís siendo amigos, después de todo lo que has hecho?

—¿Qué he hecho que sea tan malo? —la desafió Jacks.

—Oh, no lo sé. Hechizarlo múltiples veces.

—Todos los príncipes sufren algún hechizo. Un príncipe sin encantamiento sería olvidado por la historia, y créeme cuando te digo que Apollo quiere ser recordado.

Bueno… —Jacks señaló con la cabeza un vestido extendido a los pies de la cama, la misma que la noche anterior había estado rodeada de barrotes—. Deberías vestirte.

Evangeline miró el vestido con el ceño fruncido, aunque era un auténtico sueño.

Tenía unas mangas largas con aberturas que siempre le habían parecido románticas, semitransparentes y de un tono muy suave de rosa. El corpiño era de un color un poco más intenso y estaba cubierto por una complicada serie de cordones trenzados en oro rosa que bajaban hasta las caderas, donde capas de una tela imposiblemente fina, cubiertas de sutiles destellos, fluían para formar la falda.

Pero que Jacks la hubiera ayudado a escapar de otro problema la noche anterior no los convertía en aliados. Su sueño sobre la seguridad de sus brazos había sido sin duda un engaño.

Se cruzó de brazos.

—Tienes que dejar de darme órdenes.

Jacks ignoró su comentario.

—Cuando te vistas, comenzaremos a buscar las piedras perdidas del arco. —Se bajó de la mesilla de noche, se acercó al vestido y se lo lanzó a la cara.

—¡Jacks! —Evangeline atrapó el vestido al vuelo. Era

maravillosamente suave y estaba mucho más limpio que el que llevaba, pero no iba a dejar que Jacks la hostigara.

Lo dejó sobre la cama—. Todavía no he decidido ayudarte a abrir el arco.

Él le echó una mirada que decía que la broma no le parecía divertida.

Pero Evangeline no estaba bromeando.

—Quiero saber por qué deseas tanto abrirlo.

Jacks le dedicó una sonrisa deslumbrante, curvada y perfecta, y totalmente cruel.

—Me halaga que tengas tanto interés en mis deseos pero, de verdad, deberías empezar a pensar en tu marido más que en mí. —Sus ojos se afilaron como una daga—.

Por si lo has olvidado, Pequeño Zorrillo, Apollo está bajo la maldición del arquero. Si no accedes a abrir el Arco Valory para romperla, te matará. Así como el arquero asesinó a su zorro.

Jacks extrajo la manzana de su cuchillo y la lanzó al aire con una perversa alegría.

Evangeline apretó los dientes; sabía que era absurdo discutir con él, pero ya le había arruinado muchas otras cosas y no iba a permitir que destruyera también su cuento de hadas favorito.

—Eso no lo sabes —le dijo—. Nadie sabe con seguridad si el arquero mató al zorro.

—Oh… —Jacks se rio, una carcajada tan dura y desagradable como su sonrisa—. El arquero mató al zorro, sin duda.

—Yo no lo creo. ¡Quizá luchó contra la maldición! O el zorro encontró un modo de romperla. Nadie sabe cómo termina la historia, así que podría haber ocurrido cualquier cosa.

—Pero no fue así —replicó Jacks—. Las baladas nunca terminan bien, todo el mundo lo sabe. No hace falta leer toda la historia para saber que el arquero tiene las manos manchadas de sangre. Abre el arco, Evangeline, o morirás como el zorro.

Jacks dejó de lanzar la manzana y la apuñaló con la daga.

Evangeline frunció el ceño mientras el oscuro jugo de la fruta goteaba sobre el suelo.

En realidad no quería ceder, pero su negativa a abrir el arco empezaba a parecer obstinación en lugar de prudencia. Después de lo que LaLa le había dicho, no temía tanto que el Valory contuviera algo horrible, pero aun así no quería entregarle su contenido a Jacks. No quería asociarse con él ni tener nada que ver con él, pero quería romper la maldición del arquero… Necesitaba romperla, o se pasaría el resto de su vida huyendo de Apollo, y él se pasaría el resto de su vida intentando cazarla.

Suponía que, en cierto sentido, era una especie de «para siempre». La maldición los unía indisolublemente, entrelazando sus vidas para siempre, pero no era así como había querido que estuvieran juntos.

—De acuerdo —dijo Evangeline.

—¿Significa eso que vas a abrir el arco? —Jacks levantó una ceja. Fue un gesto mínimo, y aun así Evangeline supo que estaba genuinamente satisfecho.

Se sintió brevemente tentada a seguir oponiéndose a él. Pero, ahora que se había decidido, estaba lista para ponerse manos a la obra. Cuanto antes encontraran las piedras para abrir el arco, antes se libraría de él.

—Sí, te ayudaré a abrir el arco —le dijo—. Pero no me vestiré mientras sigas aquí.

—Es una pena —murmuró Jacks.

Después se marchó.

Y Evangeline se sintió agradecida porque no pudo ver su repentino rubor.

Jacks silbó alegremente mientras caminaba junto a Evangeline por el

poco iluminado pasillo de camino a su encuentro con Caos. Evangeline nunca antes lo había oído silbar.

Suponía que lo hacía ahora porque por fin había accedido a abrir el Arco Valory. Pero, por alguna razón, no había esperado que aquello lo hiciera tan descaradamente feliz.

Jacks era todo hoyuelos y silbidos, y era perturbadora la curiosidad que le provocaba su felicidad. ¿ *Qué quería Jacks del interior del arco*?

Había encontrado otra manzana mientras ella se vestía; estaba sin morder, era azul y la lanzaba al ritmo de su alegre canción.

—Me estás mirando fijamente.

—Solo me preguntaba por qué siempre llevas manzanas.

Jacks se rio entre dientes.

—Créeme, Pequeño Zorrillo, es mejor que no lo sepas.

Dio un lento bocado a la fruta y sus ojos se oscurecieron mientras se deslizaban, despacio, desde sus labios a su cuello, siguiendo la línea expuesta hasta su clavícula y después hasta su pecho. A Evangeline se le aceleró la respiración cuando la mirada de Jacks se detuvo en los complicados cordones que rodeaban su pechera, trazando las líneas doradas con los ojos de un modo que la hizo notar los cordones como si se tensaran, como si sus dedos fríos estuvieran tirando de ellos, hasta que le fue un poco difícil respirar.

—Empezaste tú con las miraditas —murmuró.

Aquel se parecía más al Jacks que conocía, burlón y un poco cruel.

—¿Sabes algo nuevo de Apollo? —le preguntó Evangeline con frialdad.

—No —replicó Jacks—. Caos envió a sus vampiros a buscarlo anoche, junto a algunos humanos que podían quedarse fuera después del amanecer, pero nadie lo ha visto y la prensa no lo menciona. Si es listo, intentará alejarse de ti, para que le sea más fácil oponerse a la maldición. Pero —añadió Jacks con pesimismo— eso solo le servirá durante un tiempo.

—¿Y Havelock? —le preguntó Evangeline.

—¿Qué pasa con él?

—¿Alguien lo ha interrogado para descubrir si sabe quién usó la maldición del arquero contra Apollo?

Jacks la miró de soslayo.

—Ya te lo he dicho: descubrir quién lanzó la maldición no nos ayudará.

—Pero aun así me gustaría saberlo. Puede que tú estés acostumbrado a que la gente quiera matarte, pero yo no.

—Es una pena, porque Havelock también se ha marchado. Intentamos encontrarlo después de interrogar a los guardias que vigilaban a Apollo, pero en Wolf Hall nadie sabe dónde está. Supongo que estará donde esté Apollo.

Jacks se detuvo ante la antigua puerta de madera del despacho de Caos. Giró el pomo de hierro, aunque la puerta no se abrió.

Llamó, pero el vampiro no respondió. Parecía que no estaba allí.

—Ábrela —le ordenó Jacks.

Evangeline se enfadó.

—Al menos podrías pedírmelo *por favor*.

—Podría, pero entonces pensarías que soy amable, y odiaría que te confundieras. —

Rápido como el rayo, Jacks sacó su daga, le pinchó el dedo y sonrió al verla sangrar—.

Será mejor que te des prisa, antes de que lleguen los vampiros.

Evangeline lo miró con desagrado. Aunque dudaba de que los vampiros la atacaran, al menos mientras que Caos dependiera de ella para abrir el Arco Valory y poder

quitarse su yelmo, abrió rápidamente la puerta. Caos era un vampiro y Jacks un Destino, pero ambos la necesitaban con bastante desespero, según parecía.

La idea la animó a explorar un poco después de haber entrado en el despacho vacío con Jacks. De no haber sido por las cadenas y los grilletes unidos a las sillas, le habría sido fácil imaginar que estaban en Wolf Hall. Los suelos eran de antigua piedra pulida, las sillas de

delicado cuero, y el tablero de ajedrez de mármol que había sobre la mesa de Caos era una obra de arte. Las piezas eran más grandes de lo normal, así que era fácil descubrir que no se trataba de reyes y reinas, caballos y torres y peones ordinarios.

Estaban tallados como los Valor; como en el caso de las grandes estatuas del puerto de Valorfell, a todos les faltaba la cabeza.

Jacks le dio otro bocado a su manzana, llenando la oscura habitación de dulzura mientras observaba a Evangeline, cerca de la mesa.

—No estoy seguro de que debas husmear —le dijo.

—No estoy segura de que me importe —replicó ella—. El vampiro me necesita demasiado para hacerme daño.

Evangeline rodeó el escritorio con un poco más de garbo en su paso.

No estaba totalmente segura de qué estaba buscando; solo sabía que aquella sería su única oportunidad de mirar sin consecuencias. Desde su llegada al Norte, siempre había sido la persona con menos poder de cada habitación, pero ese ya no era el caso. Era la chica de la profecía. Era la llave: ¡una criatura mágica capaz de hacer cosas mágicas! No tenía que quedarse en la entrada, como un gatito asustado, ni sentarse en una silla a esperar educadamente.

Había empezado a abrir el cajón del escritorio cuando la vio por el rabillo del ojo: una piedra preciosa brillando bajo una campana de vidrio.

Levantó la campana y la joya del interior refulgió, lanzando destellos rosados y dorados por la habitación. Parecía un deseo que podía llevar alrededor del cuello. O

quizá alguna hechicera había tomado un puñado de maravilla y, de algún modo, lo había colocado en aquel collar, aunque *collar* parecía una palabra demasiado común para semejante tesoro.

Sintió un cosquilleo en los dedos al tocar la cadena.

—¿Crees que Caos ha adquirido esta joya para mí?

—No. —El vampiro apareció en un sombrío destello y le arrebató el collar de la mano.

—¡Devuélvemelo!

Evangeline agarró el colgante por instinto, pero Caos le apresó la muñeca.

—Esto no es para ti —le dijo.

Se equivocaba. Ella sabía que se equivocaba. La gema no brillaba tanto en la mano enguantada de Caos. Necesitaba ser de Evangeline.

Lo golpeó con el brazo libre. No importaba que fuera más fuerte o más grande o que seguramente pudiera hacerle más daño del que le había hecho ella al golpearle el pecho.

Debía tener aquel collar.

Se lanzó sobre él.

—¡Esto no te pertenece!

—No es una buena idea, Pequeño Zorrillo. —Jacks la rodeó con los brazos y la apartó con brusquedad del vampiro y de su valiosa gema.

—Suéltame, monstruo… —Evangeline intentó golpearlo con la cabeza.

Jacks le quitó una mano de la cintura y le rodeó el cuello con ella, manteniéndola inmóvil mientras Caos iba al escritorio y guardaba la piedra preciosa en el interior de una caja de hierro.

De inmediato, Evangeline se sintió como si se hubiera zambullido en agua fría. Tan pronto como la tapa se cerró sobre la piedra, su valentía, su extrema seguridad en sí misma, su deseo de sacarle los ojos a Caos con las uñas, todo ello se desvaneció de golpe.

Se derrumbó en los brazos de Jacks.

—¿Qué acaba de pasar?

Se sentía aturullada y respiraba con dificultad. Jacks seguía sujetándola.

—¿Podrás controlarte si te suelto? —le preguntó Jacks—. ¿O tendremos que esposarte a una de las sillas? —Sonaba como si se estuviera riendo de nuevo; por supuesto, él disfrutaba de su mortificación.

—Estoy bien.

Evangeline se retorció contra Jacks. Lentamente, él apartó sus dedos

de ella, pero no antes de que notara sus nudillos rozando con suavidad la parte inferior de su pecho.

Su estómago cayó en picado, pero Jacks parecía tan impasible que supuso que la había tocado sin querer.

Negó con la cabeza, tambaleándose, mientras se alejaba de él y del collar que Caos había guardado.

—¿Qué era esa cosa? —le preguntó.

—Esa *cosa* es la piedra de la suerte —le dijo Caos—. Es una de las cuatro piedras mágicas que faltan en el arco.

Evangeline recordó entonces lo que Jacks le había contado sobre la llave anterior, que había muerto tras haber hallado una de las piedras faltantes. La gema del collar debía ser esa piedra.

Caos se alejó del escritorio, pero sus movimientos parecían más tensos de lo habitual. Abrió y cerró las manos como si acabara de finalizar un desafío.

—¿A ti también te afecta la piedra? —le preguntó.

—La piedra afecta a todo el mundo —replicó.

—A mí no me ha hecho nada —trinó Jacks.

—Solo porque la piedra de la suerte vuelve a la gente temeraria, y tú siempre lo eres

—contestó Caos.

Jacks se encogió de hombros.

—¿Qué sentido tiene ser inmortal si vives como un humano?

—Creía que tú podías morir —dijo Evangeline.

—¿Por qué? ¿Planeas asesinarme? —Los ojos de Jacks destellaron.

Caos lo atravesó con una mirada.

—No la tientes.

—Relájate. —Jacks jugueteó con uno de los grilletes que colgaban del brazo de la silla—. Una vez le di la oportunidad de apuñalarme, pero

ni siquiera lo intentó.

—Y me arrepentiré de ello siempre —dijo Evangeline. Para su horror, las palabras no le parecieron tan ciertas como deberían. Se recordó que Jacks no era de fiar. Él era el culpable de que estuviera en aquel lío. Pero, una vez más, esas palabras no le parecieron verdad. Esta vez no había sido Jacks quien había hechizado a Apollo.

Recordó el latido del corazón de Jacks, furioso contra su pecho mientras la sacaba del océano después de haber escapado de Apollo. Por una vez, Jacks no parecía tener el control. Parecía el feroz guerrero de un cuento de hadas, decidido a hacer lo que fuera necesario para salvarla. Ella sabía que sus razones para mantenerla con vida no eran nobles. Pero, a veces, la razón no era rival para el corazón. Sabía que sería mucho mejor odiarlo, pero ya no conseguía albergar esa sensación.

Caos se aclaró la garganta.

Evangeline levantó la mirada para ver al vampiro de pie ante su escritorio, con los brazos cruzados sobre su amplio pecho mientras la observaba con algo parecido a la preocupación. Era difícil saberlo con seguridad, ya que el yelmo escondía su rostro, pero no tenía por qué preocuparse. Aunque no odiara a Jacks, sabía que no debía confiar en él.

—Quedan tres piedras por encontrar —explicó Caos—. Cada piedra tiene un poder diferente. Evangeline, como tú eres la llave, serás quien más sienta la magia de cada piedra, lo que te facilitará la tarea de identificarlas. No obstante, como seguramente has descubierto gracias a la piedra de la suerte, el poder de las piedras las hace peligrosas.

—¿Cuáles son los poderes del resto de las piedras?

Evangeline recordaba que el bibliotecario desaparecido le había mencionado sus nombres, pero no cuáles eran.

Jacks se sentó en el brazo de una silla y fingió contar con los dedos.

—Una para la suerte. Una para la verdad. Una para la alegría. Una para la juventud.

—No suena muy mal —dijo Evangeline.

Jacks le echó una mirada obscena.

—La piedra de la alegría tiene el potencial de hacerte perder la cabeza, incluso más que la piedra de la suerte. La gente mata para conservar la juventud. Esa piedra también puede provocar celos e impulsividad, así que será difícil de conseguir. Y la verdad… —Jacks sonrió—. La verdad nunca es lo que quieres que sea, Pequeño Zorrillo.

Evangeline debería estar prestando atención al pasadizo secreto.

Caos estaba conduciéndolos al lugar donde decía que podrían comenzar a buscar las piedras perdidas. Pero, en lugar de vigilar sus pasos o de leer las palabras talladas en las penumbrosas paredes, lo único que podía hacer era pensar en la burla de Jacks: *La verdad nunca es lo que quieres que sea*.

Había sonado a advertencia, como si su verdad fuera tan destructiva como sus besos. Aun así, sus palabras la hicieron preguntarse: ¿cuál sería la verdad de Jacks?

¿Qué quería del Valory, y por qué no quería que ella lo supiera?

Por supuesto, Jacks parecía disfrutar atormentándola, así que quizá fuera esa la razón por la que lo mantenía en secreto. Evangeline no estaba segura de que la convenciera su explicación, pero al menos tenía la esperanza de descubrirlo todo sobre Jacks cuando diera con la piedra de la verdad.

—Ya hemos llegado. —Caos se detuvo ante una puerta en cuyo centro estaba grabada la cabeza de un lobo, arañada por una bestia o por una mano con unas uñas impresionantes. Después, le entregó a Evangeline una llave de hierro unida a una cinta de terciopelo—. Sé que puedes abrir cualquier puerta, Evangeline, pero deberías evitar derramar sangre mientras estés aquí.

Evangeline sabía que debería sentir algún tipo de miedo, pero estaba bajo el efecto del hechizo de los relatos de vampiros o simplemente era demasiado testaruda para dejarse asustar. En un mundo de inmortales, ella había descubierto que tenía un poder, y no quería que le dijeran que no lo usara.

Por supuesto, no dijo nada de aquello mientras giraba la llave que Caos le había dado.

Al otro lado de la puerta había estanterías, gruesas y recias, abarrotadas de tomos antiguos bordeando las paredes redondeadas hasta un techo tan alto que necesitaría varias escaleras para alcanzarlo. Afortunadamente, había múltiples escaleras de viejo

palisandro, así como pequeños balcones que salpicaban los estantes superiores como estrellas de hierro.

El aire cambió cuando Evangeline entró; olía a antiguas páginas de papel que la llamaban como el canto de una sirena. Como todos los aficionados a los cuentos de hadas, siempre le había encantado el olor de los libros. Le encantaba el polvo del papel en el aire, cómo se arremolinaba en la luz, simulando pequeños destellos de magia. Y, sobre todo, le gustaba que los cuentos de hadas siempre la hicieran pensar en su madre y en las infinitas posibilidades.

El suelo bajo sus zapatillas estaba cubierto por un tapiz bordado con la imagen de un arco flanqueado por dos caballeros con armadura, de los cuales uno no tenía cabeza.

Sobre la alfombra había una mesa redonda con una lámpara y algunos periódicos, además de dos polvorientas butacas de terciopelo que, afortunadamente, no tenían grilletes.

—Por adorable que sea todo esto, ¿cómo se supone que va a ayudarme a encontrar las piedras restantes? —preguntó—. Creía que los libros no eran fiables debido a la maldición.

Por supuesto, aquello nunca evitó que buscara respuestas en la biblioteca, aunque jamás la condujo a nada útil. Cuando registró la biblioteca real, buscando información sobre los Valor, no había ningún libro sobre ellos. Se suponía que se debía a la maldición de las historias, pero parecía que no había sido esta la que se había llevado los libros, sino Caos. Parecía tener todos los libros sobre los Valor ocultos en su biblioteca.

Los lomos decían cosas como:

De cómo el Norte llegó a ser Glorioso: una historia maravillosa.

El rey lobo.

La asombrosa corte de los Valor.

Wolfric y Honora: la primera historia de amor épico del Norte.

También había títulos relacionados con las Grandes Casas, pero la mayoría de los libros estaban relacionados con los misteriosos Valor.

—¿Has reunido todo esto solo para buscar las piedras del arco?

—Pensé que tenerlos en mi biblioteca sería el mejor modo de mantenerlos a salvo.

Debido a la maldición de las historias, las palabras de la mayor parte de estos tomos cambian un poco cada vez que alguien las lee. —Caos recorrió con sus dedos enguantados un viejo lomo de piel, y Evangeline observó cómo cambiaba el título de *Castor Valor: un príncipe entre príncipes* a *Castor Valor: un pringado entre príncipes*—. No obstante, como rara vez permito que los lean, la mayor parte de las historias del interior se ha preservado.

Evangeline negó con la cabeza mientras miraba los incontables lomos de piel.

Algunos de los títulos parpadearon ante sus ojos solo por atreverse a mirarlos.

Ni siquiera sabía por dónde empezar.

—Quizá podríamos volver a por la piedra de la suerte, por si…

—No —contestaron Caos y Jacks a la vez.

—¿Y si solo la usamos para encontrar el libro adecuado?

Jacks lo consideró, pero Caos negó con la cabeza.

—La última llave llevó la piedra de la suerte después de haberla hallado. Creía que le daría buena suerte, y lo hizo. Pero también la volvió demasiado temeraria, y al final la condujo a la muerte.

—¿Y si la usara Jacks? —Se giró hacia él—. Has dicho que no te afectó.

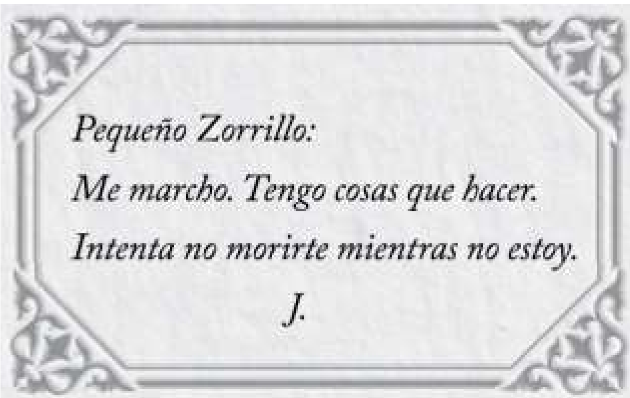
—No lo hizo. Pero tampoco va a ayudarme. Solo la llave profética puede encontrar y reunir las cuatro piedras que faltan.

Evangeline quería creer que Jacks estaba exagerando… O que solo quería librarse de perder el tiempo en una biblioteca. Pero entonces recordó su visita a la Cripta de los Fortuna, cómo la había vigilado

Jacks mientras caminaban junto a todos aquellos tesoros, observando sus reacciones. También suponía que Caos, debido a la razón por la que quería abrir el arco, habría pasado algún tiempo buscando las piedras perdidas…

Un montón de tiempo, teniendo en cuenta cuánto había vivido. Aun así, solo poseía una, que había sido encontrada por la llave anterior.

Ella tendría que localizar las otras tres. Se preguntó si de verdad creían que podía hacerlo… O si solo intentaban descubrir cuántas conseguía reunir antes de morir ella también.


Pequeño Zorrillo:

Me marcho. Tengo cosas que hacer.

Intenta no morirte mientras no estoy.

J.

Al día siguiente, cuando Evangeline despertó en el interior de su habitación prestada, casi esperaba encontrar a Jacks a los pies de su cama, listo para tirarle un vestido a la cara mientras le decía que era hora de ponerse a trabajar para buscar las piedras.

En lugar de eso, había una nota junto a la tetera de la bandeja de su desayuno.

—Intenta no morirte —murmuró. No sabía qué la sorprendía más, si las monstruosas palabras de Jacks o el hecho de que desapareciera casi tan pronto como había accedido a hacer lo que quería. Pero la *sorprendía*… y quizá le doliera un poco.

¿Qué tenía que hacer que fuera tan importante? Sabía que no podía ayudarla a encontrar las piedras perdidas, pero también sabía con qué

desesperación las quería. Y

con qué desesperación la había salvado, solo para dejarla en un castillo lleno de vampiros.

Quizás había tenido razón el día anterior: Jacks y Caos solo querían que consiguiera tantas piedras como le fuera posible antes de que perdiera la vida en la aventura.

Después de haberse puesto uno de los muchos vestidos que habían llevado a su dormitorio desde Wolf Hall, Evangeline atravesó los túneles secretos hacia la biblioteca oculta de Caos. A pesar de la nota de Jacks, seguía esperando que apareciera silenciosamente a su lado o que atravesara una puerta secreta en la pared. Pero Jacks no apareció.

La biblioteca estaba tranquila sin sus burlas, sin sus carcajadas y sus manzanas lanzadas. Solo se oían los chisporroteos ocasionales de las brillantes lámparas que llenaban la biblioteca oculta con su luz caliente y almibarada.

Intentó encontrar consuelo en los libros. Las historias siempre le habían parecido sus mejores amigas. Pero todos aquellos relatos sonaban como familiares lejanos a los que no conocía.

Caos había tenido razón sobre cómo puede cambiar el contenido de los libros. En casi cada libro que leía, las palabras se trasmutaban ante sus ojos. Normalmente eran cambios menores. Veía descripciones en las que el color de ojos de Honora Valor pasaba de pardo a castaño. Párrafos en los que el cabello de Wolfric variaba de dorado a pelirrojo.

Pero algunas cosas no parecían cambiar, como el nombre de los hijos de los Valor y algunas de sus características más definitorias. Aurora era dulce y siempre la describían como la chica más hermosa que hubiera vivido nunca, seguida por su gemelo, Castor, del que se decía que era muy noble. Vesper podía ver el futuro. Tempest y Romulos (otra pareja de gemelos) eran grandes inventores y los responsables de los arcos mágicos. Dane era una especie de cambiaformas, y Lysander tenía un don relacionado con los recuerdos. Todas las historias decían que eran atractivos, amables y generosos.

La familia estaba unida, se protegían unos a otros, y eran muy queridos hasta que…

Algo horrible ocurrió.

Pero Evangeline no consiguió descubrir cuál fue aquel suceso trágico.

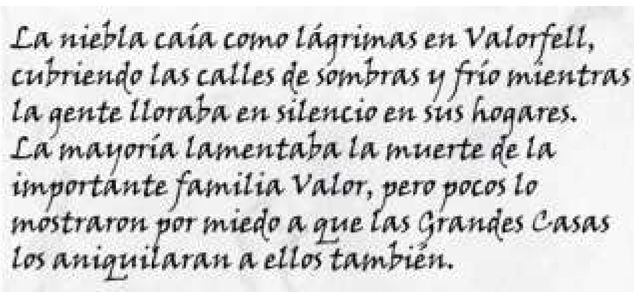
Conocía el resultado: los Valor construyeron el Valory, sellaron algo en su interior y después los decapitaron, lo que dio fin a la Era de los Valor e inicio a la Era de las Grandes Casas.

Fue entre aquellas dos épocas cuando se crearon y ocultaron las piedras. Por desgracia, Evangeline consiguió encontrar poca información sobre ese misterioso tiempo intermedio.

Lo único que pudo recopilar fueron historias que eludían lo que había pasado.

Encontró historias del *antes*: de la Era de los Valor, cuando los caballeros siempre ganaban, el bien siempre prevalecía sobre el mal, el honor siempre era recompensado y los cuentos de hadas terminaban felizmente.

Luego estaban los relatos del *después*: la Era de las Grandes Casas, que a menudo titilaba y cambiaba a la Era de los Grandes *Males* mientras leía.


La niebla caía como lágrimas en Valorfell, cubriendo las calles de sombras y frío mientras la gente lloraba en silencio en sus hogares. La mayoría lamentaba la muerte de la importante familia Valor, pero pocos lo mostraron por miedo a que las Grandes Casas los aniquilaran a ellos también.

Un volumen, *Historia de decapitaciones famosas*, tenía todo un capítulo sobre las muertes de los Valor, pero no mencionaba el Arco Valory.

Un párrafo decía:

El autor continuaba maldiciendo los nombres de las Grandes Casas originales: Fortuna, Slaughterwood, Merrywood, Redthorne, Hawkleaf, Casstel, Bloodgrave, Verita, Ravencross, Darling, Havok, Bellflower y Acadian.

Acadian era el apellido de Apollo y leerlo la hizo recordarlo, sentado a la grupa de su caballo de caza, luchando contra la maldición. Se

preguntó dónde estaría en aquel momento. Ella estaba ilesa; por tanto, tenía que asumir que él también lo estaba, al menos físicamente. Emocionalmente, ¿qué le estaría haciendo todo aquello? La primera noche que estuvo despierto, cuando lo vio en el jardín, ya parecía un príncipe distinto de aquel con el que se había casado. Lo habían herido y hechizado; un poco de eso no lo destruiría. Pero ¿y si la maldición duraba demasiado? ¿Quién sería Apollo después?

Al día siguiente, Evangeline decidió leer más sobre las Grandes Casas. Las Grandes Casas originales eran trece y obtuvieron su poder tras la caída de los Valor, lo que la hizo preguntarse si habrían estado involucradas en el sellado del arco y la ocultación de las piedras. Sobre todo, porque las piedras eran mágicas y seguramente proporcionaban algún beneficio a quien las poseía.

Decidió examinar primero la Casa Slaughterwood, ya que LaLa iba a casarse con lord Robin Slaughterwood. Por desgracia, parecía que no había libros que mencionaran esa Casa, o si los había, la maldición de las historias los había alterado. Ocurría a menudo.

La siguiente familia sobre la que buscó información, la Casa Merrywood, se volvió *Bitterwood* mientras leía: su apellido pasó de *alegre* a *amargo*, aunque nada en el clan o en la aldea que llevara ese nombre parecía amargo.

Se decía que la aldea de Merrywood era una encantadora población construida en el bosque, hogar de ferias encantadas, zorros mágicos y un trío de casi infames malandrines que todos decían que eran simpáticos, guapos y revoltosos. El trío estaba compuesto por el príncipe Castor Valor, Lyric Merrywood (hijo de lord Merrywood) y un arrogante arquero.

No se detallaba el nombre del arquero, pero Evangeline se preguntó de inmediato si sería el mismo de *La balada del arquero y el zorro*.

—¿Has encontrado algo interesante?

Una voz aterciopelada sobresaltó a Evangeline, que dejó caer el tomo que tenía en la mano. El libro golpeó el suelo con un ruido sordo.

—Siento haberte asustado.

Caos se apoyó despreocupadamente en la butaca opuesta, vestido con una armadura de cuero que delineaba perfectamente su esculpida

perfección vampírica, y Evangeline supo que no lo sentía en absoluto. Le divertía haberla sobresaltado. Había una arruga suave e inesperada alrededor de sus ojos, lo que lo hacía parecer un poco humano.

Pero Evangeline todavía recordaba el momento en el que lo había mirado a los ojos y había visto en ellos a la muerte.

El vampiro ladeó la cabeza y se alejó de ella para examinar el montón de libros que tenía sobre la mesa.

—¿Estás leyendo sobre las Grandes Casas?

—Sí, pero hay una sobre la que no he conseguido encontrar ningún libro. ¿Tienes algún tomo sobre la Casa Slaughterwood?

—No hay nada sobre la Casa Slaughterwood que merezca la pena ser leído. Son solo un puñado de brutos sin carácter. —Caos caminó hasta la estantería y extrajo un libro con una polvorienta portada lavanda. Se lo entregó—. Quizás este.

Era un libro fino, envuelto en un grueso lazo negro y con grabados en pan de oro.

El auge y la caída de los Valor, la querida primera familia real del Glorioso Norte.

El título se deformó mientras lo leía. Algunas de las letras se convirtieron en ramas y otras se transformaron en armas, haciéndola sentir un poco mareada.

La primera página del libro hizo lo mismo. Las letras y las palabras no dejaban de titilar, convirtiéndose en otras cosas, como si el libro estuviera tan entusiasmado con que alguien lo hubiera elegido que no supiera qué decir.

—Este parece un poco ansioso…

Evangeline se detuvo cuando levantó la mirada y descubrió que Caos ya se había marchado. Y parecía que no era lo único que había desaparecido de la biblioteca.

Después de soltar el libro que él le había entregado (porque las palabras sencillamente se negaban a asentarse), buscó el que se le había caído cuando Caos entró.

Pero, como el vampiro, el libro había desaparecido.

Lo único que quedaba de él era un aleteante trozo de papel.

¿Se había llevado Caos el libro, o este había desaparecido? Evangeline no recordaba que la desaparición fuera parte de la maldición de los libros, pero tenía menos sentido que Caos hubiera robado uno de sus propios libros.

Recogió el papel del suelo con cautela, preguntándose si habría caído del tomo desaparecido.

La página era vieja y amarillenta. No reconoció la letra, pero las palabras eran unas que había memorizado.

Examinó la página. Había un pequeño dragón dibujado bajo las palabras *Una para la suerte*, que habían sido tachadas, probablemente porque la piedra de la suerte ya había sido encontrada. *Una para la verdad* tenía un dibujo de una calavera y unas tibias. *Una para la alegría* estaba ilustrada con un jardín de flores de primavera salpicado de pequeñas estrellas. *Una para la juventud* tenía un escudo con llamas lamiendo su parte inferior.

Se preguntó si aquello lo habría escrito la última llave.



Los símbolos debían ser pistas sobre dónde creía que estaban las piedras.

Pero ¿qué significaban?

La semana siguiente pasó lentamente, goteando como la cera derretida de una vela.

Evangeline acudió cada día a la biblioteca, para intentar encontrarles sentido a los símbolos que había descubierto en la lista de la llave anterior. Tanto las tibias cruzadas como las flores eran demasiado comunes, y aunque el escudo en llamas era más singular, no consiguió una sola referencia a ello en ningún libro. Caos tampoco reconoció la imagen. Comprobaba sus avances cada día, pero siempre se marchaba rápidamente. Y Jacks…

Intentaba no pensar en Jacks. No le gustaba que le doliera pensar en

cómo la había abandonado allí.

Lo mejor del día era la gaceta de sociedad, que le entregaban con el desayuno. Al principio, comenzó a leerla para ver si mencionaba a Apollo, y quizá sintiera curiosidad por saber si también mencionaba a Jacks. Pero ahora la disfrutaba porque era lo único que hacía que se conectara con el mundo que había fuera del castillo subterráneo de Caos.

Aquel día, el título estaba un poco emborronado. Evangeline no logró leer la primera palabra, pero las otras dos fueron lo único que necesitó.

El Rumor del Día

alborozo & alianza

Por Kristof Knightlinger

A todo el mundo le gustan las fiestas temáticas, pero no tanto como a la futura *lady* LaLa Slaughterwood y a su prometido, el joven lord Robin Slaughterwood. Para celebrar su reciente y muy repentino compromiso, la pareja celebrará una fiesta de históricas proporciones. Se rumorea que asistirán miembros de todas las Grandes Casas.

Creo que mi invitación debió perderse en el correo, porque todavía no la he recibido, pero he descubierto que la fiesta durará una semana entera y que la etiqueta exige asistir luciendo un disfraz.

Evangeline suponía que habría una invitación esperándola en Wolf Hall y sintió el deseo de aceptarla, de ir a aquella fiesta y pasárselo bien junto a los demás. Era un sentimiento pequeñito, pero su corazón estaba ya tan astillado por la soledad que, por un segundo, pensó que aquel mínimo y agudo dolor la destrozaría.

De inmediato se sintió frívola al estar triste solo por perderse una fiesta. Pero le habría gustado ver a LaLa, aunque no fuera en una fiesta. Si su amiga estuviera de luto, también habría querido acompañarla. Solo quería estar en cualquier sitio. Con cualquiera.

Incluso Jacks sería una compañía bienvenida.

Sintió otra punzada de dolor ante la idea de que todavía no hubiera regresado, pero descartó el sentimiento mientras sus ojos pasaban al siguiente artículo.

El depuesto príncipe Tiberius Acadian,

detenido tras un audaz intento de fuga

Por Kristof Knightlinger

El artículo era flojo, más especulativo que informativo. Aun así, a Evangeline se le erizó el vello de los brazos al leer sobre Tiberius.

No era miedo, aunque debería serlo. Tiberius había intentado matarla, *dos veces*.

Como miembro del Protectorado, el joven creía que ella tenía que morir debido a que era capaz de abrir el Arco Valory, y como el resto del Protectorado, estaba decidido a asegurarse de que el arco nunca se abriera.

Pero, de repente, Evangeline se preguntó si no sería posible que ser parte del Protectorado no consistiera solo en asesinar chicas con el pelo rosa. Tal vez el Protectorado también estaba escondiendo las piedras perdidas.

Por supuesto, era imprudente incluso pensar en visitar a Tiberius a la cárcel para preguntarle por las piedras. Si Jacks estuviera allí, sin duda le diría que la idea era demasiado peligrosa. Pero Jacks se había ido, y la esperanza de Evangeline siempre era más ardiente que su miedo.

Evangeline escuchó con atención, buscando el sonido de pasos o de los cascos de un caballo o de cualquier otra cosa que indicara que Apollo había regresado para cazarla.

El sendero cubierto de hojas del viejo bosque norteño estaba tan silencioso como la niebla que le lamía los tobillos, y aun así aceleró el paso. Sus botas crujieron, demasiado ruidosas sobre el suelo congelado. Seguramente habría sido más seguro que le pidiera a Caos que la acompañara, pero temía que no le gustara la idea de que hiciera una visita al joven que había intentado matarla. No dijo una palabra sobre lo que planeaba y se escabulló durante el día, mientras los vampiros dormían.

Había un viejo camino que conducía a la Torre donde se encontraba Tiberius, aunque en realidad no necesitaba un camino. La estructura era tan alta que Evangeline pudo verla con facilidad desde el cementerio que se alzaba sobre los dominios de Caos.

La Torre estaba en medio de un antiguo bosque, justo al salir del cementerio. Según las historias, la prisión no fue construida hasta después de la Era de los Valor. Se suponía que su reinado había sido tan maravilloso que no tenían que preocuparse por encerrar a la gente, ya que no se cometieron delitos graves mientras estuvieron en el poder.

Era difícil creer que aquello fuera cierto, sobre todo mirando la Torre. Sus piedras eran tan antiguas y estaban tan desgastadas que resultaba imposible saber de qué color habían sido en el pasado. No tenía puertas, ningún modo de mirar el bosque que la rodeaba.

Evangeline sintió un poco de pena por Tiberius. Se dijo que era tonta por sentirse mal por la persona que había intentado matarla, pero la última vez que lo había visto no le pareció un sanguinario, sino un hombre desesperado.

Tiberius lloró al confesarle que había matado a su hermano accidentalmente, y esa era parte de la razón por la que esperaba que estuviera dispuesto a ayudarla.

Y aunque se sentía realmente mal por las terribles condiciones de la cárcel, suponía que eso también la ayudaría a recabar información. Solo tenía que encontrar un modo de entrar. Además de no tener una puerta claramente visible, parecía no haber guardias que pudieran franquearle el paso.

Por fortuna, Evangeline tenía un modo de esquivar la ausencia de una entrada visible.

Buscó en la cesta de pan que había llevado para Tiberius y sacó una daga. Los vampiros eran sorprendentemente descuidados con sus armas, así que le fue bastante fácil encontrar un reemplazo para el cuchillo que Jacks le había quitado. La daga que había elegido era dorada, con bonitas piedras rosas en la empuñadura y una punta muy brillante.

Un toque y la sangre manó de su dedo.

Después de disculparse en silencio ante Apollo, que ahora también estaría sangrando, comenzó a marcar las piedras rápidamente

mientras repetía las palabras: *Por favor, ábrete*.

Por favor, ábrete.

Por favor, ábrete.

No sabía a cuántas piedras se lo había pedido. Le parecía que había intentado hablar con toda la base de la torre antes de que una servicial piedra crujiera por fin y se abriera una puerta oculta.

Inhaló profundamente y de inmediato tosió. El aire al otro lado de la puerta sabía a huesos.

Dos guardias, que parecían estar jugando a las cartas, se levantaron de inmediato.

Uno de ellos se sorprendió tanto que tiró su taburete de madera, y este resonó sonoramente contra el húmedo suelo de piedra.

—No deberías estar aquí —dijo mientras el otro guardia la miraba con la boca abierta, sin duda reconociendo su cabello de oro rosa.

—Os diré qué —replicó Evangeline alegremente—. Si me dejáis charlar un momento con Tiberius, no le diré a nadie que la puerta de este sitio estaba tan mal protegida que

entré caminando como si nada. —Terminó agitando su cabello rosa, para que lo viera el guardia que no parecía saber quién era.

Él todavía parecía querer discutir, o probablemente meterla en una celda, pero el segundo guardia le dio una patada en la pierna y dijo:

—Lo sentimos, alteza, pero a Tiberius no se le permiten visitas.

—Entonces no le digáis a nadie que he pasado por aquí —dijo Evangeline. Y antes de que algún guardia pudiera discutir, comenzó a subir las frías escaleras de piedra.

Tan pronto como sus botas tocaron el primer peldaño, oyó la voz de Jacks. *Esta es la peor idea que has tenido nunca, Pequeño Zorrillo*.

La voz era tan clara que se detuvo a mirar a su espalda, pero solo estaban los guardias cerrando la puerta por la que acababa de entrar.

Esperó otro segundo por si Jacks llamaba o atravesaba la rendija antes de que la puerta se cerrara. Pero Jacks no apareció, y no volvió a oír su voz.

Negó con la cabeza y continuó subiendo los peldaños, decidida a no pensar en él.

Mientras Tiberius siguiera encerrado en una celda, no podría hacerle daño. Le ofrecería un poco de pan. Charlarían. Ella le contaría que podía ayudarla a salvar a su hermano.

Él le diría dónde estaban escondidas las tres piedras restantes. Y todo iría bien en el Glorioso Norte.

Subió otro tramo de escaleras. Estaba ya en la tercera planta y todavía no había rastro de Tiberius. No había rastro de nadie. Todas las celdas junto a las que pasaba estaban vacías, excepto por la ocasional ráfaga de viento a través de las grietas.

Una araña reptó sobre sus botas. Se sobresaltó y casi retrocedió un peldaño.

—Puso fin a una familia real, y aun así le da miedo una araña. —Una risa divertida siguió a la voz.

Evangeline tensó los hombros mientras recuperaba el equilibrio y miró por el pasillo hasta donde por fin encontró a Tiberius Acadian. Se sonrojó mientras él seguía riéndose.

Ni siquiera en la cárcel había perdido su porte principesco. Sostenía un tosco vaso de agua como si fuera un cáliz de vino.

—Te ofrecería un poco —le dijo—, pero no tengo veneno para añadirle.

—Esperaba que hubieras aprendido la lección sobre lo de intentar matar a una persona con veneno.

—Ah, pero tú no eres una persona. Eres una llave. —Tiberius hizo una mueca mientras caminaba hacia los barrotes—. ¿Qué quieres?

Evangeline le ofreció la hogaza de pan de su cesta.

Tiberius miró la comida con recelo. Aun así, Evangeline podía ver hambre en su mirada. Como era un príncipe, había pensado que quizá recibiría mejores atenciones, aunque por suerte no parecía ser el caso. Su título no importaba allí, y estaba claro que el Protectorado lo había abandonado. Su celda estaba fría y oscura, iluminada solo por algunas velas de sebo de olor horrible.

Evangeline cortó un trozo de pan y comenzó a masticarlo lentamente.

—¿Ves? Es totalmente seguro. No soy tu enemiga, Tiberius. De hecho, he venido a contarte una buena noticia. Tu hermano, Apollo, está vivo.

Tiberius se quedó inmóvil. Después se rio.

—Mientes.

—Intentaste matarme dos veces —le recordó Evangeline—. ¿De verdad crees que vendría aquí solo para contarte una mentira? Apollo está vivo.

Se detuvo, dejando que las palabras pendieran en el aire hasta que la máscara burlona que Tiberius llevaba se resbaló justo lo suficiente para revelar que la creía; no parecía que quisiera hacerlo, pero en la experiencia de Evangeline, lo que la gente quería sentir y lo que sentía rara vez era lo mismo.

—Sé que, si te dieran la oportunidad, intentarías matarme de nuevo, pero también creo que tu hermano te importa y por eso estoy aquí. El veneno que Apollo ingirió lo dejó en un estado de sueño suspendido parecido a la muerte. Despertó hace dos semanas, pero sigue sin ser él mismo. Está afectado por otra maldición.

—¿Qué tipo de maldición?

—Una muy antigua. Es el mismo hechizo que usaron con el arquero de *La balada del arquero y el zorro*.

—Y déjame adivinar: tú eres el zorro de mi hermano. —Tiberius sonrió—. Es demasiado perfecto. Apollo está vivo, y pronto tú estarás muerta.

Tiberius agarró por fin la hogaza de pan y comenzó a masticarla con aire engreído.

—Hay algo más —le dijo Evangeline—. Si tu hermano consigue matarme, él también morirá. Apollo y yo estamos conectados. Cualquier herida que yo sufra, lo daña a él también.

—Eso no es problema mío —replicó Tiberius.

Pero Evangeline no creía que fuera tan insensible como parecía. Sabía que se preocupaba por Apollo. Lo había visto llorar y derrumbarse por

su hermano.

Dejó la cesta y sacó su cuchillo dorado. Se apartó la capa y se subió la manga larga del vestido.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Tiberius, con los ojos muy abiertos mientras Evangeline acercaba la daga a su brazo y marcaba cuatro palabras en su piel.

¿DÓNDE ESTÁS, APOLLO?

Las marcas eran ligeras, justo lo suficiente para arañar las palabras sin hacer sangre.

Si le dolió, no pudo sentirlo sobre la tenaza que le apretaba el pecho mientras esperaba, deseando que Apollo contestara y que Tiberius se creyera todo lo que acababa de contarle.

—¿Estás loca? —le preguntó Tiberius.

—Observa.

Evangeline contuvo el aliento mientras aparecía la primera letra. Apollo hizo más que arañarle la piel: talló las palabras hasta que sangró.

NO ME BUSQUES.

Le dolió cada palabra. Después el otro brazo empezó a escocerle mientras aparecían más palabras.

NO QUIERO MATARTE.

Tiberius se pasó una mano por la cara, más pálido que antes.

Evangeline sintió un inquietante escalofrío ante las palabras que Apollo había escrito, pero también un susurro de victoria. Tiberius parecía creerla ahora, y estaba aterrado.

—Si Apollo consigue cazarme, él también morirá, de verdad esta vez, y tú perderás a tu hermano para siempre. Pero, si me ayudas a romper la maldición, recuperarás a tu hermano y yo me aseguraré de que te liberen. —Añadió lo último rápidamente y una parte de ella se arrepintió, pero tenía que ser tan convincente como pudiera.

Tiberius se frotó el cuello, todavía observando las últimas gotas de sangre que caían desde el brazo de Evangeline al sucio suelo de la

prisión.

—Digamos que te creo. ¿Qué necesitarías que hiciera?

—Dime dónde están escondidas las piedras del Arco Valory. Sé que temes lo que contiene el Valory, pero yo creo que alberga una puerta trasera que me permitirá romper la maldición de Apollo y salvarle la vida. Solo necesito encontrar las piedras del arco que faltan. Por favor, dime dónde están. Ayúdame a salvar a tu hermano.

Tiberius tomó aliento lenta y atribuladamente.

—No.

—¿A qué te refieres con «no»?

—Estoy rechazando tu petición. Denegando tu súplica. Esto no cambia nada, Evangeline. Prefiero veros muertos a ayudarte a encontrar las piedras.

Evangeline no podía creerse lo que estaba oyendo.

—¿Cómo puedes decir eso? Se trata de la vida de tu hermano.

Tiberius tenía los ojos vidriosos, pero su voz sonó decidida.

—Ya he llorado su muerte, y es mejor que muera él a que lo hagan incontables otros y sea el fin del Glorioso Norte tal como lo conocemos, que es lo que ocurrirá cuando abras ese arco, Evangeline Fox.

—Eso no lo sabes.

—Sé más que tú. ¿Sabes algo sobre las piedras que estás buscando? No son simples trozos de roca. Y no solo se han ocultado para mantener el arco cerrado: esas piedras tienen poderes que se llaman los unos a los otros. Ansían reunirse, y la última vez que lo hicieron, una de las Grandes Casas fue destruida. Yo vi las ruinas; sentí la magia, terrible y vacía. Solo reunir las piedras ya es potencialmente catastrófico. —Tiberius la miró a los ojos a través de los barrotes, con la mirada todavía vidriosa y seria—. Quiero a mi hermano, pero no merece la pena asumir ese riesgo para salvarle la vida. Si tienes corazón, deja que te dispare una flecha. Convertíos en otra trágica balada del Norte y mantenednos al resto a salvo del poder que encierra el Valory.

Evangeline decidió que aquel bosque era mágico. Debería haberlo notado antes: el aroma de los suntuosos árboles verdes era un poco demasiado dulce, como si hubiera azúcar mezclado con la nieve espolvoreada sobre las agujas de pino y las hojas.

Le gustaba bastante el olor, pero de buena gana la hubiera cambiado por nieve normal, sin magia, si eso significara que el bosque dejaría de reordenarse.

No sabía cuánto llevaba caminando por aquel sendero. Era el mismo que había tomado hacia la Torre, pero en lugar de conducirla de nuevo al castillo subterráneo de Caos, el camino no dejaba de zigzaguear entre los árboles. El cielo sobre su cabeza se estaba volviendo púrpura. Pronto sería de noche, y se estremeció al pensar en lo perdida que se sentía.

Lo empeoraba el hecho de que aquel viaje hubiera sido para nada. Había estado muy equivocada. Todavía le resultaba difícil creer que, para Tiberius, el miedo a una vieja profecía pesara más que su amor hacia su hermano.

Si conseguía salvarlo, nunca se lo contaría a Apollo.

Exhaló en pálidas rachas mientras miraba las palabras arañadas en su brazo: NO

QUIERO MATARTE.

Las hojas susurraron a su espalda, un pájaro graznó y Evangeline se sobresaltó.

Rápidamente, sacó la daga dorada de su cesta y la blandió al girarse.

—Hola, Eva. —Luc salió de detrás de un par de árboles cubiertos de nieve, mostrando una sonrisa que habría sido traviesa de no haber sido por sus colmillos.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó Evangeline. La aliviaba que no

fuera Apollo, pero no bajó el cuchillo. Aunque Luc no había sido hechizado para perseguirla y matarla, había intentado morderle las dos últimas veces que lo había visto.

—No necesitas ese cuchillo. —La bonita boca de Luc hizo un mohín—. He venido a decirte que siento lo del otro día. En realidad, no quería morderte. Bueno… Quería *morderte*, pero no quería hacerte daño. Te he echado de menos. —La miró a través de sus pestañas, y las motas doradas de sus ojos destellaron en la oscuridad.

A Evangeline se le aceleró el pulso y odió que todavía se precipitara por él, aunque tenía la sensación de que era la seducción vampírica y no que Luc siguiera teniendo un efecto en ella.

No estaba segura de cuándo había dejado de amar a Luc. De hecho, no estaba totalmente segura de que lo hubiera hecho. Tenía la sensación de que su amor por Luc se había quedado atrás, con la versión de sí misma que había sido *antes*, esa que creía que el primer amor, el amor verdadero y el amor eterno eran lo mismo.

Solía pensar que el amor era como una casa: una vez construida, podías vivir en ella para siempre. Sin embargo, ahora se preguntaba si el amor no sería más parecido a una guerra en la que constantemente aparecían nuevos enemigos y se libraban batallas.

Ganar en el amor no era tanto conseguir la victoria en la batalla como seguir luchando, elegir a la persona que amabas como la persona por la que estabas dispuesta a morir una y otra vez.

Durante mucho tiempo, Luc había sido esa persona. Aunque ya no lo era, al mirarlo le era fácil imaginarlo siéndolo de nuevo.

Luc se acercó un paso y su mohín se convirtió en una sonrisa torcida que Evangeline conocía tan bien que le dolió. Últimamente nada le resultaba familiar. Había pasado tanto tiempo sola en la biblioteca de Caos, que estar cerca de Luc, incluso en el oscuro bosque, la hacía sentirse sorprendentemente acompañada.

—¿Sabes? —le dijo en voz baja—. Morder es en realidad como besar, pero mejor, si lo haces bien. —Luc ladeó la cabeza y se inclinó hacia su cuello.

—¡No! —Evangeline colocó ambas manos con firmeza contra su pecho y apartó la mirada de él, concentrándose en la noche y en las estrellas y en las copas de los árboles mientras intentaba despojarse de su seducción—. No puedes morderme, Luc. No soy un tentempié.

—¿Solo un mordisquito?

Evangeline lo fulminó con la mirada.

Él suspiró.

—¿Me has olvidado por completo, Eva?

Durante un segundo, Evangeline no supo qué responder. Había creído que solo le interesaba morderla. Pero, al mirarlo ahora, descubrió en su rostro inmortal algo parecido a la soledad. Sin duda, ser un vampiro no era lo que había esperado.

Luc levantó la mirada hacia el oscuro cielo, el único cielo que vería ahora que era un vampiro. Había un puñado de estrellas esparcidas como las piedras preciosas de un collar roto, pero destacaba la luna creciente, burlándose con una sonrisa afilada que nunca le proporcionaría la cálida luz del sol. Evangeline no podía imaginarse cómo sería no volver a ver la luz del sol, no poder aventurarse a la brillante luz del día. Se preguntó si era eso lo que *de verdad* estaba buscando: no a ella, sino un poco de sol. Un poco de su pasado a lo cual aferrarse.

Había creído que convertirse en príncipe lo haría feliz… Al menos durante un tiempo. Seguramente era demasiado trabajo y poca diversión, a pesar de que el consejo no podía creer de verdad que Luc pudiera hacer algo importante por el país.

—¿Qué haces aquí, Luc?

—Oí decir a unos guardias que te vieron cerca de la Torre, así que me encaminé aquí tan pronto como oscureció. Quería encontrarte, para preguntarte si quieres venir a una fiesta conmigo.

—No puedo.

—Ni siquiera sabes qué tipo de fiesta es.

Luc buscó en su bolsillo trasero y sacó una invitación dorada con brillante tinta blanca, tan luminosa que Evangeline pudo leerla a la luz de la luna.

Las palabras *Alegría, Alborozo y Alianza* estaban impresas en la parte superior.

—Es una fiesta de disfraces. —Luc movió las cejas—. Todas las

Grandes Casas estarán allí, y si te van ese tipo de cosas…

Luc siguió hablando, pero Evangeline estaba concentrada en la invitación, que era para la fiesta de compromiso de LaLa.

Aquella mañana, cuando había leído el artículo sobre la fiesta, la primera palabra del título estaba emborronada. Al releer la invitación, se dio cuenta de que esa palabra era *Alegría*.

Solo aquella palabra no la habría convencido de que la piedra de la alegría estaría allí, pero después recordó que Luc le había dicho que todas las Grandes Casas asistirían, y una idea salvaje burbujeó en su mente.

Teniendo en cuenta cómo se habían beneficiado las Grandes Casas de la caída de los Valor, sospechaba que habían sido ellas quienes habían escondido las desaparecidas piedras del Arco Valory, y se preguntaba si las llevarían a aquella fiesta. Recordó las palabras de Tiberius: *Esas piedras tienen poderes que se llaman los unos a los otros. Ansían reunirse*.

Era posible que las piedras restantes se reunieran en la fiesta de LaLa. Algo en su interior se iluminó de rosa y destelló ante la idea. Y entonces supo que tenía que ir a esa fiesta.

—¡Gracias! —le dio a Luc un beso en la mejilla.

El vampiro le mostró una sonrisa torcida.

—¿Eso es un «sí»?

Durante un segundo, se sintió tentada a aceptar… Sobre todo porque, si Jacks lo descubría, se sentiría molesto. Pero, al final, le dijo a Luc:

—No, pero gracias por la invitación.

Antes de que él pudiera replicar o pedirle otro *mordisco*, Evangeline se marchó, esperando que el bosque le permitiera por fin escapar.

Cuando Evangeline regresó al castillo subterráneo, Caos se había marchado. Temía que hubiera salido a buscarla, pero no había nadie allí que pudiera confirmar sus sospechas.

Suponía que Caos había advertido a sus vampiros que habría consecuencias si le ocurría algo. Después del primer día, no volvió a ver a ningún vampiro aparte de Caos.

Por supuesto, no acostumbraba a merodear por ahí, buscándolos. Solo buscaba a Caos porque tenía que pedirle un medio de transporte para asistir a la fiesta de LaLa, pero suponía que aquello podía esperar hasta el día siguiente.

Como no consiguió encontrar a Caos en su despacho, Evangeline se fue a la cama.

En algún momento, más tarde, cuando estaba justo en el límite entre el sueño y la vigilia, creyó oír entrar a alguien… Sin duda oyó a *alguien*. Pero, cuando abrió los ojos, no había nadie allí.

La habitación estaba vacía y fría, y aun así no consiguió despojarse de la sensación de que, segundos antes, había sido distinto.

Al día siguiente, tan pronto como anocheció, Evangeline se dirigió al despacho de Caos. Había una vitalidad adicional en su paso, pensando que se marcharía de aquel sitio pronto y que, si todo iba bien, encontraría las piedras que necesitaba para romper la maldición de Apollo.

Al pensar en Apollo, se frotó la muñeca, donde las palabras rasguñadas sobresalían de su manga. Las heridas eran muy superficiales y ya no le molestaban, pero sintió un dolor en el pecho cuando dobló la esquina hacia el patio y…

Jacks.

Se detuvo abruptamente y sus zapatillas resbalaron sobre el suelo de piedra.

Estaba a un par de pasos de distancia, sentado en el patio ante una pulida mesa de madera con un tablero de ajedrez cubierto de piezas rojas y negras. Sobre este colgaba una jaula llena de goteantes velas

de cera que lanzaban su luz ocre tanto sobre las piezas como sobre la guapa chica con la que Jacks estaba jugando.

La chica tamborileó la mesa con sus uñas, mordiéndose el labio seductoramente mientras sus ojos se movían entre el sencillo juego y Jacks.

Él era la imagen de un príncipe malcriado, relajado en su butaca de terciopelo negro.

Su cabello dorado brillaba bajo la luz, con sus mechones despreocupadamente despeinados, como si la joven acabara de pasarle los dedos por ellos.

Evangeline sintió un destello de… no estaba segura de qué era. Desde luego, no eran celos. Jacks parecía bastante aburrido, mientras movía una ficha roja. Y, aun así, si estaba tan aburrido, ¿por qué no había ido a buscarla? ¿No pensaba avisarla de que había regresado?

Evangeline no quería sentirse molesta por aquello. En realidad, era bueno que Jacks no hubiera ido a buscarla. Y, aun así, verlo allí hizo que se sintiera pequeña, insignificante.

Había creído que Jacks deseaba abrir el Arco Valory más que nada, pero primero se marchó dejándola sola, y ahora estaba sentado jugando a las damas.

El Destino apenas la miró.

—También hemos jugado al ajedrez.

A Evangeline le ardieron las mejillas por la vergüenza. No había pretendido proyectar aquel pensamiento sobre las damas.

—Solo estaba sorprendida. No sabía que te gustaran los juegos en los que no sufre nadie.

—Oh, también hemos jugado a eso otro —añadió la chica—. Ese juego en el que…

—Puedes marcharte —la interrumpió Jacks.

La boca de la joven se detuvo a mitad de palabra.

—Tú… Yo… Tú… —balbuceó, e hizo algunos pucheritos antes de que su rostro redondo se volviera inexpresivo.

Un instante después, se levantó y se marchó en silencio del patio.

—No deberías haber hecho eso —le dijo Evangeline.

—¿Por qué? —Jacks se echó hacia atrás en su asiento y la miró perezosamente. Su ropa era tan relajada como su postura, un jubón de oscuro terciopelo azul a medio abrochar, un cinturón que caía bajo, pantalones grises como una tormenta y las desgastadas botas de piel con hebillas en los lados—. ¿Quieres que la haga volver?

—No —contestó Evangeline. Pero lo hizo demasiado rápido.

Una sonrisa tiró de las comisuras de la boca de Jacks.

—¿Estás celosa, Pequeño Zorrillo?

—Por supuesto que no, pero no me gusta que uses tus poderes para controlar a la gente.

—Hace poco me pediste que lo hiciera.

—Tenía una buena razón.

—Creo de verdad que habrías hecho al Norte un tremendo favor librándolo de tu hermanastra, pero siempre podemos reparar ese error más tarde. —Jacks hizo rodar una manzana negra de un lado a otro de la mesa con la palma—. Bueno, ¿querías algo?

¿O solo mi atención?

Jacks le mostró uno de sus hoyuelos mientras su boca formaba una sonrisa burlona.

Esto no pasó inadvertido para Evangeline.

—Te equivocas de chica, Jacks. A diferencia de *ella*, yo sé que no eres un dios.

—Y aun así fuiste tú quien rezó en mi templo. —Apoyó las botas sobre la mesa—.

¿Qué fue lo que dijiste? *Sé que tú entiendes lo que es tener el corazón partido*. —Se sonrió suavemente.

Evangeline sintió que sus mejillas enrojecían, lo que por supuesto solo lo hizo reírse con más ganas.

—Está claro que me equivocaba —replicó.

Había sido terriblemente ingenua al creer que Jacks comprendía los sentimientos humanos o que se preocupaba por alguien que no fuera él. No lo dijo en voz alta, y se giró para marcharse. Había sido una locura haberlo echado de menos mientras estuvo fuera.

—Espera. —Jacks se levantó de su asiento y le agarró el brazo—. ¿Qué es esto?

Evangeline intentó zafarse, pero los dedos ágiles de Jacks fueron rápidos. Le levantó el puño de la manga para revelar el brazo cubierto por las palabras toscamente talladas de Apollo. NO QUIERO MATARTE.

Jacks hinchó las fosas nasales.

—Parece que las cartas de amor de tu marido son cada vez peores.

—No es nada. —Evangeline tiró de su brazo, pero Jacks era mucho más fuerte.

La atrajo hacia él con un tirón rápido. Estaban tan cerca que, de repente, pudo ver detalles que no había notado antes. La camisa bajo su jubón estaba increíblemente arrugada, y lucía ojeras de cansancio que la hicieron preguntarse qué había estado haciendo los últimos diez días.

—¿Dónde has estado? —le preguntó.

—Matando doncellas inocentes y pateando cachorritos.

—Jacks, no tiene gracia.

—Tampoco lo que está grabado en tu brazo. —Miró las palabras, furioso—.

¿Cuándo ocurrió esto?

Evangeline frunció los labios.

Si ver la herida lo había molestado, no quería pensar en cómo reaccionaría si le contaba que se las había hecho durante una visita a Tiberius. Seguramente la engrilletaría a una de las paredes para evitar que se marchara de nuevo.

Lo que tenía que hacer era distraerlo con otra cosa.

Al final consiguió que la soltara, agarró el periódico sensacionalista que mencionaba la celebración del compromiso de LaLa y se lo puso en las manos.

Jacks echó un vistazo al artículo y su expresión se endureció.

—No. No vas a asistir a una fiesta en el castillo Slaughterwood.

—Eso no es decisión tuya. —Evangeline apuñaló la página con el dedo —. Sé que la primera palabra está borrosa, pero dice *Alegría*, ¡como la piedra de la alegría!

—Eso no significa que las piedras vayan a estar allí.

—Pero creo que lo estarán. ¿Ves la parte que menciona que asistirán miembros de todas las Grandes Casas? Sospecho que las Grandes Casas escondieron las piedras del arco y que llevarán las que faltan a la fiesta.

Jacks la miró con autoridad.

—Aunque fuera cierta tu teoría de que las grandes familias tienen las piedras, ¿por qué las llevarían a una fiesta?

—Mientras tú no estabas, descubrí que las piedras se llaman las unas a las otras; ansían reunirse. Cuando vi la piedra de la suerte de Caos, sentí su poder y la deseé más de lo que he querido nada en mi vida. Así que creo que, quien tenga las piedras, las llevará a esa fiesta porque no querrá perderlas de vista.

Jacks apretó la mandíbula. Ya no parecía totalmente contrario a la idea, pero tampoco parecía muy feliz.

—Caos no puede enterarse de que vamos a ir al castillo Slaughterwood.

—¿Por qué?

—Porque, si lo descubre, no nos dejará ir. —Jacks arrugó el pliego de periódico en su mano. Y Evangeline no podía estar segura, pero parecía que le temblaban los dedos.

—¿Qué tiene de malo el castillo Slaughterwood?

—La Casa Slaughterwood es la razón por la que todos estamos metidos en este lío, Pequeño Zorrillo.

Evangeline no sabía qué mentira le había contado Jacks a Caos sobre sus planes, pero la noche siguiente descubrió que Caos había llenado su dormitorio con una excitante variedad de elegantes vestidos, zapatillas, sombreros, capas y joyas. Había mucha seda rosa y raso crema y colas con flores bordadas a mano.

Ver todo aquello hizo que se sintiera inesperadamente culpable por estar escondiéndole la verdad.

Cuando la infectaron con la toxina vampírica, Caos se quedó con ella para asegurarse de que no mordiera a nadie y completara su transformación en vampiro.

Nunca le había dado las gracias porque todavía se sentía avergonzada por el modo en el que se enredaron aquella noche. Y no sabía qué pensar del modo en el que le bajó el camisón antes de marcharse. Era un monstruo, sin duda, pero también un caballero. *Un monstruo caballeroso*.

¿Por qué se opondría a una visita al castillo Slaughterwood? Pensó en buscar información en la biblioteca, pero después recordó que no había libros en ella sobre la Casa Slaughterwood y que, cuando le preguntó a Caos al respecto, la dirigió en otra dirección.

Había intentado sonsacarle a Jacks algo más sobre lo que le había dicho: *La Casa Slaughterwood es la razón por la que todos estamos metidos en este lío*. Pero él se negó a decir nada más sobre el asunto, y Evangeline tenía la asombrosa impresión de que lo hacía por lealtad hacia Caos. Era incómodo, imaginar que Jacks era capaz de mostrar lealtad y amistad. Era mucho más fácil creer que no tenía honor. Aunque, teniendo en cuenta lo impulsivo que era, si debía ser leal, lo imaginaba siendo leal hasta la muerte.

Un escalofrío bajó por su columna ante la idea, y volvió a su maleta. Por la mañana se marcharía con Jacks al castillo Slaughterwood y todavía tenía que preparar sus baúles.

Había elegido un vestido de terciopelo rosa bordeado de pelo blanco,

pensando que sería perfecto para el viaje en carruaje, cuando se fijó en el libro lavanda a los pies de su cama. *El auge y la caída de los Valor: la querida primera familia real del Glorioso Norte*.

Al menos, eso era lo que el título debería decir, pero sus letras doradas estallaban como fuegos artificiales. El libro se había mantenido en movimiento desde que Caos se lo entregó más de una semana antes; había intentado leerlo cada día, pero las letras no dejaban de cambiar. Ahora, no solo era eso: el título entero se estaba deshaciendo y reformulando en el nombre de un relato con el que estaba íntimamente familiarizada.

La joven soltó el vestido de terciopelo y tomó el libro. Las palabras *La balada del arquero y el zorro* brillaban en la portada, mezclándose con una ilustración de un arquero y un zorro.

Se preparó, esperando que el título siguiera cambiando, pero las palabras de la portada del libro permanecieron inmóviles.

—¿A qué estás jugando? —le preguntó.

La portada se mantuvo igual, aunque le pareció ver que el arquero le guiñaba un ojo, como si intentara encandilarla para que abriera su libro. Durante un minuto, se preguntó si se habría modificado algo más que la portada. ¿Y si la historia del interior ha cambiado también?

Si aquel libro mágico se había convertido de verdad en *La balada del arquero y el zorro*,

¿albergaría información sobre la maldición del arquero?

Evangeline no podía creerse que no hubiera considerado antes la posibilidad. Jacks había sido tan insistente sobre que no había cura para Apollo más allá de abrir el Arco Valory que ni siquiera se había molestado en buscarla. Pero ¿y si el cuento de hadas original tenía una respuesta más sencilla sobre cómo terminar con la maldición del arquero?

No pudo evitar albergar cierta esperanza mientras se sentaba en el borde de la cama y abría el libro.

Por desgracia parecía que, después de todo, la portada había sido un engaño. En la primera página del libro había un retrato de un severo joven y de una elegante muchacha. Debajo estaban escritas las palabras: *Vengeance Slaughterwood y su hermosa prometida*.

Estaba claro que aquel libro estaba jugando con ella, y aun así no soltó el tomo.

Minutos antes había estado pensando en la Casa Slaughterwood, y ahora aquel libro parecía estar ofreciéndole una respuesta.

Siguió estudiando la imagen. En su retrato, Vengeance era bastante atractivo, aunque había algo desagradable en su expresión. Su prometida era extraordinariamente guapa, pero el libro no decía quién era.

Evangeline pasó la página y encontró un segundo retrato de Vengeance. Parecía aún más cruel y mayor que en la imagen anterior, y estaba con otra mujer, Glendora Redthorne. No era tan guapa como la otra chica, pero la leyenda era la misma: *su hermosa prometida*.

Se preguntó por qué había tenido dos prometidas. ¿Qué había sido de la primera?

Pasó la página de nuevo, esperando encontrar más información sobre Vengeance o el resto de los Slaughterwood, pero había otro retrato sin relación: *Las solícitas hijas de la Casa Darling*.

La página siguiente mostraba a un grupo de jóvenes nobles.

Parecía que aquel libro no era solo sobre los Slaughterwood, después de todo. Era una especie de álbum fotográfico.

Decepcionada, Evangeline pensó en volver a sus maletas. Pero en la siguiente página se topó con la imagen de tres jóvenes posando cerca de un árbol que tenía una diana clavada. Uno de ellos parecía muy simpático, otro de alta cuna, y el último era exactamente igual que Jacks.

Se le erizó el vello de los brazos. La ropa de Jacks era distinta, con un estilo antiguo que la hacía pensar en la época en la que las carreteras no estaban cartografiadas y gran parte del mundo seguía inexplorado, pero su atractivo rostro era inconfundible.

Sus ojos bajaron hasta la parte inferior de la página.

Se descubrió conteniendo el aliento mientras buscaba el nombre de Jacks, pero la leyenda solo decía: *Los Tres de Merrywood*.

La palabra Merrywood titiló, transformándose de nuevo de *alegre* a *amargo*, Bitterwood. Evangeline recordó de repente que había visto

otra referencia a aquel trío: estaba en el libro que desapareció después de haberlo soltado.

En él se describía a los miembros de los Tres de Merrywood como unos desvergonzados. Eran el príncipe Castor Valor, Lyric Merrywood (hijo de lord Merrywood) y un arquero sin nombre que sospechaba que era el mismo de *La balada del arquero y el zorro*.

Evangeline volvió a examinar la imagen, intentando descubrir cuál de aquellos tres jóvenes había sido Jacks. El que estaba a su lado, que parecía el más simpático, tenía la piel bronceada, la sonrisa más cálida que había visto nunca y una flecha en una mano, lo que de inmediato la hizo pensar que él debía ser el arquero. Pero después recordó la maldición de las historias, y no sabía si esta también podía afectar a las imágenes.

Decidió mantener la mente abierta.

El otro joven era más alto que el simpático, casi de la misma altura que Jacks. Su barbilla levantada la hizo pensar que se creía ligeramente superior, y una parte de ella entendía por qué. Era casi dolorosamente guapo. Poseía un tipo de atractivo que la hizo preguntarse si sería totalmente humano.

Normalmente, era eso lo que pensaba de Jacks, pero en aquel retrato, él parecía humano, no inmortal. Nunca había considerado la idea de que Jacks hubiera sido humano antes, pero si formó parte de los Tres de Merrywood, sin duda lo fue. Y la humanidad le sentaba bien… O quizá solo era que parecía muy contento.

En la imagen, Jacks estaba lanzando al aire una ordinaria manzana roja y riéndose de un modo que iluminaba todo su rostro. Ahora nunca se lo veía tan feliz, y Evangeline no pudo evitar preguntarse qué había cambiado en él.

—¡Pequeño Zorrillo! —Jacks aporreó la puerta mientras la llamaba.

Evangeline se sobresaltó y casi se cayó de la cama mientras él entraba en la habitación. Su parecido con la imagen era asombroso, y aun así lo que sentía al mirarlo ahora era totalmente diferente. Era como si un escultor hubiera acercado una daga a la persona que había sido y le hubiera arrancado toda la suavidad.

—Me estás mirando fijamente. —La boca de Jacks se curvó en una sonrisa mientras hablaba.

Las mejillas de Evangeline se tiñeron inmediatamente de rosa.

—Has entrado en mi dormitorio.

—Llamé a la puerta y dije tu nombre y… —Se detuvo.

Sus ojos se posaron en el libro que tenía en las manos. Destellaron como la plata oscura. La expresión estuvo allí y desapareció tan rápido que podría haber sido un truco de la luz. Tal vez había llegado a ver la imagen, aunque esta desapareció de repente. Las páginas del libro estaban en blanco.

La cubierta del libro estaba igualmente vacía: el título dorado había desaparecido, así que no sabía qué había visto Jacks.

—Nuestro carruaje llegará en media hora —dijo con voz tensa—. Olvida las historias tristes y termina las maletas.

Historias tristes. Si era eso lo que Jacks había visto, estaba claro que no había mirado la misma imagen que ella.

—Espera. —Evangeline le mostró la página en blanco del libro como si la imagen pudiera reaparecer—. Vi tu retrato en este libro.

Una sonrisa arrugó los ojos azules de Jacks.

—Ahora me ves en los cuentos de hadas. ¿Debería preocuparme que estés empezando a obsesionarte?

—No —dijo ella con obstinación, negándose a sentirse avergonzada—. Eras tú. ¡Eras uno de los Tres de Merrywood!

Jacks suspiró y la diversión de su rostro se convirtió en algo parecido a la preocupación.

—Lo que viste en ese libro fue un truco. Los Tres de Merrywood murieron hace mucho tiempo, y yo nunca fui uno de ellos.

—Sé lo que he visto.

—Estoy seguro de que es así, pero eso no significa que puedas confiar en ello. Esas historias, las imágenes, mienten.

—Tú también —replicó.

Aunque, por mucho que odiara admitirlo, Jacks tenía razón. Aquel libro en concreto acababa de cambiar su portada ante sus ojos (dos

veces) y después su contenido había

desaparecido por completo, lo que hacía que lo que había visto fuera más que un poco sospechoso.

Pero, si Jacks decía la verdad, ¿por qué tenía de repente los nudillos tan blancos como la manzana que había en su mano?

PARTE II

Un sadismo aderezado de historias

El carruaje de viaje de Jacks era el de un villano. El exterior era de un pulido negro mate, perfecto para pasar inadvertido en los callejones oscuros y en las sombras, pero con suficientes detalles dorados en las ruedas y en las ventanas para resultar inesperadamente seductor.

Aquel no era el mismo coche en el que se encontró con él con la equivocada esperanza de que rompiera el hechizo de amor con el que había embrujado a Apollo.

En el interior de aquel carruaje había una mullida moqueta negra, gruesos cojines de terciopelo negro en los bancos, paneles lacados en negro y más detalles dorados bordeando las frías ventanas en un decorativo patrón de espirales y espinas.

Evangeline se sentía especialmente contenta, con el vestido de terciopelo rosa que había elegido la noche anterior.

El castillo Slaughterwood estaba a un día entero de viaje, al este de Valorfell, y cuanto más se alejaban de allí, más frío hacía. El paisaje al otro lado de las ventanas era un blanco mundo fantástico de hielo y aves azules de invierno con unas alas que parecían de un lila escarchado cuando volaban.

Le habría preguntado a Jacks por los pájaros, o por la parte del país en la que estaban, pero se había quedado dormido.

Tenía la cabeza dorada apoyada contra la ventana y solo se movía cuando el carruaje pasaba sobre un bache en el camino. Intentando no mirarlo (porque no le sorprendería que él pudiera notarlo, a pesar de estar dormido), Evangeline volvió a examinar la hoja de pistas que había encontrado en la biblioteca de Caos.



Frente a ella, Jacks se movió.

La joven levantó los ojos lentamente de la página, a tiempo para ver el estremecimiento de sus hombros… como si estuviera teniendo una pesadilla.

Se preguntó, por un instante, qué tipo de traumas acosarían a Jacks. En una ocasión, le había contado la historia de la chica que había hecho latir su corazón, la que había sobrevivido a su beso letal. Se suponía que era su verdadero amor, pero le apuñaló el corazón y decidió amar a otro. En ese momento, Evangeline pensó que aquella era la mayor tragedia de Jacks, pero ahora sospechaba que había heridas más profundas en su pasado.

Una vez más, pensó en la imagen que había visto de los Tres de Merrywood. Sabía que Jacks le había dicho que estaban muertos y que los libros mentían. Y, aun así, no podía descartar por completo la idea de que Jacks hubiera formado parte de aquel trío.

Deseaba saber más sobre ellos. Lo único que sabía era que Lyric Merrywood era el hijo de un lord.

El arquero no tenía nombre, pero seguía pensando que era el de *La balada del arquero y el zorro*.

Después estaba Castor Valor, el príncipe.

Según las historias, todos los Valor fueron decapitados. Pero, si alguien hubiera podido escapar a la muerte, habría sido Jacks. Y si Jacks hubiera sido el único Valor en sobrevivir, si hubiera visto a toda su familia asesinada, eso sin duda lo habría destruido.

También explicaría por qué quería abrir el Arco Valory: como era uno de los Valor, sabría mejor que nadie qué contenía el Valory.

Jacks giró el cuello e hizo un sonido a medio camino entre un suspiro y un gruñido.

Se estaba despertando.

Evangeline dirigió su mirada a la ventana antes de que abriera los ojos y la sorprendiera mirándolo.

Fuera, el paisaje había cambiado. Se preguntó si se habrían equivocado en alguna bifurcación. Habían desaparecido los bancos de nieve y las aves de invierno. Un gris lodoso había reemplazado el azul del cielo y convertido la nieve en barro.

En la tienda de curiosidades de su padre, Evangeline abrió una vez una caja de aspecto muy elegante llena de libros de cuentos importados de las islas Paraíso Helado.

Las cubiertas eran de adorable piel en verde menta, con grabados en oro rosa y un precioso metalizado. Se sentía imposiblemente ansiosa por abrirlos y descubrir qué tipo de relatos había en su interior, pero lo único que encontró fue ceniza, como si alguien hubiera acercado una cerilla a sus páginas y quemado cada palabra.

Aquel lugar le recordó a uno de esos libros, pero en lugar de palabras, era el color, el sentimiento y la esperanza lo que había desaparecido; eran las agujas verdes de los árboles y las puertas pintadas de rojo y los adoquines azules. Incluso el color de la nieve se había opacado, volviéndose de un desesperanzador tono gris.

Desde lejos, parecía que en el pasado había existido una aldea, pero ahora solo quedaban los huesos de las cabañas muertas y los fragmentos abandonados del municipio. La carretera también cambió, llenándose de baches y elevaciones y haciendo que el carruaje

traqueteara mientras atravesaba un bosque de esqueléticos árboles sin hojas.

Evangeline se estremeció. Hasta aquel momento, no se había dado cuenta de que cada vez hacía más frío en el carruaje. Los ladrillos calefaccionados que había a sus pies habían perdido su calidez y ahora parecían de hielo. Intentó ceñirse la capa, pero eso no la ayudó. Era como si aquel frío fuera una criatura viva. La niebla se filtró por las

rendijas que rodeaban la puerta del carruaje, oliendo débilmente a putrefacción. Le cubrió las botas y le congeló los dedos de los pies mientras el coche atravesaba un enorme tajo en el camino que casi la hizo caerse de su asiento.

—No te pongas nerviosa, Pequeño Zorrillo, este sitio es así —le dijo Jacks, pero su voz carecía de su arrogancia habitual.

—¿Dónde estamos? —le preguntó Evangeline. Su voz sonaba frágil, una cosa asustada que quería cerrar las cortinas y apartar la mirada. Y, aun así, no consiguió dejar de mirar el inquietante paisaje.

Mientras el carruaje seguía avanzando, la aldea desapareció y durante un rato no vio nada más que los carbonizados restos de los árboles. Le pareció divisar una especie de posada, todavía intacta, pero estaba demasiado lejos. A continuación, se acercaron a un letrero que le quitó el aire de los pulmones.

¡BIENVENIDOS A LA GRAN MANSIÓN MERRYWOOD!

El letrero era tan deprimente como todo lo demás, descascarillado y descolorido y tan triste como la sensación que estaba creciendo en su interior. Las lágrimas le humedecieron las mejillas. Nunca antes había estado allí, pero el letrero le recordó la descripción de la Casa Merrywood que había leído en el libro: se decía que los Merrywood eran gente alegre y generosa y que su hogar era un lugar lleno de cariño y amor. Pero lo único que quedaba de aquella casa era el esqueleto de una escalera que en el pasado debió ser magnífica y que subía hacia la nada desde un gran montón de ceniza.

—Aquí está la respuesta a tus preguntas sobre los Tres de Merrywood —le dijo Jacks con seriedad.

—¿Esto lo hicieron ellos? —le preguntó Evangeline.

—No. Aquí fue donde murieron.

Jacks apartó la mirada de la ventana. No la miró a los ojos, pero ella pudo advertir que la luz de sus ojos había desaparecido. Su mirada era ahora tan gris como el mundo al otro lado de la ventanilla.

Evangeline no sabía si Jacks estaba sintiendo de verdad algo parecido a una emoción humana o si solo era el poder de aquel terrible lugar.

Después recordó las palabras de Tiberius sobre las piedras del arco: *Vi las ruinas…*

Sentí la magia, terrible y vacía. Solo reunir las piedras ya es potencialmente catastrófico. No había querido creerlo. Ella había tocado una de las piedras. Le había parecido poderosa, pero no catastrófica. Y, aun así, ¿qué otra cosa podría haber causado aquella desolación?

¿Qué podría ser bastante poderoso para destruir no solo un lugar sino toda su esperanza y su alegría?

—¿Qué ocurrió aquí exactamente? —le preguntó—. ¿Esta es la Gran Casa que destruyeron las piedras del Arco Valory?

Jacks volvió a mirarla.

—¿Quién te ha contado esa historia?

—Debí leerla en un libro.

—Mientes. —Apretó los labios en una línea fina—. Eso es retórica del Protectorado.

Las piedras no hicieron esto. Son poderosas, pero esta no fue su destrucción.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sé lo que ocurrió aquí.

Evangeline se limpió las lágrimas de los ojos e hizo todo lo posible por entornarlos para mirar a Jacks.

Él le respondió con la tajada de una sonrisa.

—Por mucho que disfrute de la escenografía, si no me crees, lo único que tienes que hacer es preguntarme qué ocurrió.

De repente, se sintió aún más escéptica; Jacks nunca era generoso con la información. Sin embargo, no iba a dejar pasar la oportunidad de

interrogarlo.

—Bueno, ¿qué ocurrió aquí?

Jacks se giró hacia la ventanilla. Durante un minuto, Evangeline pensó que no iba a responder. Después dijo, en voz inesperadamente baja:

—Lyric Merrywood, hijo de lord Merrywood, tuvo la mala suerte de enamorarse de Aurora Valor.

Evangeline sabía quién era Lyric Merrywood. Y, por supuesto, también conocía a la famosa Aurora Valor, la joven más hermosa que había existido nunca.

—Lyric era el único hijo de lord Merrywood —continuó Jacks, con la misma reticencia—, y era demasiado bondadoso para darse cuenta del error que estaba cometiendo al amar a Aurora Valor.

—¿Por qué era un error? —le preguntó Evangeline—. Creí que Aurora era hermosa y dulce y amable y todo lo que una princesa debe ser.

Las últimas palabras sonaron un poco amargas y Evangeline se dio cuenta de que sentía un inexplicable desagrado hacia la princesa, aunque, por lo que sabía, Aurora Valor no había hecho nada malo, excepto sonar perfecta en todos los relatos.

—No te cae bien —adivinó Jacks.

—Es solo que parece demasiado buena para ser verdad.

—Desde luego, Lyric no pensaba eso —dijo Jacks en un tono que no revelaba si estaba de acuerdo o en desacuerdo—. Estaba tan desesperadamente enamorado de ella que pasó por alto el peligroso hecho de que estaba comprometida con Vengeance Slaughterwood.

—¡Aurora era su prometida! —exclamó Evangeline.

Jacks la miró de reojo.

—Es lo que acabo de decir.

—Lo sé… Solo me he puesto un poco nerviosa porque vi una imagen de Vengeance en un libro, pero no aparecía el nombre de su prometida.

Jacks pareció brevemente sorprendido por esto antes de continuar.

—Lyric creía que ese compromiso no importaba, ya que no era una unión por amor; Aurora y Vengeance se prometieron tras el nacimiento de Aurora. El padre de Vengeance, Bane, había sido el mejor amigo y aliado de Wolfric Valor. Así que, cuando Wolfric se convirtió en rey, prometió que una de sus hijas se casaría con el hijo mayor de Bane.

»Aurora intentó romper el compromiso para casarse con Lyric, pero su padre se negó. Wolfric dijo que Aurora era una niña tonta que no sabía nada de amor. —Jacks torció la boca amargamente y, una vez más, Evangeline no supo si estaba de acuerdo o no—. Aurora sabía que nunca ganaría aquella discusión contra Wolfric, así que le prometió que el matrimonio con Vengeance seguiría adelante. Pero, la mañana de la boda, huyó. Fue entonces cuando Vengeance se enteró de su aventura con Lyric Merrywood, y solo vamos a decir que Vengeance hizo honor a su nombre…

El coche traqueteó y Jacks se detuvo. Dejaron atrás el gris y las ruinas, regresando a un mundo de fría nieve blanca. El sol había vuelto a salir, lanzando su alegre luz y añadiendo motas de color iridiscente al hielo de los árboles.

Jacks se apartó de la ventana como si no pudiera soportar la vista del paisaje.

O quizá fuera el letrero más adelante lo que no deseaba ver.

ESTÁS ENTRANDO EN LAS TIERRAS DE LA CASA

SLAUGHTERWOOD

¡ *Bienvenido, si eres un invitado*!

Cuidado, si no lo eres…

Evangeline dudaba de que aquel letrero hubiera podido animarla en alguna circunstancia. Pero, después de la historia de Jacks, la bienvenida le pareció especialmente inquietante.

Se recordó que la maldición de las historias podría haber deformado parte del relato de Jacks. Sin embargo, su versión explicaba las dos imágenes de compromiso distintas que había visto de Vengeance, y Jacks no había vacilado al usar las palabras. Su voz tranquila había poseído una sutil confianza, como si no solo hubiera oído la historia sino que hubiera estado allí para vivirla.

Jacks le había dicho repetidas veces que no le importaba nada ni nadie, pero en aquel momento le era difícil creerlo. Quizá fuera esa la razón por la que había girado la cabeza, para que la luz no lo iluminara y revelara cómo se sentía en realidad.

La idea hizo que algo en su interior le doliera por él.

Antes de pensárselo mejor, Evangeline se inclinó en el carruaje y posó su mano sobre la de Jacks.

Jacks suspiró, como si se sintiera decepcionado.

—No lo sientas por mí, Pequeño Zorrillo. Ya te lo he dicho, este sitio pone triste a todo el mundo. —Apartó la mano, frunciendo el ceño, pero no consiguió esconder el dolor que seguía enquistado en sus ojos.

Evangeline no podía evitar sentir lástima por él. Una vez más, consideró la idea de que Jacks fuera Castor Valor. El último de los Valor, el único superviviente de una familia real a la que la gente del Norte parecía amar hasta que los habían asesinado brutalmente, y amigo de un joven que también había sido asesinado. Pero Castor Valor no había aparecido en aquella historia, y tampoco el tercer miembro de los Tres de Merrywood, el arquero.

Evangeline no habría insistido en el asunto, pero Jacks le había dejado claro que no quería que lo tratara con tacto. Y, cuanto más pensaba en la historia, más se preguntaba si Jacks se la habría contado para que tuviera la sensación de que se había sincerado con ella y no le hiciera

más preguntas.

—Tu historia no menciona a los amigos de Lyric, Castor Valor y el arquero.

¿También los mató Vengeance Slaughterwood?

—Solo a Castor —dijo Jacks sin emoción—. Era el noble del grupo. Intentó advertir a Lyric del ataque, pero también terminó asesinado.

Evangeline observó con atención el atractivo rostro de Jacks, buscando alguna señal de que estuviera mintiendo o un indicio que le dijera que era en realidad Castor, pero Jacks era muy difícil de leer a veces. Lo único que notó fue que él encajaba en algún punto de aquella historia y que eso tenía algo que ver con la razón por la que quería abrir el Arco Valory.

—Si de verdad no eras un miembro de los Tres de Merrywood, ¿cómo sabes todo esto?

—Todos los que estaban vivos entonces conocen la historia. Aurora Valor era una princesa, Castor era un príncipe, y Lyric y Vengeance eran hijos de lores.

—¿Y el arquero?

—Él no era nadie —dijo Jacks con frialdad—, excepto para el zorro, supongo. Pero ya te he contado cómo terminó esa historia. —Le dedicó una sonrisa que era todo dientes, como si la advirtiera.

Por un segundo, Evangeline se preguntó si estaría equivocada sobre que Jacks era Castor. Quizá Jacks era en realidad el arquero y quería abrir el Arco Valory para salvar de algún modo al zorro.

La idea debería haberle parecido romántica, pero en lugar de eso tocó una cuerda disonante en su interior.

—Ahora es mi turno de hacer preguntas —dijo Jacks con brusquedad —. Quiero saber dónde oíste esa ridícula historia sobre que las piedras del arco destruyeron una de las Grandes Casas.

Evangeline dudó.

—Venga, Pequeño Zorrillo, no puedes esperar que te cuente cosas si tú no me las cuentas a mí.

—Fui a ver a Tiberius —le confesó.

—¿Hiciste qué? —gruñó Jacks.

—Oh, no… No vas a enfadarte. Tú te habías marchado. Me escribiste una nota que prácticamente eran dos palabras y me dejaste sola en un castillo lleno de vampiros.

—¿Y por eso te pareció buena idea tener una charla con la persona que intentó matarte dos veces?

—No estaba teniendo suerte en la biblioteca. Pensé que él podría saber dónde están escondidas las piedras.

La única respuesta de Jacks fue una mirada que decía que quería darle la vuelta al carruaje, llevarla a una torre aislada y tirar la llave.

—Está encerrado en una cárcel —dijo ella entonces—. Era totalmente seguro.

—Quiere matarte. Ese es un poderoso motivo para intentar escapar.

—Pero no lo hizo —insistió Evangeline—. ¿Qué otra cosa se suponía que iba a hacer? Tú mismo me dijiste que todos los libros mienten.

Jacks se pasó una mano furiosa por el cabello.

—¿Te sugirió Tiberius que fuéramos a esta fiesta?

—No, se negó a ayudarme, aunque le dije que mi vida estaba conectada con la de su hermano.

—¿Le dijiste eso? —Jacks hinchó las fosas nasales—. Si Tiberius se lo cuenta a alguien del Protectorado, buscarán y matarán a Apollo para matarte a ti.

Por un segundo, parecía que Jacks también quería matar a alguien.

—Cálmate, Jacks. Cuando visité a Tiberius en la Torre, parecía que el Protectorado lo había abandonado. Aunque me equivoque, no creo que Tiberius vuelva a poner a su hermano en peligro. No me ayudó a abrir el arco, pero parecía dividido. No creo que quiera matar a su hermano.

—Esperas demasiado de la gente —gruñó Jacks—. Y deberías haberme contado esto de inmediato.

—¿Para qué? ¿Para que pudieras matarlo?

—Sí.

—No, Jacks. No puedes ir por ahí asesinando a todo el que te da problemas.

—No puedes salvar a todo el mundo y salvarte a ti misma a la vez. ¿Cómo piensas conseguir esas piedras? —Su voz se volvió dura y un poco cruel—. ¿Crees que sus propietarios te las entregarán a cambio de una sonrisa bonita? Si las piedras están en esta fiesta, alguien morirá.

—No. No voy a matar a nadie para conseguir las piedras. Y tú tampoco.

—Entonces, ¿para qué hemos venido? —se burló Jacks.

El carruaje atravesó el poderoso puente levadizo que conducía al castillo Slaughterwood y Evangeline aprovechó la excusa para apartar la mirada de Jacks.

Aquella era exactamente la razón por la que siempre se estaba recordando que no podía

confiar en él. Era obvio que él iba a pensar que el único modo de conseguir lo que querían era asesinando a alguien.

No dejaría que Jacks estropeara aquello. Sabía que estaba resentido con el pasado, y no lo culpaba por ello. También suponía que Jacks restaba importancia al compromiso de LaLa porque era la Novia Abandonada y seguramente no llegaría a casarse, pero Evangeline se negaba a creerlo. En un mundo donde había Destinos y magia, y maldiciones y profecías, no podía sino creer que también había potencial para que todos encontraran un final feliz.

Cuadró los hombros y se dirigió a Jacks con una nueva determinación.

—LaLa es mi amiga, esta es su fiesta de compromiso y va a ser mágica. Nadie morirá en esta celebración. No vas a matar a nadie mientras estemos aquí.

Jacks se echó hacia atrás en su asiento y levantó su manzana, torciendo la boca en una mueca taciturna.

—Ese es un plan terrible, Pequeño Zorrillo. —Dio un gran mordisco y sus dientes afilados cortaron la fruta—. Alguien morirá. Y será uno de ellos o uno de nosotros.

El recinto era más acogedor de lo que Evangeline habría esperado, sobre todo tratándose de una familia con la palabra *slaughter*, «matanza», en su nombre. Acercarse al castillo fue como adentrarse en un cuento que un bardo podría compartir delante de una fogata mientras los viajeros bebían cerveza y comían estofado.

El sitio era antiguo, el tipo de antigüedad que cambiaba el olor del aire. Evangeline seguía sentada en el carruaje, pero mientras se acercaban al imponente castillo, habría jurado que podía oler el polvo de las antiguas batallas y el humo de las chimeneas que habían ardido hacía siglos. Incluso la granulada y cerosa luz que vertían las incontables ventanas parecía un resquicio del pasado.

Después de que su carruaje se detuviera, Evangeline siguió a Jacks al exterior. No sabía si alguna de las piedras desaparecidas del arco habría llegado ya colgada del cuello de otro invitado, pero no sintió ni rastro de la piedra de la alegría mientras se acercaban a la hilera de criados a la espera. Bordeaban el camino como soldados decorativos, vestidos con inmaculadas levitas plateadas cosidas para imitar una armadura.

Dos criados se acercaron rápidamente al carruaje para tomar su equipaje. Varias doncellas y algunos vasallos sonrieron y asintieron a Jacks; el Príncipe de Corazones parecía enfurruñado, y aun así conseguía deslumbrar. Evangeline no causaba el mismo efecto. Sonrió a todo el mundo, pero los pocos sirvientes que miraron en su dirección lo hicieron con desdén, con los ojos entornados y los labios apretados.

Intentó no permitir que eso la molestara; quizá los criados tenían frío, sencillamente, o ella estaba tensa. Pero después oyó las palabras, pronunciadas demasiado alto para que pudiera considerarse un susurro: —Yo sigo creyendo que mató al príncipe.

—No sé por qué todo el mundo elogia su cabello.

—Debería volver al sitio del que salió.

Jacks dejó caer un pesado brazo sobre sus hombros, enviando una

descarga a su interior al acercarla a su cuerpo de repente.

—¿Quieres que mate a alguno de ellos por ti?

—No, solo están cotilleando.

—Entonces, ¿qué te parece si solo los insto a cortarse la lengua? —le preguntó, mostrándole uno de sus hoyuelos.

Evangeline contuvo una risita, aunque sabía que aquello no debía divertirla. No tenía duda de que Jacks hablaba en serio sobre las lenguas.

—No te atrevas…

—¿Estás segura? Se lo merecen. — *Toda la Casa se lo merece*.

El pensamiento sonó tan distante que Evangeline no estaba segura de si Jacks había pretendido que lo oyera. Pero, antes de que pudiera preguntarle, apareció LaLa, atravesando las puertas dobles de la mansión como una lluvia de bienvenida hecha de lentejuelas doradas con forma de escamas de dragón y los brazos abiertos.

—¡Me alegro mucho de verte, amiga!

Envolvió a Evangeline en un abrazo que hizo que todo le pareciera más cálido.

Hasta aquel momento, no había sabido cuánto necesitaba un abrazo. ¿Cuándo fue la última vez que la alguien la había abrazado?

Seguramente había sido LaLa, lo que hizo que Evangeline apretara a su amiga con más fuerza.

—Me alegro mucho de estar aquí.

—No tanto como yo. La mayor parte de los invitados son amigos de Robin, así que me emocionó que me escribieras diciéndome que podías asistir. —La sonrisa de LaLa, cuando se apartó, era incandescente—. Sois los últimos en llegar. Todos los demás se están cambiando para la cena, excepto los que han salido con Robin a cazar a alguna pobre bestia. Tendrás que conocerlo más tarde.

—Todavía no puedo creerme que te hayas comprometido con él —murmuró Jacks.

La bonita sonrisa de LaLa se endureció.

—No eres quién para juzgar mis decisiones, Jacks. Evangeline me contó lo que hiciste. Sé que lo preparaste todo para que la acusaran de asesinato, y que envenenaste a Apollo.

Jacks se encogió de hombros con frivolidad.

—Fue para abrir el arco. Habría esperado que lo aprobaras. O…

— *Shh*… —siseó LaLa—. No puedes hablar de esas cosas en esta casa.

Jacks gruñó.

—Primero no puedo matar a nadie ni cortar ninguna lengua…

—¿A quién querías cortarle la lengua? —lo interrumpió LaLa.

—Solo a algunos de los criados de tu prometido.

—En realidad, esa no sería una mala idea —dijo LaLa, y Evangeline tuvo la horrible sensación de que su amiga tampoco estaba bromeando.

Por suerte, LaLa sonrió de nuevo mientras los conducía al interior de la mansión.

Esta olía a vino especiado y exhibía toda la grandeza que Evangeline esperaba de las Grandes Casas del Norte. Los techos arqueados eran dramáticamente altos, y los suelos estaban cubiertos por un mosaico de azulejo que representaba a hombres y mujeres en la batalla, blandiendo espadas o escudos o una ocasional cabeza ensangrentada.

La historia de la Casa Slaughterwood parecía encajar con su nombre. En lugar de libros en los estantes, había armas antiguas: mazas barreteadas, manguales, ballestas y hachas de batalla. Todas las personas que consiguieron tener un retrato en la pared llevaban armadura, excepto una mujer. Tenía un rostro agradable y una sonrisa muy cálida, y reapareció en los retratos a menudo mientras LaLa conducía a Jacks y a Evangeline por una majestuosa escalera.

Evangeline tardó un minuto, pero al final reconoció a la mujer de una de las imágenes que había visto la noche anterior: Glendora. Había sido la segunda prometida de Vengeance Slaughterwood, y a diferencia de Aurora, había llegado a casarse con él.

Parecía terriblemente injusto que Vengeance hubiera destruido toda una casa y que después formara una familia. Evangeline habría hecho

algún comentario, pero no quería apenar a LaLa mencionando las cosas feas del pasado.

—Ya hemos llegado —dijo LaLa poco después de que accedieran a la cuarta planta—. Esta es una de mis habitaciones favoritas. —Extendió los brazos mientras abría la puerta con un alegre silbido.

La nieve caía como si fuera mágica al otro lado de las ventanas en voladizo de la estancia, añadiendo un poco de extravagancia a la noche temprana y a la habitación, que contaba con una enorme y embravecida chimenea, gruesas alfombras de pelo, un adorable banco junto a la ventana y una llamativa cama con dosel con una voluminosa colcha de terciopelo del color del vino espumoso.

—La vista es realmente espectacular —dijo LaLa—. Por la mañana, podrás ver el famoso jardín de invierno de Glendora Slaughterwood. Y aquí tienes algunos regalos.

—Señaló un montón enorme de paquetes envueltos, emocionada—. También he incluido un vestido para esta noche, por si tus prendas están demasiado arrugadas, y otro para mañana, por si has olvidado incluir un disfraz.

—Qué generosa —dijo Jacks, consiguiendo de algún modo que sonara como un insulto mientras caminaba hasta un antiguo escritorio y levantaba un sujetalibros con forma de diminuto dragón.

La sonrisa de LaLa se disipó.

—Suelta eso, Jacks. Tu dormitorio está en otra ala.

—No. —Se dejó caer en una butaca de cuero y apoyó las botas con hebillas en el escritorio—. Voy a quedarme en la habitación contigua.

—No puedes —protestó LaLa—. Ahí están los Darling.

—Trasládalos a una habitación diferente. Cada vez que dejo sola a esta chica, alguien intenta matarla. —La voz de Jacks seguía sonando amistosa, pero sus ojos se convirtieron en dos dagas de hielo mientras decía—: Ahora mismo, su marido está hechizado, y se trata de un trabajo desagradable que lo obliga a cazarla como si fuera un zorro.

LaLa se mostró conmocionada.

—Evangeline…

—Por favor, no te preocupes por mí, amiga. No te lo mencioné cuando te escribí porque no quería estropear tu compromiso. —Le echó a Jacks una mirada afilada.

Él se encogió de hombros y lanzó al aire el pequeño dragón, como si fuera una manzana.

—Tampoco es que vaya a casarse con él de verdad.

—Jacks… —siseó Evangeline.

—Solo digo la verdad. Todos sabemos quién es LaLa en realidad… O al menos yo lo sé. —Lanzó el dragón más alto.

Avergonzada no era una palabra lo bastante fuerte para describir cómo se sintió Evangeline en ese momento.

—Lo siento mucho —le dijo a LaLa—. Jacks ha debido dejarse sus modales en el carruaje. No es necesario que lo alojes en la habitación contigua. Podrías cederle el establo… O la mazmorra, si hubiera una.

—No, Jacks tiene razón —replicó LaLa—. Si estás en peligro, debería quedarse cerca.

Sonreía de nuevo, pero su sonrisa empezaba a parecer arrugada, como una prenda de ropa que se ha quitado y puesto demasiadas veces. Ni siquiera las lentejuelas doradas de su vestido lograban hacerla brillar.

Evangeline se sentía parcialmente responsable.

—LaLa… Siento mucho haber traído mi tragedia aquí.

—Por favor, no te disculpes. Las fiestas no son divertidas sin un poco de drama. En realidad, debería darte las gracias. —LaLa le dedicó una sonrisa que quizá fuera demasiado amplia.

Evangeline fingió que la creía. Le devolvió la sonrisa como si las maldiciones y los príncipes asesinos fueran cosas que solo ocurrían en los cuentos. Y, por un extraño momento, el único de la habitación que actuó de un modo totalmente sincero fue Jacks.

Dejó el dragón sobre el escritorio con un golpe y se marchó. Aunque había ganado la batalla por la habitación, parecía aún más insatisfecho que antes.

—Siento mucho lo que te ha dicho —dijo Evangeline.

LaLa agitó una mano, como si no fuera nada.

—Estoy acostumbrada a los volátiles estados de ánimo de Jacks. Y siempre le ha desagradado la Casa Slaughterwood.

—Me dijo que fue Caos quien tuvo un problema con la familia —contestó Evangeline, aunque después de la historia de Jacks en el carruaje, estaba claro que a él tampoco le gustaba. Pero ahora sentía curiosidad sobre si su historia era totalmente fiable. No quería repetirla (la horripilante historia de Vengeance Slaughterwood no parecía una charla adecuada para la fiesta de compromiso de LaLa), y aun así se preguntó si su amiga le confirmaría que era cierta—. Jacks también me contó que la Casa Slaughterwood es la razón por la que estamos metidos en este lío.

LaLa suspiró profundamente.

—La Casa Slaughterwood ha hecho cosas terribles, pero todos hemos hecho cosas terribles por amor.

Entonces sonrió, haciendo que Evangeline sospechara que la definición de LaLa de *cosas terribles* era parecida a la de Jacks: en realidad no les importaba, siempre que consiguieran a la persona que querían.

LaLa se marchó segundos después, tras posar un beso en la mejilla de Evangeline y decir algunas palabras sobre cambiarse rápidamente para la cena.

Después de un día de viaje en carruaje, Evangeline hubiera preferido ponerse a remojo en una bañera en lugar de cambiarse, pero no tenía ni idea de cuándo regresaría Jacks y no quería que la sorprendiera mientras se vestía.

Empezó a examinar la ropa que LaLa le había dejado.

Después oyó los susurros.

—Cuidado…

—La maldición del arquero… cazando… casi la mató.

Las palabras venían de la habitación contigua, graves y susurradas. Evangeline no debería haberlas oído, y desde luego no debería haberse acercado de puntillas para

escucharlas mejor, pero parecían Jacks y LaLa, y era evidente que estaban hablando de Apollo y de ella.

Formó una copa con las manos contra la pared y oyó que Jacks preguntaba: —

¿Puedes romper la maldición?

El aire se le quedó atrapado en la garganta. No podía estar refiriéndose a *esa* maldición. La maldición del arquero era la única razón por la que ella había accedido a abrir el arco.

Escuchó con atención. La voz de LaLa era apenas un susurro.

—Lo siento. No ha cambiado nada desde que viniste aquí la semana pasada.

Todavía no hay nada que yo pueda hacer.

—Podrías intentarlo.

—Sabes que no hay cura.

—Podrías tratar de encontrarla —replicó Jacks—. Ella podría morir.

—Tú no lo permitirás.

—Yo… —gruñó. Un sonido furioso que estremeció el muro.

Por un segundo, no se oyó nada más que el intenso latido del corazón de Evangeline. O Jacks habló demasiado bajo, o su mente desbocada le impidió entender lo que decía. Él le había dicho que no buscara una cura para la maldición del arquero. Le había dicho repetidamente que no tenía sentido. Pero parecía que él había estado haciendo justo eso. Basándose en lo que LaLa había dicho sobre la *semana anterior*, parecía que aquello era lo que Jacks había hecho mientras estaba fuera.

Evangeline se recordó que no podía fiarse de él. Sabía que, para Jacks, solo era una herramienta, y como LaLa le dijo, los humanos que se acercaban demasiado a Jacks siempre morían. Aunque pudiera romper la maldición del arquero, sin duda tendría otro plan horrible para asegurarse de que abriera el arco.

No podía permitirse pensar que el hecho de que estuviera buscando una cura significaba que Jacks se preocupaba por ella. Sabía que aquello no era cierto, aunque le resultaba cada vez más difícil creerlo. Porque *ella* empezaba a preocuparse por él.

—¿Te queda mucho para encontrar las piedras? —le preguntó LaLa.

—Necesitamos tres.

Durante un instante… nada.

Después, en voz muy baja, habló LaLa:

—Espero que hayas traído suficientes manzanas.

Había muchas cosas de las que Evangeline no estaba segura, pero sabía con certeza que LaLa le había regalado el vestido más maravilloso del mundo para la cena.

La hacía sentirse como si vistiera un final de cuento. Se rizó el cabello rosado y lo amontonó sobre su cabeza, sujetándolo con horquillas de piedras preciosas en forma de flor para mostrar mejor el atrevido escote del vestido. Dejaba sus hombros casi al descubierto, excepto por los delicados tirantes que bajaban en un favorecedor corte en V

formado por un tejido etéreo que era como lágrimas de estrella. Fragmentos de gemas rotas, resplandeciendo en tonos rosas, azules y violetas, cubrían el corpiño y se dispersaban sutilmente por las caderas de una falda fluida con una abertura que subía hasta el muslo. Era atrevido, y la hizo sentirse intrépida mientras giraba delante del espejo del armario, dando vueltas hasta que las gemas rotas cobraron vida con un destello.

—¿Qué estás haciendo exactamente? —le preguntó Jacks, arrastrando las palabras.

El aire abandonó los pulmones de Evangeline y la cicatriz del corazón roto de su muñeca se incendió. Ni siquiera lo había oído entrar. Se detuvo a mitad de un giro, y la falda siguió moviéndose mientras captaba su galante reflejo en el espejo.

El corazón le dio un brinco tonto. Intentó detenerlo, pero, aunque Jacks era muchas cosas horribles, resultaba innegable que también era

dolorosamente guapo. Era su cabello dorado; bajo cierta luz parecía oro de verdad, y destellaba sobre unos ojos que brillaban más de lo que podrían hacerlo los ojos humanos. Quizá también fueran sus ojos. Y puede que tuviera que culpar un poco a sus labios. Eran perfectos, por supuesto, y justo en ese momento sonreían con diversión.

—¿Así que esto es lo que haces cuando yo no estoy?

Evangeline sintió la repentina urgencia de esconderse en el armario, pero se la tragó para girarse y mirarlo con una sonrisa.

—¿Desde cuándo piensas en lo que hago cuando tú no estás?

—Cuidado, Pequeño Zorrillo. —Jacks dio un paso adelante—. La idea parece excitarte.

—Para nada, te lo aseguro —le dijo, deseando no sonar tan jadeante —. Solo me gusta la idea de torturarte tanto como tú me torturas a mí.

Jacks le mostró uno de sus hoyuelos, que lo hacían engañosamente encantador.

—Entonces, ¿eres tú quien piensa en lo que hago cuando no estás?

—Solo porque sé que no tramas nada bueno.

—Nada bueno. —Se rio al decir las palabras—. A estas alturas, deberías saber que lo que estoy tramando es mucho peor que «nada bueno».

Jacks entrelazó su brazo con el de Evangeline.

El vientre se le llenó de nervios. Podría haberse apartado, pero no quería revelar cuánto la afectaba. Aunque tenía la sensación de que él ya lo sabía, o no le habría tomado el brazo ni se habría acercado tanto.

—Recuerda —le dijo—. No mates a nadie.

Jacks la miró con el ceño muy fruncido.

—Algunas de esas personas merecen morir, ¿sabes?

—Pero es la fiesta de LaLa —le recordó.

Jacks parecía querer discutir. En realidad, fue impresionante cómo mantuvo el ceño fruncido mientras bajaban tramo tras tramo de

escalones hasta el gran comedor del castillo Slaughterwood.

—¿Podrías al menos intentar sonreír? —le preguntó Evangeline. Él le mostró los dientes—. Así pareces un depredador.

—Soy un depredador. *Como todos los demás aquí* —susurró.

En la puerta, unos caballeros con armadura completa los recibieron apartando un par de lanzas, y una vez más, Evangeline se sintió como si estuviera adentrándose en un viejo cuento.

Debieron haber aniquilado un pequeño bosque para construir aquel comedor. Los techos abovedados tenían al menos cinco plantas de altura, y Evangeline descubrió de inmediato por qué.

Había un fundíbulo justo en la entrada, enorme y bastante horrible. Estaba claro que habían construido el comedor alrededor del armatoste… De hecho, quizá habían construido la mansión entera.

Jacks no parecía impresionado por la estructura y apenas le echó una mirada mientras se adentraban en el salón.

Dejando el fundíbulo a un lado, todo lo demás era de buen gusto. Las paredes estaban cubiertas por paneles de antiguas vidrieras que destellaban bajo las extensas lámparas de araña con forma de ramas con flores enjoyadas. Después estaban las flores de verdad. Habían colgado de pared a pared guirnaldas de flores blancas y doradas que llenaban el aire con su dulce perfume mientras algunos de sus pétalos caían como si fuera nieve, cubriendo los hombros de los invitados que habían comenzado a entrar en la aparentemente interminable estancia.

LaLa todavía no había llegado, pero el salón estaba lleno de caballeros con jubones bordados y damas con tiaras en el cabello, bisutería en las orejas y brillantes gemas en las muñecas y el cuello. Muchas gemas. Cualquiera de ellas podría ser una piedra perdida del arco. Pero, hasta el momento, Evangeline no sentía que las personas junto a las que pasaba emanaran magia. Le habría gustado hablar con alguien, pero todos evitaban mirarla deliberadamente.

Aquella fiesta no era en absoluto como la había imaginado. En su cabeza, había esperado una celebración imbuida por la magia de la piedra de la alegría, llena de dicha y sonrisas. Pero parecía que las únicas sonrisas allí eran para Jacks.

Los invitados asentían al pasar junto a él, hacían algún comentario

sobre el nuevo y brillante color de su cabello o agitaban una mano y decían:

—Buenas noches, lord Jacks.

No hubo saludos para Evangeline. Los criados que portaban fuentes con carnes y bandejas de pesados cálices recibían más consideración que ella.

—Es porque no perteneces a ninguna Gran Casa —dijo Jacks en voz baja—. Podrías ser la reina, y seguirías sin caerles bien.

—Tú pareces caerles bien a todos —susurró.

Justo entonces, un par de jovencitas comenzaron a caminar hacia ellos. Una de ellas se humedeció los labios antes de sonreír a Jacks y la otra fue aún más descarada.

Evangeline la vio mirar a Jacks a los ojos antes de acercar una copa de vino atrevidamente a sus senos y trazar el pronunciado escote de su vestido ciruela con el borde.

—¿Las estás controlando? —le preguntó Evangeline.

—No es necesario. —Jacks guiñó el ojo a la pareja.

Ellas se rieron en respuesta.

Evangeline decidió que no le gustaba el sonido de sus risas.

Se zafó del brazo de Jacks. En el comedor hacía calor, estaba abarrotado y no era para nada mágico.

—Quizá deberíamos visitar la veranda para buscar las piedras —le dijo a Jacks.

Pero el Príncipe de Corazones había dejado de prestarle atención.

Tenía los ojos clavados en la puerta, que otra joven acababa de atravesar. Se trataba de una chica extremadamente hermosa con un vestido negro cuervo, ceñido y escotado, y unos largos guantes negros que contrastaban con el cabello de color luz de luna que caía por su espalda en una larga y refulgente cortina.

—¿La conoces? —le preguntó Evangeline.

—Me resulta familiar —dijo Jacks en voz baja, con los ojos todavía

clavados en la joven, que entró en el comedor y tomó una copa de peltre llena de vino.

No había ninguna razón por la que aquella joven y su cabello de luz de luna debieran desagradar a Evangeline. No obstante, sintió que algo se retorcía en su interior al ver los ojos de Jacks siguiéndola. La chica se movió entre la multitud hacia un par de jóvenes bien vestidos que se mostraron más que contentos de recibir sus coqueteos.

Afortunadamente, no llevaba collar ni brazalete, que Evangeline pudiera ver.

Aunque, si hubiera lucido ristras de joyas alrededor del cuello, hubiera pospuesto igualmente hablar con ella.

Miró el gran salón iluminado por la luz de la chimenea para continuar con su búsqueda. Sobre todo miraba a las mujeres y las piedras que portaban en la garganta, pero también había algunos hombres con botones de piedras preciosas en sus jubones y medallones con gemas alrededor del cuello. Algunos de los medallones tenían incluso escudos impresos, pero por desgracia ninguno de ellos contenía llamas, como el que aparecía en la hoja de pistas de la anterior llave.

Al otro lado de la estancia, un joven sonrió cuando la pescó observándolo.

Era atractivo, y no apartó la mirada. No llevaba medallón, pero había joyas en su jubón plateado. Resplandecieron cuando tomó una segunda copa de la bandeja de un sirviente y la elevó como ofrecimiento. *Hola*, silabeó.

Evangeline echó una mirada rápida a Jacks.

Seguía distraído por la chica del cabello de luz de luna.

Evangeline aprovechó la oportunidad para alejarse y cruzar el salón hacia el caballero de la bebida.

De cerca no era tan joven ni tan atractivo, aunque sus botones de zafiro eran muy brillantes y tenía una voz amable.

—Es un placer conocerte por fin. Soy Almond Froggly.

Le ofreció la copa.

Jacks interceptó el vino antes de que ella pudiera aceptarlo.

—Lárgate, Almond. Evangeline no va a casarse contigo.

Las mejillas de Almond se pusieron tan rojas como la remolacha, y sin otra palabra, hizo lo que Jacks le había ordenado.

—Jacks —siseó Evangeline—. Solo hablaba con él para saber si tiene las piedras.

—No las tiene —replicó Jacks—. Alguien tan aburrido como él no podría tener nada mágico. Y no pertenece a ninguna de las Grandes Casas.

—Eso no significa que puedas controlarlo.

—No puedo controlar, no puedo matar… Le estás quitando toda la diversión a esta fiesta, Pequeño Zorrillo. —Jacks bebió de la copa de vino que tenía en la mano—. Como estamos buscando piedras mágicas, tenemos que hablar con gente que parezca mágica.

Señaló con su bebida a un trío de chicas que llevaban gloriosos vestidos verde bosque y tiaras que centelleaban como tesoros.

—Son de la Casa Darling.

Eran tan encantadoras como su apellido, y también hermosas. Sin duda eran hermanas, por el parecido. Se movían con elegancia y sonreían con serenidad mientras sorbían sus bebidas y rechazaban a los sirvientes con bandejas de pastel de carne y quesos cubiertos de miel.

Evangeline intentó recordar lo que había leído sobre la Casa Darling mientras se acercaban y las tres chicas ampliaban sus sonrisas al ver a Jacks.

—Es maravilloso verte, lord Jacks. —La más alta de las hermanas le puso la mano en la mejilla, y Evangeline volvió a sentir ese horrible nudo en su interior.

¿ *Notas alguna magia*?, le preguntó Jacks en silencio.

Evangeline negó con la cabeza. Esperaba que eso significara que podían alejarse.

Pero, aunque Jacks no solía ser amable con nadie, estaba siendo educado con aquellas hermanas.

—¿Por qué no has venido a visitarnos? —le preguntó la chica que le

había acariciado la mejilla—. ¿Y cuándo te cambiaste el cabello?

La muchacha levantó la mano de nuevo para pasar sus dedos por los rizos dorados de Jacks. Evangeline sintió un arrebato de incomodidad y aprovechó ese momento para alejarse de nuevo. Y…

Colisionó contra el pecho de un joven alto de grueso cabello oscuro, suave piel bronceada y una sonrisa que le debilitó las rodillas.

Evangeline no se sentía demasiado orgullosa de admitir que era fácilmente impresionable. Le gustaban las historias bonitas y las cosas bonitas, y aquel joven era mucho más que bonito.

—Lo siento —le dijo, y no pudo evitar sentirse avergonzada por su falta de aliento.

—Ha sido mi culpa —replicó él con voz profunda y una amplia sonrisa en su rostro atractivo—. Esperaba toparme contigo, y quizá me he entusiasmado demasiado.

El joven buscó su mano y Evangeline sintió una repentina emoción. ¡Llevaba un anillo! Una joya negra, brillante y toscamente tallada. Era una piedra poderosa que parecía potencialmente encantada.

Esperaba sentir la energía de la magia escapando de su anillo mientras él le tomaba los dedos y se los llevaba a los labios, pero solo notó la suave y hormigueante sensación de ser observada por alguien que la consideraba atractiva.

—Soy Merrick, de la Casa Redthorne —se presentó.

—Yo soy Evangeline.

—Y yo soy Jacks —dijo Jacks, apareciendo junto a Evangeline. Ya no portaba la sonrisa que había compartido con las chicas Darling—. ¿Qué tal está tu nueva esposa, Merrick?

El joven palideció.

—Falleció el pasado otoño.

—Qué trágico. —La voz de Jacks era todo falsa sorpresa—. ¿No murió tu anterior esposa el otoño anterior a este?

—Así es. He tenido muy mala suerte —replicó Merrick.

—Bueno, entonces seguramente será mejor que no se la contagies a Evangeline. —

Jacks agarró el brazo de la joven.

Ella comenzó a objetar, pero antes de que pudiera terminar, Merrick Redthorne se había marchado.

Fulminó a Jacks con la mirada.

—De nada —dijo él con arrogancia.

—No hacía falta que lo asustaras. No tenía intención de casarme con él.

—Estupendo, porque si lo hicieras, estarías muerta el otoño que viene. —Le soltó el brazo.

Evangeline apretó los dientes. Jacks podía coquetear con las chicas, claro, pero ella ni siquiera podía hablar con un hombre.

—Ya estoy casada, Jacks. ¡Estaba hablando con Merrick porque llevaba un anillo con una piedra!

—Aquí cualquiera lleva anillo.

—Tú, no.

—Por si lo has olvidado, yo no soy cualquiera, Pequeño Zorrillo.

Jacks bajó los ojos hasta sus labios, abrasando su boca con una brusca mirada y recordándole de inmediato lo que podía hacer con un solo beso.

Evangeline se mordió el labio, solo para devolverle la provocación.

Algo primitivo destelló tras los ojos de Jacks; deseo o furia, no lo sabía. De lo único que estaba segura era de que sentía la boca hinchada por la fuerza de su mirada y el ineludible deseo de ser él quien le mordiera el labio.

Y, por un segundo, se preguntó cómo sería. Se lo imaginó tomando sus labios justo allí, en mitad de la fiesta, enredando los dedos en su cabello, abrazándola mientras todos los miraban.

Intentó descartar la idea, pero no lo hizo lo bastante rápido.

La boca de Jacks se curvó en una sonrisa, como si supiera lo que estaba pensando, y después su mirada bajó más, moviéndose desde sus labios a su cuello hasta descansar en la colina de sus senos, donde su corazón latía con repentina fuerza.

Oyeron una carcajada de fondo y el tintineo de un brindis, pero sonó mucho más lejos de lo que debería. Evangeline ya no notaba el abrumador calor del resto de los invitados; solo estaba Jacks. La miraba como se suponía que no debías mirar a alguien que sabía que lo estabas mirando: descarado e imperturbable y totalmente inapropiado.

—Pareces un poco acalorada, Pequeño Zorrillo. Quizá deberías salir mientras yo sigo buscando las piedras. —Sus ojos abandonaron los de Evangeline y se detuvieron de nuevo en la joven del cabello de luz de luna, ahora rodeada por media docena de hombres que prácticamente salivaban—. Parece un poco mágica. Creo que empezaré por ella.

—Ella no lleva piedras —dijo Evangeline, tensa—. ¿Qué te parece…?

Echó un vistazo en la dirección contraria, justo cuando LaLa aparecía del brazo de un joven que debía ser lord Robin Slaughterwood. Tenía el cabello pelirrojo y despeinado, dos espadas en la cintura y una risa que atravesó el salón como una melodía festiva.

—Deberíamos saludar a Robin y a LaLa.

La mirada de Jacks se oscureció de inmediato.

—Tenemos que seguir buscando las piedras.

—Lo sé; por eso deberíamos saludar. Mira cómo reacciona la gente a Robin. Podría tener la piedra de la alegría.

Evangeline no veía que Robin llevara ninguna piedra (incluso el sello de su familia parecía metálico, en lugar de contener gemas), pero su enorme sonrisa era contagiosa.

Cuando LaLa y él se movían entre la multitud, dejaban un rastro de risas. En cuestión de segundos, la fiesta parecía más animada. El

volumen de las conversaciones se elevó, las sonrisas se hicieron más amplias, las copas prácticamente saltaban de las bandejas a las manos.

—Es lo educado, además —insistió.

Jacks suspiró de mala gana.

Evangeline suponía que aquello era lo más parecido a un «sí» que iba a recibir. Un momento después, estaban haciendo fila para saludar a la pareja feliz.

Lala, por supuesto, abrazó a Evangeline de inmediato.

—Sabía que ese vestido te quedaría como un sueño. ¡Estás arrebatadora, amiga!

—Tú también —le dijo Evangeline.

LaLa siempre estaba radiante, y aquella noche no era una excepción. Llevaba una serie de diademas de oro y perlas que goteaban más perlas y oro sobre su largo cabello oscuro, haciéndola parecer un tesoro del océano. Se había delineado los ojos con oro, aunque su vestido era extrañamente sencillo. LaLa se había cambiado el deslumbrante vestido de lentejuelas por un recatado vestido burdeos de conservadora manga larga que cubría el vibrante fuego de dragón tatuado en sus brazos.

Evangeline no sabía si aquello tendría algo que ver con Robin. Quizá no le gustaran los tatuajes, pero no parecía un hombre estricto y él mismo llevaba una espada tatuada en el antebrazo. Así que no podía ser eso.

—Este es mi prometido.

LaLa miró a Robin con adoración y él sonrió con la suave dedicación de alguien muy enamorado. Y eso no parecía tener nada que ver con una piedra mágica. Ahora que estaban más cerca, estaba segura de que Robin no llevaba encima ninguna piedra preciosa.

Cuando el lord se giró hacia Evangeline, su sonrisa cambió de enamorada a encantada.

—Por fin. ¡La infame Evangeline Fox! LaLa me ha dicho que los rumores no son ciertos, pero aun así disfruté de ellos. —Robin la rodeó en un abrazo de oso que le robó un instante el aliento antes de volver a dejar sus pies en el suelo—. Bienvenida a mi hogar.

—Gracias por la invitación, y enhorabuena por vuestro compromiso. Me alegro mucho por ambos.

—Tanto como yo —dijo Jacks.

Robin se giró hacia él.

—No creo que hayamos tenido el honor de conocernos.

—Este es lord Jacks —le indicó LaLa.

—Lord Jacks —repitió Robin, todavía sonriendo pero vagamente perplejo—. ¿A qué familia perteneces?

—Soy de una casa muy antigua. —Jacks dio un sorbo a su copa—. Todos murieron hace mucho tiempo.

La sonrisa de LaLa desapareció. Por un momento, parecía que podría haber estrangulado a Jacks con sus pequeñas manos, pero en lugar de eso, entrelazó un brazo con el de Evangeline.

—¿Deberíamos comenzar la procesión hacia la mesa? No sé vosotros, pero yo estoy hambrienta.

Sus palabras volvieron a poner una sonrisa en el rostro de Robin, pero Evangeline se sintió incómoda mientras se dirigía con LaLa a una larga mesa preparada con un suntuoso festín. Había cisnes asados, cabezas de carnero y lo que parecía un gallo al horno montando un cerdo.

Evangeline perdió de vista a Jacks en la procesión, pero no podía dejar de pensar en lo que había dicho. *Soy de una casa muy antigua. Todos murieron hace mucho tiempo*.

Quizá estuviera hablando de los Valor. Todos ellos estaban muertos, pero también lo estaban todos los de la Casa Merrywood.

Era tentador preguntarle a LaLa al respecto, pero su amiga se había mostrado tan perturbada que no tuvo el valor de sacar el tema. Y seguramente sería mejor que, aquella noche, se concentrara en encontrar las piedras perdidas, en lugar de indagar en el pasado de Jacks. No obstante, no consiguió despojarse de la sensación de que el misterioso pasado de Jacks era la razón por la que él quería abrir el Arco Valory.

Durante la cena, Evangeline descubrió que la habían sentado separada de Jacks.

Él estaba en el otro extremo de la mesa, sentado junto a las hermanas Darling. De nuevo parecía de buen humor mientras lanzaba una manzana y guiñaba el ojo a la alta chica que antes le había acariciado la mejilla. Ella se rio sonoramente.

Evangeline apartó la mirada, decidida a volver a su búsqueda de las piedras. Pero no podía concentrarse en nada excepto en el sonido de la risa de la chica Darling.

Parecía trinar, tan alegre y ligera que Evangeline habría jurado que hacía tintinear la cristalería. También hacía que algo horrible se retorciera en su interior. Algo muy parecido a los celos.

O quizá fueran realmente celos, por mucho que odiara admitirlo.

No quería sentir envidia de la atención de Jacks. No quería desear que intentara hacerla reír, en lugar de atormentarla constantemente. Pero el sentimiento era tan poderoso, tan fuerte, tan…

De repente recordó la última vez que había sentido una emoción tan intensa: ocurrió cuando la piedra de la suerte estaba presente. Tal vez aquello significara que había otra piedra del arco cerca. Entonces recordó lo que Jacks le había advertido sobre las piedras: *La gente mata para conservar la juventud. También puede provocar celos*.

¡Era eso! La piedra de la juventud debía estar cerca. Sintió una oleada de alivio; en realidad no estaba celosa, solo bajo los efectos de la piedra de la juventud. Aquello también era seguramente lo que Jacks sentía, siempre que se interponía para evitar que hablara con otros jóvenes.

Evangeline examinó a los que se sentaban a su lado. A su derecha estaba Almond Froggly, tan concentrado en su comida que ni siquiera se giraba en su dirección.

A su izquierda, el asiento seguía vacío. Solo había una placa de madera para alguien llamado Petra Youngblood.

—Esa debo ser yo. —La joven del cabello de luz de luna se acomodó en la silla vacía.

Evangeline se tensó.

Se sintió culpable por ello de inmediato. No había ninguna razón para que la tal Petra Youngblood le cayera mal. Se estaba comportando de un modo envidioso y mezquino; sin duda, otro efecto secundario de la piedra de la juventud. Haciendo todo lo posible por dejar a un lado sus sentimientos, le dijo: —Es un placer conocerte. Yo soy Evangeline.

—Creo que todos aquí lo saben —le dijo Petra con un guiño cómplice.

Era más amistosa de lo que Evangeline había imaginado. Mientras charlaban, se le hizo más fácil aplastar los sentimientos de envidia que aún perduraban. De hecho, después de unos minutos, tuvo la repentina y peculiar sensación de que Petra y ella se habían conocido antes, o al menos de que sus caminos se habían cruzado en alguna ocasión previa a aquella noche.

—¿Asististe a mi boda? —le preguntó.

—Oh, no. —Petra se rio levemente—. Soy una Youngblood.

—Lo siento, no estoy familiarizada con ese apellido.

—Exacto —dijo Petra con amargura—. La gente como yo, que no pertenece a ninguna de las Grandes Casas, no es invitada a las bodas reales de Valorfell. Tengo suerte de que me hayan invitado hoy.

—La verdad es que no me ha dado esa impresión, teniendo en cuenta cómo han reaccionado todos los caballeros ante tu presencia. —Evangeline se arrepintió de las mezquinas palabras tan pronto como las pronunció.

Pero Petra amplió su bonita sonrisa.

—Parece que no eres tan ingenua como dicen, después de todo, aunque quizá deberías prestar un poco más de atención al caballero con el que *tú* has venido.

Los ojos de Petra se deslizaron lentamente sobre todos los caballeros y las damas de la mesa hasta detenerse en el extremo opuesto donde…

Jacks había desaparecido. Su asiento estaba vacío; lo único que quedaba de él era el corazón de manzana sobre su plato, limpio por lo demás. El asiento contiguo también estaba vacío… El que pertenecía a la chica alta.

Evangeline sintió que se le revolvía el estómago. Esperaba que Jacks no se hubiera escabullido con aquella chica para hacer lo que temía.

Pero él no haría eso. No podía hacerlo. Le había prometido que no mataría a nadie.

Echó una mirada nerviosa al salón.

Quizá se había llevado a la chica Darling a ver el fundíbulo. O…

—Puede que quieras echar un vistazo a la puerta del retrato.

Petra señaló despacio, con un dedo enguantado, un marco dorado que estaba ligeramente separado de la pared, revelando una entrada detrás.

Evangeline se levantó con rapidez de la mesa.

—Espera… —La joven le agarró la muñeca. Por un segundo, se mostró inusualmente preocupada—. Deja que se vayan, princesa. Lo único que vas a conseguir es humillarte.

Efectivamente, había otros mirando en su dirección, juzgándola sobre el borde de sus cálices. Su orgullo le instó a sentarse de nuevo. Había una posibilidad de que estuviera equivocada sobre la razón por la que Jacks se había marchado, pero lo dudaba. Si Jacks se había escabullido disimuladamente con otra chica, no creía que fuera solo para jugar a las damas. Iba a besarla y luego la mataría.

Abandonó la mesa. Se sintió mareada mientras se dirigía al final del bullicioso comedor y examinaba el marco dorado que habían apartado de la pared.

Era el retrato enmarcado de Glendora Slaughterwood, con un vestido rojo cubierto de corazones rotos bordados y una sonrisa que pareció entristecerse al verla atravesar la puerta secreta.

El pasillo al otro lado estaba oscuro y lleno de telarañas, y olía a encuentros secretos, a almizcle y al humo de las antorchas fijadas a los muros. Entre sus llamas, captó atisbos de las palabras talladas una y otra vez en la piedra. *Gloria en la Muerte. Gloria en la Muerte. Gloria en la Muerte*.

Evangeline se rodeó el pecho con los brazos. No estaba segura de qué era aquel sitio, pero no le gustó que incluso las paredes parecieran animar a Jacks.

Jacks, llamó en silencio.

No hubo respuesta.

Jacks, probó de nuevo. *Si puedes oírme, te pido que dejes lo que sea que estés haciendo*.

Nada. Solo el roce de sus zapatillas contra la piedra vieja.

Y después… Sus oídos captaron el rasgueo de la seductora voz de Jacks, hablando en voz baja en la oscuridad. Sintió una opresión en el pecho. No sabía qué estaba diciendo, pero conocía la cadencia grave de su voz.

Dobló la esquina deprisa, casi rasgando la abertura de su falda debido al apuro.

Las antorchas brillaban más. El humo parecía más denso, y giraba alrededor del cabello dorado de Jacks mientras bajaba la cabeza hacia la chica Darling. Ella tenía el cuello arqueado y los ojos cerrados.

A Evangeline se le subió la sangre a la cabeza al ver a Jacks trazando con el dedo el labio inferior de la chica antes de…

—¡Para! —gritó.

La joven abrió los ojos con un gemido.

Jacks fue más lento en moverse. Dejó sus dedos sobre la boca abierta de la chica mientras se tomaba su tiempo para arrastrar sus ojos entornados hasta Evangeline.

—Has elegido un momento terrible para aparecer, Pequeño Zorrillo.

¡ *No me puedo creer que fueras a besarla*!, exclamó Evangeline con furia en su mente.

Jacks levantó un hombro, displicente, y dijo en una voz muda que solo Evangeline podía oír: *La cena se estaba volviendo aburrida*.

—Tienes muy mala suerte con los hombres, ¿no? —La chica Darling miró a Evangeline con poca convicción y el ceño fruncido, el tipo de expresión que a veces parece una sonrisa, como si le encantara la idea de que Evangeline tuviera una suerte espantosa en ese campo.

Durante un segundo, se sintió tentada a girarse y dejar a aquella chica con Jacks para que descubriera quién tenía en realidad una suerte

horrorosa con los hombres, ya que estaba claro que no tenía ni idea de quién era en realidad el joven al que había estado a punto de besar.

Evangeline se sintió avergonzada de inmediato por aquella idea. Aun así, no le fue fácil mirar a la chica a los ojos y decirle: —Tienes que marcharte de inmediato.

—Creo que estoy cómoda donde estoy. Eres tú quien no pinta nada aquí, *princesa*. —

Se rio mientras su mano se movía hacia el pecho de Jacks y abría uno de sus botones con descaro.

A Evangeline se le retorció de nuevo el corazón. No quería sentir aquello. No quería sentir nada por Jacks, y sobre todo no quería sentirse celosa de aquella chica a la que él estaba a punto de matar. Pero los celos no eran una emoción razonable, y lo único que veía era a otra chica siendo deseada y acariciada.

Se dijo a sí misma que solo era el efecto de la piedra de la juventud, pero se habían alejado de la fiesta y la chica Darling no llevaba ninguna gema. Antes tenía puesta una tiara, pero se la había quitado.

Deberías marcharte, resonó Jacks en la mente de Evangeline. *Yo limpiaré todo esto cuando haya terminado*.

Sus ojos se encontraron, más negros que azules a la luz de las antorchas y totalmente impasibles mientras la chica Darling le abría otro botón.

¿ *Cómo puedes ser tan insensible*?, pensó Evangeline.

Jacks acarició la mejilla de la joven, con los ojos todavía clavados en Evangeline.

¿ *Cómo puedes seguir confundiéndome con alguien que tiene sentimientos*?

Adelante, entonces. Evangeline se cruzó de brazos. Si él era terrible, ella sería testaruda. *Veamos si es cierto que merece la pena morir por tus besos*.

La luz de las antorchas titiló y la mirada de Jacks se oscureció.

—¿Qué hace todavía aquí? —se quejó la chica. Buscó otro de los botones de Jacks.

Él le agarró las manos por las muñecas y la apartó.

—¿Qué haces? —chilló.

Jacks suspiró.

—Vuelve al comedor, Giselle. Coquetea con otro hasta que encuentres a un buen marido.

—Pero tú dijiste…

—Mentí —la interrumpió.

La chica parecía desanimada. Sus mejillas se habían teñido de rosa y Evangeline sintió una breve oleada de pena mientras Giselle pasaba rápidamente junto a ella y desaparecía en el penumbroso pasillo, dejándola a solas con Jacks.

—¿Ya estás contenta? —El Destino dio un paso amenazante hacia ella.

Evangeline se resistió a dar un paso atrás. Aunque no creía que se hubiera movido, el frío muro estaba de repente a su espalda y Jacks estaba muy cerca. Nunca se había fijado en lo alto que era; tuvo que levantar la cabeza para mirar sus ojos crueles.

—Me dijiste que no matarías a nadie.

—No —replicó él—. *Tú* me dijiste que no matara a nadie. Yo te dije que ese era un plan horrible.

—Pero no necesitabas matarla —argumentó entonces Evangeline.

—¿Qué sabes tú de lo que yo necesito? —Los largos dedos de Jacks rozaron la abertura de su falda.

Evangeline contuvo el aliento. El roce debió ser un accidente.

Él le mostró un hoyuelo mientras sus dedos se movían bajo la tela, acariciando su muslo desnudo y abriendo con cuidado la raja de su falda.

Estaba claro que aquello no había sido un accidente.

Jacks tenía las puntas de los dedos suaves, engañosamente amables, y subían y…

subían. Se dijo a sí misma que debía apartarse… Era Jacks, y era malvado. Su mano sin duda estaba haciendo cosas malvadas. Pero la rapidez con la que latía su corazón no parecía deberse al miedo. La

velocidad de su sangre y el hormigueo de su piel eran agradables. Él era agradable.

Era evidente que sus caricias estaban haciéndola delirar.

Realmente tenía que alejarlo. Pero, en lugar de eso, le agarró la camisa, apretando la tela en sus manos.

Él sonrió, pero su sonrisa no fue amable. Fue como el retorcido final de un cuento de hadas, llena de dientes afilados que brillaron bajo la luz de las antorchas. Aquello era un error. Un error peligroso. Se recordó que acababa de acariciar a otra chica, pero le resultó difícil que le importara ya que sabía exactamente cómo acariciarla *a ella*. Cómo hacerla sentir que era a ella a quien había deseado siempre.

Despacio, Jacks buscó su cadera con la otra mano y la cargó sobre la suya.

A Evangeline se le quedó el aliento atrapado en la garganta.

—¿Todavía crees saber lo que necesito? —La presionó contra su cuerpo, casi acariciando su mandíbula con los labios y enviando un escalofrío sobre su piel al susurrar—: No soy humano, Evangeline. Y no soy tu amigo, ni tu marido, ni tu amante.

—Nunca he dicho que lo fueras —exhaló.

—Entonces no intentes que actúe como tal. No terminará bien. —Sus dedos se volvieron bruscos bajo su falda y algo cruel destelló en sus ojos, suficiente para que por fin sintiera un atisbo de miedo—. *Esto* no terminará bien. —La presión de sus dedos se incrementó.

Evangeline gimió, y por fin lo apartó de ella.

—No hay ningún *esto*. Estoy casada.

Jacks se pasó el dedo por la sonrisa que jugaba en sus labios.

—No dejas de decir eso, Pequeño Zorrillo, como si fuera algo que debiera importarme.

Un suspiro después, se había marchado.

A Evangeline empezó a aclarársele la mente cuando Jacks la dejó sola en el pasillo sombrío. Recordó la carta que había escrito, advirtiéndose que no debía confiar en él.

Recordó todas las cosas que había hecho. Después se acordó de Apollo.

Cerró los ojos. Todavía le temblaban las piernas tras las caricias de las manos de Jacks, y ahora también tenía un nudo de remordimiento en el vientre. Lo que había pasado en el pasillo no podía volver a ocurrir.

La maldición del arquero lo había cambiado todo con Apollo. Era difícil esperar un futuro con alguien que estaba intentando matarla. Pero, aunque Apollo no existiera, Jacks nunca habría sido una opción.

Jacks no era lo que quería. Quería dar amor y ser amada y sentir amor con solo mirar a alguien. Quería mariposas y besos. Lo deseaba tanto que a veces pensaba que le iba a estallar el corazón. Y a veces cometía errores, como aquella noche al dejar que Jacks la tocara. Pero no permitiría que la tocara de nuevo.

Tenía que encontrar la piedra de la juventud, pero no quería regresar a la cena.

Habría preferido bailar descalza sobre la nieve antes que volver a sentarse a la mesa junto a Petra Youngblood.

Esperaba que la cena fuera lo bastante animada para que nadie notara su regreso a través de la puerta del retrato. El comedor estaba sin duda más ruidoso que cuando se había marchado. Las resonantes voces se mezclaban con las carcajadas ligeramente ebrias y los descuidados tintineos de las copas.

—Señorita Fox… —Un golpecito en el hombro, con un objeto que parecía una pluma, siguió a su nombre.

Evangeline se giró.

Kristof Knightlinger, de *El Rumor del Día*, estaba ante ella con una sonrisa. Como siempre, llevaba unos pantalones de cuero negros y una camisa con chorreras de volantes.

Se puso nerviosa en cuanto lo vio.

—Qué alegría encontrarte aquí. —El hombre tomó la pluma con la que acababa de golpearle el hombro y la agitó con excitación—. ¡Estás radiante! Me alegro de ver tanto color en tus mejillas. Por supuesto, ahora tendré que preguntar si alguien en concreto ha puesto ese rubor ahí.

Kristof echó una mirada inquisitiva a la puerta del retrato que Evangeline acababa de atravesar.

—Oh, no —dijo Evangeline. Lo único que podría empeorar aquella noche sería que Kristof Knightlinger escribiera en su periódico que había tenido un encuentro furtivo con Jacks. Si Apollo leía la noticia, quizá pasaría de verse obligado a cazarla a querer hacerlo de verdad —. Solo estaba explorando algunos de los pasadizos secretos. Nada de interés, en realidad… —Dudó, temiendo llevar la mentira demasiado lejos.

No conocía bien a Kristof Knightlinger, aunque su gaceta de sociedad era habitualmente benévola con ella. Incluso cuando la buscaban por asesinato, parecía dudar de su culpabilidad. No creía que Kristof fuera malintencionado, pero estaba claro que no confirmaba los hechos antes de dar a conocer una historia; en realidad, parecía disfrutar publicando rumores, más que hechos.

No podía dejar que publicara nada sobre ella. Ahora que Apollo estaba buscándola, si Kristof escribía en su periódico que se encontraba allí, las consecuencias podían ser letales, aunque no mencionara a Jacks.

Le habría encantado pedirle directamente que no hiciera alusión su presencia, pero temía que eso solo despertara su curiosidad.

—No llegué muy lejos. Oí algunos ruidos que me hicieron pensar que quizá podía interrumpir a otros. En realidad me siento un poco avergonzada, así que, si pudieras mantener esto entre nosotros, te estaría muy agradecida.

—¡Oh, querida! Por supuesto, tus excursiones secretas están a salvo conmigo. —

Kristof se pasó la pluma por los labios, como para sellarlos, pero

Evangeline temía que eso no fuera suficiente.

Pensó en contarle a Jacks que se había topado con Kristof… y que había una posibilidad de que hablara de ella en su gaceta. Sin embargo, lo último que quería era buscar a Jacks.

Solo deseaba meterse en la cama y dormir. Había sido un día imposiblemente largo y estaba agotada. Subir a su habitación de invitados en la cuarta planta le parecía similar a escalar una montaña.

Y, aun así, después de asearse, ponerse un camisón y meterse en la cama, no consiguió dormir. Cada vez que cerraba los ojos, regresaba al pasillo con Jacks. Se le calentaba la piel y volvía a estar totalmente despejada.

No estaba segura de cuánto tiempo pasó, pero al final se rindió. Encendió varias velas y fue al baúl donde había guardado algunos libros, incluido *El auge y la caída de los Valor*.

La última vez que la había mirado, la portada estaba en blanco, pero aquella noche parecía estar volviendo a la vida. Observó cómo se oscurecía la tela lavanda hasta que todo el libro fue del color de las ciruelas húmedas. Segundos después, un nuevo grupo de palabras metálicas destelló en la cubierta: *La ignominiosa historia de la Casa Slaughterwood*.

Evangeline se emocionó al leer las palabras, aunque sabiendo lo travieso que podía ser el libro, intentó no sentirse esperanzada mientras regresaba a la cama y lo abría.

Un antiguo recorte de periódico escapó de sus páginas.

Parecía tan viejo que temió que se deshiciera en sus manos, pero el ceroso papel era sorprendentemente recio. La fuente era anticuada y resultaba difícil de leer, pero las palabras del titular le sonaron bastante familiares.

El Rumor del Día

Por Kilbourne Knightlinger

Mis estimados norteños, ¡se ha producido otro ataque del monstruo! La pasada noche, rasgaron la garganta del acaudalado lord Bane Slaughterwood.

Los Valor siguen afirmando que ellos no han creado a ningún monstruo. Pero, para aquellos que no hayan llevado la cuenta, este es el tercer asalto violento contra la Casa Slaughterwood. Y todos estos ataques comenzaron después de la desafortunada muerte de nuestro querido Castor Valor… que muchos especulan que fue asesinado por Vengeance Slaughterwood durante la trágica matanza de la Casa Merrywood.

Podría ser una coincidencia que este monstruo vaya ahora tras los Slaughterwood.

Han acontecido otros ataques violentos que han llevado a muchos de ustedes a especular sobre si estos monstruosos asesinatos no estarán planificados. Pero algunos temen que estas agresiones se deban a que los Valor han perdido el control de la abominación que han creado.

Después de eso la noticia se convertía en un galimatías, sin duda debido a la maldición de las historias. Pero, afortunadamente, el resto se mantuvo intacto mientras lo releía.

El artículo no tenía fecha, pero suponía que aquel suceso había tenido lugar poco después de la historia que Jacks le había contado en el carruaje… y parecía confirmar todo lo que el Destino había dicho. Mencionaba tanto la trágica masacre de la Casa Merrywood como la muerte de Castor Valor.

Evangeline intentó no llegar a conclusiones precipitadas (después de todo, aquel era un periódico amarillista), pero no pudo evitar preguntarse si aquella era la información que había estado buscando. Había deseado saber por qué el Norte se había vuelto contra los Valor, y esto parecía explicarlo. Su hijo fue asesinado, y en venganza crearon un monstruo. El artículo usaba incluso la palabra *abominación*.

¿Sería la misma abominación que muchos creían que estaba atrapada en el Valory?

Pero eso no tenía sentido. Todo lo que había leído sobre los Valor los hacía parecer mágicos y poderosos; no necesitarían crear un monstruo para vengarse. No obstante,

era posible que solo el rumor de la creación del monstruo fuera suficiente para que la gente les diera la espalda.

Ella sabía por experiencia lo poderosos que podían ser los rumores. Y, sin duda, podía imaginar a una familia como los Slaughterwood iniciando el bulo, sobre todo si Aurora Valor había abandonado a Vengeance en el altar por otro hombre.

Miró de nuevo el libro que tenía en su regazo. Estaba abierto por un índice que parecía listar los nombres de los miembros de la familia Slaughterwood: Bane Slaughterwood

Glendora Slaughterwood

La lista continuaba varias páginas.

Evangeline comenzó con Vengeance, esperando conseguir más respuestas sobre los Valor y comparar el relato del libro con lo que Jacks le había contado en el carruaje.

Por desgracia, las páginas estaban en blanco.

Volvió al índice y, esta vez, fue el nombre de Glendora el que captó su atención. No aparecía en la historia de Jacks, pero estaba casada con Vengeance y había enormes retratos de ella por todo el castillo, así que quizá a partir de allí podría descubrir algo.

La entrada de Glendora comenzaba con una imagen de la mujer en un ataúd. Tenía los ojos cerrados y el rostro envejecido por un sinfín de arrugas.

Las palabras *Gloria en la Muerte* estaban impresas bajo la imagen y sobre un par de fechas que sugerían que había muerto a los ochenta y seis años. La entrada de la siguiente página era un fragmento sorprendentemente subjetivo, y Evangeline se preguntó si la maldición de las historias habría dado a las palabras cierto sabor adicional.

GLENDORA SLAUGHTERWOOD, TAMBIÉN CONOCIDA COMO LA BUENA GLENDORA. MADRE DE MUCHOS. ESPOSA DE VENGEANCE. QUERIDA POR

CASI TODOS.

La pobre, pobre Buena Glendora, adorada por todos excepto por su marido Vengeance.

Glendora era todo bondad, alegría y honestidad… y dio a luz a muchos niños. Sin Glendora, no quedarían Slaughterwood. Pero a Vengeance no le importaba nada de eso.

Fingió amarla, encargó estatuas y retratos e hizo que trovadores escribieran canciones sobre la bondad de su esposa, solo para esconder que Glendora fue su segundo plato y ni de lejos tan hermosa como su primera opción, la chica que lo abandonó en el altar: Aurora Valor.

La preciosa, preciosa Aurora Valor. Mientras estuvieron prometidos,

Vengeance amó la belleza de Aurora. Se la bebió como si fuera veneno, hasta que lo incapacitó para amar a nadie más.

Glendora tuvo hijos, organizó fiestas y cacerías y convirtió la pequeña propiedad de los Slaughterwood en una gloriosa mansión con jardines llenos de flores y habitaciones plenas de alegría, pero eso no fue suficiente para ganarse el corazón de Vengeance. Él estuvo siempre enamorado del fantasma de la chica que…

Evangeline dejó de leer y regresó a la frase sobre las flores y la *alegría*. Le temblaron los dedos de emoción mientras corría a sacar la hoja de pistas que había escrito la llave anterior. Justo como recordaba, había dibujado flores junto a las palabras *Una para la alegría*. Sabía que podía ser solo una coincidencia… Mucha gente plantaba flores. Pero

¿no había dicho LaLa algo sobre el famoso jardín de invierno de Glendora? El párrafo también describía a Glendora como una mujer generosa, buena y alegre. Quizá había sido solo una persona agradable, como parecía ser Robin Slaughterwood, o quizá la había hecho así la magia.

Echó otro vistazo a la imagen de Glendora. Estaba en blanco y negro, descolorida por el tiempo, pero era lo bastante nítida para que pudiera ver que la mujer llevaba una larga y pesada cadena con un medallón enjoyado.

¿Sería aquella la piedra de la alegría?

Evangeline sintió una oleada de excitación seguida de un arrebato de esperanza porque Glendora hubiera sido enterrada con la piedra, ya que el dibujo la mostraba en un ataúd.

Pensó en contarle a Jacks su descubrimiento, pero después de los sucesos de aquella noche, él seguía siendo la última persona a la que quería ver.

Tras otro escalofrío, Evangeline tomó una bata y se la puso. No tenía ni idea de qué hora era, pero suponía que faltaban varias horas hasta el amanecer, lo que le daría una buena cantidad de tiempo para buscar en secreto la tumba de Glendora. Y sabía exactamente por dónde comenzar.

Gloria en la Muerte: las palabras impresas bajo el retrato de Glendora eran también las palabras escritas en la pared del pasadizo secreto por el que Evangeline se había aventurado aquella noche. Y había accedido a él a través de la entrada tras el retrato de Glendora.

El fundíbulo del comedor parecía incluso más horrible en la oscuridad, una enorme bestia dormida que la seguiría hasta el retrato de Glendora y la arrancaría de la estancia antes de que pudiera escabullirse por el pasadizo.

Agarró su daga dorada, que se había anudado a la bata. Creyó oír movimiento, pero el fundíbulo permaneció inmóvil cuando pasó junto a él con sus pantuflas para buscar la tumba de Glendora Slaughterwood.

Solo con la luz de la luna filtrándose a través de los paneles de vidriera del comedor, fue un desafío encontrar el retrato correcto. Lo único que podía ver eran los ojos de Glendora, todavía tristes, mientras separaba el marco.

Se detuvo antes de entrar, preguntándose brevemente por la tristeza de Glendora. Si había poseído la piedra de la alegría, debería parecer mucho más contenta, pero quizá no la tuviera ya cuando le hicieron aquel retrato.

Evangeline entró en el pasadizo esperando que aquel fuera el caso.

Afortunadamente, las antorchas seguían encendidas e iluminaron su camino cuando tomó la misma ruta que había seguido antes aquella noche.

El corazón le dio un vuelco cuando llegó al punto donde había encontrado a Jacks con la chica Darling. El aire mohoso olía tenuemente a manzanas, y casi esperó que emergiera de las sombras.

Una vez más, creyó oír algo.

Pero lo único que vio fueron arañas reptando por las paredes sobre las palabras *Gloria en la Muerte*.

El aire cambió cuando dobló la esquina. Aparecieron apliques entre las antorchas, con los cristales sucios llenos de esqueléticos tallos y algunos pétalos secos. El aroma de las manzanas se desvaneció; solo se

olía un polvo correoso que la hacía pensar en huesos secos y flores marchitas.

La inquietante fragancia se debilitó, afortunadamente, cuando se acercó al monumento. Era una cosa enorme, vigilada por las estatuas de dos ángeles llorosos cubiertos por una capa de polvo que la hizo pensar que nadie la había visitado en mucho tiempo.

Evangeline contuvo el aliento mientras se acercaba, preparada para sentir la magia de la piedra de la alegría. Sin embargo, era posible que el ataúd estuviera amortiguando el poder de la piedra del arco.

El féretro parecía hecho de mármol, un hecho que Evangeline confirmó cuando intentó apartar la tapa y ni siquiera se movió.

—¿Te echo una mano?

Evangeline se sobresaltó cuando Luc apareció en las sombras, con una fina corona de oro en la cabeza y un abrigo de cuello alto que parecía mantenerse unido por pura arrogancia.

—Luc, ¿qué haces aquí? ¿Me has seguido?

—Me enteré de que vendrías a la fiesta, después de todo, así que decidí acompañarte. —Le mostró una sonrisa torcida—. Iba a colarme en tu dormitorio cuando te vi salir, así que supongo que sí te he seguido.

—No puedes seguir haciendo esto.

—¿Por qué no? Antes lo hacía siempre. No lo de seguirte, quiero decir, sino lo de meterme en tu dormitorio.

La miró a través de sus largas y encantadoras pestañas, pero Evangeline no se dejó atrapar por su mirada, como la última vez que se habían visto.

—¿Es porque soy un vampiro? —insistió—. ¿O sigues llorando a tu difunto marido?

De repente, Luc estaba sentado en el féretro, con las piernas colgando y un aspecto mucho más inofensivo de lo que Evangeline sabía que era.

Aunque en realidad no creía que fuera a morderle. Si se tomaba un momento para escudriñar tras su fachada de príncipe arrogante, Luc

parecía más solo que hambriento, igual que la última vez que lo había visto. Ella no era experta en vampiros, pero se preguntó si ser un vampiro era algo más que tener sed de sangre. Los vampiros no

envejecían. El tiempo no los cambiaba. Quizás aquello no fuera solo físico; quizá sus corazones fueran también así, lo que les impedía dejar atrás las cosas de su pasado.

—No es porque seas un vampiro —le aseguró—. De hecho, hay algo que tengo que hacer antes de que salga el sol, y me vendría realmente bien tu fuerza de vampiro.

Aquello pareció animarlo. Sonrió desde el féretro y detuvo su mirada en la pesada tapa de mármol que Evangeline estaba examinando.

Como ella, Luc parecía muy curioso. Solo pasaron un par de segundos antes de que le preguntara:

—¿Qué quieres del interior del ataúd?

—Ayúdame a abrirlo y lo verás.

Luc saltó de la tumba, empujó la pesada tapa y se giró hacia Evangeline con una sonrisa satisfecha mientras el mármol golpeaba el suelo.

—¿Ahora puedo morderte?

—No, Luc, *nunca* voy a dejar que me muerdas.

—Nunca digas nunca, Eva. —Le mostró una sonrisa esperanzada hecha de colmillos antes de mirar el interior de la caja—. ¿Estás segura de que este es el féretro correcto?

—Segura —dijo Evangeline. Y aun así sintió una punzada de preocupación cuando su mirada siguió a la de Luc. El cuerpo de Glendora Slaughterwood era solo polvo y dientes. Había pasado tanto tiempo desde su muerte que no quedaban ya huesos ni ropa ni colgantes. Y seguía sin sentir magia. No notó ningún cosquilleo, ningún hormigueo, ningún arrebato repentino de dicha.

No podía creerse que eso fuera todo.

Tomó una inhalación profunda y nerviosa y metió la mano en el turbio polvo gris que había sido Glendora Slaughterwood.

—¡Eva! ¿Qué estás haciendo?

Luc parecía pensar que se había vuelto loca. Le agarró los hombros y tiró de ella para alejarla del ataúd, pero afortunadamente, Evangeline ya había encontrado algo que parecía una cadena.

Se zafó de Luc y limpió el polvo de la piedra que colgaba del extremo de la cadena hasta que se convirtió en una joya amarilla como la mantequilla que parecía hecha de la resplandeciente luz del sol.

Luc miró la piedra con recelo; estaba claro que no la consideraba tan bonita como Evangeline.

—Yo podría conseguirte mejores joyas que esa.

Intentó quitársela.

Evangeline agarró el colgante con fuerza, sintiendo la familiar sensación protectora seguida de una oleada de alivio. Aquella debía ser la piedra de la alegría. Quizá no la había sentido tan fuerte porque había estado esperando hacerlo.

—Gracias, Luc. —Poniéndose de puntillas, le dio un beso en la mejilla y echó a andar por el pasadizo.

—¡Espera! —gritó Luc—. Mañana por la noche hay una fiesta de disfraces. ¿Serás mi pareja?

Evangeline se detuvo en mitad del pasillo. Si iba con Luc, conseguiría evitar a Jacks.

Al menos hasta que apareciera y la descubriera con Luc.

Por supuesto, esa idea también la tentaba porque suponía que Jacks no se alegraría al verla del brazo de Luc, sobre todo si la piedra de la juventud estaba cerca y obrando su celosa magia.

—Me gustaría decir que sí —dijo Evangeline—, aunque me temo que eso no sería buena idea. —Por mucho que disfrutara frustrando a Jacks, aquella era la fiesta de Lala y no quería provocar una escena—. Pero te prometo que te reservaré un baile.

Evangeline se guardó bajo el camisón la piedra de la alegría, del amarillo de los rayos del sol. La notaba en su pecho mientras subía las

escaleras hasta su habitación, y

fue un alivio que el efecto de la piedra no fuera más poderoso. Después de los tentáculos de celos que le había provocado lo que sospechaba que era la piedra de la juventud, la había puesto un poco nerviosa lo que podría causar en ella la piedra de la alegría.

Había temido que la emborrachara de felicidad, o que la alegría la mareara tanto que perdiera la sensación de urgencia.

Pero, por el momento, si acaso, se sentía incómoda. Tenía un hormigueo en la piel, una sensación insólita que la hizo aminorar el paso cuando llegó a la cuarta planta del castillo Slaughterwood.

Estaba en silencio, tanto que casi podía oír el titilar de las velas en sus apliques.

Entonces lo vio: un borrón de cabello de luz de luna unido a una silueta sombría avanzando rápidamente por el pasillo. *Petra*.

Evangeline sintió la misma incomodidad que experimentaba siempre que veía a la chica. Y volvió a sentirla cuando se preguntó si Petra habría salido del dormitorio de Jacks.

Corrió al otro extremo del pasillo para examinar la esquina que Petra acababa de doblar, pero ya estaba vacía.

Era tentador preguntarse si solo se lo habría imaginado. Era tan tarde que, en realidad, podía ser temprano. Y volvía a sentirse cansada. La avalancha que había notado al encontrar la piedra de la alegría había comenzado a desvanecerse, dejándola agotada. Aun así, sabía lo que había visto, aunque no lo comprendía. ¿Qué hacía Petra merodeando por allí a aquella hora?

Evangeline recordó un momento previo aquella noche. Jacks le había dicho que Petra le resultaba familiar. Después Petra la había advertido sobre Jacks; fue ella quien le reveló que se había escabullido con otra chica.

Parecía que Jacks le resultaba antipático a Petra, y aun así Evangeline no consiguió deshacerse de la idea de que la joven acababa de salir del dormitorio del Destino.

Suponía que podía quedarse allí en el pasillo, dándole vueltas hasta que saliera el sol, o que podía llamar a la puerta de Jacks.

La golpeó tres veces con los nudillos. Suavemente al principio, pero como Jacks no respondió, llamó una vez más con fuerza.

Jacks, pensó en silencio.

De nuevo, no respondió.

¿Estaría dormido? ¿O estaría ignorándola?

Si Petra lo había visitado, debía estar despierto.

Pensó en llamar de nuevo, pero si hacía más ruido despertaría a otros. No obstante…

Se miró el dedo. Si se cortaba, no necesitaría llamar.

Usando su daga, se pinchó la punta del dedo y abrió la puerta de la habitación de Jacks.

Supo de inmediato que él no estaba allí.

El fuego estaba apagado y el sol ya estaba saliendo, brillando en las ventanas escarchadas y revelando que en la cama con dosel no había dormido nadie. Las colchas de color crema ni siquiera estaban arrugadas.

Pero estaba claro que Jacks había estado en aquella habitación en algún momento.

Había un alto montón de corazones de manzana sobre el escritorio. También había ropa amontonada en las sillas y en los sillones.

Según parecía, Jacks había traído más ropa que ella. Había pantalones y cinturones y montañas de botas. Sabía que sería mejor que no tocara nada, pero no pudo evitar pasar los dedos sobre una pila de jubones de terciopelo en distintos tonos de azul, negro y gris. Eran suaves y olían bien.

Nunca lo admitiría ante Jacks, pero estaba un poco harta de mentirse a sí misma. Le encantaba cómo olía Jacks, a manzanas y a magia y a noches frías que la hacían desear envolverse en una manta.

Se acercó a la cama. No desprendía el aroma de él, pero la notó blanda cuando se sentó. Y las almohadas eran increíbles, mullidas y suaves. Solo necesitó apoyarse en ellas para que su cuerpo se relajara.

Cerró los ojos, solo un segundo. O quizá un minuto…

Evangeline quería acurrucarse en su manta e ignorar la sombra que se cernía sobre ella. No le apetecía mucho lidiar con sombras, y menos si estaban enfadadas. Aquella sombra estaba fría y cerca, y notaba que estaba de mal humor. Quizá, si seguía con los ojos cerrados, se marcharía.

—¿Cuánto tiempo piensas seguir fingiendo que estás dormida? —le preguntó la sombra, arrastrando las palabras.

Evangeline abrió un ojo de mala gana.

La sombra estaba más cerca de lo que había creído, como si hubiera estado a punto de meterse en la cama antes de descubrirla allí. Ya se había quitado el jubón; llevaba la camisa a medio abotonar, el cabello dorado ligeramente despeinado y sus ojos azul plata parecían más amenazadores de lo habitual, como si pudiera meterse en la cama con ella.

La idea hizo que su corazón se saltara un latido, y otro más cuando Jacks bajó los ojos y su mirada se deslizó sobre su cuerpo. Sus ojos trazaron el modo en el que estaba acurrucada en su cama, con una mano bajo la cabeza y la otra en el pecho, agarrando la manta contra el lugar donde se había abierto su camisón.

Una sonrisa cubrió lentamente la boca de la sombra.

—¿Ahora estás obsesionada con mis camisas?

Evangeline lo notó entonces, los botones de su manta… o más bien de su camisa, que había estado abrazando como si fuera una manta.

Sus mejillas se sonrojaron de inmediato.

La diversión destelló en los ojos de él.

—¿Me echaste de menos anoche?

Jacks se apoyó en el poste de la cama y deslizó una mano sobre la madera mientras sus ojos regresaban a las piernas de Evangeline y a su bata abierta.

Vergüenza no era una palabra lo bastante fuerte para expresar cómo se

sentía. Apartó la prenda y se puso de rodillas hasta que los dos estuvieron casi a la misma altura. El pulso se le aceleró brevemente al mirarlo a los ojos. De cerca, eran casi demasiado poderosos para su gusto, pero se negó a apartar la mirada.

—Vine a buscarte después de ver a Petra en tu puerta.

—¿Quién es Petra?

—La chica de la cena de anoche, la del cabello del color de la luz de la luna. ¿Quién es ella para ti, Jacks?

Él negó con la cabeza, uniendo las cejas.

—No la conozco.

Evangeline lo miró con cautela. Se sentía tentada a creerlo, pero sabía que no debía confiar en su juicio con respecto a Jacks.

—Anoche me dijiste que te resultaba familiar. Y fue ella quien me contó que te habías escabullido durante la cena.

Lo que quedaba de su diversión desapareció al instante.

—No sé quién es esa chica, pero deberías mantenerte alejada de ella.

—¿Por qué? Si no la conoces…

—No me gusta —la interrumpió Jacks.

—¿Por qué? ¿Porque tú no le gustas a ella?

—Yo no le gusto a nadie —respondió Jacks rápidamente.

—Ambos sabemos que eso no es cierto —lo desafió—. Anoche parecías gustarle a un montón de chicas.

—Es lord Jacks quien les gusta. Pero, como ya sabes, Pequeño Zorrillo, yo no soy lord Jacks. —Por un segundo, el rostro de Jacks cambió por completo; cualquier rastro de humanidad se desvaneció cuando la miró con unos ojos tan letales como los de

Caos—. Soy la persona que matará a la tal Petra si vuelve a acercarse a ti, así que deberías mantenerte alejada de ella, a menos que la quieras muerta.

En el baile de aquella noche, se suponía que todos debían vestirse como parte de una pareja famosa de la historia del Norte. El tema y la idea de disfrazarse había entusiasmado a Evangeline, hasta que descubrió el disfraz que LaLa le había dejado.

El vestido era un bonito traje de campesina con escote corazón, mangas abullonadas y una falda hasta la rodilla ceñida en la cintura con una ancha cinta rosa que formaba un alegre lazo en la espalda. La tela era un sencillo bordado inglés amarillo, salpicado de flores blancas y rosadas y de zorros bailarines, lo que dejaba claro quién se suponía que era. El zorro.

Teniendo en cuenta su situación con Apollo, le parecía un poco morboso vestirse del zorro de *La balada del arquero y el zorro*. Pero intentó ser optimista. El vestido era un regalo de LaLa; bajo cualquier otra circunstancia, habría sido uno muy considerado. Y

lo cierto era que, aunque la ponía un poco nerviosa, el vestido le recordaba lo que tenía que hacer: romper la maldición del arquero que sufría Apollo y encontrar las piedras desaparecidas. Con suerte, aquella noche podría hallar la piedra de la juventud.

Después, solo tendría que buscar la piedra de la verdad.

La idea la hizo centrarse mientras se anudaba las zapatillas, que tenían unas cintas en rosa oro que subían hasta la mitad de sus gemelos. Después se puso la piedra de la alegría y se la escondió bajo el corpiño.

Dudaba de que Jacks fuera a aprobar que usara la piedra, pero eso no importaba porque no iba a contárselo; todavía no, en cualquier caso. Seguramente debió mencionárselo cuando estuvo en su dormitorio, pero no quiso que se la arrebatara y la guardara en una caja.

La piedra no parecía nociva. No la hacía sentir temeraria, como la piedra de la suerte, ni celosa, como la piedra de la juventud. Si no la hubiera hecho sentir tan posesiva cuando Luc intentó quitársela, habría sospechado que no era mágica.

El viejo reloj sobre la repisa de la chimenea acercó sus manecillas a las ocho. El baile había comenzado oficialmente, pero Jacks todavía no había pasado a recogerla.

Evangeline se mordió el labio, preocupada. En realidad no habían hablado de asistir al baile juntos, así que quizá no iría con ella. ¿Pensaría acompañar a una de las chicas Darling? Esa idea no le gustaba nada.

¿Se habría quedado dormido? Lucía cansado cuando se la encontró en su cama.

Suponía que se habría dormido después de aquello, y sabía por experiencia lo profundo que podía ser su sueño.

Decidió ir a buscarlo. Su dormitorio estaba a la izquierda, y de inmediato vio que su puerta ya estaba abierta.

Probablemente debería haber llamado, pero le pudo la curiosidad. En lugar de hacerlo, miró a través de la rendija.

Jacks estaba despierto y parecía preparado para irse, aunque no sabía si estaba listo para la fiesta o para una batalla.

Llevaba dos espadas sujetas en la espalda de una camisa gris humo con las mangas remangadas hasta los codos. Pudo ver los músculos de sus antebrazos antes de que unos oscuros guanteletes de cuero a juego con sus botas altas y su cinturón a la cadera le bloquearan la vista. No llevaba armas en el cinturón, pero cuando su mirada bajó hasta los muslos de sus ceñidos pantalones negros, vio dos correas de piel con una serie de dagas brillantes.

Evangeline no sabía quién se suponía que era, solo que su corazón latió con fuerza cuando lo vio, de pie ante la chimenea. En una mano tenía una manzana blanca; la otra estaba cerrada en un puño de pálidos nudillos.

Fue entonces cuando descubrió que no estaba solo.

LaLa apareció ante su vista.

Contrastaba llamativamente con la oscuridad de Jacks, vestida como una sirena con una falda de lentejuelas azul cerceta ceñida hasta las rodillas y amplia alrededor de los pies. También llevaba los brazos cubiertos de lentejuelas, desde los dedos hasta los hombros, donde se unían a los tirantes de perlas de un top con caracolas marinas.

Su vientre bronceado estaba decorado con más perlas y gemas para dar un efecto realmente sofisticado. Tenía el aspecto propio de un Destino y de la magia. También parecía que algo iba muy, muy mal. En una mano tenía un recorte arrugado de periódico; en la otra, una copa de la que tomó un largo sorbo.

—¿Por qué no estás en tu fiesta? —le preguntó Jacks, despacio.

—He leído algo que deberías ver. —LaLa puso el recorte en la mano de Jacks.

Él le echó una mirada de desagrado.

—No leo la gaceta de sociedad.

—Deberías leer esta. —LaLa tomó otro sorbo nervioso de su bebida—. Kristof ha escrito un artículo diciendo que Evangeline está aquí. No usó su nombre, pero describió a cierta princesa de cabello rosa.

El miedo retorció el estómago de Evangeline. Se acercó a la puerta, temiendo qué más podría decir el artículo. Esperaba que no mencionara el encuentro amoroso, aunque ya era bastante malo que hubiera revelado su ubicación. Si se quedaba allí, Apollo seguramente aparecería, pero si se marchaba, quizá no encontraría la piedra de la juventud que estaba segura de que estaba allí.

—También hay un anuncio de SE BUSCA advirtiendo que Tiberius se ha escapado de la Torre —continuó LaLa—. Apuesto a que seguramente se dirige aquí, junto a Apollo.

Jacks le echó a LaLa una mirada letal.

—¿De quién es la culpa de eso?

—Hice lo que tenía que hacer. —La voz de LaLa se llenó de dureza—. Ella no quería abrir el arco.

Evangeline retrocedió, tambaleándose. Debía haberlos

malinterpretado. LaLa era su amiga. No podía haber sido ella quien le lanzó a Apollo la maldición del arquero.

Pero LaLa le había pedido que abriera el arco. Y Jacks acudió a ella para que rompiera la maldición de Apollo. Quizá fuera aquella la razón: que había sido LaLa quien lo hechizó.

Evangeline miró su disfraz de chica zorro. A lo mejor no fue casualidad que LaLa le hubiera adjudicado aquel papel. Sino un empujón intencionado.

No quería creer que LaLa la había traicionado. Después, recordó el día que la había visitado en su apartamento. En cierto momento, LaLa le tomó la mano y dijo unas palabras sin sentido. Creyó que era la maldición de las historias, forzándola a hablar en jerigonza, pero ¿y si fue entonces cuando los hechizó, a Apollo y a ella?

Evangeline observó a través de la puerta entreabierta cómo Jacks se giraba para mirar el fuego. Por un segundo, lo único que pudo ver fue la tensión furiosa de sus hombros mientras hablaba a las llamas.

—Si muere, será culpa tuya.

—No morirá si la sacas de aquí. —LaLa se terminó su copa de vino—. ¿Podrás mantenerla a salvo?

Jacks la fulminó con la mirada.

—No me mires así. Te vi la cara, cuando llegaste aquí con el brazo alrededor de sus hombros.

—¿Qué cara?

—La de alguien dispuesto a matar por ella.

—Estaría dispuesto a matar por un montón de cosas.

—Asegúrate de no matarla *a ella* —le espetó LaLa—. También he visto cómo os miráis el uno al otro. Anoche, cuando entré en el comedor, estaba aterrada por si la besabas en mitad de la fiesta.

—Creía que me conocías mejor. —El enfado de Jacks se disolvió en una sonrisa, y después sus ojos destellaron con la misma expresión primaria con la que había mirado a Evangeline la noche anterior—. Solo le estoy dando lo que quiere. Pero no te preocupes, ella no es lo que *yo* quiero. Lo único que quiero es que encuentre las piedras.

—Y tú dices que yo soy cruel. —Los zapatos de LaLa repiquetearon furiosamente contra el suelo mientras se giraba hacia la puerta para marcharse.

Evangeline retrocedió otro paso, y después huyó antes de que alguno de los dos descubriera que había estado escuchando.

Si la piedra que llevaba alrededor del cuello contenía alguna magia alegre, no estaba funcionando, porque dolía… Le dolía todo. Había creído que LaLa era su amiga. Había creído que se preocupaba por ella, pero parecía que era igual que Jacks: lo único que quería era que abriera el arco.

Cuando llegó a la sala de baile de los Slaughterwood, estaba jadeando.

Ante las puertas abiertas, los sirvientes repartían cálices de vino borgoña y dulce hidromiel. Habría sido más prudente no aceptar ninguno; tenía que encontrar la piedra de la verdad y la piedra de la juventud antes de que Apollo o Tiberius la encontraran a ella.

Pero solo quería beber hasta que se sintiera mejor o hasta que no le importara que todo fuera de repente peor… Que en realidad no hubiera nadie en quien pudiera confiar.

Aceptó una copa y se la bebió rápidamente. Después la reemplazó por otra llena para asegurarse de que tuviera suficiente.

Aquella noche, las copas eran de madera, con los tallos decorados con viejas enredaderas y campanillas de bronce que olían a manzanas y a sangre.

Le falló el paso.

El aroma la hizo acordarse del templo del Príncipe de Corazones, pero afortunadamente, Jacks no había entrado en el salón de baile de madera todavía. No quería verlo.

LaLa le había hecho daño. Pero ni siquiera quería pensar en lo que Jacks había dicho.

Solo le estoy dando lo que quiere. Pero no te preocupes, ella no es lo que yo quiero. Lo único que quiero es que encuentre las piedras.

Las palabras la hacían sentirse muy ingenua. Se había dicho repetidas veces que no debía confiar en él, se había dicho sin cesar que a él no le importaba. Pero una parte de ella había empezado a creer de

verdad que no solo quería mantenerla con vida porque la necesitara para abrir el arco.

Incluso entonces, después de oír cómo le decía a LaLa que ella no le importaba, que no la deseaba, que matarla no era un riesgo porque solo estaba fingiendo sentirse atraído por ella, todavía quería pensar que estaba mintiendo.

Dio otro largo sorbo a su copa y se adentró en la fiesta de disfraces, decidida a desaparecer en ella.

Afortunadamente, no era el único zorro aquella noche. Había varias chicas zorro, con vestidos de campesina en tonos pasteles, y zorros de verdad, con orejas y colas peludas unidas a vestidos leonados. El disfraz del arquero era igualmente popular.

Algunas de las otras parejas no eran tan reconocibles, pero vio a varias Honora y Wolfric, Vengeance y Glendora, sirenas (y algunos tritones) junto a marineros cautivos con camisas amplias que parecían arrancados de las tallas del arco de entrada al Norte.

Había incluso una chica vestida como el Sol bailando con una chica vestida como la Luna. Y, en el centro, había un atractivo joven disfrazado de dragón haciendo girar a una chica que parecía un resplandeciente tesoro.

Puede que fuera por el vino que corría por sus venas, pero por un momento Evangeline no se sintió como si estuviera en un salón de baile; se sintió como si estuviera rodeada de historias, de relatos de amor y tragedias y cuentos con finales que se habían perdido en el tiempo. Y, de repente, sus preocupaciones también parecieron perderse, arrastradas por la sensación de que su vida era una de esas historias. Lo había sabido vagamente, pero la enormidad de aquella idea no la había golpeado hasta entonces.

Se había casado con un príncipe, formaba parte de una profecía y justo ahora estaba buscando unas piedras mágicas que cambiarían el destino del mundo. Por supuesto, la gente contaría historias sobre ella (ya lo hacía), pero nunca se le había ocurrido que esas historias fueran algo importante, fragmentos de un relato que estaba siendo creado.

No obstante, a diferencia de algunos de los tristes personajes que la rodeaban, ella todavía tenía una oportunidad de procurar un final feliz para su historia.

Daba igual que las apuestas no fueran a su favor, debido a todas las

maldiciones y traiciones y a los mortíferos y mentirosos príncipes. Nada de eso implicaba que ella estuviera condenada al fracaso. Todavía creía que todas las historias contenían el potencial de infinitos finales, y se buscaría uno de los buenos… Tan pronto como encontrara las siguientes dos piedras.

Sonidos entusiastas atravesaron el salón de baile.

—Mira quién está aquí —susurraron. Seguido de palabras como *joven, atractivo, soltero*.

Después, un grito sonoro:

—¡Eva!

Luc apareció un segundo después, caminando hacia ella con una pluma en el sombrero y un carcaj de flechas con la punta dorada en la espalda.

—Sabía que tú serías el zorro.

Evangeline no pudo evitar sonreír. Por supuesto, Luc se había vestido como el arquero, un gesto que unos meses antes le habría parecido increíblemente romántico…

y que una parte de ella todavía reconocía que era muy dulce por su parte. Aunque Marisol lo había hechizado, Jacks lo había convertido en piedra y después se había transformado en un vampiro, Luc todavía conservaba parte de su humanidad. *A diferencia de Jacks*.

—Creo que me debes un baile.

—Esta noche, no, chico vampiro.

Evangeline se tensó al oír la voz grave de Jacks. Después se estremeció cuando lo vio, como un ángel de la muerte con las espadas todavía sujetas en su espalda.

—Este baile ya está pedido.

—Sí, por mí. —Luc le mostró los colmillos.

Jacks se rio. El sonido sonó musical y discordante con la voz que Evangeline oyó en su cabeza. *Te dejaré elegir. Baila conmigo u observa cómo uso una de mis espadas para cortarle la cabeza*.

Evangeline apretó los dientes y lo fulminó con la mirada.

—¿Es así como consigues siempre a tus parejas de baile? ¿Amenazando con matar al resto de sus pretendientes?

—No me pongas a prueba esta noche, Pequeño Zorrillo.

Jacks flexionó la mano libre como si fuera a agarrar una espada. Pero, en lugar de eso, le rodeó la cintura posesivamente.

A Evangeline se le tensó la caja torácica y se le aceleró el pulso, pero sabía que no se trataba de Jacks. Era el vino y la piedra de la alegría, y el enfado que todavía sentía por los muchos modos en los que la había traicionado.

—Suéltame.

—Esa no es una opción. —Sus ojos bajaron hasta los de Evangeline como por accidente, como si pretendiera mantenerla a distancia pero no pudiera evitar acercarla a él—. Vuelves a estar en peligro. Tenemos que marcharnos.

—No, Jacks… No voy a ir a ninguna parte contigo. Os oí, a ti y a LaLa. Oí todo lo que dijisteis. Sé lo que LaLa le hizo a Apollo. Sé que me lo escondiste. Y sé… —Intentó decirle que sabía que no quería tocarla, pero no consiguió pronunciar las palabras. En lugar de eso, le puso las manos en el pecho y lo empujó.

Y después se giró y corrió.

El salón de baile estaba girando. Los músicos tocaban sus violines en el techo. Los bailarines flotaban en el aire empapado de vino. Y las lentejuelas de LaLa estaban por todas partes.

Al menos, fue eso lo que le pareció mientras huía de la pista de baile, alejándose de Jacks.

Captó un atisbo de LaLa del brazo de Robin. Él parecía sentirse dichoso, ahora que ella había llegado. Desde que se marchó del dormitorio de Jacks, LaLa había cambiado su copa por un tridente y

sus nervios por una sonrisa devota. Pero Evangeline se preguntó si no sería todo una actuación, como lo había sido su amistad. ¿Estaba usándola LaLa como la usaba Jacks, para conseguir lo que quería del interior del Arco Valory?

No quería creerlo; no parecía cierto. Pero se sentía mareada por el vino, el dolor le constreñía el pecho y le era difícil pensar con claridad. Lo único que sabía era que no creía que pudiera aguantar otra traición. Solo quería poder confiar en alguien. ¿Sería eso mucho pedir?

—Parece que te vendría bien un poco de aire fresco —le dijo Petra. Entrelazó el brazo con el de Evangeline antes de que ella pudiera asentir.

Petra estaba vestida de un personaje que Evangeline no reconocía. Llevaba un vestido de cota de malla blanca muy escotado y una fina diadema plateada alrededor de su cabello de luz de luna.

—Ven conmigo —la persuadió—. Conozco un camino secreto para salir de aquí.

Evangeline se sintió mareada mientras Petra la conducía a una fuente llena de brillante hidromiel. Aquella chica no le caía bien, ni confiaba en ella. Pero si se quedaba en el salón de baile, Jacks la alcanzaría. No estaba segura de qué había evitado que lo hiciera ya, pero no se atrevió a mirar sobre su hombro para descubrirlo. Hablaría con él

de nuevo cuando el salón dejara de dar vueltas y se sintiera más estable; justo ahora, le sería demasiado fácil desestabilizarla.

—¿Dónde está ese pasadizo secreto? —le preguntó.

—Justo aquí —dijo Petra.

En la cabeza de Evangeline, ocurrió demasiado rápido. En un instante estaban en el límite de la pista y después en los bancos donde los menos agraciados esperan a una pareja de baile, vacíos porque aquella no era el tipo de fiesta a la que se invitaba a los feos.

—Creo que es esta. —Petra agarró una de las patas del banco, tiró de ella alejándola de la pared y abrió una puerta secreta—. Por aquí —dijo rápidamente, casi como si ella también estuviera huyendo.

Evangeline sintió un aleteo de inquietud. Pero, en lugar de piedra mohosa y telarañas, las paredes de yeso blanco del otro lado estaban

reconfortantemente iluminadas por unas antorchas que dejaban ver esculturas de los Slaughterwood del pasado.

O, al menos, Evangeline esperaba que fueran esculturas. Algunas de las tallas junto a las que pasaban parecían tan reales que no le resultaba difícil imaginar que hubiera cuerpos de verdad enterrados tras las paredes blancas.

Aminoró el paso, pero Petra le agarró el brazo de nuevo y la urgió a continuar.

—¿Cómo conocías este pasadizo? —le preguntó Evangeline.

—Oh —dijo Petra en voz baja—. Lo he visitado un centenar de veces.

—Creí que habías dicho que fuiste afortunada al ser invitada a esta fiesta.

—Mentí. —Petra hizo una mueca—. Es decir… Yo solo… —balbuceó, un acto que resultaba especialmente extraño en sus labios, como si tener problemas para contestar no fuera algo que hiciera a menudo—. Llevo viniendo a estas fiestas más tiempo del que tú llevas viva.

Evangeline sintió una nueva tensión en su vientre. Después notó la piedra de la alegría ardiendo bajo su vestido bordado, pero ya no estaba segura de que fuera la piedra de la alegría. Antes no había notado mucho poder en la roca, pero ahora era

como si por fin estuviera despertando; la sentía cobrando vida y poder. Pero su poder no hacía que se sintiera dichosa, como había esperado. Sentía la abrasadora llama de la *verdad*; llevaba la piedra de la verdad y la sentía diciéndole que se marchara, que escapara, que huyera, que corriera para salvar la vida.

El mundo dejó de girar por fin y se arrepintió de no haberlo pensado mejor.

Había pensado, por supuesto… Pero uno de sus pensamientos había sido que, cuando Jacks la encontrara, se sentiría victoriosa al ver la expresión de su rostro al descubrirla con alguien respecto de quien la había advertido. En ese momento, su advertencia sobre Petra le parecía un poco más merecida.

Se soltó de su brazo.

—Voy a regresar al baile.

—No, Evangeline. Me temo que no vas a volver.

Petra sacó un cuchillo e intentó clavárselo a Evangeline en el corazón.

La muchacha saltó hacia atrás, esquivando por poco la hoja.

—¿Qué estás haciendo?

—No soy una mala persona… Pero no quiero morir.

Petra la atacó de nuevo, y habría conseguido herirla si su vestido de cota de malla no estuviera haciéndola más lenta.

Evangeline esquivó la hoja e intentó agarrarle la muñeca. Prefería arriesgarse a recibir un corte en la mano que uno en el cuello. Pero el cabello de Petra estaba por todas partes, y en lugar de la daga o la muñeca, Evangeline agarró un puñado de sus mechones de luz de luna.

Le tiró del pelo. Solo fue un tirón, pero se quedó con la brillante melena en la mano.

Contuvo un grito. Era falsa. El verdadero cabello de Petra era rosa, un montón de mechones rosados con reflejos de oro.

—¡Tu cabello! Es igual… —Evangeline iba a decir que era igual que el de ella, pero Petra no le dio la oportunidad.

Extrajo un segundo cuchillo de entre los pliegues de su vestido.

Evangeline le lanzó la peluca a la cara para ganar tiempo. Su cabeza le decía que huyera, pero empezaba a hartarse de que la gente quisiera matarla. En lugar de huir, se abalanzó sobre Petra y le agarró las muñecas mientras la joven seguía sin ver.

—¿Por qué intentas asesinarme?

La piedra de Evangeline se calentó de nuevo cuando habló.

Petra forcejeó, todavía con ambos cuchillos, y se quitó la peluca de la cara. El sudor le pegó el cabello rosa a la frente y la ira le moteó las mejillas mientras se enfrentaba tanto a Evangeline como al poder de la piedra de la verdad.

—Sé que tú también eres una llave. Y, si no te mato, tú me matarás para quitarme mi piedra.

—¿Qué piedra tienes?

—La piedra de la juventud… Argh… —Petra miró la cadena que Evangeline llevaba al cuello—. ¡Deja de hacerme preguntas!

—Deja de intentar matarme… Yo no soy tu enemiga.

—Sí, lo eres. —Petra encorvó los hombros y, durante el más breve instante, dejó de forcejear—. Antes yo era como tú. Me casé con un príncipe y me acusaron de un crimen que no había cometido. Después descubrí la profecía y pensé que era especial… que todo había ocurrido por una razón. Yo era la llave: la chica coronada de oro rosa que podía abrir el Arco Valory. —Negó con la cabeza y se rio sin alegría—. Pero ninguna de nosotras es especial, Evangeline. Solo somos herramientas a las que otros usan. De hecho, apuesto a que ni siquiera te dejan utilizar las piedras que encuentras. Caos nunca me permitió usar la que yo descubrí.

Evangeline trató de no reaccionar. Caos le había dicho que la llave anterior estaba muerta, y que ocurrió porque la piedra de la suerte la había vuelto temeraria. Pero no creía que Petra pudiera mentir, tan cerca de la piedra de la verdad.

—¿Cómo sabes que trabajo con Caos?

—Porque yo trabajé con él. Encontré la piedra de la suerte —le contó—, pero él no me la confió. La guardó para mantenerla a salvo, en lugar de mantenerme *a mí* a salvo.

Así que, cuando encontré la piedra de la juventud y me di cuenta de que con ella podría seguir siendo joven y estando viva para siempre, fingí mi muerte y desaparecí. —Su sonrisa se volvió triunfal—. Solo entonces descubrí lo que las cuatro piedras podían hacer juntas. Pero supongo que no te han contado esa parte, ¿verdad?

—¿Por eso intentas matarme? ¿Para adueñarte de las cuatro piedras?

—¡No! —Petra echó la cabeza hacia atrás, completamente ofendida—. Solo quiero conservar mi piedra. Te estoy contando esto para que sepas que no puedes confiar en *ellos*. Pero… ya veo que eres demasiado confiada.

Algo triste refulgió en los ojos de Petra, antes de que presionara todo su peso contra las manos de Evangeline y la golpeara contra la pared opuesta.

Su cabeza impactó contra una de las estatuas y le rechinaron los dientes.

—Por favor, para… —gimió Evangeline, todavía intentando agarrar a Petra por las muñecas. No quería hacerle daño, pero Petra no dejaba de luchar. Se revolvió contra ella y casi le cortó la mejilla con uno de sus cuchillos, lo que finalmente le dio la fuerza para apretar los dientes y aplastar los nudillos de Petra contra la pared con la intensidad suficiente para hacerla soltar ambas armas.

Las dagas repiquetearon sobre el suelo, deslizándose en direcciones opuestas.

Evangeline no quería apoderarse de una, pero Petra no dudaría en lanzarse hacia la otra y atacarla de nuevo. No iba a rendirse. Se preguntó si había sido por eso por lo que vio a Petra merodeando la noche anterior; si no había salido de la habitación de Jacks sino de la suya, donde esperaba asesinarla mientras dormía.

Las antorchas titilaron con cada paso de Petra; el humo serpenteó en el reducido espacio entre ellas.

—Para, por favor. —Evangeline tenía las manos resbaladizas por el sudor y el miedo, pero agarró el otro cuchillo y lo blandió como un escudo.

—En realidad no soy una mala persona —repitió Petra, y durante un segundo sus ojos parecieron realmente apenados, pero no se detuvo ni bajó el cuchillo—. No quiero hacer esto, pero tan pronto como te vi aquí supe…

Evangeline le clavó la daga en el pecho, justo en el borde de su vestido de cota de malla.

Petra emitió el peor sonido que había oído nunca, o quizá fuera solo el horrible zumbido en sus oídos, la repentina oleada de horror y arrepentimiento que se la tragó tan pronto como clavó el cuchillo. No era aquello lo que había querido. Quería extraerlo. Quería volver atrás.

Una risa borboteó en la garganta de Petra mientras la sangre escapaba de su pecho.

—Antes yo era como tú… pero ahora tú eres… tú eres como yo.

Las lágrimas cubrieron las mejillas de Evangeline cuando soltó el cuchillo y se apartó de Petra. Su cuerpo inmóvil estaba en medio de un charco de sangre. Evangeline nunca había visto tanta sangre. Cuando creyó que Apollo había muerto, no hubo sangre: solo dejó de moverse.

Pero la sangre de Petra estaba allí, roja y espesa y condenatoria. Incluso con el cuchillo todavía clavado en el pecho, la sangre había empapado su vestido de cota de malla blanco y encharcado el suelo.

Evangeline comenzó a temblar, o quizá ya estuviera temblando.

La había matado. Había elegido su vida sobre la de Petra. Era justo lo que Jacks había dicho que ocurriría: había matado a alguien por las piedras. Se había jurado que nunca mataría a nadie, pero en cuanto tuvo que elegir, no dudó.

Sí, Petra la había atacado, pero no era una amenaza inmediata cuando la apuñaló.

Evangeline se llevó las manos a la cara y se detuvo cuando las vio manchadas de sangre. Se las limpió en la falda, pero eso casi lo empeoró; era como intentar limpiar no solo la sangre, sino lo que había hecho.

—¡Pequeño Zorrillo! —La voz urgente de Jacks estaba acompañada por el sonido de unos pasos a la carrera.

Evangeline tembló con mayor fuerza. No quería que la encontrara, no así. Estaba temblando y cubierta de sangre y se sentía demasiado débil para enfrentarse a él. Y, no obstante, nunca se había sentido tan aliviada al verlo.

—Jacks… —Su nombre salió en forma de sollozo. Sabía que no era un salvador, pero en aquel momento no quería a un salvador. No quería a alguien que la abrazara mientras lloraba, que le dijera que todo saldría bien. Quería furia, quería rabia, quería a un villano que había hecho exactamente lo que tenía que hacer.

—¿Qué ha pasado?

Jacks aminoró el paso mientras se acercaba, mirando furiosamente la sangre, a Petra y a Evangeline.

—La he matado… —lloró Evangeline. Decir las palabras las hizo aún más reales, y la culpa fue de repente demasiado. Tenía un nudo en el pecho. No podía respirar. Apenas podía mantenerse en pie. Después, Jacks la aplastó contra su pecho. La abrazó como un secreto, cerca de su latente corazón. Evangeline recordó su promesa de no dejar que la tocara. Pero, si se apartaba, creía que se rompería en un millar de lágrimas.

Se apoyó en él mientras una de sus manos se deslizaba en su cabello y le presionaba la cabeza con suavidad contra su hombro. Tenía la otra mano en su cintura, sujetando la cinta que la rodeaba como si él también supiera que, si la soltaba, se quebraría.

Evangeline intentó contener las lágrimas, pero lloró hasta humedecer la camisa de Jacks.

—Soy una asesina.

—Tiene un cuchillo en la mano —le dijo Jacks—. Te habría matado si no la hubieras detenido. No has hecho nada malo.

—Pero no es justo.

—Nunca lo es. —Jacks le soltó con cuidado el lazo de la cintura y le frotó la espalda lentamente.

Evangeline tomó aliento, respirando de forma entrecortada. Había creído que no quería a un salvador, pero quizás una parte de ella necesitara uno. O quizá solo lo necesitara a él. En otro momento, la idea la habría hecho sentirse culpable, pero aquella noche había matado a alguien. En comparación, no le parecía malo querer que Jacks la abrazara, hasta que el pasadizo y el cadáver y aquella noche terrible desaparecieran y lo único que quedara fueran ellos dos.

La mano de Jacks se detuvo de repente.

—Deberías volver a tu dormitorio. Prepara una bolsa con la que puedas cargar. Yo iré a recogerte pronto.

—Pero… ¿Qué pasa con su…?

—Yo me ocuparé del cuerpo.

Jacks la soltó.

Evangeline se sintió aturdida tan pronto como sus brazos dejaron de rodearla.

Estuvo a punto de derrumbarse de nuevo cuando echó un vistazo a Petra, todavía en el suelo con un halo de cabello rosa y dorado exactamente igual al suyo. La sangre de Petra había dejado de manar y su cuerpo no se movía, pero todavía podía oír su voz acusadora: *Antes yo era como tú, pero ahora tú eres como yo*.

—No se merece que te sientas culpable —dijo Jacks. Estaba mirando el cadáver con unos ojos como el pedernal, más plateados que azules —. Hay héroes y hay villanos. Ella hizo su elección entre las dos cosas y recibió el final que merecía. —Jacks pronunció las palabras con los dientes apretados y Evangeline temió de repente que no estuviera hablando de Petra sino de sí mismo.

—Deberías marcharte —insistió.

Por una vez, Evangeline deseó hacer lo que Jacks le decía, pero no podía marcharse aún. Dio un tambaleante paso hacia el cuerpo.

Jacks frunció el ceño.

—Era otra llave —le explicó Evangeline.

—Lo he supuesto por el pelo.

—También tenía una piedra… O me dijo que la tenía.

Evangeline no alzó los ojos para ver cómo respondía Jacks a aquella noticia, o si la miraba mientras se inclinaba sobre el cadáver. Le parecía mal buscar la piedra en el cuerpo de Petra, pero tanto su vida como la de Apollo dependían de que la hallara.

Le quitó un guante de la mano con dedos torpes. Esperaba encontrar en ella un anillo o un brazalete, pero Petra no llevaba joyas en el brazo.

—¿Qué piedra te dijo que tenía? —le preguntó Jacks.

—La piedra de la juventud.

Evangeline le quitó el otro guante y se le erizó la piel del brazo.

Un brillante brazalete dorado rodeaba su muñeca, y en su centro había una reluciente piedra del perfecto azul de los ojos sobrenaturales de Jacks.

No quería tocarla. La noche anterior le había parecido peligrosa, cuando la volvió medio loca de celos. En ese momento, volvió a recordar la advertencia que Jacks le hizo cuando llegaron: *Si las piedras están en esta fiesta, alguien morirá*.

Alguien lo había hecho, sin duda, pero no debido al poder de las piedras sino a su misión de abrir el arco. ¿Qué podía ser tan valioso o tan peligroso para tener que protegerse con una profecía que te cambiaba la vida y con unas piedras mágicas por las que había que matar?

—Evangeline. —La voz de Jacks sonó amable pero urgente—. No puedes quedarte aquí. Tienes que prepararte. Yo me ocuparé de la piedra.

Había mucha sangre en el vestido de Evangeline. Uno de los zorros bordados estaba cubierto por una enorme mancha roja. Tenía que quitárselo. Tenía que cambiarse y hacer la maleta. Había matado a alguien y, debido al artículo de Kristof, Apollo y Tiberius estarían de camino para matarla.

Pero se sentía abrumada.

¿Qué debería hacer primero? ¿Quitarse la ropa ensangrentada? ¿Lavar la sangre que le manchaba la cara y el rojo que le teñía las manos? ¿Hacer la maleta? ¿Y qué debía llevarse alguien que iba a huir para salvar la vida?

Había lucido muchos vestidos de fiesta, pero ya no los usaría.

Necesitaba una capa y botas y…

A través del espejo del armario, vio que su puerta se abría.

Se quedó inmóvil, o lo intentó, pero volvieron a temblarle las piernas cuando vio una bota de cuero… una que no pertenecía a Jacks.

—Eva, ¿estás aquí? —Luc asomó la cabeza a través de la puerta—.

Estaba preocupado por…

Se detuvo tan pronto como la vio; sus ojos se agrandaron y sus colmillos se alargaron al ver la sangre en su vestido y en su rostro.

El pánico erupcionó en el pecho de Evangeline.

—Luc, deberías irte…

—Pero ¡estás sangrando! —Sonaba preocupado, pero en sus ojos llameaba el hambre—. ¿Qué ha pasado?

—No es mi… —Antes de que pudiera terminar, un dolor le azotó la espalda en horribles sucesiones—. ¡Argh!

Le dolía tanto que no podía respirar. Se encorvó, apenas capaz de mantenerse en pie mientras sentía que se le rompía la piel de la espalda.

—¡Eva!

Rápido como el rayo, Luc le rodeó la cintura con el brazo para evitar que se cayera al suelo. Pero eso no detuvo el dolor.

Ardía. Dolía. Sangraba.

Vio cómo se alargaban sus colmillos, pero no había nada que pudiera hacer para alejar a Luc; solo podía pensar en el dolor. Al principio, no supo qué estaba ocurriendo.

Pensó que quizá fuera un castigo por haber matado a Petra. Pero después recordó a Apollo y la maldición espejo. Alguien debía estar torturándolo, y por tanto torturándola a ella. Notó la sangre calando su vestido y volvió a gritar.

—¡Ahhh!

—Por todos los dioses, Eva… Tu espalda. —La voz de Luc estaba cargada de hambre y el brazo con el que le rodeaba la cintura estaba casi dolorosamente caliente.

—¡Aléjate de ella! —rugió Jacks desde la entrada.

Evangeline intentó decirle que no había sido Luc quien le había hecho aquello, que estaban torturando a Apollo y que necesitaba ayuda, pero solo consiguió gemir. Ni siquiera veía más allá de la espada que blandía Jacks; mantener los ojos abiertos le exigía demasiado

esfuerzo.

—Oye, que no he sido yo —protestó Luc, pero su voz sonó atenuada y lejana—.

Algo la ha poseído.

—Apollo —murmuró Jacks.

—¿La ha poseído su marido muerto? —Luc la soltó de repente.

Jacks gruñó.

Evangeline se encorvó en una bola; le dolía tanto la espalda que ni siquiera notó la caída.

—Mírame, chico vampiro, y escúchame muy atentamente o Evangeline morirá —le dijo Jacks, con los dientes apretados—. Tienes que ir a buscar a Caos. Rápido.

—Oh, ahora mismo no está muy contento conmigo. Se suponía que debía mantenerme alejado de Eva…

—No me importa —lo interrumpió Jacks—. Evangeline morirá esta noche a menos que le digas a Caos que encuentre a Apollo, que lo aleje del peligro y que se asegure de que sus heridas se curen. ¿Podrás hacerlo?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué sigues aquí? —le espetó Jacks.

Siguió el sonido de los pasos de Luc.

—Evangeline…

La voz grave de Jacks sonaba lejana. Podía sentir la frialdad de sus brazos deslizándose suavemente bajo sus piernas y cuidadosamente bajo su cuello para acunarla contra su pecho.

—Me duele, Jacks.

—Lo sé, amor. Voy a llevarte a un sitio seguro.

Otro latigazo rasgó la piel de Evangeline, haciéndola gritar. Dolía como el fuego del infierno. Era tenuemente consciente de haber mordido algo, y temía que fuera el cuello de Jacks.

—No pasa nada —dijo él con voz ronca—. Te tengo. Quédate conmigo, Pequeño Zorrillo.

No dejaba de insistir en que se mantuviera despierta, cuando lo único que ella quería hacer era desmayarse.

Hubo minutos en los que la agonía era tan intensa que no podía respirar. El dolor le azotaba la espalda. Se le doblaban las piernas. Apretaba los dientes. La vida entera le parecía hecha de dolor. Después sintió que Jacks le apartaba el cabello húmedo de la frente y le presionaba una mano fría contra la mejilla.

Apoyó la cabeza contra su hombro. Estaban en un trineo, y ella estaba en su regazo.

Él la sostenía contra su pecho, rodeándola con el brazo por debajo de la cintura. Tenía la espalda en llamas; todo lo que la tocaba ardía.

—Casi hemos llegado —susurró.

Evangeline deseó preguntarle dónde estaban, pero tenía la garganta demasiado dolorida después de tanto gritar.

Lo único que pudo hacer fue entreabrir los ojos. El mundo era gris. No de noche o de día, sino gris. Gris como la muerte y cubierto por una niebla que sabía a humo.

Se preguntó si eso significaría que se estaba muriendo. Entonces el trineo, que avanzaba a toda velocidad por una carretera deteriorada, pasó junto al letrero envejecido que decía:

¡BIENVENIDOS A LA GRAN MANSIÓN MERRYWOOD!

No se podía creer que Jacks la hubiera llevado allí. No recordaba por qué, pues le dolía demasiado pensar con claridad, pero sabía que

aquel no era un lugar alegre, sobre todo para él.

El rocío y la nieve la hicieron temblar mientras Jacks conducía el trineo cada vez más rápido, pasando junto a las ruinas de la mansión y adentrándose en el maldito bosque de Merrywood. Siempre que abría los ojos, veía árboles esqueléticos y aquel desesperanzado gris.

La primera hoja verde que se atrevió a brotar en aquella penumbra le pareció un truco, una ilusión de su mente destrozada. Pero después vio otra, y otra. Un dosel de suntuoso verde. Allá adonde mirara había luz del sol, árboles espolvoreados de nieve y alegres pájaros azules, y casi temió haber perdido la cabeza.

Las flores llegaron a continuación, en delirantes tonos amarillos y rosados y azul sirena. Bordeaban una carretera en pendiente que bajaba hasta un valle con una posada y un lago, y un viejo letrero que decía ¡BIENVENIDOS A LA MADRIGUERA DE HOLLOW!

El nombre no le sonaba. No debía ser una Gran Casa, o quizá no lo recordaba.

El trineo pasó junto a otros letreros tallados que indicaban lugares que no consiguió ubicar hasta que por fin se detuvieron en una posada que no podía ser real. Debía formar parte de un sueño.

El tejado estaba cubierto de enormes y alegres setas de sombrero rojo sobre las que dormitaban dragones diminutos. Después estaban las flores, tan grandes que eran del tamaño de niños pequeños, con pétalos de alegres colores en todos los tonos que parecían reaccionar a su llegada.

Jacks la tomó en brazos con un movimiento rápido y la llevó al interior de la posada.

La calidez puso un hormigueo inmediato en su piel, invitándola a mantener los ojos abiertos. Era una lucha (su cuerpo herido le rogaba que descansara), pero quería saber por qué olía a sidra especiada y a pan recién horneado y por qué eso le recordaba a su hogar, aunque incluso en su estado actual estaba segura de que nunca había estado allí antes.

Junto a la puerta había un gran reloj de alegres colores con péndulos de piedras preciosas. Pero, en lugar de horas, parecía tener nombres de comidas y bebidas. Cosas como *Empanadillas y carne, Estofado de pescado, Guiso misterioso, Tostadas y té, Gachas, Cerveza, Hidromiel, Vino, Sidra, Tarta de miel, Crujiente de zarzamora, Pastelillos del bosque*.

Casi esperaba que un posadero con una barba larga y una risa alegre los recibiera al entrar, pero solo se oyeron las pesadas botas de Jacks cruzando rápidamente las ásperas tablas del suelo.

¿ *Qué es este sitio*?, pensó.

Jacks subió las escaleras sin contestar. Ni siquiera pareció oír su pensamiento. La magia que obraba allí debía haber cortado su conexión, o ella estaba demasiado débil.

Había velas encendidas y fuegos ardiendo en las chimeneas, pero no apareció ni una sola persona. Imágenes de cuentos de hadas cubrían todas las puertas cerradas de la segunda planta: un conejo con corona, un caballero con una llave en forma de estrella, un duende pastelero lanzando dulces.

Lo dejaron todo atrás rápidamente. Jacks subió dos tramos más de escalera hasta llegar a un par de viejas puertas de cristal que daban a un puente arqueado aún más viejo que conducía a un denso grupo de árboles con las copas nevadas.

—Quédate conmigo un poco más —murmuró, y entonces abrió las puertas.

Evangeline apoyó la cabeza contra su pecho, preparándose para el regreso del frío, pero en lugar de sentir hielo, la sensación fue de chispas sobre su piel, lo que la hizo sentirse ligeramente aliviada.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que, aunque seguía sufriendo dolor, no había experimentado ningún nuevo corte o latigazo desde que habían llegado a aquel lugar desconocido. Se preguntó si se trataría de un nuevo tipo de magia que solo vivía allí, o si ya habrían puesto a salvo a Apollo. Recordó que Jacks le había pedido a Luc que buscara a Caos y le pidiera que salvara a Apollo, y esperaba que eso hubiera ocurrido.

Los pinzones trinaron una alegre melodía. El puente terminaba en una puerta redondeada enclavada en el interior de las altas ramas de un árbol.

Jacks tomó aliento profundamente y Evangeline sintió su pecho moviéndose contra ella mientras atravesaban la puerta y entraban en un pequeño apartamento. No había chimeneas ni velas encendidas, y aun así el lugar estaba templado, iluminado por el sol que atravesaba las muchas ventanas. Había tantos ventanales cuidadosamente dispuestos entre las ramas que era difícil saber dónde comenzaba el

cristal y dónde terminaba el árbol.

Seguramente había algunos muebles, pero tenía la vista tan borrosa que le era difícil estar segura.

La cama parecía un montón de colchas viejas de estampados desvaídos. Jacks le apoyó la cabeza cuidadosamente en una almohada y la tumbó sobre su vientre. Las mantas eran tan suaves como parecían, pero el punzante dolor de su espalda herida la hizo sisear.

—Lo siento, Pequeño Zorrillo.

Jacks le apartó el cabello que se le había pegado a la frente. Se sentía en un sueño febril. O quizá se estaba muriendo, y por eso Jacks estaba siendo tan dulce.

—Volveré de inmediato —le dijo con voz amable.

Evangeline cerró los ojos y oyó sus pasos, ligeros, como si no quisiera despertarla.

Abrió los párpados. Había esperado que regresara con algún tipo de curandero, pero solo era Jacks, con los brazos cargados de suministros.

Los dejó en el suelo de madera junto a la cama y le apartó el cabello con cuidado de la espalda y los hombros.

—Tengo que cortarte el vestido.

Esa fue la única advertencia que recibió antes de oír el rasgón de un cuchillo al atravesar su vestido empapado en sangre desde sus omoplatos hasta la curva de su cintura.

Por un segundo, se olvidó de respirar.

Se sintió aún más mareada al sentir las manos de Jacks apartándole con suavidad el vestido de la espalda. El proceso fue torturadoramente lento. Jacks exhaló varias veces a través de los dientes, en silencio, y Evangeline se imaginó lo mal que debía tener la espalda. Pero él no dijo nada al respecto. Le limpió las heridas con cuidado, secándoselas con trapos fríos y húmedos. Cada vez que la tela rozaba un corte, le dolía.

Pero después sus dedos la consolaban, acariciando el lado ileso de sus costillas a veces con los nudillos y otras con las puntas de los dedos, y

tenía que contener el aliento.

—Esto se te da bien —murmuró—. ¿Sueles viajar a menudo con chicas que han sido azotadas?

Aquello le arrancó una suave carcajada.

—No. —Luego le preguntó con suavidad, mientras pasaba un trapo por la parte baja de su espalda, justo por debajo de su cintura—: ¿Te pondrías celosa si lo hubiera hecho?

No soy celosa, intentó decir, pero en lugar de eso respondió:

—Por supuesto.

Jacks se rio, más fuerte esta vez.

Evangeline se sintió avergonzada.

—No pretendía decir eso.

—No pasa nada. Yo seguramente mataría a cualquiera al que encontrara contigo así.

Jacks aplicó más presión al subir hasta sus hombros y le arrancó las mangas del vestido una a una, de modo que lo que quedaba de la prenda se deshizo por completo.

Evangeline emitió un sonido a medio camino entre un chillido y un gemido.

—¿Eso era realmente necesario?

—No, pero a todo el mundo deberían arrancarle la ropa en algún momento.

Suponía que Jacks intentaba distraerla del dolor, y aun así se sonrojó de las mejillas hasta el pecho.

Por el rabillo del ojo, creyó verlo sonreír.

Y, durante un segundo, no le dolió nada.

Jacks se alejó de ella y regresó unos minutos después con un hato de ropa doblada que olía un poco a bosque, limpio, fresco y herbal.

—Apoya los brazos aquí.

—¿Para qué?

—Ahora tengo que vendarte.

El estómago se le llenó de nervios al darse cuenta de lo que eso quería decir: para vendarle la espalda, tendría que rodearle el vientre y el *pecho* desnudo con la gasa.

—Puedo cerrar los ojos —le dijo Jacks—, pero entonces tendré que tocarte para ubicarme.

Evangeline sintió nuevas mariposas junto a la extraña sensación de que, a diferencia de su comentario anterior, Jacks no estaba bromeando. La idea la hizo sentirse ligeramente mareada, pero apoyó los codos sobre el montón de tela.

Cerró brevemente los ojos, pero eso solo sirvió para hacerla más consciente del aliento de Jacks contra su cuello mientras se cernía sobre su espalda y ponía una mano fría bajo su estómago desnudo. Estaba ayudándola a levantarse sobre el colchón, pero ella solo podía pensar en sus dedos, desplegados sobre su piel descubierta.

—No te olvides de respirar, Pequeño Zorrillo, o las vendas te quedarán demasiado apretadas.

Evangeline exhaló e intentó concentrarse en la nieve que caía como si fueran plumas al otro lado de las ventanas, flotando en soñadores copos mientras Jacks empezaba a rodearla con la tela. Fue cuidadoso con el vendaje, pero un poco despreocupado con las manos: cada vez que la rodeaba con la gasa, sentía las frías puntas de sus dedos rozando su estómago o sus costillas y de vez en cuando sus senos.

Cada roce provocaba una ráfaga de electricidad en su piel, y se descubrió deseando acercarse a él. Era absurdo; estaba herida, y él solo la estaba curando. Pero no parecía eso: parecía *más*. O quizá solo quería que fuera más. Quizá era ella quien lo deseaba a él.

De inmediato intentó descartar la idea. No podía desear *a Jacks*. Pero le era difícil pensar en todas las cosas horribles que había hecho mientras la vendaba. Notaba su respiración contra su cuello, y por un segundo deseó que su historia tuviera un final distinto.

Una caliente ráfaga de culpa y el recuerdo de Apollo diciéndole que quería intentarlo siguió de inmediato a ese pensamiento.

Pero después volvió a sentir las manos de Jacks y deseó salvarlo a él

en lugar de a Apollo.

Cerró los ojos, prohibiéndose pensar en Jacks e instándose a pensar en Apollo… O

en cualquier otra cosa, en realidad, en lugar de en Jacks. Cuando los abrió de nuevo, se

concentró en las retorcidas ramas que ayudaban a formar las paredes de la acogedora estancia. Fue entonces cuando notó la línea de muescas verticales en la madera, de esas que suelen hacer los niños para medir su altura.

Había unos cinco años de medidas, con cinco nombres tallados al lado: *Aurora*

Lyric

Castor

Jacks

No estaba segura de qué hizo que su corazón se detuviera: el hecho de que el nombre de Jacks figurara en aquella pared o el otro nombre que leyó arriba, en el último año: el arquero.

La ya mareada cabeza de Evangeline empezó a darle vueltas. Si el nombre de Jacks estaba en aquella pared junto al resto de los miembros de los Tres de Merrywood, le había dicho la verdad: él no era uno de ellos.

La asombraba que Jacks hubiera sido tan sincero, pero también se sintió un poco decepcionada al descubrir que se había equivocado. Aunque quizá no se hubiera equivocado por completo. Aunque Jacks no fuera uno de los Tres de Merrywood, sin duda habían sido amigos. Quizá pasaran sus vacaciones allí. Y era posible que lo que había ocurrido en el pasado tuviera algo que ver con la razón por la que quería abrir el Arco Valory.

Para abrir aquel arco, Jacks había puesto su vida del revés: la había llevado al Norte, había hechizado a alguien para que se casara con ella, la había convertido en una fugitiva y sin duda habría hecho un sinfín de cosas más. Evangeline quería saber por qué.

No le había respondido antes y dudaba de que se lo contara ahora, pero quizá conseguiría que le revelara alguna pista sobre lo que quería.

—¿Por qué están esos nombres tallados en la madera?

Los dedos de Jacks se detuvieron.

—Había olvidado que estaban ahí.

Empezó a vendarla con mayor brusquedad. Evangeline hizo una mueca mientras él tensaba la tela.

Pero eso no iba a desanimarla.

—¿Por qué están ahí esos nombres? —insistió.

—Solíamos medirnos en esta pared.

—Eso lo he captado, Jacks. Tengo curiosidad por saber qué relación teníais. Dijiste que tú no formabas parte de los Tres de Merrywood, pero no mencionaste que fueras amigo de ellos.

—Yo solo era amigo de Lyric y de Castor.

—¿Y Aurora y el arquero?

—Aurora era una pesada, y yo no diría que el arquero era mi amigo. —Jacks terminó con las vendas y se las anudó tan tensas que casi se quedó sin aliento.

—¿Por qué…?

—Deberías dormir un poco —la interrumpió Jacks.

—Ya no estoy cansada —mintió.

Él la fulminó con la mirada.

—Acaban de arrancarte la piel.

—Exacto, y me siento muy despierta.

En realidad, se sentía inundada por el cansancio. Ahora que las manos de Jacks ya no estaban sobre su cuerpo, no sentía tanta adrenalina. Pero de algún modo logró esconder un bostezo tras una sonrisa al decir: —Si quieres que me duerma, cuéntame un cuento.

—Este no es un cuento apropiado para la hora de dormir, Pequeño Zorrillo.

—La mayor parte de los cuentos de hadas no lo son.

Las arrugas de preocupación que rodeaban la boca de Jacks se profundizaron.

—Este tampoco es un cuento de hadas. En los cuentos de hadas hay héroes, pero todos los héroes de esta historia murieron aquel día en la mansión Merrywood. —Jacks miró las marcas de la pared y su expresión se volvió lejana y un poco perdida, lo que la hizo pensar que el pasado no era un lugar que visitara a menudo—. En aquel entonces todos éramos un poco como tú, lo bastante idiotas para creer que, si hacíamos lo correcto, todo saldría bien. Lyric era un pedazo de pan, Castor era noble y yo…

Se detuvo y negó con la cabeza con seriedad, como si no tuviera en gran estima a su yo del pasado.

—Aquel día, cuando Vengeance asaltó la mansión Merrywood, intenté ser el héroe.

Yo no estaba allí cuando ocurrió. Cuando llegué, todos estaban muertos excepto Castor.

Evangeline vio el pesar atravesando el rostro de Jacks.

—Lo habían apuñalado por la espalda, y, tonto de mí, pensé que podía salvarlo. Su madre, Honora, era la mejor sanadora de todo el Norte. Y creí que, si conseguía llevarlo hasta ella lo bastante rápido, podría curarlo. Pero… —Se detuvo. Evangeline pudo ver en su rostro que no había sido lo bastante rápido—. La vida no es un cuentacuentos amable. Y yo no estaba destinado a salvar a nadie.

Jacks se giró para marcharse.

—Te equivocas.

Evangeline le agarró la mano. No tan fuerte como le habría gustado, pues el agotamiento empezaba a adueñarse de ella, pero lo sostuvo con tanta energía como pudo. Quería recordarle que la había abrazado mientras lloraba, que había cargado con ella mientras se desangraba, que le había vendado las heridas. Pero empezaba a sentirse tan mareada que lo único que consiguió decir fue: —Esta noche me has salvado a mí.

—No, he evitado que murieras. No es lo mismo.

Jacks se zafó de ella y se marchó abruptamente.

Evangeline no recordaba haber cerrado los ojos, pero cuando los abrió de nuevo, la casita del árbol estaba oscura y temió estar sola. No sabía si Jacks habría regresado con ella después de haber ido a buscar lo que necesitaba. Quería pensar que no la dejaría sola, estando tan herida, pero había hecho cosas similares antes.

—Jacks —susurró.

Como no respondió, probó más fuerte.

—¿Jacks?

El suelo crujió bajo su cuerpo, pero no oyó nada más. Estaba solo ella, un montón de mantas y el persistente dolor.

Con cuidado, se apoyó en los brazos. Toda la espalda le dolió con el movimiento, pero no fue terrible, y no podía ignorar la presión en su interior que le decía que necesitaba un aseo.

Se puso de rodillas y…

Recordó que no llevaba ropa. Solo llevaba las vendas alrededor del pecho y una manta que se le acababa de caer de las caderas.

Estaba claro que Jacks había regresado en algún momento. Debió quitarle el vestido manchado de sangre mientras dormía. No podía culparlo. Pero de repente la alivió que no estuviera allí mientras buscaba entre la ropa de cama hasta que encontró algo suave que parecía una camisa. Debió dejársela él. Olía a Jacks: a manzanas y a magia y a noches frías iluminadas por la luna.

Olía realmente bien.

Se puso la prenda despacio y después se levantó sobre sus piernas temblorosas. No había velas encendidas que la guiaran, pero por fortuna, contaba con las rutilantes luces del exterior. No era mucho, apenas un susurro de oro, pero fue suficiente para que distinguiera los límites del dormitorio y una vieja escala de cuerda que bajaba hasta otra oscura estancia.

Se sentía mejor de lo que habría esperado, pero seguía terriblemente dolorida y en absoluto lo bastante fuerte para bajar por una escala.

Su única opción era el puente exterior por el que Jacks la había llevado.

Se preparó para sentir el frío de la nieve en sus piernas desnudas, para enfrentarse a la oscuridad de la noche y al miedo a cruzar un puente altísimo que apenas podía ver.

Pero no estaba preparada para ser testigo del milagro de todas aquellas lucecitas que parecían estrellas, un ejército nocturno de destellos que calentaba el aire y ponía un hormigueo en su piel, haciéndola sentirse como si estuviera a punto de comenzar una aventura.

Solo esperaba que en aquella aventura hubiera un baño, porque no tenía ni idea de a dónde iría cuando llegara a la puerta al final del puente.

A diferencia de la casita del árbol, la posada seguía iluminada y tan calentita como la recordaba. Había alegres velas titilando en las paredes y podía sentir el creciente calor del rugiente fuego que ardía en la chimenea del vestíbulo abierto ubicado bajo las muchas plantas de habitaciones.

No sabía qué era aquel lugar, si fueron las brillantes luces del exterior o el reconfortante crepitar del fuego, pero con cada paso que daba, se sentía como si hubiera dejado atrás las páginas de la traumática historia que era su vida para visitar una perdida tierra de ensueño donde el tiempo y los problemas quedaban suspendidos.

Sabía que no podría quedarse allí para siempre. Pero, por un extraño segundo, se alegró de estar herida y de necesitar descanso… porque no estaba preparada todavía para marcharse.

Se sintió aún mejor después de ocuparse de algunas necesidades en el cuarto de baño. Le sentó genial lavarse las manos y la cara y pasarse un peine por el cabello, aunque no consiguió domar el torrente de rosa y oro. Pero difícilmente iba a preocuparse por su cabello mientras merodeaba por ahí solo con una camisa. Parecía la misma que Jacks había llevado la noche de la fiesta de disfraces, aunque las mangas oscuras que él se había enrollado hasta los codos caían sobre sus manos y el dobladillo le quedaba justo sobre el muslo.

Tenía que regresar a la casita del árbol antes de que alguien la viera casi desnuda…

porque seguramente alguien debía ocuparse de atender el fuego.

El pasillo que conducía al baño olía de nuevo a especiada sidra de manzana y a hogazas de pan caliente, lo que hizo rugir su estómago. El aroma debía venir de la taberna, abajo, junto a la entrada.

Se mordió el labio. Aunque se sentía mejor, le dolería subir y bajar cuatro tramos de escalera; por no mencionar que estaba prácticamente desnuda. Pero el pan y la sidra olían de un modo tan increíble que descartó aquellas preocupaciones.

Después de hacer un lento descenso, encontró una adorable entrada en la primera planta. Era la puerta redondeada por la que Jacks la había llevado la noche anterior.

Estaba decorada con tallas de setas, como las que había visto en el tejado. Sobre ella, alguien había grabado las palabras: *La Madriguera: posada para viajeros y aventureros*.

A la izquierda de la puerta estaban las escaleras que acababa de bajar. Junto a ellas se encontraba la rugiente chimenea que había visto desde arriba. También había muescas y ganchos con forma de ramas donde los viajeros podían colgar sus capas y armas; parecía que no se permitían espadas o dagas en la taberna, y se dejaban a la derecha de la puerta principal. La entrada estaba abierta y Evangeline podía oler la dulce y especiada sidra desde allí.

Primero, se acercó al peculiar reloj que había visto la noche anterior. Creyó que quizá lo había imaginado, en su estado de aturdimiento, pero era justo como lo recordaba: alegre y colorido y con etiquetas de comidas y bebidas en lugar de números.

La dorada manecilla pequeña señalaba *Empanadillas*; el segundero indicaba *Sidra*; y la manecilla grande señalaba *Pastel de miel*.

Evangeline sintió un antojo repentino de pastel de miel, pero una vez más la distrajo otra imagen. Junto al reloj de las comidas, tallados en la madera, había dos nombres: *Aurora* + *Jacks*.

Se le cayó el alma a los pies.

—¿Te diviertes husmeando?

Evangeline se giró al oír la voz de Jacks. Quería decirle que solo estaba buscando pan y sidra (y que no la había perturbado en absoluto ver su nombre junto al de Aurora), pero las palabras no salieron de su boca.

Jacks estaba ante ella, solo con un par de pantalones oscuros escandalosamente bajos sobre sus caderas. Evangeline se sintió aturullada al verlo sin camisa. Las crestas de su abdomen estaban tan pulidas como el mármol. Era perfecto… excepto por la enrojecida hilera de marcas de mordisco que bajaban por su cuello hasta su hombro.

—¿Todo eso te lo he hecho yo?

Con una oleada de mortificación, recordó haberlo mordido, pero creía que solo lo había hecho una vez.

—¿De verdad no lo recuerdas? —Jacks ladeó la cabeza, y Evangeline habría jurado que lo hizo solo para que pudiera ver mejor los puntos donde sus dientes habían marcado su piel.

Quería decirle que no recordaba haberle mordido el cuello, que no tenía ningún destello intenso de haberle clavado los dientes en el hombro, pero una vez más las palabras se negaron a acudir.

—Me lo taparé. Si me devuelves mi camisa.

A Jacks le brillaron los ojos mientras bajaba la mirada por sus piernas

desnudas, más allá de los pocos botones de la blusa.

Si antes había tenido calor, ahora su piel estaba en llamas. En realidad no creía que fuera a quitarle la camisa, pero con Jacks nunca se sabía.

El Destino curvó la boca en una sonrisa traviesa y dio un deliberado paso hacia ella.

—Hablando de cosas que no recordamos, tengo una pregunta para ti.

Jacks trazó una línea con el dedo por su cuello y apresó la cadena de su garganta.

Fue como si la lanzaran a un tonel de agua helada. Con todo lo que había ocurrido, había olvidado que tenía la piedra de la verdad.

—¡No! —gritó.

Pero los dedos de Jacks fueron más rápidos. Se zambulleron bajo su camisa y la hicieron contener un gemido cuando sacó la brillante piedra dorada.

—¿Qué tenemos aquí, Pequeño Zorrillo? —Su voz asumió un tono burlón—. ¿Es un regalo de Luc?

—¡No! —exclamó, y se habría reído de alivio cuando descubrió que él no sabía qué era, y también por la expresión afectada de su rostro—. ¿Estás *celoso* de Luc?

—Creí que ya habíamos zanjado eso ayer. Siempre me pones celoso. Como yo a ti —

añadió con una sonrisa arrogante. Sus ojos la abandonaron para detenerse en los nombres de la pared que Evangeline había estado mirando: *Aurora + Jacks*.

Y no pudo negarlo. La sensación no era tan fuerte como lo había sido en presencia de la piedra de la juventud, más una punzada que una llamarada, pero estaba allí. No debería sentirse celosa. Aurora Valor estaba muerta y, por lo que Evangeline había descubierto, falleció en trágicas circunstancias. Pero en todos los libros que había leído la describían como la muchacha más hermosa del mundo. La noche anterior, Jacks le había dicho que Aurora era una pesada, pero allí estaban sus nombres unidos, Jacks y Aurora.

—¿Estabas enamorado de Aurora? —le preguntó.

—No. Ni siquiera sabía que esto estaba aquí.

Jacks frunció el ceño y eso la hizo sentirse un poco mejor. Lo que a su vez la hizo sentirse tonta.

Aunque hubiera amado a Aurora, eso no debería molestarle. Sin embargo, parecía que la delirante atracción que había experimentado con tanta fuerza el día anterior no se había desvanecido del todo.

Quizá fuera solo que Jacks estaba demasiado cerca, vestido únicamente con unos pantalones, mientras que ella no llevaba más que su camisa… y el colgante, que él todavía no había soltado.

Seguramente debería decirle qué era en realidad aquella piedra. Pero entonces la metería en otra caja de hierro, y había muchas preguntas que quería hacerle.

Aunque sería mejor esperar a que Jacks soltara la piedra. No estaba segura de cómo funcionaba exactamente, pero recordó que, cuando le hacía a Petra alguna pregunta que ella no quería responder, la roca se calentaba y la obligaba a decir la verdad. Si la piedra se calentaba en ese momento, Jacks sabría que era mágica y se la arrebataría.

—Tengo hambre —anunció. Después apartó los dedos de Jacks de la piedra y se dirigió a la taberna.

La taberna de La Madriguera era tan reconfortante como el resto de la extraña posada, con montones de madera y velas y una pared de ventanas con vistas a un lago que parecía lleno de estrellas en lugar de agua. Era todo destellos y resplandor nocturno, y no pudo evitar preguntarse cómo sería a la luz del día.

No había visto el lago al llegar, pero debido a las condiciones en las que se encontraba, suponía que había montones de cosas que no había visto.

Como el resto de La Madriguera, la taberna estaba vacía, pero todas las mesas y sillas ante la barra estaban llenas de comida recién hecha. Evangeline podía ver el vapor elevándose sobre los platos mientras se sentaba con Jacks en un acogedor reservado en la esquina, junto a una ingeniosa ventana triangular con vistas al lago estrellado.

La comida se correspondía con la que indicaban las manecillas del reloj. Había dos cuencos de loza con carne y empanadillas, gruesas rebanadas de pan, tazas de sidra especiada con una cucharada de crema y unos platos con pastel de miel.

Todo olía increíble, como las mejores partes del hogar y los recuerdos más dulces.

Sabía que había preguntas que tenía que hacer, pero no pudo resistirse a sorber la sidra especiada y a dar un mordisco a una empanadilla perfecta.

Jacks sonrió, con una curva inusual en sus labios que parecía verdaderamente alegre.

—¿Te gusta?

—Sí —gimió, y ni siquiera se sintió avergonzada. Todavía no se había terminado la primera empanadilla y ya tenía la sensación de que iba a robar un cuenco de otra de las mesas—. ¿Has hecho tú todo esto?

Jacks levantó una ceja inquisitiva.

—¿Crees que he cocinado yo?

—No, supongo que no. —Y realmente no tenía sentido que él hubiera preparado *toda* aquella comida—. Solo intento descubrir qué es este sitio. —Tomó un bocado de pastel de miel, que sabía como un sueño —. ¿Por qué todo parece tan distinto aquí?

—Hace mucho tiempo, antes de la caída de los Valor, La Madriguera fue hechizada para protegerla de una amenaza. Pero la magia tiene a menudo resultados imprevistos.

En el caso de La Madriguera, el hechizo no solo la mantuvo a salvo de la amenaza: la protegió de todas las maldiciones y la conservó intacta a través del tiempo.

—¿Y por eso aparece así la comida? —le preguntó Evangeline.

—Puntual como un reloj —replicó Jacks amargamente mientras sus largos dedos rasgaban un trozo de pan y se lo lanzaba a la boca.

Evangeline no creía haberlo visto comer nada que no fuera una manzana. De hecho, desde que llegaron, ni siquiera había comido eso. Lo cual la hizo pensar en lo que acababa de contarle sobre La

Madriguera, que era un lugar que estaba a salvo de todo tipo de maldiciones. No estaba segura de que eso tuviera algo que ver con las manzanas de Jacks, pero la hizo preguntarse sobre otra cosa.

—¿Me has traído aquí porque así estaría protegida de la maldición que me une a Apollo? ¿Por eso cesaron los latigazos tan pronto como llegamos?

Jacks asintió una vez.

—Suponía que la maldición espejo se anularía mientras estuvieras aquí. Y esperaba que sanaras más rápido. La magia de La Madriguera está alimentada por el tiempo: lo

que aquí parecen horas, en realidad son días en cualquier otro sitio, así que la gente suele curarse con rapidez.

—¿Por qué no me trajiste aquí antes, cuando descubriste la maldición de Apollo?

Jacks rasgó otro trozo de pan.

—Nunca vengo aquí. La Madriguera era mi hogar. —Sus ojos se volvieron de un tono pálido de azul.

Evangeline quería decirle que lo sentía, pero no sabía por qué. Lo único que sabía era que su corazón se había agrietado cuando Jacks dijo la palabra «hogar».

¿Qué había ocurrido para cambiar las cosas? ¿Cómo había pasado de ser un chico con familia y amigos a un Destino? ¿Y por qué ya no quería ir allí? A ella, La Madriguera de Hollow le parecía un lugar cálido y maravilloso, pero estaba claro que a Jacks no.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste aquí?

—Justo después de convertirme en un Destino. —El rostro de Jacks cambió tan pronto como pronunció las palabras.

Fue como ver romperse un hechizo.

El fuego crepitó y la taberna se hizo más calurosa. Jacks se tensó. Soltó el pan, endureció la mandíbula, miró a Evangeline con los ojos entornados y después bajó lentamente su mirada tormentosa hasta la cadena que llevaba alrededor del cuello. Y, esta vez, no le preguntó si era un regalo de Luc.

—Creo que has sido traviesa, Pequeño Zorrillo. —Chasqueó la lengua—. ¿Dónde encontraste la piedra de la verdad?

—Me la llevé de la tumba de Glendora Slaughterwood.

Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerlas.

Y entonces, antes de que pudiera preguntarle nada más, Jacks le disparó otra pregunta.

—¿Y no pensabas contármelo?

Sonaba dolido o furioso; era difícil saberlo.

Evangeline sintió una punzada de culpa, pero no tanto porque se dio cuenta de que Jacks estaba usando el poder con ella, obligando a sus labios a expulsar las palabras.

—Pensé en decírtelo, pero no quería que te llevaras la piedra.

La mano de Jacks atravesó la mesa para apresar la roca en su punto. Por un segundo, Evangeline creyó que se la quitaría.

—No, por favor… —Todo su cuerpo se tensó, y después otra verdad se le escapó sin pretenderlo—. Solo quiero comprenderte, Jacks.

Él la miró como si estuviera cometiendo un error. Sus rasgos se suavizaron con algo parecido a la lástima, y después arrancó la piedra de la cadena.

—¡Jacks!

Evangeline corrió tras él mientras se marchaba de la taberna, pero era demasiado rápido y ella seguía siendo lenta por sus heridas. No lo alcanzaría. También había una parte de ella que no quería alcanzarlo, no estando así de molesto.

Pero no podía dejarlo marchar. No estaba segura de cuán cerca tenía que estar para que la piedra de la verdad funcionara, pero todavía tenía una pregunta que hacerle y una respuesta que necesitaba confirmar. La gritó antes de que Jacks abandonara la taberna.

—¿Por qué quieres abrir el Arco Valory?

Un gruñido frustrado abandonó la garganta de Jacks. Sus pasos se detuvieron justo al otro lado de la puerta. Después, casi demasiado bajo para que lo oyera, contestó:

—Yo no quiero abrirlo.

Jacks no quería abrir el Arco Valory. En eso era en lo único que Evangeline podía pensar mientras él desaparecía escaleras arriba.

La revelación fue tan inesperada e incomprensible que Evangeline se derrumbó en la silla más cercana. Volvía a dolerle la espalda, y el descubrimiento la hacía sentirse mareada.

Normalmente, Jacks retorcía la verdad en lugar de mentir, pero le había dicho muy claramente que quería abrir el Arco Valory. ¿No?

Evangeline habría jurado que lo había dicho, pero cuando pensó en la última vez que se lo preguntó, solo lo recordó diciendo: *Me halaga que tengas tanto interés en mis deseos*.

Intentó recordar el momento en el que descubrió la existencia del Arco Valory. Le preguntó a Jacks qué era, y él le dijo que no tenía que preocuparse por ello. Pero en realidad nunca le dijo que quisiera abrirlo. Lo que la llevaba de nuevo a la misma pregunta: ¿qué quería Jacks en realidad?

En el pasillo, el reloj de las comidas sonó y la manecilla que señalaba *Sidra* chirrió hasta *Hidromiel*. Ante los ojos de Evangeline, la taza de cerámica que tenía delante se convirtió en un vaso alto lleno de un chispeante líquido dorado del mismo color que la piedra de la verdad que Jacks acababa de quitarle. Y la golpeó como un rayo, abrupto, eléctrico y poderoso: Jacks no quería abrir el Arco Valory. Solo quería las cuatro piedras.

Tiberius le había dicho que, juntas, las piedras del Arco Valory poseían un gran poder, y Petra había insinuado que, cuando las cuatro piedras se unían, eran capaces de cosas imposibles. Debía ser aquel poder lo que Jacks quería.

¿Le permitiría al menos usar las piedras para abrir el arco y salvar a Apollo?

Considerando lo rápido que se había llevado las piedras luego de que ella las hallara, dudaba de que alguna vez se hubiera planteado dejar que las usara. ¿Sería esa la verdadera razón por la que no había querido decirle a Caos a dónde iban? ¿Porque planeaba quedarse con las piedras?

Evangeline miró la puerta redondeada de la taberna; no sabía si Jacks regresaría pronto, pero no planeaba quedarse allí esperándolo.

Su última respuesta la había dejado con más preguntas que antes, pero había descubierto algo: La Madriguera era el antiguo hogar de Jacks. Si en algún sitio había respuestas sobre él y sobre lo que realmente buscaba, era allí.

Y sería agradable encontrar algo de ropa.

Aunque no había nadie, se sintió demasiado expuesta mientras subía a la segunda planta, con sus puertas cubiertas de personajes de cuentos de hadas, solo con la camisa de Jacks. También empezaba a sentirse terriblemente dolorida y cansada.

La primera puerta que abrió tenía tallada una imagen de un duende pastelero lanzando dulces. La habitación a la que conducía era incluso más deliciosa, decorada con frascos de boticario llenos de coloridos caramelos. Los cojines de la cama también parecían golosinas: tofes envueltos, gominolas y esponjosas nubes. Se sintió tentada a tumbarse, solo durante un minuto. Casi podía oír a la cama diciendo: *Si duermes aquí, tus sueños también serán dulces*.

Pero Evangeline quería respuestas (y ropa), más de lo que deseaba dormir.

Después de abrir un armario vacío y un escritorio también vacío, se arrastró a la siguiente habitación. En aquella puerta había un caballero con una llave con forma de estrella, y aún más estrellas vivían en el interior del dormitorio, colgando del techo y cubriendo la colcha y las alfombras.

Miró en el interior del armario, que tenía tiradores con forma de estrella, pero por desgracia no contenía ropa ni respuestas a los misterios.

—No te rindes, ¿verdad? —le preguntó Jacks.

Giró para encontrarlo en la puerta, con los brazos cruzados y un hombro apoyado relajadamente contra el marco.

Había vuelto a buscarla. No lo había esperado; parecía enfadado cuando se marchó.

Había creído que se encerraría de nuevo en sí mismo y desaparecería. Pero allí estaba, mirándola desde la puerta.

Se había puesto una camisa limpia, azul celeste, con las mangas subidas hasta los codos y la mayor parte de los botones cerrados, excepto los de arriba, lo que le permitía una vista clara de las desvaídas marcas de mordisco que le había dejado en el cuello.

Antes se había sentido mal por ello, pero ahora pensaba que se lo merecía.

—Me has mentido.

Odió sonar más dolida que furiosa, y que la expresión fría de Jacks no cambiara.

—¿En qué? —le preguntó él, despacio.

—No quieres abrir el Arco Valory. —Lo fulminó con la mirada, esperando que eso escondiera cuánto le dolía su traición—. Solo quieres las piedras.

Él se encogió de hombros, sin pesar.

—Esperaba que eso te hiciera feliz, ya que abrirlo parece asustarte tanto.

—Pero necesito abrirlo para encontrar la cura para la maldición del arquero. ¿Ibas a dejarme hacer eso al menos?

Jacks no contestó, que era prácticamente lo mismo que decir que no.

No debería haberle dolido. Aunque le hubiera dicho que sí, no lo habría creído.

Esto le provocó una nueva oleada de cansancio mientras se dirigía a la puerta.

Jacks colocó un brazo en el marco para bloquearle el paso, atrapándola antes de que pudiera marcharse.

—Deja que me vaya, Jacks.

—Deberías descansar un poco, Pequeño Zorrillo. Pareces agotada.

—Me siento genial —le dijo. Al menos, ahora que la piedra no estaba, podía mentir.

Y si se tambaleó al decirlo, fue solo porque estaba enfadada, y no porque empezara a sentir las piernas tan débiles como finas cuerdas.

Dio otro paso y se balanceó.

Jacks gruñó y la tomó en brazos, con un poderoso antebrazo bajo sus piernas y el otro en su espalda.

Y, de repente, Evangeline se sintió sin huesos. Sabía que tenía que rechazarlo, pero su cuerpo se negó, confundiendo sus brazos con un sitio seguro. Odiaba que pudiera ser tan amable y tan irritante. Sabía que la necesitaba viva para que encontrara la última piedra, pero no era necesario que la llevara en brazos; podría haberla acostado en la cama de la habitación de invitados o simplemente dejarla tirada en el suelo. En el pasado, la dejó convertirse en piedra. ¿Por qué no podía seguir mostrándose impasible?

No era necesario que la abrazara contra su pecho al salir, protegiéndola del frío.

—Sigo enfadada contigo —refunfuñó.

Él suspiró mientras cruzaban el puente.

—Creía que siempre estabas enfadada conmigo.

—Casi te perdoné anoche.

—Eso habría sido sin duda un error de juicio.

—Me estaba muriendo y… —Evangeline se detuvo mientras él la llevaba a la casita del árbol.

No sabía por qué discutía con él. Jacks tenía razón: lo que le había dicho antes sobre las piedras confirmaba que no podía confiar en él. Pero, a pesar de que estaba enfadada con él por mentirle, por engañarla de nuevo, todavía se sentía imposiblemente atraída hacia él, a pesar de que nada bueno podía salir de ahí. El deseo de la noche anterior *todavía* no se había desvanecido. Si acaso, era más fuerte. Y no podía creer que la inexorable atracción que sentía fuera unilateral.

Miró los ojos ilegibles de Jacks mientras él la dejaba en la cama.

—¿Todavía piensas en mí como si solo fuera una herramienta?

Jacks frunció el ceño.

—Todavía intentó no pensar en ti.

En el sueño de Evangeline, Jacks estaba sentado en las sombras al final de un viejo muelle de madera, mirando el mismo lago que se veía desde la taberna, el que había estado cuajado de estrellas. Pero allí no había estrellas, solo un cielo tan brillante como una joya atrapado en los momentos finales de un atardecer cargado de nubes rosadas y de resplandecientes hebras de luminoso amarillo y naranja.

Observó mientras Jacks lanzaba una roca a la superficie espejada del agua. *Plic. Plic.*

Plic. Plic. Plic. Cuando desapareció, lanzó otra.

No levantó la mirada cuando ella se acercó. Tenía la espalda apoyada en un poste, el cabello alborotado y de un *castaño* oscuro.

A Evangeline le falló el paso.

Desde lejos, había creído que Jacks estaba en la sombra, pero ahora estaba claro que el joven del final del muelle no era él.

—Eres difícil de encontrar.

El joven apartó la mirada del lago y, cuando le vio la cara, la respiración se le quedó atrapada en el pecho.

Al principio creyó que le resultaba familiar, pero quizá fuera solo que era increíblemente atractivo, de mandíbula fuerte, cejas oscuras sobre unos ojos hipnóticos y una sonrisa encantadora que hizo que su corazón diera un saltito entusiasmado.

—¿Quién eres?

Ignorando su pregunta, el atractivo desconocido se puso en pie con un movimiento ágil. Su ropa era tosca y resistente, de esa que parece pensada para vivir aventuras en el bosque, pero sus movimientos eran elegantes y ligeramente depredadores.

Evangeline sintió una punzada de cautela. Se dijo a sí misma que era

solo un sueño, pero aquel era el Glorioso Norte y temía que los sueños fueran como los cuentos de hadas, un poco ciertos y no totalmente fiables.

El joven bajó sus ojos brillantes hasta sus piernas desnudas. Evangeline seguía vestida solo con la camisa de Jacks, y se sonrojó desde los dedos de los pies hasta las

mejillas. Pero intentó que no se le notara en la voz cuando volvió a preguntar al atractivo desconocido: —¿Quién eres?

Sus ojos refulgieron con una sonrisa.

—¿Por qué no nos quedamos con lo de Atractivo Desconocido?

A Evangeline le dio un vuelco el corazón por la vergüenza.

—Puedes leerme la mente.

—No, pero es la verdad. Soy increíblemente atractivo. —Avanzó un paso, ladeando la cabeza para mirarle la cara en lugar de las piernas desnudas—. Entiendo por qué le gustas a Jacks. Te pareces un poco a ella, ¿sabes?

—¿A quién? —le preguntó Evangeline.

El Atractivo Desconocido se frotó la mandíbula.

—No se alegraría si supiera que te he dicho esto, pero si no tienes cuidado, tú también terminarás como ella.

—¿Como quién? —insistió Evangeline.

—Como su primer zorro.

Los pájaros trinaban y el sol brillaba, pero lo único que Evangeline quería hacer era volver a dormirse y descubrir más cosas sobre el primer zorro.

Cerró los ojos, pero estaba demasiado alerta y tenía la sensación de que ya sabía quién era aquel otro zorro. Si creía al Atractivo Desconocido de su sueño, Jacks era en realidad el arquero.

Lo había pensado antes, pero había descartado la idea incluso antes de ver los nombres de Jacks y del arquero grabados juntos en la pared. Eso también la hacía dudar de lo que le había dicho el Atractivo Desconocido.

Le habría preguntado a Jacks al respecto, pero no estaba en la casita del árbol. Y

antes de sacar el tema, quería estar segura de ello. Lo único que tenía era la palabra de aquel Atractivo Desconocido.

La última desconocida «servicial» a la que había conocido, Petra, intentó matarla. Y

teniendo en cuenta cuánta gente había deseado asesinarla, no era una locura suponer que aquel Atractivo Desconocido quería lo mismo: meterle ideas en la cabeza que la hicieran desconfiar de Jacks.

Evangeline decidió descartar la idea y alejar de su mente al Atractivo Desconocido mientras salía de la cama y bajaba a comer a la acogedora taberna. Casi esperaba que aquella parte de La Madriguera también hubiera sido un sueño. Pero, como el día anterior, se sentó ante una mesa y la comida apareció ante ella como un reloj.

Lo único que faltaba era Jacks.

Mientras comía, no dejaba de levantar la mirada esperando encontrarlo apoyado en la puerta.

Casi se dejó llevar por el pánico cuando terminó de comer y él todavía no había aparecido, pero era difícil mantenerse asustada en un sitio como La Madriguera.

En aquella posada de fantasía, todo inspiraba curiosidad en lugar de miedo. En un cuarto de baño de la tercera planta encontró una deliciosa bañera de cobre que le recordó al reloj del pasillo. Tenía unas adorables manecillas enjoyadas y un grifo que vertía agua de distintos colores en una variedad de aromas: *Madreselva lila*

Rosa lavanda

Pino verde

Mezcló la lluvia y la madreselva, y salió de allí oliendo como un día dulce y tormentoso.

No esperaba poder darse un baño, pero su espalda estaba totalmente curada.

En realidad era un poco decepcionante. Ahora que estaba curada, suponía que Jacks querría llevársela de allí tan pronto como regresara. Todavía quedaba una piedra más por encontrar.

Pero Evangeline no se sentía especialmente motivada a dar con ella. Como había descubierto antes, La Madriguera no era un lugar donde fuera fácil mantenerse asustada o inquieta, y su búsqueda de las piedras había estado inspirada por el miedo.

En ese momento no lo tenía. De hecho, no recordaba un instante en el que se hubiera sentido más tranquila. Y sabía, de algún modo, que Apollo también estaba a salvo.

Sin Jacks y sin nadie más, la Madriguera debería haberle parecido un lugar solitario.

Pero, curiosamente, no parecía vacío ni solitario. Aquel era el lugar más seguro donde había estado. Se descubrió deseando poder compartir aquel sitio encantado con sus padres. Su padre se habría deslumbrado con los objetos mágicos, y su madre habría adorado las habitaciones de cuento de hadas.

En la cuarta planta, Evangeline descubrió por fin un armario lleno de vestidos que la hicieron pensar en jardines repletos de mariposas y en la sensación de estar dándole la mano a otra persona.

Entre ellos, eligió un vestido crema con bordados dorados y un ancho lazo rosa anudado alrededor de la cintura, a juego con el borde de las dulces mangas abullonadas.

Lo único que necesitaba eran unas zapatillas.

Se imaginó encontrando un par de zapatos mágicos mientras buscaba en el suelo del armario. Sorprendentemente, allí no había telarañas ni bolas de polvo, solo cajas con guantes y lazos y un curioso librito.

Era el primer libro que veía en La Madriguera y tenía un cierre en el canto. Buscó una llave, hasta que recordó que podía usar su sangre.

La cerradura se abrió con un *clic*; la envejecida primera página estaba cubierta de una caligrafía muy anticuada.

Propiedad de Aurora Valor.

No lo leas a menos que desees morir poco después.

¡He maldecido este libro!

Deja de leer si valoras tu vida.

¡Esto te incluye a ti, Castor!

Evangeline se sintió emocionada al leer las palabras. Había encontrado el diario de la misteriosa Aurora Valor. Quizás aquello le proporcionaría más pistas sobre el pasado de Jacks, ya que sin duda había conocido a Aurora.

La supuesta maldición del libro hizo que se detuviera un instante, como lo hicieron las indescifrables palabras a pie de página, las únicas escritas en el lenguaje de los Valor. Pero, según lo que Jacks le había contado, las maldiciones no podían afectarla en aquel lugar. La letra parecía además un poco infantil, lo que la hizo suponer que el diario no estaba realmente hechizado.

Se llevó el diario abajo para leerlo ante el fuego de la taberna.

En las primeras páginas había algunas quejas sobre sus hermanos, así como menciones al clima, a las comidas y a la ropa. Parecía que Aurora había llevado una vida muy mundana, o que seguía intentando disuadir a los lectores incluyendo solo detalles aburridos.

No se topó con el nombre de Jacks. Avanzó, buscando alguna mención, hasta que la caligrafía se volvió más sofisticada y el contenido más interesante.

Padre ha fijado una fecha para la boda. No me puedo creer que vaya a obligarme a hacer esto. Nunca forzaría a Dane, Lysander, Romulos o Castor (y si estás leyendo esto, ¡Castor, para! Lo de la maldición iba en serio).

Supongo que Vengeance es bastante atractivo, pero no siento por él más que repulsión cuando lo veo presumir de sí mismo y de su colección de espadas.

He intentado convencer a mis padres de que no lo amo, pero madre

dice que llegaré a hacerlo y padre dice que soy demasiado joven y que no sé nada del amor. Pero sé lo que es el amor. Lo sé muy bien, tanto que me es difícil no llenar las páginas de este libro con mis sentimientos por mi verdadero amor. Pero no me atrevo a hablar de él porque, aunque este libro está maldito, temo que alguien lo lea y que antes de caer fulminado le cuente a mi padre o a Vengeance lo que he escrito.

LaLa no deja de decirme que debería casarme con Vengeance, pero creo que no le caigo bien. Pienso que no le parezco lo bastante buena para su hermano, y me parece correcto, ya que yo tampoco la considero a ella lo bastante buena para el mío.

La entrada terminaba allí. Evangeline hojeó el resto del diario. Por desgracia, apenas había un par de páginas más escritas, y nada tan interesante como lo que revelaba aquella página.

El diario confirmaba la historia que Jacks le había contado sobre Aurora y Vengeance. Pero lo que la sorprendió fue lo que revelaba sobre LaLa. El diario no mencionaba el nombre del hermano de LaLa, pero Evangeline tenía la zozobrante sensación de que sabía quién era, porque sabía quién había sido el verdadero amor de Aurora: Lyric Merrywood.

Sintió un abrupto dolor al pensar en el terrible destino de la Casa Merrywood. Sabía que debía sentirse molesta con LaLa por haber usado la maldición del arquero con

Apollo y con ella, y lo estaba, pero también le rompía el corazón pensar que su amiga no solo había perdido a su hermano sino a toda su familia.

Era casi demasiado para procesarlo. Le sorprendía un poco que Jacks no le hubiera mencionado aquello cuando le habló de la destrucción de los Merrywood, pero teniendo en cuenta lo reservado que era con su pasado, comprendía que también fuera cauto con el pasado de los demás. Por supuesto, eso no había evitado que fuera desagradable con LaLa sobre el prometido que había elegido.

Todo tenía sentido, aunque de un modo vertiginoso y terrible.

Evangeline se preguntó entonces si aquella historia tendría algo que ver con el deseo de LaLa de abrir el Arco Valory. Evangeline todavía no sabía qué quería LaLa, solo que lo deseaba lo suficiente como para hechizarlos a Apollo y a ella.

El reloj del vestíbulo de la primera planta marcó *Gachas*.

Evangeline soltó el libro, tanto por el sonido como por el asombroso descubrimiento de que había pasado un día y una noche entera mientras leía y vagaba por La Madriguera.

Jacks le había dicho que el tiempo funcionaba allí de un modo distinto. Pero no era solo que el tiempo hubiera pasado rápidamente; era que había ignorado su paso. Y

Jacks todavía no había vuelto.

La puerta delantera de La Madriguera se abrió.

Evangeline se giró, esperando que Jacks entrara.

Pero parecía que la había abierto una ráfaga de viento. La única criatura que entró fue un pequeño dragón de aspecto perdido que tosió diminutas chispas doradas mientras brincaba al interior.

Era de un azul irisado y tan adorable que Evangeline no pudo evitar sonreír al verlo mirando todo con curiosidad.

Los dragones no estaban acostumbrados al interior, pero aquel brillante amiguito no quería marcharse. Evangeline mantuvo la puerta abierta un helado minuto entero, pero el minúsculo dragón voló hacia el reloj y se golpeó la cabecita mientras intentaba llegar a los péndulos de joyas… Una y otra vez. Al final, Evangeline lo tomó en brazos y se lo llevó con ella a la taberna.

Las mesas estaban de nuevo mágicamente preparadas con humeantes cuencos de gachas y tazas de chocolate recién hecho, que el amable dragoncito mantuvo caliente para ella. Suponía que no quería que lo echara, por lo que estaba intentando ser útil.

El dragón parecía preocuparse cada vez que los ojos de Evangeline se dirigían a la puerta, pero no pensaba echar a su pequeño y nuevo amigo al frío exterior. Estaba buscando a Jacks. Y empezaba a ponerse un poco nerviosa.

El almuerzo fue parecido. Entre bocados, Evangeline se descubría buscando a Jacks en la puerta.

Se recordó que Jacks era un Destino. Podía controlar las emociones de la gente.

Podía matar con un beso. Se las apañaría bien.

Pero, en la cena, empezó a preocuparse de nuevo por si le había pasado algo.

Llevaba casi dos días fuera. Había desaparecido antes (la había dejado diez días en los dominios de Caos), pero en esa ocasión le escribió una nota para que supiera que se marchaba. Esta vez, se había ido sin más.

Pensó en lo último que le dijo: *Todavía intento no pensar en ti*.

¿Se había marchado para demostrarlo?

Fuera así o no, tenía una sensación de inquietud en el vientre que ni siquiera la calidez de La Madriguera podía acallar. No tenía miedo, pero no estaba tranquila.

Removió su sidra y empujó la comida de su plato.

A mitad de la cena, el dragón diminuto corrió de repente a esconderse detrás de su jarra de sidra. Le ardió la última cicatriz de corazón roto de su muñeca y se giró hacia la puerta de la taberna para descubrir que Jacks había regresado.

Estaba impresionante, sin ni siquiera intentarlo, apoyado en el marco de la puerta con el cabello dorado despeinado por el viento y la capa torcida.

—¿Dónde has…?

Se detuvo casi de inmediato. Jacks no estaba apoyado en la puerta; se estaba sujetando a ella.

—¡Jacks!

Evangeline atravesó la taberna corriendo y se sintió horrorizada cuando la capa se deslizó sobre el hombro de Jacks y reveló una enorme mancha de brillante sangre roja y dorada.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Evangeline, conteniendo el aliento.

—Solo estaba siendo yo mismo. —Jacks se tambaleó hacia atrás, casi desplomándose en un banco de la entrada.

El aire nevado se filtró a través de la puerta entreabierta. Evangeline sabía que debía cerrarla, pero primero se acercó a él. Nunca lo había visto herido, y era sorprendentemente aterrador.

—Jacks…

Le agarró los hombros fríos, suavemente pero con firmeza, y lo zarandeó. No sabía mucho sobre heridas, pero recordaba que él no había dejado que se desmayara mientras sangraba.

—Por favor, quédate conmigo. No sé qué hacer.

La brillante sangre se extendió por su jubón, volviendo rojo el gris humo. Se le encogió el corazón al verlo. Deseó no haberse quedado sentada en la taberna; deseó haber salido a buscarlo. Como era un Destino, Jacks no envejecía, pero podía morir si la herida era lo bastante grave.

Tenía que curarlo con rapidez. Tenía que quitarle el jubón, limpiar la herida y después coserla.

—¿Sigue el arma aquí? —Le agarró la capa para apartársela un poco más.

—No pasa nada. —Jacks le sujetó la muñeca, evitando que su mano siguiera explorando—. Solo necesito una manta… y dormir un poco.

Tiró de ella hacia él, como si pretendiera que fuera la manta.

—Oh, no… Yo no soy una colcha. —Apoyó la mano libre en la pared y se le revolvió el estómago al mirar sus brumosos ojos azules—. Primero tengo que cerrarte la herida.

Tuvo que tirar dos veces para liberar su muñeca. Incluso herido, Jacks era increíblemente fuerte. Todavía podía sentir la impronta de sus dedos fríos mientras corría a la taberna.

Detrás de la barra encontró licor y algunos paños, que esperaba desesperadamente que le sirvieran por el momento. Primero lo limpiaría, y después buscaría agujas e hilo.

—Estás perdiendo el tiempo, Pequeño Zorrillo. —Jacks se apoyó en la

puerta, agarrándose el costado—. Es solo una cuchillada en las costillas.

—¿Debo suponer que va a curarse solo?

—Tus heridas lo hicieron.

—Después de que tú te hubieras ocupado de ellas.

La comisura de la boca de Jacks se curvó.

—Solo porque quería quitarte la ropa.

Una vívida imagen de las manos de Jacks sobre su piel destelló ante sus ojos.

Por supuesto, estaba casi segura de que Jacks estaba bromeando. Parecía estar delirando. Sus ojos estaban desenfocándose, y se tambaleaba.

Evangeline no supo cómo consiguió ayudarlo a subir un tramo de escaleras. Por suerte, había un sinfín de habitaciones disponibles en La Madriguera. Lo ayudó a entrar en la más cercana, un dormitorio que olía a agujas de pino frescas. Las alfombras eran de profundos tonos verdes, la cama estaba hecha con gruesas planchas de madera y las sábanas eran crujientes y blancas. Un fuego cobró vida en la chimenea tan pronto como Jacks cayó en la cama.

Afortunadamente, Jacks había dejado de sangrar, pero parecía agotado. Antes de que cerrara los ojos, vio que los tenía inyectados en sangre y que incluso el azul parecía teñido. Se preguntó si habría dormido algo en los últimos días.

Le parecía extraño preocuparse por Jacks, pero dudaba de que lo fuera a hacer alguien más, incluido él mismo. Su pecho apenas se movía, tumbado sobre el montón de colchas blancas como la nieve.

Evangeline corrió a buscar una palangana con agua.

Cuando regresó, Jacks había tirado sus botas al suelo de madera, pero todavía llevaba la capa y el jubón ensangrentado.

—¿Vas a contarme qué estabas haciendo? —insistió.

—Ya te lo he dicho —murmuró—. Solo fui yo mismo. Otra gente horrible también fue ella misma y, como puedes ver, no terminó bien.

—¿Dónde estabas?

—Deja de hacer preguntas tan difíciles.

Jacks gruñó, con los ojos todavía cerrados, mientras Evangeline le quitaba la capa para llegar hasta la herida. Colgó la prenda en una silla cerca del rugiente fuego para que se secara. La nieve la había humedecido, y suponía que también la había mojado la sangre, aunque la tela era demasiado oscura para verla.

El jubón de Jacks era más ligero, de un suave gris claro, excepto las partes cerca de sus costillas que estaban teñidas de rojo. Le cortó la prenda.

El pecho de Jacks se movía despacio.

Evangeline le apartó el jubón, con cuidado de no rozar su piel desnuda con los dedos. Y, aun así, notó que contenía el aliento mientras empezaba a limpiar la ensangrentada herida irregular que cruzaba sus costillas.

Necesitaría puntos. O debería…

Evangeline se detuvo al ver cómo la piel de Jacks se unía ante sus ojos. Seguía dolorosamente roja, y suponía que el roce la abriría con facilidad, pero el tajo estaba sanando. Eso no lo mataría.

El alivio que sintió fue enorme.

Cuando terminó de vendarlo, parecía estar dormido, con los ojos cerrados medio cubiertos por las despeinadas ondas de su cabello dorado. Pensó brevemente en quedarse con él mientras descansaba.

Era un alivio que hubiera vuelto y que estuviera a salvo. Un alivio mayor de lo que debería haber sido. No dejaba de recordarse que Jacks era peligroso, pero en ese

momento no lo parecía: en ese momento parecía un ángel dormido, y esa era seguramente la razón por la que tenía que marcharse.

Le pasó los dedos por el suave cabello, solo una vez.

Él se apoyó en su mano.

—Eso es agradable —murmuró—. Tú también eres agradable. —Le rodeó la cintura con el brazo y tiró de ella hacia la cama.

—Jacks… ¿Qué estás haciendo?

—Solo esta noche. —La abrazó con fuerza, sosteniéndola todavía más cerca, hasta que presionó el pecho de Evangeline contra su piel desnuda.

—Estás herido —exhaló.

—Esto me hace sentir mejor. —Habló contra su garganta, y terminó con un beso que la hizo sentirse mareada.

Aquel habría sido un momento perfecto para apartarse de él.

La boca de Jacks se cerró sobre su pulso.

Evangeline intentó decirle que aquella era una mala idea, pero en lugar de eso se le escapó un suave suspiro. Si la sensación de sus labios sobre su cuello era así, se preguntaba cómo sería en su boca.

Cerró los ojos y su respiración se volvió superficial. No debería pensar en los labios de Jacks. Y, aun así, no pudo evitar preguntarse si podría besarlo allí, en La Madriguera, en el único lugar donde las maldiciones no podían tocarlos. La idea era dolorosamente tentadora. Pero aunque los besos de Jacks no pudieran matarla allí, eso no significaba que no pudieran destrozarla de otro modo.

—No deberíamos hacer esto —le dijo.

—Solo te estoy pidiendo que te quedes esta noche. —Los labios de Jacks abandonaron su cuello mientras murmuraba—: Ni siquiera lo recordarás.

Evangeline se tensó en sus brazos.

—¿A qué te refieres? ¿No lo recordaré?

—Me refiero a que… será solo una noche —le dijo en voz baja—. Por la mañana, podrás olvidarlo. Podrás seguir fingiendo que no te gusto, y yo seguiré fingiendo que no me importa. Pero, esta noche, déjame fingir que eres mía.

Se derritió ante la palabra *mía*. Durante un vertiginoso segundo, no pudo pensar. No se decidía a apartarse, y aun así no podía decirle que se quedaría.

—Si te es más fácil, tú también puedes fingir —susurró—. Puedes fingir que sigo siendo el Jacks de La Madriguera, y que quieres ser mía.

La boca de Jacks presionó de nuevo su garganta y trazó una línea lenta y maravillosa desde su cuello hasta su oreja. Después, le mordió el lóbulo.

Evangeline contuvo el aliento. El mordisco fue abrupto y un poco doloroso, como si quisiera abrazarla y también castigarla. Pero no tenía que castigarla. Aquello ya era una tortura, porque lo deseaba

mucho. Quería que él la deseara, aunque casi estuviera delirando.

—No estoy delirando. —Su voz sonó ronca, con algo parecido al sueño, pero cuando la miró, sus ojos estaban despejados y lúcidos.

Y Evangeline sintió como si se cayera en ellos.

Cuando era niña, su madre le contó una historia sobre una joven que había estado jugando al escondite con su amado en un bosque. La joven estaba corriendo entre los árboles, buscando un lugar donde esconderse, cuando se cayó a través de una grieta en el tiempo. Era una grieta pequeñita, una fisura tan fina como un cabello que solo podría haber empujado a la joven un par de segundos hacia el futuro, o quizás hacia el pasado.

Pero el Tiempo vio a la joven y se enamoró perdidamente de ella. Y por eso, en lugar de aterrizar en el futuro o de descubrirse en el pasado, la joven siguió cayendo a través del tiempo. Cayó y cayó y cayó, atrapada por el Tiempo hasta el final de los días.

Ahora comprendía ese sentimiento. Más de dos semanas habían pasado desde que había saltado de aquel acantilado con Jacks y de algún modo se sentía como si siguiera cayendo, desplomándose hacia algo incontrolable sin nada más que Jacks a lo que aferrarse.

Sabía que era demasiado peligroso enamorarse de él, pero no podía seguir negando lo que estaba ocurriendo. No podía negar que lo quería, lo suficiente para no apartarse

cada vez que la tocaba, lo suficiente para mantener su nombre cerca de la punta de su lengua incluso cuando no estaba en la habitación. La atracción física siempre había estado allí, pero su deseo por él se había incrementado desde la noche en la que habían saltado juntos de aquel acantilado.

Porque en realidad no había dejado de caer.

Se le aceleró la sangre y su corazón balbuceó. Intentó no moverse, esperando que él no se diera cuenta mientras estaban tumbados en la cama, con los pechos presionados y las piernas enmarañadas. Todo entre ellos parecía tan frágil como una gota de lluvia que dejaría de existir cuando tocara el suelo. Pero La Madriguera parecía el tipo de sitio donde las gotas de lluvia nunca tocaban el suelo.

Jacks le pasó una mano lentamente por la espalda, arriba y abajo.

—¿Has decidido quedarte?

—Creí que ya habías oído lo que estaba pensando —susurró.

—Quiero que lo digas en voz alta.

Sus palabras sonaron graves y quedas; no lo habría oído si no hubieran estado tan cerca. Y la sorprendió lo íntimas que podían ser las palabras, cómo podían pronunciarse solo una vez, solo para una persona, y no volver a ser oídas, desaparecer como el tiempo, desvaneciéndose casi tan pronto como las notas ahí.

El corazón de Evangeline seguía acelerado y se preguntó si, en lugar de estar asustado o nervioso, estaría intentando atrapar todos los momentos antes de que desaparecieran, antes de que él desapareciera. Sabía que ocurriría; siempre era así. Jacks siempre se marchaba, lo que hacía que aquello fuera aún más absurdo. Y, no obstante, en aquel momento no quería ser prudente. Solo quería ser suya.

Intentó decir *Durante esta noche, soy tuya*, pero lo único que le salió fue:

—Soy tuya.

Aquella noche, el Atractivo Desconocido estaba en la taberna de La Madriguera, a apenas unos pasos de distancia, lanzando dardos a un tablero pintado en la pared y acertando la diana roja cada vez.

—Lo sé —dijo—. Es difícil creer que pueda ser tan atractivo y tan habilidoso.

Zas.

Volvió a dar en el blanco, con toda la facilidad de un joven que es increíblemente diestro o que está increíblemente acostumbrado a que las cosas ocurran como él quiere.

—¿Por qué te apareces en mis sueños?

—«Aparecerse» implica que estoy muerto. ¿Te parezco muerto? —Se colocó una mano en el pecho y le dedicó una sonrisa encantadora.

Evangeline no sabía si confiar en él, pero volvía a tener aquella sensación de familiaridad. El modo en el que la miraba la hacía sentir que aquel era un desafío que ya había vivido antes. El joven era un nombre en la punta de su lengua que no conseguía recordar. Una sensación a la que no podía ponerle nombre.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Sigo prefiriendo Atractivo Desconocido.

Evangeline le dedicó una agria mirada.

—¿Por qué no me lo dices?

Él se llevó una mano a la nuca.

—Lo haría, pero eso pondría a Jacks un poco celoso, y teniendo en cuenta lo íntimos que os estáis volviendo, no sería buena idea. Aunque ponerse cómoda con Jacks tampoco es demasiado inteligente.

El desconocido elevó dos cejas condescendientes.

—Lo que yo haga con Jacks no es asunto tuyo —le espetó Evangeline.

El Atractivo Desconocido frunció el ceño.

—No intento molestarte, Evangeline. Intento salvarte la vida.

—¿Por qué te importa mi vida? —le preguntó ella con recelo.

El Atractivo Desconocido lanzó otro dardo, lo bastante fuerte para atravesar uno de los otros dardos en el centro de la diana.

—Debes tener cuidado con Jacks. No creo que esté pensando con claridad.

—Tiene razón.

LaLa entró en la taberna con un vestido sin mangas que parecía hecho de tesoros, un cinturón alrededor del talle que imitaba una corona y una falda amplia cubierta de destellantes joyas.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó Evangeline.

—Sí… ¡Este es mi sueño! —El Atractivo Desconocido le lanzó un dardo a LaLa.

Ella lo desvió de un manotazo, con el ceño fruncido.

—Estamos en el mismo bando, bobo. —Después se giró hacia Evangeline con una expresión que parecía de disculpa—. He venido a pedirte perdón… por lo de Apollo.

Me siento muy culpable. Esperaba hablar contigo al respecto y explicártelo todo antes de que te fueras de la fiesta. Jacks me prometió que no te contaría lo que hice…

—Él no me lo contó —la interrumpió Evangeline, demasiado cansada para ser educada con la persona que había hechizado a su marido para que la persiguiera y la matara—. Jacks no me dijo una sola palabra. Os oí hablar.

—Oh. —LaLa se apretó el labio entre los dientes—. Entonces supongo que le debo una disculpa por haberlo apuñalado con ese cuchillo de mantequilla.

—¿Fuiste tú quien lo apuñaló?

Sin pretenderlo, Evangeline estaba impresionada. Se necesitaría un montón de fuerza y determinación para herir gravemente a alguien con un cuchillo de mantequilla.

LaLa se encogió de hombros.

—Seguramente fue excesivo, pero no fue solo porque pensé que te lo había contado todo. Me dijo cosas muy desagradables sobre mi compromiso…

—Por lo que he oído, te lo merecías —la interrumpió el Atractivo Desconocido.

—No te atrevas a sermonearme tú también —le espetó LaLa—. Tú eres la mitad de la razón por la que estamos en este lío. Si no hubieras…

LaLa se detuvo cuando el Atractivo Desconocido desapareció. *¡Paf!* Se desvaneció sin más, dejando solo un dardo que cayó al suelo.

—¿Qué le ha pasado? ¿Y por qué acabas de decir que es la mitad de la razón por la que estamos en este lío?

—No creo que tengamos tiempo suficiente para que te lo explique

todo. —LaLa frunció el ceño, mirando el dardo que había caído al suelo—. Jacks seguramente lo ha sacado de aquí, y supongo que hará lo mismo conmigo pronto. Así que tienes que escucharme con atención.

—¡Pero este es mi sueño! —protestó Evangeline.

LaLa suspiró.

—No tengo tiempo para explicarte cómo los Destinos manipulan los sueños. Vas a tener que confiar en mí.

—¿Por qué debería confiar en ti después de todo lo que has hecho?

LaLa se mordió el labio. Parecía inusualmente nerviosa.

—Yo nunca quise que Apollo te matara. Eres mi amiga, Evangeline, de verdad.

Tomé una decisión apresurada el día que descubrí que podías abrir el Arco Valory pero que no planeabas hacerlo. Fue un terrible error, pero no quería que murieras. Por eso usé la maldición espejo; pensé que, si Apollo llegaba a hacerte daño, él también resultaría herido y no podría continuar. Todos saben que tiene una puntería terrible, así que jamás creí que pudiera atravesarte el corazón con una flecha.

Su disculpa fue de lejos la mejor que Evangeline había recibido nunca, y aun así no le pareció sincera. LaLa la miró con una súplica y Evangeline descubrió que tenía los ojos enrojecidos y el kohl corrido. Le había parecido luminosa y perfecta cuando se había colado en el sueño, pero cuanto más la miraba, más señales de angustia veía en su hermoso rostro.

Evangeline sabía, por su experiencia con Jacks, que los valores morales de los Destinos eran distintos a los de los humanos, lo que hizo que le fuera más fácil perdonarla. Todavía recelaba de su amiga. Aunque podía creer que LaLa no la quisiera muerta, le resultaba problemático saber que le había parecido bien que la cazaran.

—Quiero saber por qué lo hiciste. ¿Qué hay en el Valory que deseas tanto?

—Evangeline, no tenemos tiempo para esto —dijo LaLa. Mientras hablaba, las piedras preciosas de su falda comenzaron a caerse—. El sueño se está fracturando.

—No me importa —replicó Evangeline—. Te perdono lo que hiciste, pero si quieres que me plantee confiar en ti de nuevo, necesito saber la razón.

—El Valory es un cofre del tesoro que protege los mayores objetos mágicos de los Valor… o una prisión mágica que alberga una abominación creada por ellos. —LaLa hizo un mohín, como si las palabras hubieran salido mezcladas de su boca—. Estúpida maldición de las historias —murmuró—. Me temo que, como yo no estoy de verdad en La Madriguera, no puedo contarte qué hay en el interior del arco.

—Bueno, tienes que decirme algo —le pidió Evangeline. Todavía no estaba segura de poder creer en lo que LaLa le dijera, pero quería algún tipo de explicación.

—Quizá podría contarte una historia. —LaLa comenzó a caminar por la taberna; sus brillantes botas repiquetearon contra el suelo de madera—. Una vez, hubo alguien a quien amé más que a nadie. Él… —Se detuvo abruptamente y torció la boca como si no pudiera decir lo que había planeado en un principio—. Podía convertirse en un dragón, en uno grande. Como sabes, a los dragones les gusta reunir tesoros, y a mí siempre me gustó vestir prendas brillantes. Así fue como me encontró. Estaba volando en su forma de dragón y me levantó del suelo, pensando que era un tesoro.

El rostro de LaLa se llenó de nostalgia mientras tomaba una gema de su brillante falda. Y Evangeline recordó a un joven que parecía un dragón en la fiesta de LaLa, bailando con una chica disfrazada de tesoro.

—¿Había personas que se disfrazaron de ti y de tu dragón en el baile?

—Sí. Es una vieja historia —le contó LaLa—. En el Norte, casi todos conocen la parte que te acabo de contar, pero no recuerdan quién era el dragón… —La boca de LaLa volvió a hacer una mueca. Las palabras le fallaron antes de que dijera por fin—: Mi primer amor es la verdadera razón por la que soy la Novia Abandonada. Mis prometidos nunca me abandonan; soy yo quien lo anulo todo porque nunca he sido capaz de dejar atrás ese amor. Decidí convertirme en un Destino porque se suponía que no podían amar, y yo quería dejar de quererlo. Quería dejarlo marchar. Pero no puedo.

LaLa se pasó una mano por un brazo bronceado cubierto por un llamativo tatuaje de fuego de dragón. Evangeline siempre había

pensado que el tatuaje se debía a que LaLa tenía una personalidad chispeante, pero ahora sabía que era por su primer amor.

—He intentado enamorarme de otros. Pero no importa lo cerca que esté de sentir amor: sigue habiendo solo una persona a la que quiero entregar mi corazón. Y solo hay un modo de que eso ocurra.

LaLa dejó de caminar y miró a Evangeline con los ojos llenos de lágrimas brillantes.

Una vez, LaLa le confesó que deseaba tanto amar que lloraba lágrimas envenenadas. En aquel momento, Evangeline creyó entenderlo. Ella también ansiaba amor desesperadamente. Pero encontrar el amor verdadero y perderlo, y aun así tener un rayito de esperanza de recuperarlo, era un tipo de tortura totalmente distinto.

—Tu amor está en el Valory —supuso Evangeline.

LaLa no respondió, como si ni siquiera pudiera contestar a la pregunta. Pero Evangeline imaginaba que tenía razón: encerrar a alguien que podía transformarse en dragón en el Valory encajaba con la versión de la historia que decía que el Valory era una prisión encantada para seres mágicos.

—¿Por qué no me contaste esta historia antes, cuando fui a tu apartamento? —le preguntó Evangeline.

LaLa parecía desanimada.

—Nunca cuento esta historia. Y quería creer que por fin me había enamorado de otro. No quería admitir que mi nuevo y brillante compromiso era otra mentira que me estaba contando porque no podía superar el amor de mi niñez. Y después temí perder mi única oportunidad de volver a ver a mi verdadero amor, y… bueno. Ya conoces el resto. —La frente de LaLa se llenó de arrugas de pesar—. Espero que puedas perdonarme por hechizaros a ti y a Apollo.

Evangeline dudó. Seguía dolida por lo que LaLa había hecho, pero también le dolía todo por lo que había tenido que pasar.

—Prométeme que no volverás a hacerlo. —Evangeline se acercó y le dio un abrazo a su amiga—. Todos cometemos errores por amor. Yo intenté aferrarme a mi primer amor con tanta desesperación que hice un trato con Jacks que convirtió en piedra a todos los invitados de una boda.

Aquello hizo reír a LaLa.

—No sabía que Jacks podía convertir a la gente en piedra.

—No puede. Veneno le debía un favor y Jacks le pidió que lo hiciera.

LaLa se apartó y le echó una mirada peculiar.

—Hablando de Jacks, temo que podrías estar en peligro.

El suelo comenzó a temblar tan pronto como dijo *peligro*.

LaLa soltó una maldición y, cuando habló de nuevo, las palabras salieron de su boca en un torrente.

—Escúchame con atención. Llevas semanas desaparecida, Evangeline. Todos creíamos que habías muerto hasta que Jacks reapareció hace un par de días. Creo que tiene la piedra de la alegría y que está nublándole el juicio.

El suelo se agrietó. LaLa retrocedió de un salto y más piedras cayeron de su vestido a la creciente fisura.

—Por el escenario de este sueño, parece que te ha llevado a La Madriguera —se apresuró—. Estoy segura de que ahora mismo te parece el paraíso, pero mientras estés con Jacks, no estarás segura. —Más partes del suelo empezaron a desmoronarse—. Si crees que estás a salvo… es solo porque tú también sientes los efectos de la piedra de la alegría. Pero tienes que luchar contra ella. Encuéntrala, aléjala de Jacks y sal de La Madriguera antes de que…

Evangeline despertó tragándose un grito que le supo a magia y a frío. Tenía los labios en la garganta de Jacks. Sintió una oleada de pánico hasta que, fragmento a fragmento, recordó la noche anterior.

Jacks había regresado. Estaba herido. Se curó. Después le pidió que se quedara. La arrastró a la cama. La abrazó. Y luego le dijo: *Déjame fingir que eres mía*.

Se derritió de nuevo ante el recuerdo de cómo había dicho la palabra *mía*. Se suponía que solo sería aquella noche, pero la farsa no había finalizado. La luz se desangraba a través de las ventanas, cubriéndolos mientras yacían juntos, con las piernas y los brazos entrelazados. Una de las frías manos de Jacks le rodeaba protectoramente la cintura y la otra había subido por su falda, sosteniéndola contra él como si tocarla fuera una forma de respirar.

Se habían acercado más mientras dormían, como atraídos por una fuerza que sospechaba que era sencillamente el otro.

La idea hizo que sintiera algo ligero y burbujeante en el pecho. O quizá solo fuera la sensación de despertar tan cerca de Jacks. Quería aquello más que ninguna piedra. Solo deseaba quedarse allí con Jacks y olvidarse de todo lo demás.

Pero estás olvidando algo, pensó.

Había algo más. Podía sentirlo, justo bajo la superficie de su dicha.

Ignóralo, pensó.

Pero, cuanto más intentaba ignorarlo, más empezaba a recordar. El sueño en la taberna. El Atractivo Desconocido, sus dardos. LaLa. La advertencia sobre Jacks, la advertencia sobre la piedra de la alegría. Todo volvió a ella en un horrible aluvión. *Tiene la piedra de la alegría y está nublándole el juicio*.

Evangeline cerró los ojos y se dijo que solo había sido un sueño. No quería pensar que la noche anterior Jacks solo la había deseado debido a la piedra.

No podía deberse a la piedra. Jacks no la tenía. Ella le había quitado la camisa la noche anterior, había visto su pecho. No llevaba ninguna piedra. Su juicio no estaba nublado. No estaba en la cama con ella debido a la magia.

A menos que llevara la piedra en un bolsillo del pantalón.

Tomó aire con nerviosismo. No creía que la tuviera; no quería que la tuviera, pero sería fácil asegurarse. Tenía una mano en la espalda de Jacks. Lo único que tenía que hacer era bajarla…

Sus dedos se deslizaron con cuidado sobre su piel. Seguía frío al tacto, suave y delicado, y por un segundo casi olvidó qué estaba haciendo. Podría haber subido y bajado con sus dedos por su columna, por su

espalda o por las colinas de su vientre, pero dejó que vagaran hacia sus pantalones.

Se mordió el labio mientras sus dedos descendían y…

Jacks emitió un sonido suave.

Su corazón se saltó un latido. Sus dedos apenas se habían sumergido en su bolsillo cuando, dolorosamente lento, dejó que siguieran bajando. La tela era suave y el bolsillo estaba…

Vacío.

Jacks no tenía la piedra. Casi lloró de alivio.

Hasta que se dio cuenta: no debería sentirse aliviada. Debería querer encontrar la piedra de la alegría. Era la única piedra que les faltaba. Cuando la encontrara, abriría el Arco Valory y rompería la maldición del arquero.

Pero en realidad no había estado pensando en la maldición del arquero ni en Apollo.

Todo el tiempo que llevaba allí, no había deseado buscar la piedra de la alegría. No había querido marcharse. Se había sentido demasiado satisfecha, demasiado contenta.

Ni siquiera se había sentido culpable por haber matado a Petra. Sabía que había sido en defensa propia, pero debería haber sentido *algo*. Intentó sentirse triste, pero ni siquiera entonces lo consiguió. Había otras ideas que había descartado; no las recordaba ahora, pero sabía que estaban allí.

Pero ¿se debería aquello a que la piedra de la alegría había nublado su juicio? ¿O se lo habría nublado la atracción que sentía por Jacks?

Evangeline se mordió el labio mientras sacaba despacio la mano del bolsillo de Jacks, y antes de pensárselo dos veces, se zafó de él y se levantó de la cama. Le pareció un error tan pronto como se apartó de sus brazos. Quería volver con él; envolverse de nuevo en él. La atracción era más fuerte que nunca.

Con cada paso que la alejaba de la cama, sentía que estaba haciendo algo mal. Pero no estaba segura de poder confiar en sus sentimientos.

Se obligó a abandonar la habitación, a regresar al vestíbulo.

El reloj de la entrada marcó *Tostadas y té*.

El sonido fue tan alegre y luminoso como el sol de la mañana que entraba en la taberna y proyectaba su luz sobre los péndulos enjoyados del reloj que el pequeño dragón estaba intentando alcanzar. Golpeaba el cristal con sus patitas, lo hocicaba, lo acariciaba con sus garritas diminutas con la esperanza de llegar hasta las joyas.

—Oh, no, cielo…

Evangeline fue a levantar a la bestia en sus brazos, pero se descubrió abriendo el cristal y tocando uno de los péndulos de joyas. Era tan bonito y…

Apartó la mano y retrocedió, tambaleándose. Conocía aquella sensación.

Aquella no era solo una piedra preciosa. Notaba el poder vibrando en su interior, dulce y tan suave como el canto de una sirena. Aquella joya era la piedra de la alegría.

La terrible verdad le aplastó el pecho, dificultándole la respiración. LaLa tenía razón: la piedra de la alegría estaba allí. Todo el tiempo había estado nublando el juicio de Jacks… y el de *ella*. Nada de lo que había sentido allí era real. La percepción de seguridad y alegría, los crecientes sentimientos hacia Jacks… Todo ello se debía a la piedra de la alegría.

Debería haber sido un alivio. Estaba casada con Apollo, y Jacks no era alguien con quien pudiera tener un futuro. Él ya había encontrado a la chica que haría latir su corazón, y no era ella. Evangeline no era el verdadero amor de Jacks, pero se sorprendió deseándolo.

Cerró los ojos para intentar aclararse la mente a pesar de que lo único que deseaba era cerrar la puerta de cristal del reloj y olvidarse de lo que había descubierto. Había acudido al Norte esperando encontrar su

final feliz, y estar allí con Jacks era lo más cerca que había estado de ese sentimiento. Desde que había llegado allí, Jacks no le parecía un enemigo: le parecía un hogar.

Se mordió el labio. No debería querer nada de aquello, porque no era real. Pero ¿qué hacía que algo fuera real? Si era la ausencia de magia, entonces nada en el Norte era real.

Evangeline tomó con cuidado en sus brazos al pequeño dragón. Después cerró la puerta del reloj, asegurando la piedra de la alegría tras el cristal.

Sabía lo que tenía que hacer… Pero aún no estaba preparada para hacerlo.

En la taberna, encontró unas gruesas rebanadas de pan tostado acompañadas de cacerolitas de hierro con la deliciosa mermelada de La Madriguera, de crema de limón del Norte, de confitura de arándanos del Merrywood y de algo denso y achocolatado.

Evangeline untó un poco de crema de limón en un trozo de pan, pero no pudo llevárselo a los labios. Pensar en la piedra de la alegría, dichosamente oculta en el reloj, le revolvía el estómago. Ahora que sabía que estaba allí, la paz que había sentido se había resquebrajado.

Pero la atracción que sentía por Jacks, no.

La notó tan pronto como él entró en la taberna. El aire se cargó, como si la electricidad ocupara el lugar de la mitad del oxígeno. La cicatriz del corazón roto de su muñeca le hormigueó agradablemente, y se descubrió sonriendo.

—Hola —dijo casi con timidez mientras se acercaba a la mesa. Estaba descalzo, sin camisa y adorablemente despeinado, con su cabello dorado cayendo sobre unos ojos brillantes que parecían no haber despertado del todo.

—Hola. —Su voz sonó también extrañamente tímida, lo que hizo sonreír a Jacks.

—No tenías que escapar de la cama —le dijo.

—No me he escapado.

—Entonces, ¿por qué no te quedaste?

Jacks se sentó despreocupadamente a su lado y la miró con una sonrisa lobuna. Era una sonrisa de cuento de hadas, en parte de villano y en parte de héroe, en parte imposible y en parte eterna.

No podía soportar lo mucho que amaba aquella sonrisa.

Pero entonces recordó la piedra. Suponía que se sentiría de otro modo si estuviera en una caja de hierro, y temía que Jacks también lo haría. Que no la miraría como si quisiera devorarla a ella en lugar de al desayuno.

—Mañana no te dejaré partir tan fácilmente. —En sus ojos brilló la travesura, y le robó un bocado de su tostada.

El gesto fue muy sencillo pero muy reconfortante, y en lo único en lo que Evangeline pudo pensar fue en que sería muy fácil quedarse allí.

—Pensé que habías dicho que solo sería una noche.

—Pensé que no te habías creído lo que dije.

Jacks negó con la cabeza, con desaprobación, y tiró de ella hasta su regazo.

—Jacks…

Evangeline puso una mano contra su pecho. Podía sentir el fuerte latido de su corazón, lo que la sorprendió. Por fuera parecía tranquilo y despreocupado, pero suponía que estaba tan nervioso como ella. Eso la hizo desear abrazarlo, presionar la cabeza contra su hombro y decirle todas las cosas que estaba intentando no sentir.

Le rodeó el cuello con los brazos y, por un segundo, lo abrazó con fuerza. Lo abrazó como si él fuera suyo y ella fuera de él, y no hubiera nada más que se interpusiera entre ellos. Ninguna maldición. Ninguna mentira. Ninguna herida o error del pasado. Lo abrazó como si solo existiera el presente, como si nada importara más que aquel momento. Después lo soltó. Bajó de su regazo con brazos torpes y piernas aún más torpes que se tambalearon cuando intentó retroceder.

—Evangeline… ¿Qué pasa? —Una arruga apareció entre las cejas de Jacks.

—Esto no es real, Jacks. Tú y yo estamos bajo la influencia de la

piedra de la alegría.

—¿Crees que lo que sientes por mí solo puede deberse a una piedra?

Jacks cerró los labios con fuerza. Por un segundo pareció enfadado, pero cuando Evangeline lo miró a los ojos, lo único que vio en ellos fue dolor.

Quería retirar las palabras. No había querido hacerle daño. No quería hacer aquello.

Pero sabía que no podían quedarse allí, ni siquiera un día más, porque temía que un día no sería suficiente, que *nunca* sería suficiente. Si se quedaba allí con Jacks, sería como Petra, aferrándose a él como ella se había aferrado a su juventud y a su piedra, dispuesta a hacer lo que fuera necesario por retenerlas.

—No lo creo, lo sé. —Levantó la cacerolita vacía del chocolate junto con su tapa—.

Encontré la piedra de la alegría esta mañana. Está en el reloj del vestíbulo.

—Evangeline…

Lo oyó saltar de su asiento, pero no se giró. Cuanto antes lo hiciera, mejor sería para ambos.

Corrió al pasillo.

—Espera…

Jacks le agarró la mano y la hizo darle la espalda al reloj. Su rostro estaba pálido, y sus ojos, vidriosos y enrojecidos.

Odiaba hacerle daño, pero mantuvo su expresión impávida. En un minuto, ambos se sentirían diferentes. Jacks quería las piedras más que nada, y ella quería salvar a Apollo.

Quería un final feliz… Y quería que fuera de verdad y sincero, y no debido a la magia.

—Sea lo que fuere, Jacks, no sentirás lo mismo dentro de un minuto.

Jacks tragó saliva con dificultad y apretó la mandíbula.

—Tú no tienes ni idea de lo que siento.

La miró a los labios y la expresión más torturada que había visto nunca cruzó su rostro.

Cuando Jacks deseaba algo, era con una intensidad que podía destruir mundos y construir reinos. Aquella era la energía que emanaba ahora, como si quisiera destrozarla y hacerla su reina a la vez.

Y era muy tentador permitírselo. La magia crepitaba en el estrecho espacio entre ellos, dorada y eléctrica y viva. Era como el final de un cuento de hadas, en el que un único beso tenía más poder que un millar de guerras o un centenar de hechizos.

Evangeline se imaginó acercándose, presionando sus labios contra los de Jacks y pasando una eternidad perdida en un beso sin fin.

—Esto no es real, Jacks. —Le dolió decir cada palabra, pero sabía que, aunque las palabras fueran dolorosas, al menos eran ciertas—. Este lugar tiene el encanto de un cuento de hadas sin maldiciones ni monstruos, pero sigue habiendo maldiciones y monstruos ahí fuera. Apollo sigue ahí fuera…

—Apollo está bien —la interrumpió Jacks, enfadado al decir el nombre del príncipe—. Caos lo encontró… Y yo lo vi cuando salí. Apollo está cómodo y a salvo en la mansión de Caos, donde nadie más podrá hacerle daño y desde donde él no podrá hacerte daño a ti.

—Pero no puede vivir así. Y nosotros no podemos vivir así.

Evangeline apartó la mano de la de Jacks y, antes de que él pudiera detenerla, se giró hacia el reloj. Abrió la puerta de los péndulos, tomó la piedra de la alegría y la metió en la cacerola de hierro.

PARTE III

Una matanza digna de monstruos

Tan pronto como sacaron la piedra de la alegría del reloj, su tictac cesó. La Madriguera de Hollow se quedó en silencio, y el aire de la entrada se volvió tan frío como las tumbas por la noche.

Evangeline sabía que los lugares no estaban realmente vivos, y aun así tenía la sensación de que La Madriguera se estaba muriendo. Las velas se extinguieron. Grietas hirieron los suelos. Apareció polvo en las escaleras, donde antes había habido brillo y luz.

Era posible que el lugar hubiera sido encantado para evitar las maldiciones, pero parecía que el resto de su magia procedía de la piedra de la alegría. Incluso el pequeño dragón cambió. Comenzó a arañar el pomo de la entrada, como si no pudiera esperar a marcharse.

A Evangeline le habría encantado quedárselo, pero abrió la puerta y dejó que saliera al frío exterior. Al otro lado, la nieve ya no destellaba. En lugar de eso, estaba acuosa y helada y le mordió las mejillas antes de cerrar la puerta.

En su estómago se formó un abismo.

Ni siquiera quería mirar a Jacks. Si La Madriguera estaba tan fría, temía lo que vería cuando se girara hacia él. No obstante, una diminuta parte de ella esperaba que nada hubiera cambiado. Que, aunque La Madriguera se hubiera alterado, Jacks siguiera siendo el mismo.

—Puedes girarte, Pequeño Zorrillo. —Su tono sonó brusco y, al oírlo, la chispa de esperanza se extinguió—. Ya no tendrás que preocuparte por recibir más atenciones no deseadas por mi parte.

Y tenía razón; cuando se giró, el rojo había desaparecido de sus ojos. Su mandíbula seguía tensa, pero parecía irritación en lugar de dolor.

—Te dije que te sentirías de otro modo —le dijo. Las palabras le dolieron, e intentó apartar el dolor. Caos le había dicho que ella

sentiría el poder de las piedras más fuerte que los demás. Parecía que todavía no había dejado de notar la influencia de la piedra de la alegría, pero con suerte, los sentimientos que aún perduraban se esfumarían muy pronto. Estaba claro que ya habían abandonado a Jacks.

—Tenías razón —contestó él—. Ahora me apetece marcharme. Iré a por las otras dos piedras. Deberías buscar una capa.

Evangeline encontró una capa dorada forrada de grueso pelo blanco en el mismo armario donde se había topado con el diario de Aurora Valor. Tomó la capa y se puso un vestido blanco a juego con flores de oro bordadas y un corpiño con cintas en rosa atardecer. Decidió guardar también el diario. No estaba segura de la razón; después de la última entrada que había leído, casi todas las páginas estaban en blanco. Y no lo necesitaba para encontrar más piedras. Ya tenían la cuarta piedra, la piedra de la alegría, y también la piedra de la verdad y la piedra de la juventud. Por último, Caos poseía la piedra de la suerte.

Evangeline sintió un hormigueo de algo parecido a la inquietud al recordar lo que Petra le había dicho antes de morir: *Solo entonces descubrí lo que las cuatro piedras podían hacer juntas. Pero supongo que no te han contado esa parte…*

—¿Preparada? —le preguntó Jacks.

Se giró para encontrarlo en la puerta, erguido como un soldado, envuelto en una larga capa oscura de viaje que parecía tan intimidante como su expresión. Sabía que la piedra de la alegría se había llevado toda la dicha de aquel lugar, pero había esperado que Jacks estuviera al menos un poco más contento ahora que habían localizado las cuatro piedras. En lugar de eso, parecía casi furioso.

—Además de abrir el arco, ¿qué hacen las cuatro piedras cuando están juntas? —le preguntó.

—Es un poco tarde para preocuparse por eso —replicó Jacks con brusquedad. Su tono no era más frío de lo que había sido un centenar de veces antes, y aun así lo sintió como un aguijón cuando él le dio la espalda.

Cuando Evangeline salió, el trineo estaba preparado para partir. El aire frío del invierno le azotó la cara con el cabello cuando miró La Madriguera por sobre su hombro. Las flores que bordeaban la carretera, tan alegres cuando llegó, estaban ahora marchitas y cubiertas de escarcha. Creía recordar que había alegres setas y flores también en el tejado, pero ahora solo había una serie de tablas que podrían ser arrancadas fácilmente por una tormenta.

—Deberíamos irnos —dijo Jacks.

Evangeline subió al trineo a su lado. Era tan blanco como la nieve, con un amplio banco que permitiría otro pasajero. Aquel era el espacio entre ellos. Y era dolorosamente consciente de la distancia.

No quería seguir mirándolo y esperando que la mirara. No quería sentir nada por él, sobre todo por aquella insensible versión de él. Pero el corazón no dejaba de dolerle.

Seguía pensando que la atracción que sentía por Jacks desaparecería ahora que la piedra de la alegría estaba en una cacerola, pero no conseguía librarse de ella.

El viaje de regreso a Valorfell fue brutal; fue frío y silencioso, excepto por el galopar de los caballos que arrastraban el trineo.

Se preguntaba si Jacks no sentiría nada de verdad o si solo estaba intentando esconderle sus emociones. Fue ella quien insistió en quitar la piedra de la alegría del reloj para que pudieran marcharse y abrir el arco. Y lo haría de nuevo.

No se arrepentía de su decisión.

Solo odiaba que le doliera tanto. Odiaba que lo único que quisiera fuera extender la mano en el carruaje y tomar la de Jacks.

Pero no se atrevió a moverse.

Aunque Jacks todavía sintiera algo por ella, había decidido no mostrarlo.

Dejaron el trineo en las puertas del cementerio para hacer el resto del camino hasta la guarida de Caos a pie. Jacks llevaba dos de las piedras en su bolsa y Evangeline todavía tenía la piedra de la alegría en el interior de la cacerolita de hierro.

La sorprendió que la dejara llevarla. Debía ser cierto que no conservaba ningún sentimiento y que la sola idea de tenerlos lo desagradaba tanto que no quería cargar con la piedra, ni siquiera guardada.

Dos tristes ángeles de mármol protegían la entrada al castillo subterráneo de Caos; uno de los ángeles lloraba sobre un par de alas raídas mientras el otro tocaba un arpa con las cuerdas rotas. Los había visto muchas veces antes, pero normalmente durante la noche. El sol todavía estaba fuera, vertiendo su luz granulosa sobre las esculturas, que por primera vez le recordaron a los ángeles que protegían el Arco Valory. Se preguntó si habría algún tipo de relación que desconocía.

—Ahora que hemos vuelto, estoy seguro de que estarás ansiosa por ver a tu marido

—le dijo Jacks—, pero no vayas a buscarlo. Hasta que la maldición del arquero se haya roto, Apollo es un peligro para ti.

—Eso ya lo sé.

—Bueno, sé cuánto te gusta tentar a la muerte, por eso te lo recuerdo —le espetó.

Negando con la cabeza, Evangeline usó su sangre para abrir la puerta.

Aquello le ganó otra mirada fulminante de Jacks mientras entraban.

—¿Qué pasa ahora? —le preguntó.

—No tienes instinto de supervivencia. ¿No estabas escuchando cuando Caos te dijo que no debías verter sangre en la cripta de un vampiro?

—Todavía es de día. Los vampiros están dormidos.

—Lo que te deja varias horas para morir antes de que puedas abrir el arco.

Evangeline levantó la barbilla, desafiante. Casi añadió que había vivido allí durante casi dos semanas sola; no necesitaba sus consejos. Pero todavía había una parte de ella que no podía evitar preguntarse si no estaría preocupado solo por el arco.

—Creí que no querías abrir el arco. Creí que solo querías las piedras.

—Así es —dijo Jacks sin vacilación—. Pero le di a Caos mi palabra de que no las usaría hasta después de que él abriera el arco y se quitara

su yelmo, y no podrá hacerlo

hasta que oscurezca. Así que ¿por qué no eres una buena llave y te encierras en la seguridad de tu habitación?

Evangeline estaba furiosa. Todavía sospechaba que Jacks intentaba provocarla para esconder los sentimientos que aún tenía, y si ese era el caso, lo estaba consiguiendo.

—No te preocupes, Jacks, yo nunca te causaría la molestia de morirme.

Echó a caminar hacia su dormitorio. Era tentador buscar a Apollo solo para enfurecer a Jacks. También suponía que, cuando volviera a ver al príncipe, le sería más fácil dejar de pensar en Jacks, algo que justo en ese momento le parecía imposible.

Atravesó el patio donde lo había encontrado jugando a las damas y eso la hizo recordar la conversación que le había oído mantener con LaLa, en la que parecía que había pasado el tiempo que se mantuvo alejado de ella buscando una cura para la maldición del arquero. Oír esa conversación la había hecho atreverse a pensar que le importaba, pero ahora deseaba que solo hubiera estado jugando. Era mucho más fácil no sentirse atraída por él cuando era un egoísta.

Las lágrimas se reunieron en los rabillos de sus ojos.

Se las secó, negándose a llorar por él. Pero era muy difícil. Le dolía todo. Le dolía quererlo. Le dolía su rechazo. Le dolía respirar. Le dolía llorar. Le dolía incluso más cuando intentaba no llorar.

Cuando llegó a su habitación, le palpitaba la cabeza y sentía el corazón pesado.

Estaba fría y oscura, pero solo encendió un par de velas antes de desplomarse en la cama.

Todavía tenía en la mano la cacerolita de hierro con la piedra de la alegría. Habría sido muy fácil quitar la tapa. Y, en realidad, ¿qué daño podía hacer? La piedra se llevaría el sufrimiento, y estaba sufriendo mucho.

Sus dedos se cernieron sobre la tapa. Después, la levantó con cuidado.

El alivio fue dulce e instantáneo. Evangeline relajó los hombros y cerró los párpados; se sentía como si por fin pudiera respirar, sin el peso aplastando su pecho.

El anhelo seguía allí. Cuando cerraba los ojos, se descubría intentando oír una llamada a la puerta seguida por la voz grave de Jacks. Pero, en lugar de derrumbarse ante el silencio, sentía una tranquila esperanza. No podía creerse que no le importara.

No podía creer que sus sentimientos por ella se hubieran debido solo a aquella piedra.

Ella…

Se estaba engañando.

Se obligó a tapar de nuevo la cacerola de hierro. Después la metió debajo de su almohada para apartarla de su vista. Por mucho que quisiera atenuar el dolor de su corazón, vivir engañada no sería la respuesta. Pronto se sentiría mejor. Cuando abriera el arco y rompiera la maldición del arquero, las cosas serían distintas entre Apollo y ella; eso al menos estaba claro. Pero ¿qué tipo de diferencia sería?

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Era tentador buscar bajo la almohada y sacar la piedra de nuevo, solo hasta que llegara el momento de usarla. Pero quizá tenía que sentir aquel dolor para superarlo.

Se abrazó a su almohada y cerró los ojos.

El tiempo avanzó con esa lentitud con la que parece no estar moviéndose en absoluto. No hubo cambios en la luz o en la temperatura, hasta que los hubo de repente.

El aire se hizo más denso. Un segundo después, sintió unos dedos suaves como una pluma apartándole el cabello de la mejilla.

—Jacks… —Se le aceleró el corazón y abrió los ojos… Y se tragó un grito.

Apollo estaba encorvado sobre su cama. Tenía la mano inmóvil sobre su mejilla, ¿o era su cuello? ¿Estaba a punto de estrangularla?

Durante un segundo, el terror la paralizó. Después se puso de rodillas con torpeza.

Tenía que huir.

—No te asustes… No voy a hacerte daño, Evangeline. —Dijo su nombre como una súplica mientras colocaba una rodilla en la cama, y después la otra, hasta que se arrodilló ante ella. Sus ojos eran de un marrón líquido, no rojos. Sabía la rapidez con la que su mirada podía cambiar, pero justo en ese momento parecía muy turbado, muy solo, muy desesperado y muy herido.

Era como mirarse en un espejo y ver sus propias emociones reflejadas.

Sabía que tenía que huir de él, pero no quería hacerle más daño del que había sufrido ya.

Con cuidado, Apollo le tocó la mejilla. Evangeline se quedó inmóvil, pero no se apartó. Él mantuvo su palabra. No le hizo daño. Si acaso, su caricia disipó parte de su dolor.

Le acarició la mandíbula. Su mano era amable y cálida. Aunque había un ligero temblor en sus dedos, como si él también estuviera asustado.

Las caricias eran agradables, pero quizás eso no fuera buena idea.

—Apollo… Esto no es seguro.

Él se rio, una carcajada sonora pero frágil.

—Nada ha sido seguro desde el momento en el que posé mis ojos en ti. Y, aun así, no quiero apartar la mirada.

Entonces la besó.

Por un momento, olvidó cómo respirar… Olvidó cómo besar. Pero Apollo fue paciente. Sus labios se movieron con reverencia sobre su boca, rozando suavemente los labios de ella hasta que comenzó a relajarse y acercarse a él.

Lo había besado antes, pero nunca así. Cuando estaba bajo el hechizo de Jacks, los besos de Apollo habían sido como sueños febriles, calientes y hambrientos, como si su boca no fuera lo único que quería probar. Aquel beso era más parecido a una invitación a bailar.

Y Apollo era muy buen bailarín. Despacio, deslizó la mano en su cabello, inclinándole la cabeza mientras le separaba los labios. Mariposas se movieron en el interior de Evangeline, y le rodeó el cuello con los brazos.

Él sonrió contra su boca.

—No sabes cuánto he deseado esto. —Tomó el labio de Evangeline entre sus dientes, la besó de nuevo y después la mordió, lo bastante fuerte para hacerle sangre—. Lo siento —murmuró.

—No… Está bien.

Le recordó a Jacks, pero apartó ese pensamiento. Le devolvió el mordisco a Apollo.

Él sonrió de nuevo y la besó con más pasión mientras sus manos se deshacían de su capa dorada.

Se le cortó la respiración cuando la prenda cayó.

Sabía que aquello era mala idea, pero Apollo la hacía sentirse muy bien. La acariciaba como si la venerara. Cuando le quitó la capa, comenzó a desatar las cintas de su pecho mientras la presionaba contra la cama.

—Avísame si voy demasiado rápido.

La besó con suavidad, una vez en los labios y después en la mandíbula, posando besos cálidos por su cuello mientras sus manos tomaban sus pechos y después su garganta.

Evangeline abrió los ojos de inmediato.

—Lo siento —dijo Apollo con voz ronca. Esta vez, no lo siguió un beso.

Al terror del interior de Evangeline le brotaron alas cuando los ojos de Apollo cambiaron del castaño al rojo y sus manos empezaron a apretar.

Evangeline se transformó en un millar de fragmentos de pánico. Pateó la entrepierna de Apollo, pero era demasiado pesado para que sus patadas fueran efectivas. Estaba inmovilizada en la cama, bajo su cuerpo.

Intentó gritar mientras sus dedos le aplastaban dolorosamente la tráquea.

Entonces él también empezó a asfixiarse… a balbucear y a toser y a aflojar las manos gracias a la maldición espejo.

Evangeline apenas podía respirar, pero cuando Apollo se apartó, consiguió agarrar la cacerola con la piedra de la alegría y reptar de debajo de él.

Torpemente, se bajó de la cama. Todo estaba borroso. La oscura habitación giraba; las velas ardieron con fuerza y humearon a la vez. Estaba resollando, tambaleándose.

Pero, de algún modo, recordó la palanca que había junto a la cama.

Tiró de ella con toda su fuerza. Una jaula cayó de inmediato sobre Apollo. Los barrotes resonaron con fuerza al encajar en su lugar, aprisionándolo.

Con un gruñido, Apollo agarró los barrotes. Su expresión era feroz. Sus ojos seguían rojos y brillantes, pero sus palabras estaban llenas de súplica.

—Lo siento, Evangeline. ¡No quiero hacerte daño!

—Lo sé.

La joven retrocedió, tambaleándose, hasta colisionar con…

Jacks.

Las venas latían en su cuello. La muerte destellaba en sus ojos mientras fulminaba a Apollo con la mirada.

—Vete —le ordenó a Evangeline.

—No puedes hacerle daño —jadeó, y tiró de la camisa de Jacks para que se marchara—. Si le haces daño, también me lo harás a mí. ¿Recuerdas?

Jacks gruñó algo parecido a *Algún día lo mataré*. Rodeó a Evangeline con el brazo.

—¡Quítale las manos de encima a mi esposa! —gritó Apollo.

Jacks se la acercó más y la dirigió a la puerta.

Evangeline se sentía terriblemente dividida. No quería volver con Apollo, no estando así, pero marcharse con Jacks parecía un tipo distinto de agonía. Siempre estaba allí para rescatarla, y después siempre se marchaba.

La sacó del dormitorio con rudeza, deteniéndose solo para dar un portazo a su espalda antes de dirigirse de nuevo a ella.

—¿Qué te ha hecho? —Jacks apretó la mandíbula cuando vio la sangre manchando sus labios.

—Estoy bien. Yo solo…

Solo necesitaba que me abrazaras. No fue capaz de decirlo. Ni siquiera estaba segura de haber proyectado el pensamiento.

Pero entonces Jacks la tomó en sus brazos. Ella se aferró a él y enterró la cabeza en su hombro.

La abrazó con tanta fuerza que le dolió, pero aquel dolor no le importaba. Dejaría que la aplastara, dejaría que la rompiera, siempre que no la soltara nunca. Aquello era lo que quería, y se negaba a creer que él no lo quisiera también.

Sintió el corazón de Jacks latiendo contra su pecho mientras la llevaba a la habitación contigua. Era un caos. Había manzanas y corazones por todo el escritorio.

Las sábanas de la cama estaban revueltas. El fuego quemaba algo que no eran solo troncos. Estaba claro que ella no había sido la única inquieta después de haber vuelto de La Madriguera.

Jacks cerró la puerta de una patada y la llevó a la cama.

—Pequeño Zorrillo, cuando te vi, pensé…

Se detuvo cuando la dejó sobre las sábanas desordenadas. Después le agarró el cabello con la mano y tiró hasta que ella lo miró. Su rostro contenía la agonía de una estrella caída, destrozado y hermoso, con unos ojos tan azules que atenuaban el color de todo lo demás.

Deliberadamente, la mirada de Jacks bajó hasta sus labios.

La respiración de Evangeline se volvió desigual, y deseó solo una vez que la besara.

Él se acercó y le retorció el cabello con cuidado, ladeándole la cabeza hasta que sus bocas estuvieron increíblemente cerca.

—Sigues sangrando.

Le lamió el centro de los labios, suave y agonizantemente lento. Su lengua era como el cielo y el infierno. Como todo lo que ella quería y todo lo que nunca tendría.

Evangeline tuvo que contenerse para no acercarse más, aunque dudaba de que Jacks se lo permitiera. Podía sentir sus dedos contra su cuero cabelludo, inmovilizándola, manteniendo sus labios solo rozando los suyos.

Pero quizá fuera ya bastante cerca. Quizá no tenían que tocarse. Podría vivir así siempre que viviera con él.

Entonces Jacks la dejó. Soltó su cabello y se apartó de la cama. Evangeline sintió la piel repentinamente fría.

—¿Qué pasa? —le preguntó. Lo vio encerrándose de nuevo, eliminando la emoción de su rostro: la furia, la lujuria, el miedo, el dolor, el deseo. Fue como en La Madriguera.

Aquello fue lo que hizo cuando ella guardó la piedra de la alegría en la cacerola.

Replegó todos sus sentimientos. Fingió que todo se había debido a la piedra.

Lo había sospechado, pero no estuvo segura hasta entonces.

—Tengo que irme —dijo Jacks con frialdad.

—No… —Evangeline se levantó de la cama. Esta vez, no iba a permitir que se fuera, dejándola al margen—. ¿De qué tienes tanto miedo?

Un destello de algo parecido al arrepentimiento atravesó los ojos de Jacks.

—¿Qué pasa? —insistió.

Jacks se pasó una mano por el cabello.

—¿Todavía quieres saber qué hacen las piedras cuando están juntas?

—Sí —le dijo. Pero de repente se sentía nerviosa. Aquella era la respuesta que había estado esperando. La que había suplicado. Todo ese tiempo, se había muerto de ganas por saber qué quería Jacks en realidad. Lo temió, durante un tiempo, porque no quería que Jacks le hiciera daño a nadie. Pero ahora, por cómo la miraba, temió que la única persona a la que le dolería su respuesta sería a ella.

Jacks se dirigió a su escritorio y tomó una manzana blanca. La lanzó al aire mientras decía:

—Cuando las cuatro piedras se combinan, una persona tiene el poder de regresar a cualquier momento de su pasado. Solo puede hacerse una vez. Cuando las piedras se han usado con este propósito, jamás tendrán el poder de ser usadas así de nuevo.

Durante un segundo, no le sonó tan mal. Mucha gente tenía momentos que quería cambiar. Solo en aquel día había varias cosas que Evangeline habría hecho distintas.

—¿A qué momento quieres regresar?

Jacks miró la manzana que tenía en la mano mientras contestaba.

—Quiero regresar al momento en el que conocí a Donatella.

—¿La princesa que te apuñaló?

Asintió con gesto tenso.

Por un segundo, Evangeline se quedó sin palabras. De todas las respuestas posibles, no había esperado aquella. Rápidamente regresó a la noche que había pasado con Jacks en la cripta, cuando por fin le contó la historia de la princesa Donatella: que la había besado y que, aunque eso debería haberla matado, hizo latir su corazón. Ella debería haber sido su único y verdadero amor, pero Donatella eligió a otro y le dio una puñalada a Jacks en el corazón.

—¿Por qué quieres volver con ella?

Jacks apretó la mandíbula.

—Se suponía que era mi verdadero amor. Quiero otra oportunidad.

—Pero eso no tiene sentido —dijo Evangeline—. ¿Por qué tomarte tantas molestias por una chica a la que no amas?

Porque Evangeline sabía que Jacks no quería a Donatella. Quizá lo había creído antes, cuando oyó por primera vez la historia, pero en este momento no lo comprendía.

Jacks nunca hablaba de ella, y en las pocas ocasiones en las que la mencionaba, no sonaba como si la amara.

—¿Es solo porque no la mataste? ¿O de verdad quieres estar con ella?

Jacks hinchó las fosas nasales.

—Esta es una discusión absurda. —Mordió con fuerza su manzana—. Y, de todos modos, tú no recordarás nada de esto.

Un nuevo pánico apresó a Evangeline. Aquella era la segunda vez que lo decía. La primera vez, en La Madriguera, lo había hecho sonar como si no lo dijera en serio, pero ahora la voz de Jacks era clara y dura.

—¿Por qué dices que no lo recordaré? —le preguntó. Aunque temía que ya lo sabía.

Si Jacks volvía en el tiempo, eso no solo cambiaría su vida: también alteraría la de Evangeline. Por eso le estaba diciendo que lo olvidaría, porque si creaba una nueva realidad, nada de aquello sucedería. Nunca tendrían aquella conversación.

Todo lo que había ocurrido entre ellos desde que Evangeline llegó al Norte había sido resultado de la búsqueda de Jacks de las piedras del arco. Pero, si conseguía usarlas y reescribir su historia, no tendría que encontrarlas de nuevo. No la necesitaría.

De repente, Evangeline se sintió enferma.

Parecía que a Jacks no le importaba en absoluto.

—Si vuelves atrás en el tiempo, ¿cuánto de mi vida cambiará? —le preguntó.

Jacks dio otro bocado a su manzana.

—Tu vida no será totalmente distinta. El tiempo no desea ser cambiado… La mayor parte de los sucesos se reprogramarán, a menos que alguien luche activamente por

cambiarlos. Por lo que sé, todavía descubrirás el modo de llegar aquí, aunque no se deberá a mí. Supongo que Caos te traerá aquí él mismo. Así que no te preocupes, niña: todavía serás princesa, y todavía tendrás a Apollo.

—¿Y tú? ¿Nos conoceremos?

—No. —Y si Jacks sentía algo al respecto, no lo mostró.

—¿Me recordarás?

—Sí —dijo con igual indiferencia—. Pero me aseguraré de que nuestros caminos no se crucen nunca.

—Pero acabas de decir que mi vida no cambiará.

—No lo hará. —Tomó otro bocado de su manzana—. Hallarás otro modo de detener la boda de Luc. Gracias a Veneno, imagino.

—No estaba hablando de eso.

Las lágrimas le punzaban en los rabillos de los ojos. No podía creer que a Jacks no le importara que ella lo olvidara. Que aquel momento y el resto de los momentos que habían vivido se borraran. Que Caos o Veneno lo reemplazaran… Si su *teoría* sobre que su vida seguiría siendo casi igual era correcta, claro. Si se equivocaba, su vida podría tomar muchas otras direcciones.

Pero eso no la preocupaba. Lo único que le importaba era que iba a olvidar a *Jacks*.

Respiraba con rapidez y su corazón latía con fuerza, haciéndola temer que en cualquier momento pudiera rendirse. Y él estaba allí, comiéndose una manzana.

Pero sabía que sentía algo. Ya no creía que lo que había ocurrido entre ellos en La Madriguera hubiera sido causado por la piedra de la alegría. La piedra de la alegría no creaba dicha; lo único que había hecho había sido remendar sus heridas y llevarse sus miedos.

¿Qué temía Jacks? ¿Cuál era su herida?

Se suponía que era mi verdadero amor. Quiero otra oportunidad. Eso fue lo que le dijo cuando le preguntó por qué quería volver para estar con Donatella. No le había dicho que la amaba. Solo la quería porque creía que era su única oportunidad en el amor. Solo era porque ella había

sido la única chica a la que no había matado con su beso.

—¿Y si te equivocas? ¿Y si la princesa Donatella no es tu única oportunidad de amar? Dijiste que, si abría el Arco Valory, habría algo dentro que terminaría con la maldición de Apollo. ¿Y si también hay algo ahí que pueda ayudarte? Quizás haya un modo de encontrar *otro* verdadero amor.

Jacks apretó la mandíbula y tiró la manzana al fuego.

—No es así como funciona.

—¿Por qué no quieres intentarlo al menos? ¿Por qué tu única solución es volver en el tiempo por una chica que no te quiere?

Los ojos de Jacks se convirtieron en una tormenta.

Evangeline seguramente debería haberse detenido ahí, pero aquella era su última oportunidad. Si Jacks seguía con su horrible plan, ni siquiera sabría que se habían conocido.

Despacio, caminó hasta donde Jacks estaba y levantó la cabeza para mirarlo.

—Si de verdad crees que eso es lo que quieres, te estás mintiendo a ti mismo.

—No me estoy mintiendo —gruñó Jacks.

—Entonces dime que eso es lo que quieres de verdad. Júrame que deseas eso más que ninguna otra cosa en este mundo y no volveré a mencionártelo.

Jacks la agarró por los hombros y la miró directamente a los ojos. Durante un minuto, no habló. Solo la miró, la sangre que todavía le manchaba los labios y las lágrimas secas que emborronaban sus mejillas.

—Te juro que eso es lo que quiero de verdad. —Dijo cada palabra como una promesa—. Quiero borrar cada momento que tú y yo hemos pasado juntos, cada palabra que me has dicho y cada vez que te he tocado, porque si no lo hago, te mataré igual que maté al zorro.

El corazón de Evangeline se detuvo.

Escudriñó los ojos de Jacks, pero lo único que vio en ellos fue oscuridad. Solo sentía la presión de sus manos, agarrándola como

alguien se aferraría al borde de un acantilado, sabiendo que, si se soltaba, no volvería a encontrar nada a lo que asirse.

Y Evangeline no pudo seguir evitando la verdad que no había querido ver. Jacks era el arquero de *La balada del arquero y el zorro*. Esa era la razón por la que había sabido tanto sobre la maldición del arquero y por la que había insistido tanto en que no había modo de romperla, por la que le había dicho que él no era *amigo* del arquero. Él *era* el arquero.

Evangeline había temido que fuera cierto tan pronto como el Atractivo Desconocido mencionó al primer zorro, pero lo había descartado porque no quería tener razón. No había querido que *esa* fuera la historia de Jacks; ella quería ser su historia.

Una lágrima se deslizó por su mejilla cuando intentó imaginar a Jacks como el arquero, tratando de no hacerle daño a la chica a la que amaba y fracasando. No era de extrañar que estuviera tan dañado y que fuera tan cruel. No era de extrañar que hubiera perfeccionado el arte de fingir que nada le importaba.

—Siento destruir tu cuento de hadas, Pequeño Zorrillo, pero las baladas no terminan bien, y tampoco lo haremos nosotros.

Le apartó las manos de los hombros y se dirigió a la puerta.

—¡Yo no soy ese zorro! —gritó Evangeline.

—No lo comprendes. —Jacks echó una oscura mirada sobre su hombro—. Todas las chicas son ese zorro. ¿Quieres saber cómo termina la historia en realidad? ¿Quieres conocer la parte del cuento que todos olvidan?

Evangeline se dijo que debía negar con la cabeza. Había deseado conocer el final de la historia durante mucho tiempo, pero ahora quería olvidarlo todo. Quería que Jacks volviera a ser solo el Príncipe de Corazones, el desolado Destino que buscaba a su verdadero amor, en lugar de un héroe caído que había encontrado al amor de su vida y lo había matado.

—Creí que acababas de decirme cómo terminó la historia.

—Te he dicho que la maté, pero no te he dicho cómo. —Una peligrosa intensidad cubrió la voz de Jacks—. No te he dicho que hui, que intenté dejarla en paz para no hacerle daño. No sabía si la amaba de verdad o si mis sentimientos se debían a la maldición, porque esta no

me permitía dejar de pensar en ella. Pero ella confiaba en mí más que yo. Me buscó. Estaba convencida de que la amaba de verdad y de que conseguiría oponerme a la maldición. Y lo hice. Nunca le puse una mano encima. Vencí la maldición del arquero. Pero eso no importó, porque tan pronto como la besé, murió.

—Jacks torció la boca amargamente—. Desde entonces, todas las chicas a las que he besado han muerto, todas excepto una. Y no eres tú.

Evangeline empezaba a temer que el tiempo estuviera alimentado por las emociones y que cosas como el temor lo hicieran moverse más rápido. Había un reloj de curvado cristal negro sobre la repisa de la chimenea del dormitorio de Jacks en el que no se había fijado hasta que él se marchó. Ahora no podía apartar los ojos del reloj. Le habían empezado a sudar las palmas mientras veía girar el segundero, más y más rápido a cada minuto.

Pronto llegaría el ocaso. Pronto lo olvidaría. Olvidaría aquella versión de su vida.

Podría tener incluso una vida totalmente diferente, y nunca sabría que aquella otra vida había existido.

Sabría de su existencia, pero ya no sería Jacks sino una figura mítica: el Príncipe de Corazones. Olvidaría que había sido el Jacks de La Madriguera de Hollow y el arquero, y que durante una sola noche había sido *suyo*.

¿Cómo podía él arrebatarle todo aquello? Lo odiaba un poco por ello, lo que lo hacía marginalmente más fácil. Pero aún parecía estar mal. Evangeline siempre había creído que cada historia tenía potencial para infinitos finales, pero aquel no parecía el modo en el que su historia debía terminar. No había conocido a Jacks solo para olvidarlo.

Tenía que convencerlo de ello antes de que usara las piedras.

La puerta de la habitación chirrió al abrirse. Evangeline apartó la mirada del reloj y se encontró a Caos en la entrada.

Iba vestido más como un príncipe que como un guerrero, con un jubón de terciopelo de un profundo burdeos y una elegante camisa crema debajo. Sus guantes eran de piel marrón, sus pantalones oscuros, y la espada que llevaba en el costado era de oro. El arma parecía más decorativa que necesaria, como si aquella noche fuera una ocasión especial. Suponía que, para él, lo era.

En las manos sostenía un pequeño cofre de hierro en el que debía llevar la piedra de la suerte, la piedra de la juventud y la piedra de la verdad. Ella todavía tenía la cacerola

con la piedra de la alegría en la mano, y durante un terrible segundo, deseó haberla perdido.

—¿Preparada, princesa?

—No —replicó Evangeline. Nunca estaría lista para que borraran y reemplazaran su vida—. ¿No tenemos que aguardar a Jacks?

Echó lo que esperaba que fuera una mirada disimulada al pasillo, buscando al ausente Príncipe de Corazones.

—No vendrá con nosotros —le dijo Caos—. Yo le llevaré las piedras después de que hayas abierto el arco.

—¿Ni siquiera piensa despedirse?

Evangeline sintió que sus esperanzas se desmoronaban como alas de papel que han cometido el tonto error de pensar que pueden volar.

—Me dijo que, de todos modos, no lo recordarías —le contestó Caos en voz baja, como si supiera que aquello no la consolaría.

—¿Crees que lo que va a hacer es una buena idea?

El vampiro se frotó la mandíbula del yelmo.

—Creo que deberíamos irnos.

—Supongo que eso es un «no».

Caos suspiró, en parte impaciente y en parte atribulado.

—Viajar en el tiempo nunca me parece una buena idea. He vivido lo

suficiente para saber que al pasado no le gusta ser cambiado. Jacks cree que su plan funcionará porque solo quiere alterar una cosa, pero a Jacks se le nubla la razón cuando desea algo con la fuerza suficiente. Yo creo que el viaje en el tiempo solo funciona si el pasado no ha tenido ocasión de asentarse. Cuanto más retrocedes, más lucha el Tiempo contra los cambios. Y teniendo en cuenta la naturaleza vengativa del Tiempo, aunque Jacks consiga cambiar el pasado, sin duda se asegurará de hacerlo perder otra cosa como pago. Así que tienes razón: creo que está cometiendo un error.

—¡Entonces ayúdame a hacerlo cambiar de idea!

Caos negó con la cabeza, apesadumbrado.

—Tú tampoco eres buena para él, princesa. Es mejor que Jacks cometa ese error a que cometa el *tuyo*. Si se quedara por ti, te mataría y tu muerte lo mataría a él. Créeme, Evangeline. Si Jacks te importa, lo mejor que puedes hacer por él es dejarlo marchar.

—A mí eso no me parece lo mejor —replicó, pero una parte de ella no podía negar que quizá Caos tuviera razón. Unos meses antes, había creído que Luc era la persona con la que estaba destinada a estar. Sin duda se había equivocado al respecto, y si ahora se equivocaba con Jacks, las consecuencias serían mucho peores.

—¿Preparada? —insistió Caos.

Evangeline asintió, reacia.

Mientras Caos y ella caminaban por el pasillo, seguía esperando oír el ritmo de las botas de Jacks o el crujido de una manzana al morderla.

Pero solo se oían los sonidos de sus zapatillas, el ocasional gruñido de una puerta al abrirse y la creciente comprensión de que no volvería a ver a Jacks. No iba a cambiar de idea. Continuaría con su plan para alterar el pasado y sus vidas.

Subió a un oscuro carruaje con asientos de terciopelo que parecía no haber sido usado nunca, aturdida. Suponía que, para un vampiro con velocidad sobrenatural, un viaje en carruaje sería dolorosamente lento, pero para ella era imposiblemente rápido.

Justo antes de llegar a Wolf Hall, el carruaje pasó junto a una hilera de esculturas decapitadas que la hizo pensar en los Valor, y sintió un escalofrío repentino. Todavía no sabía qué contenía el Valory.

Cuando LaLa le contó la historia de su dragón, Evangeline creyó que la versión de la prisión era cierta.

Según Jacks, en el Valory había una cura para la maldición del arquero que sufría Apollo, pero supuestamente ningún remedio para los besos letales de Jacks.

Evangeline miró a Caos, que creía que el Valory le permitiría por fin quitarse su yelmo maldito. El vampiro se estaba acariciando la mandíbula, moviendo la mano sobre las complicadas tallas de imágenes y palabras.

Evangeline sintió una punzada al recordar lo que le había dicho sobre aquellas palabras, las que pertenecían a la lengua de los Valor. *Es la maldición que evita que me quite el yelmo*.

—Tengo curiosidad —le dijo—. Si La Madriguera de Hollow está a salvo de cualquier maldición y tu yelmo está maldito, ¿por qué no has ido allí para quitártelo?

Caos esperó un instante antes de decir:

—Si pusiera un pie en la Madriguera, dejaría de existir de inmediato. La Madriguera fue hechizada específicamente para mantenerme alejado de ella.

—Pero creí que Jacks y tú erais amigos.

—Lo somos, pero cuando me convertí en lo que soy, no tenía el control de mí mismo.

Evangeline recordó el recorte de periódico que había leído en el castillo Slaughterwood: *Pero algunos temen que estas agresiones se deben a que los Valor han perdido el control de la abominación que han creado*.

Se tragó una brusca inhalación cuando todo encajó.

—Tú eres el monstruo que todos creyeron que habían creado los Valor.

—Los Valor me crearon.

—¿Sí?

—¿Crees que son tan inocentes como dicen las historias? —Caos se rio, pero no había alegría en él—. Los Valor cometieron muchos errores. Pero no tienes que preocuparte, Evangeline. No he sido un

monstruo desde hace mucho tiempo. Solo quiero abrir el Valory, y quitarme este yelmo.

El carruaje llegó a los terrenos besados por la nieve de Wolf Hall segundos después.

Entonces fue como si hubiera pestañeado y ya estaban en la biblioteca real, abriendo la puerta de la habitación que contenía el Arco Valory.

La habitación seguía justo como Evangeline la recordaba: suelos agrietados, paredes grises, un aire fosilizado que le arañaba la garganta y un arco gigante protegido por una pareja de ángeles guerreros, uno triste y el otro furioso. Ambos tenían sus espadas de piedra cruzando el centro.

La última vez que Evangeline estuvo allí, los ángeles no se movieron, pero esta vez habría jurado que habían hecho una mueca cuando Caos entró en la habitación.

Con un sonido metálico, el vampiro abrió el pequeño cofre de hierro que contenía las tres primeras piedras.

El aire cambió de inmediato. Destellos se arremolinaron en la habitación como motas de polvo.

Las piedras de la caja brillaban, refulgían, fulguraban, prácticamente cantaban su esplendor. Como la piedra de la alegría que tenía en la mano. Evangeline ni siquiera se había dado cuenta de que había levantado la tapa de la cacerolita y de que la piedra estaba ahora en su palma.

Por un segundo, el tiempo pareció detenerse y se preguntó qué ocurriría si, en lugar de colocar la piedra en el arco, la dejaba en la caja con las demás piedras y las usaba para volver en el tiempo.

Jacks le había dicho que las piedras solo podían usarse una vez con ese propósito. Si lo hacía ella primero, él no tendría la oportunidad.

Sabía que Caos le había advertido que el tiempo era vengativo y que no le gustaba que lo cambiaran, pero con la piedra de la alegría en la mano, era difícil sentir miedo.

Notaba en la piel el cosquilleo de la magia, y se imaginó regresando en el tiempo y conociendo a Jacks antes de que él se encontrara con la princesa Donatella. Después pensó en sus padres. Se imaginó regresando y salvándoles la vida. Si su madre hubiera estado viva, su padre no habría muerto de tristeza. Su familia estaría completa de nuevo.

Durante un cegador minuto, vio imágenes de sus padres, vivos y sonriendo. Vio la tienda de curiosidades abierta y a Jacks abrazándola. Se imaginó una vida feliz en la que nunca habría una madrastra o una hermanastra. Una vida en la que nunca tendría que viajar al Norte en busca del amor. En la que Apollo nunca sería hechizado, ni ella perseguida. En la que Luc no se convertiría en un vampiro. Podía cambiar su vida y encontrar uno de los infinitos finales en los que siempre había creído.

—No olvides para qué estamos aquí —le advirtió Caos.

—No te preocupes.

Evangeline cerró la mano sobre la piedra de la alegría. Se sentía tentada, pero por mucho que odiara la decisión que Jacks estaba tomando, no quería arrebatársela. En lugar de eso, esperó por última vez que tomara una decisión mejor.

Inhaló profundamente y colocó la piedra de la alegría en el arco. Durante un segundo, esperó que ocurriera algo mágico, que el brillo de las piedras se acrecentara o que los ángeles atacaran, pero todo se mantuvo igual que antes.

A continuación, colocó la piedra de la suerte. Una vez más, nada cambió.

Empezó a sudarle la palma cuando colocó en el arco la piedra de la juventud y lo único que se movió fue un remolino de polvo destellante.

—No sé si está funcionando —dijo Evangeline.

—Funcionará. —La voz de Caos sonó brusca, y le ofreció la última piedra con dedos tensos.

Evangeline la sostuvo hecha un manojo de nervios. Todo lo que había hecho y experimentado desde que llegó al Norte la había llevado a aquel momento. Si creyera en el destino, habría tenido la certeza de que toda su vida la había conducido hasta allí.

No le gustaba nada aquella idea, y aun así no podía negar la sensación de inevitabilidad que parecía llenar la antigua sala, como si el Destino estuviera en cierto sentido detenido a su espalda, conteniendo el aliento en silencio mientras esperaba el final de una historia que había comenzado siglos antes.

Colocó la última piedra.

Por fin.

El arco susurró la palabra en sus pensamientos. Podía sentirlo respirando, exhalando una brisa contra su piel. Estaba despertando. *Estaba funcionando*.

Caos sacó una pequeña daga dorada y Evangeline se pinchó el dedo con cuidado.

Tan pronto como manchó la piedra con su sangre, la habitación explotó en luz, más brillante que la primera vez que había tocado el arco. Los ángeles refulgían como una tajada de sol. Evangeline tuvo que protegerse los ojos hasta que sus figuras se atenuaron.

Cuando pudo ver de nuevo, los ángeles guerreros habían bajado sus espadas y tras ellos esperaba una gruesa puerta de madera con un llamador de hierro con forma de cabeza de lobo.

Caos presionó la puerta con una mano enguantada, como para probar si era real.

Después, giró la cabeza para mirarla.

—Gracias, Evangeline.

Tomó su daga y le cortó un mechón de cabello rosa.

Ella retrocedió con brusquedad.

—¿Por qué has hecho eso?

—No te preocupes. Ahora mismo, eres la última persona a la que desearía hacer daño. —Guardó rápidamente la daga en su cinturón—. El cabello es para romper la maldición que pesa sobre ti y sobre

Apollo… Espera aquí fuera mientras entro.

—¿Qué hay dentro? —le preguntó Evangeline.

Pero Caos ya había abierto el arco y entrado en el Valory.

Los ángeles de piedra a cada lado del arco se estremecieron cuando entró.

Evangeline recordó una vez más que él era la abominación que muchos creían que estaba encerrada al otro lado del arco.

Si ese era el caso, se preguntaba qué habría en realidad en el interior. La pesada puerta seguía abierta una rendija. Caos no la había cerrado bien a su espalda. Sin duda, no temía que algo saliera para aprehenderla.

Evangeline se acercó solo para mirar. El arco seguía brillando tanto como el día, de modo que el otro lado le pareció en penumbras al principio, un mundo de sombras sepias.

Sus ojos tardaron un momento en adaptarse. Casi esperaba encontrar jaulas y prisioneros, pero solo había un vestíbulo abovedado con paredes de piedra caliza y titilantes antorchas que iluminaban de rojo y naranja una serie de pasillos. Parecía la entrada a un antiguo templo, pero podría haber sido una cripta. La historia sobre que los Valor habían escondido su tesoro mágico más valioso podría ser cierta, después de todo.

Sabía que Jacks no creía que hubiera algo en el Valory que le permitiera tener otra oportunidad en el amor. Pero ¿y si se equivocaba?

Evangeline dio un paso al interior.

Comprendía por qué le había advertido Caos que se alejara de Jacks; había visto un atisbo del dolor que pesaba en el corazón del Destino cuando le habló sobre sus amigos muertos y el asesinato del zorro. Evangeline no quería ser otro de sus pesares, y tampoco quería morir. Pero se negaba a creer que eso significara que tenía que dejar marchar a Jacks. Debía existir otro modo.

Sintió una oleada de anticipación cuando se detuvo en la entrada del Valory. A primera vista, todos los pasillos que se alejaban serpenteando del vestíbulo parecían iguales: entradas arqueadas de antigua piedra roja y suelos cubiertos de extensiones

sorprendentemente gruesas de alfombras de hilo dorado.

Estaba claro que aquello no era una prisión. Evangeline puso atención a cada pasillo.

Dos estaban en silencio, pero creyó oír pasos resonando en el tercero. Aquel debía ser el que Caos había tomado.

Avanzó, en silencio, siguiendo el sonido. A mitad del pasillo, los apliques pasaron del hierro al oro, el arte cubrió las paredes, y después vio una puerta.

La puerta era alta y ancha y una luz tan brillante como la de un cuento de hadas la atravesaba, permitiéndole espiar a través de la rendija y ver el otro lado con facilidad.

Evangeline se acercó, y estaba a punto de abrir la puerta cuando vio a Caos al otro lado.

Estaba mirando una hilera de personas tumbadas en el suelo con las manos unidas. Su ropa parecía antigua, como algo sacado de un libro de cuentos: vestidos de lana de tonos intensos y cordones de oro trenzado, corazas de peltre y hombreras con púas.

Evangeline no supo qué pensar de ello hasta que vio un rostro entre el grupo, uno que había visto antes en una pintura. La joven era aún más guapa de lo que le había parecido en el retrato, y la reconoció de inmediato como Aurora Valor.

Fue entonces cuando vio la diadema dorada que coronaba la cabeza de la mujer bajita que estaba junto a Aurora. La piel de la mujer era de un tono oliva más oscuro, su cabello de una brillante plata, y su rostro era sereno. Debía ser la madre de Aurora, Honora Valor.

El hombre tumbado junto a Honora parecía tan curtido por la batalla como atractivo.

También llevaba una corona en la cabeza, y Evangeline supuso que debía ser Wolfric Valor.

La familia que yacía allí eran los Valor.

Fue a *ellos* a quienes habían encerrado en el Valory, no su tesoro ni a sus prisioneros.

Evangeline casi trastabilló al descubrirlo. Aquello no era lo que había

esperado encontrar, pero tenía todo el sentido… Y en realidad encajaba con las dos historias que le habían contado sobre el Valory. Si los Valor estaban atrapados allí, el Valory sería una especie de prisión, una que protegía su mayor tesoro mágico porque los contenía a ellos mismos.

No era de extrañar que Caos quisiera abrirlo. Si los Valor lo habían condenado a usar el casco, entonces era razonable que ellos pudieran quitárselo. Evangeline se preguntó entonces si sería Honora quien podría romper la maldición de Apollo. Jacks le había dicho que era la mejor sanadora del mundo.

Todo tenía sentido… excepto la creencia de Jacks de que el Valory no contenía ninguna solución para él. Si Honora podía curar a Apollo de la maldición del arquero, quizá también pudiera ayudar a Jacks.

Justo entonces, la reina empezó a moverse en el suelo. Fue elegante incluso mientras se levantaba sobre sus temblorosas piernas. Caos la observaba con el alma en vilo, como si pudiera desaparecer. Y Evangeline se descubrió haciendo lo mismo.

—¿Eres tú de verdad? —Honora tenía un ligero acento que hablaba de tiempos antiguos y una voz tan delicada como su apariencia—. ¿Castor?

Evangeline se acercó a la rendija, sin saber si había oído bien el nombre. Castor estaba muerto. Jacks le contó cómo había muerto. Aunque, ahora que lo pensaba, Jacks

no terminó su historia. Había acabado diciendo que él no estaba destinado a ser un salvador.

Evangeline observó mientras Honora abrazaba a Caos.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —le preguntó.

Caos dijo algo demasiado bajo para que Evangeline lo oyera, pero creyó captar las palabras *Te he echado de menos, madre*.

Honora comenzó a sollozar.

Evangeline se sentía como una terrible intrusa, pero no podía apartar la mirada. Si estaba entendiendo aquello correctamente, los Valor no habían creado un monstruo para vengar la muerte de Castor; él se había convertido en el monstruo. Caos era Castor Valor, y aquella era la razón por la que quería abrir el arco. No solo para quitarse su

yelmo, sino para salvar a su familia. Los echaba de menos. Los quería.

Evangeline se dio cuenta entonces de cómo podía salvar a Jacks. Era tan sencillo que se maldijo por no haberlo pensado antes. Lo salvaría con amor. No solo se preocupaba por él, o le tenía cariño. Lo amaba. Tenía que decírselo.

La idea la aterraba un poco. Él ya la había rechazado; era tentador temer que lo haría de nuevo. Pero ese era el problema: el miedo. Jacks solo la había rechazado porque temía matarla. Pero, si le decía que lo amaba, con suerte eso sería suficiente para que quisiera quedarse e intentar conseguir algo más que aquello con lo que se estaba conformando.

Algunas de sus ideas sobre el amor habían cambiado desde que llegó al Norte, pero todavía creía que era la fuerza más poderosa del mundo. Si dos personas se amaban de verdad y estaban dispuestas a luchar por ese amor, si estaban dispuestas a ir a la guerra el uno por el otro, día tras día, entonces no importaría a qué se enfrentaran. El amor ganaría, siempre que nunca dejaran de luchar por él.

Si Jacks la amaba como ella lo amaba a él, encontrarían un modo de hacerlo funcionar.

No importaba si seguía maldito para siempre, aunque una parte de ella no podía evitar creer que quizá su amor fuera suficiente para romper su maldición. Sabía que las historias decían que Jacks tenía un único amor verdadero (y ya había encontrado a esa chica), pero las historias también retorcían la verdad. El Valory era la prueba de ello.

Con una oleada de esperanza que parecía unas alas lo bastante poderosas para llegar hasta la luna y las estrellas y más allá, Evangeline comenzó a girarse. Tenía que encontrarlo, tenía que decirle cómo se sentía. Ella…

Se detuvo, sobresaltada, cuando un destello de luz cegadora salió de la habitación donde se encontraban los Valor.

Caos emitió un sonido que podría haber sido un sollozo, dolorido y profundo.

Evangeline se volvió hacia la puerta entreabierta justo a tiempo de ver que el yelmo maldito de Caos estaba roto.

Se lo quitó con un rugido y lo lanzó al otro lado de la estancia. El yelmo golpeó la pared con tanta fuerza que esta se agrietó antes de

que cayera al suelo.

—Por fin —dijo Caos, con la voz en algún punto entre un sollozo y un bramido. Y, por primera vez, Evangeline vio cómo era. Su rostro hizo que su aliento se quedara atrapado en su pecho. Ojos brillantes, mandíbula fuerte, suave piel oliva y una sonrisa que hizo brincar su corazón.

—El Atractivo Desconocido —resolló.

Honora y Caos se giraron hacia ella.

Evangeline se quedó paralizada en la entrada.

—Parece que tenemos visita —apuntó Honora, ladeando la cabeza de un modo que podría haber sido curioso o cauto.

—Madre, esta es Evangeline —dijo Caos. Su voz era distinta sin el yelmo, todo terciopelo sin el humo, más parecida a la voz que había tenido en sus sueños—. Ha sido ella quien ha abierto el arco.

De repente, Caos apareció en la puerta. La abrió y le dedicó una sonrisa que rivalizaba con la de cualquier inmortal al que hubiera conocido.

—No puedo agradecértelo lo suficiente, de verdad. —Él tomó su mano y la besó con suavidad.

Sin su yelmo, Caos era un tipo distinto de monstruo, pues poseía todo el encanto de un príncipe y el poder de un vampiro. Dejó a Evangeline sin aliento mientras la miraba

con una sonrisa. Sus ojos eran del tono verde más arrebatador, con un millar de facetas distintas, brillantes por la magia hasta que la pasión los hacía arder.

Evangeline reparó en su error demasiado tarde; no debería haberlo mirado a los ojos. Antes de que pudiera gritar, la sonrisa de Caos se llenó de colmillos que bajaron sobre su cuello, rasgándole la garganta.

Todo era dientes y un dolor asfixiante.

Evangeline intentó escapar. Intentó gritar.

Creyó que Honora también gritaba, pero Caos no la soltó. Le sostenía el cuello con una de las manos mientras con sus labios bebía su sangre. Bebió y bebió, vaciándola con violentas succiones de su boca y su lengua y el ocasional arañazo de sus dientes, perforando la piel y extrayendo más sangre.

Podía sentirla corriendo desde sus venas hasta la boca de Caos, abandonándola tan rápido que su corazón no conseguía seguir el ritmo.

Honora comenzó a suplicar.

Evangeline intentó golpear a Caos, pero no consiguió reunir la fuerza suficiente para mover las manos. Ni siquiera podía abrir los ojos. Se sentía pesada y mareada. Lo único que notaba eran los colmillos de Caos, cortando y profundizando para tomar incluso más…

—¡Castor, no! —gritó Jacks.

Alejaron al vampiro violentamente de ella.

Evangeline comenzó a caerse, pero Jacks estaba allí. Tenía los ojos demasiado pesados para abrirlos, pero podía notarlo a él. La sostuvo con la intensidad que solo se da cuando una persona quiere algo que no es totalmente suyo.

Pero ella lo era. Solo tenía que decirle que lo amaba.

—Evangeline… —Tenía la voz ronca—. Vuelve conmigo…

No estoy muerta, intentó decirle, pero le pasaba algo en la garganta. Y parecía que Jacks no podía oír sus pensamientos.

En silencio, Jacks la abrazó con fuerza y presionó la frente contra la suya. Evangeline no sabía si estaba llorando, o si lo hacía él, pero había humedad en sus mejillas. Se parecía un montón a las lágrimas. Y después sintió…

Nada.

Evangeline empezaba a temer que el tiempo estuviera alimentado por las emociones y que cosas como el temor lo hicieran moverse más rápido. Había un reloj de curvado cristal negro sobre la repisa de la chimenea del dormitorio de Jacks. Le empezaron a sudar las palmas mientras miraba la segunda manecilla, girando más y más rápido a cada minuto.

Pronto llegaría el ocaso. Pronto lo olvidaría. Olvidaría aquella versión de su vida.

La puerta de la habitación chirrió al abrirse. Evangeline apartó la mirada del reloj y descubrió a Caos en la entrada.

Iba vestido más como un príncipe que como un guerrero, en terciopelo rojo y cuero y armado con oro. Solo lo había visto una vez con algo que no fuera su armadura de piel, y aun así no conseguía despojarse de la sensación de que ya lo había visto vestido así antes.

—¿Preparada, princesa?

—No —replicó Evangeline. Nunca estaría lista para que borraran y reemplazaran su vida—. ¿No tenemos que aguardar a Jacks?

Echó lo que esperaba que fuera una mirada disimulada al pasillo, buscando al ausente Príncipe de Corazones.

—No vendrá con nosotros —dijo Caos—. Yo le llevaré las piedras después de que hayas abierto el arco.

—En realidad he cambiado de idea.

Jacks apareció en el pasillo caminando con arrogancia, con una joven impresionante a su lado. Tenía los labios pintados de rojo, un brillante cabello negro y un vestido lencero al que le faltaba tela para ser llamado «camisón».

Evangeline sintió una oleada de celos y confusión.

—¿Qué hace ella aquí? —Caos señaló con gesto tenso a la chica en

lencería.

Jacks se encogió de hombros.

—He pensado que quizá necesites un tentempié cuando te quites el yelmo.

Caos emitió un sonido parecido al rechinar de dientes.

—Estaré bien.

—Estoy seguro de ello. Pero…

—No —dijo Caos con brusquedad.

—¿Y si la dejamos en el carruaje? —Jacks señaló a la chica despreocupadamente. Ella ni siquiera se movió. Miraba hacia adelante como una muñeca, sin duda bajo el control de Jacks.

—Estoy de acuerdo con Caos —dijo Evangeline—. No permitiré que arrastres a esta chica de un lado a otro.

—No creo estar arrastrándola. —Jacks le mostró un hoyuelo a la chica —. No es cierto, ¿bonita?

—Me alegro de estar aquí —dijo la joven con tono dicharachero—. Siempre he querido conocer a un vampiro. Me he puesto este vestido para que hubiera muchos sitios…

—Líbrate de ella —la interrumpió Caos—. Evangeline no quiere que la chica venga con nosotros.

Jacks fulminó a Evangeline con la mirada, pero algo parecía estar mal. El gesto firme de su boca transmitía furia, pero sus ojos estaban llenos de otra cosa: dolor. *Te equivocas al mostrarte reacia a esto*, pensó para ella.

¿ *Qué te importa lo que yo opine*?, pensó Evangeline en respuesta, con brusquedad. *De todos modos, no es que vaya a recordar algo de esto*.

Jacks apretó la mandíbula.

Esperaba que discutiera con ella; esperaba que luchara por ella. Esperaba que, a pesar de todo, la eligiera a ella. Pero después de

despedir a la chica, Jacks, Caos y Evangeline caminaron en silencio hasta el carruaje.

El trayecto a Wolf Hall fue una tortura. Mientras se acercaban al castillo, Evangeline sentía el corazón especialmente frágil. Aquellos serían sus últimos momentos con Jacks, y aunque estaba sentado frente a ella, ni siquiera la miraba.

Observaba la ventanilla escarchada como si deseara que la noche ya hubiera terminado y el pasado ya hubiera cambiado.

Evangeline deseaba que repensara sus planes, pero él parecía más inflexible que nunca. Le habría gustado saber qué decir para hacerlo cambiar de idea, pero no quería *convencerlo* para que hiciera algo. Quería que él tomara la decisión. Y temía que se estaba quedando sin tiempo.

En lugar de que el tiempo se moviera lentamente, como la arena de un reloj, tenía la sensación de que el reloj se había roto y de que toda la arena se estaba escapando con rapidez. No sabía si era el miedo u otra cosa, pero no dejaba de perder momentos.

No recordaba haber llegado a Wolf Hall, pero de repente estaban allí. Después, fue como si pestañeara y aparecieron ante la puerta con cabeza de lobo de la biblioteca, listos para entrar en la habitación del Arco Valory.

La habitación seguía como Evangeline la recordaba: suelos agrietados, paredes grises, un aire fosilizado que le arañaba la garganta y un arco gigante protegido por una pareja de ángeles guerreros.

Con un sonido metálico, Caos abrió el pequeño cofre de hierro que contenía las tres primeras piedras.

El aire cambió de inmediato, y la habitación se llenó de destellos que se arremolinaban como motas de polvo.

Evangeline echó una mirada a Jacks. Cuando abriera el arco, las piedras serían suyas para que las usara como quisiera. Deseaba que hubiera cambiado de idea, que aquella noche no terminara en olvido, pero él seguía negándose a mirarla. Como si una mirada en su dirección pudiera hacerlo cambiar de idea, y el mundo entero pudiera precipitarse sobre ellos.

De mala gana, apartó la mirada y, una a una, colocó las tres primeras piedras en el arco. Estaban más opacas de lo que recordaba. Deseó que alguien las hubiera usado ya para cambiar el pasado. De inmediato se sintió culpable. Odiaba la decisión que Jacks iba a tomar, pero no quería arrebatársela. En lugar de eso, deseó, por última vez, que tomara una decisión mejor. A continuación, colocó la cuarta piedra en el arco.

Bienvenida de nuevo, susurró el arco.

Caos sacó una de sus dagas y Evangeline se pinchó el dedo con cuidado.

Tan pronto como manchó las piedras con su sangre, la luz explotó en la habitación.

Los ángeles fulguraron como una tajada de sol. Evangeline tuvo que protegerse los ojos hasta que su luz se atenuó.

Cuando pudo ver de nuevo, los ángeles de piedra bajaron sus espadas; tras ellos aguardaba una enorme puerta de madera con un llamador de hierro con forma de cabeza de lobo. Caos presionó una mano enguantada contra la puerta, como para

asegurarse de que fuera real. Después, tomó su daga y le cortó un mechón de cabello rosa.

Evangeline retrocedió con brusquedad.

—¿Por qué has hecho eso?

—El cabello es para romper la maldición que pesa sobre ti y sobre Apollo. Espera aquí mientras entro.

—Creo que Evangeline debería marcharse. —Jacks le echó una mirada inyectada en sangre.

Evangeline se sintió brevemente aturdida. ¿ *Se supone que esta es su versión de una despedida*? ¿Y cuándo habían enrojecido así sus ojos? Se

dijo a sí misma que no se preocupara, pero tenía la repentina sensación de que algo iba muy mal.

—Jacks, ¿estás bien?

—No. —De inmediato, el Destino entornó los ojos. Apretó los labios y su voz se llenó de veneno—. No sé qué haces aquí todavía. ¿Crees que aún eres necesaria?

—Jacks…

—Sé cómo me llamo. No necesito que sigas repitiéndolo.

La malicia de su tono la hizo estremecerse.

Incluso Caos parecía sorprendido. Entonces, como si no quisiera formar parte de su última discusión, atravesó la puerta hacia el Valory.

Evangeline y Jacks se quedaron solos.

En el cuello de Jacks latió un músculo mientras seguía mirándola.

—¿Qué haces aquí todavía, Evangeline? ¿Esperas una llorosa despedida? —se burló—. Ya te he dicho antes que para mí no eres más que una herramienta. Ya has cumplido con tu propósito.

La vergüenza le quemó las mejillas, pero no conseguía moverse. No sabía qué había esperado. Había deseado que Jacks cambiara de idea pero, aunque no lo hubiera hecho, no había razón para que la tratara así después de todo por lo que habían pasado.

—¿Por qué estás siendo tan cruel?

—¡Porque no te marchas! —le gritó Jacks—. Y, si te quedas, morirás. Caos lleva siglos sin alimentarse. Sé que cree que puede controlar su hambre, pero no puede. Por eso le pusieron el yelmo.

—Podrías haberme dicho solo eso. Si no quieres despedirte de mí o quieres que me marche, no tienes que hacerme daño para conseguirlo.

—Yo no… Yo…

Jacks se detuvo abruptamente. Sus ojos ya no estaban solo rojos; el miedo ardía en ellos. Nunca antes lo había visto tan aterrado. La habían envenenado, disparado, azotado, y Jacks siempre había mantenido la calma. Hasta ese momento.

Con un gran esfuerzo, Jacks inhaló profundamente. Cuando habló de nuevo, su voz sonó amable pero rota.

—Lo siento, Pequeño Zorrillo. No quería hacerte daño. Yo solo…

Parecía haberse quedado sin palabras de repente, como si pudiera equivocarse con lo que fuera a decir a continuación. Nunca antes la había mirado así.

—Jacks, por favor, no uses las piedras esta noche. Quédate conmigo.

Él tomó aire abruptamente. Durante un segundo, parecía dividido. Se pasó una mano por el cabello, con movimientos bruscos.

Evangeline dio un paso hacia él.

Jacks la miró sin expresión y retrocedió un paso.

—Esto no cambia nada. No puedo tenerte en mi vida. Tú y yo no estamos destinados a estar juntos.

—¿Y si te equivocas?

Jacks apretó la mandíbula y cerró los puños.

Evangeline había oído una vez una historia sobre un par de estrellas condenadas.

Ambas se sentían atraídas por el resplandor de la otra a través del cielo, aunque sabían que, si se acercaban demasiado, su deseo terminaría en una feroz explosión. Así era como Jacks la estaba mirando, como si ninguno de ellos pudiera sobrevivir si se acercaban más.

—Evangeline, tienes que irte.

Un rugido atronador escapó del Valory, tan fuerte que hizo temblar el arco y los ángeles y el suelo bajo los pies de Evangeline.

—Sal de aquí —dijo Jacks.

Evangeline lo miró a los ojos por última vez, deseando saber cómo hacerlo cambiar de idea.

—Me gustaría que nuestra historia tuviera otro final.

—Yo no quiero un final distinto —dijo Jacks sin emoción—. Solo

quiero que te marches.

Le dolía todo. Era el tipo de dolor que le hacía difícil respirar.

Lo único que Evangeline quería era correr de nuevo hacia Jacks, pero se obligó a seguir caminando. Se obligó a salir de la biblioteca y a girar en el pasillo más vacío que consiguió encontrar, donde nadie podría oírla llorar.

Se presionó los ojos con las manos mientras las lágrimas escapaban con fuerza. No quería llorar, pero se sentía desbordada. Y le dolía. Le dolía mucho. Le dolía el pecho, y le dolía el corazón. Porque él no quería su corazón. La idea la hizo llorar con más fuerza. Lloró hasta que ya no pudo ver, hasta que se detuvo en un pasillo desconocido y se sentó en el suelo, agarrándose el vientre y mordiéndose el brazo para intentar silenciar los sollozos.

Quizá sería mejor que lo olvidara. Antes no había querido olvidar, pero lo quería ahora.

Quería que el dolor terminara. Quería olvidar los hoyuelos de su sonrisa, sus brillantes ojos azules, el modo en que la llamaba Pequeño Zorrillo. Y de repente se le atenazó el corazón al pensar en que quizá no volvería a oír ese apodo. No quería olvidar. No quería olvidar nada.

No quería que sus recuerdos se borraran o que fueran reescritos; quería más recuerdos.

No quería decir adiós. Todavía quería que Jacks cambiara de idea. Encontrar un camino hacia otro amor verdadero.

Entonces se dio cuenta de cómo podía salvar a Jacks. Era tan sencillo que se maldijo por no haberlo pensado antes. Lo salvaría con amor. No solo se preocupaba por él, o le tenía cariño. Lo amaba. Solo tenía que decírselo.

El amor era la magia más poderosa de todas. Si él la amaba como ella

lo amaba a él, encontrarían un modo de hacerlo funcionar.

No importaba que él siguiera maldito para siempre. Lo único que importaba era que *se quedara*, que la eligiera a ella en lugar de elegir el miedo.

Evangeline comenzó a caminar hacia el arco. Tenía que encontrarlo; tenía que decirle lo que sentía antes de que fuera demasiado tarde. Tenía que hacerlo antes de que usara las piedras y olvidara que se habían conocido.

No podía haberlas usado todavía, porque aún lo recordaba. Aceleró el paso y se echó a correr, jadeando y aporreando el suelo del castillo con sus zapatillas. Debía haberse alejado más de lo que creía, y haberse detenido allí más tiempo de lo que pensaba. Wolf Hall estaba despertando. Vio a los criados moviéndose por otros pasillos y el titilar de las velas recién encendidas iluminando su camino de vuelta a la biblioteca.

El tiempo que tardó en llegar a la habitación del arco le pareció una eternidad.

La magia y una electricidad tormentosa seguían arremolinándose en el aire. El arco seguía como cuando lo dejó. La puerta antigua continuaba allí, y también las piedras.

Evangeline sintió una oleada de alivio. Si Jacks no se había llevado las piedras, tal vez había cambiado de idea. Aunque… si había cambiado de idea, le parecía extraño que dejara allí las piedras para que otro las encontrara.

Algo va mal. Lo supo incluso antes de ver la sangre con destellos dorados que salpicaba las alas de los ángeles guerreros.

El miedo la hizo estremecerse. ¿Y si Caos había mordido a Jacks? ¿Y si lo haría herido algo del interior del Valory? Todavía no sabía qué había dentro.

Alargó la mano hacia la puerta, pero ya se estaba abriendo.

Retrocedió de un salto.

—No pasa nada —dijo Apollo al aparecer en la entrada, cuyos hombros anchos casi llenaban.

Evangeline se tensó y dio otro paso atrás.

Apollo levantó despacio las manos.

—Por favor, no te asustes. No voy a hacerte daño. —La miró con sus cálidos ojos castaños; el rojo había desaparecido, junto con la angustia —. La maldición se ha roto, Evangeline.

—¿Cómo?

—Una mujer… No me dijo su nombre, pero era una especie de curandera. Me buscó, me cortó un mechón del cabello, dijo algunas palabras que no comprendía y sentí que desaparecía. —Apollo tomó aire, tembloroso—. En cuanto se rompió, le dije que tenía que encontrarte y ella me enseñó un viejo arco que me condujo hasta aquí.

Miró la antigua habitación como si intentara descubrir dónde estaba, pero después sus ojos regresaron rápidamente con ella.

Eran unos ojos preciosos, intensos y castaños, y cuando la miró, estaban tan llenos de emoción que volvió a dolerle el pecho. No sabía qué quería decirle Apollo, pero sabía que no podía quedarse. Tenía que encontrar a Jacks.

Y, aun así, le pareció cruel huir de Apollo. Lo habían hechizado tres veces sin que supiera siquiera por qué. No parecía acuciado ni desesperado, como la última vez que lo había visto, pero había algo terriblemente vulnerable en él, allí en la puerta, con las palmas aún levantadas y su sonrisa desvaneciéndose.

—Lo siento —le dijo Apollo—. Nunca quise hacerte daño.

—No es culpa tuya. Te habían hechizado.

—Debería haberme resistido más. —Apollo bajó las manos con lentitud—. No debí ir a tu dormitorio anoche. Debería haber huido, para no hacerte daño.

El joven negó con la cabeza, arrepentido. Tenía el cabello oscuro más largo. Le caía sobre un ojo, haciéndolo parecer más joven.

—He tenido mucho tiempo para pensar. Pero, sobre todo, he pensado en ti.

El corazón de Evangeline se agrietó un poco. Semanas antes, era aquello lo que habría querido oírle decir cuando estuviera libre de la maldición: que la quería. Y una parte de ella todavía deseaba quererlo. Tenía mucho más sentido enamorarse del príncipe que del villano,

pero no quería un amor que tuviera sentido: quería un amor que la hiciera sentir, un amor que la hiciera luchar y esperar lo imposible.

—Lo que pensaste se debía a la maldición del arquero. Jacks me dijo…

—No puedes creerte todo lo que él te diga —le espetó Apollo, y por un segundo, le pareció letal.

Evangeline retrocedió un paso.

Apollo se pasó una mano por la cara. La furia desapareció, reemplazada por el dolor.

—Lo siento. No pretendía hablarte mal. Es solo que nos ha hecho demasiadas cosas.

Sin duda ha usado su magia para hacer que confiaras en él.

Evangeline estuvo a punto de no contestar. El enfado de Apollo estaba justificado.

Sin embargo, no quería que culpara a Jacks de crímenes que no había cometido.

—Sé que ha hecho un montón de cosas terribles, pero no ha usado su magia conmigo. De no haber sido por él, ninguno de nosotros estaría vivo.

—No, Evangeline. De no haber sido por Jacks, ninguno de nosotros habría estado en peligro. —Apollo se pasó una mano por el cabello—. Ojalá no tuviera tanta influencia en ti.

—Yo también desearía que no la tuviera —le confesó. Y le habría dicho que había intentado quererlo a él, pero esa confesión le parecía tan cruel como algunas de las cosas que Jacks había hecho—. Lo siento, Apollo.

Él la miró con expresión herida.

—Yo también.

Pero había algo raro en el modo en el que lo dijo.

Una advertencia latió en el interior de Evangeline, diciéndole que tenía que marcharse. Pero Apollo fue demasiado rápido. Intentó esquivarlo, pero él la agarró y le presionó la espalda contra uno de los

ángeles de piedra, sosteniéndola en el sitio con el pecho y un pesado brazo alrededor de su cintura.

—Apollo… Para. ¡Suéltame! —Lo empujó.

— *Shh*, cariño. —Le acarició el cabello, indiferente a sus protestas—. No quería hacer esto, pero es lo mejor.

Le pasó el pulgar por la sien, aterradoramente suave y dulce, y Evangeline sintió que la fuerza abandonaba sus extremidades.

—¿Qué acabas de…? —Se sentía demasiado mareada para terminar la pregunta.

—No pasa nada. Te tengo. —Él le rodeó la cintura con el brazo.

Intentó forcejear de nuevo, pero se sentía patéticamente débil, como si fuera un ovillo de lana intentando luchar contra un gato enorme.

Apollo le tomó la cara con una mano grande. La caricia fue suave, pero parecía estar mal, como si no estuviera solo acariciándola. Era como si estuviera buscando en su interior, como si hubiera dedos invisibles escarbando en su mente, tomando cosas que no debían tomar. Recuerdos.

—¡No!

Evangeline intentó forcejear en vano mientras sentía que le arrebataba la noche en la que se conocieron… La noche en la que ella lo besó, en la copa del árbol, después de que Jacks le pintara los labios con su sangre. Aunque… ese recuerdo también estaba desapareciendo.

—¡No! —gritó—. ¡Para!

Pero Apollo la sostuvo con más fuerza.

—Pronto te sentirás mejor.

Le acarició la mejilla y el recuerdo de la última vez que estuvieron juntos, cuando se besaron en la cama, cuando le rodeó el cuello con las manos, cuando Jacks entró en el dormitorio y se la llevó… Todo ello desapareció.

Había un vacío en su mente. Sabía que le había robado algo, pero no tenía ni idea de qué era.

Con el cuerpo debilitado, luchó por echarlo de su cabeza, por esconder

los recuerdos restantes, pero él se los arrancó uno a uno.

La noche en la cripta con Jacks… *borrada*.

La boda con Apollo… *borrada*.

Su amistad con LaLa… *borrada*.

La maldición del arquero que había sufrido junto a Apollo… *borrada*.

El salto del acantilado con Jacks…

—¡No! —gritó.

… *borrado*.

Las maravillas de La Madriguera… *borradas*.

Jacks vendándole las heridas… *borrado*.

Jacks confesándole que era el arquero… *borrado*.

—Por favor, para —le suplicó.

Se aferró a los recuerdos de sus padres, de la tienda de curiosidades, de todos los cuentos de hadas que su madre le había contado. Intentó conservarlos en su cabeza, como una niña con su mantita de seguridad, como si pudieran protegerla, ya que ella no parecía poder protegerlos a ellos.

—Por favor… ¡Para! ¡Para, por favor! —lloró—. Por favor…

Gritó hasta que tuvo la garganta en carne viva. Hasta que ni siquiera estuvo segura de a quién estaba suplicando.

Estaba llorando tanto que apenas podía ver.

Pero sabía que estaba sola. Sola en aquel extraño lugar y sola en el mundo. Lo sentía en sus huesos.

Evangeline tenía la espalda apoyada en algo duro y las rodillas dobladas contra el pecho. Estaba hecha una bola en un lugar frío y desconocido.

¿Quién era? ¿Cómo había llegado allí? Lo único que recordaba era que había llorado hasta no estar segura de por qué estaba llorando.

Ahora solo quería irse a casa. Quería un abrazo de su madre y de su padre. Pero entonces lo recordó: sus padres estaban muertos.

Las lágrimas comenzaron a manar de nuevo.

Todavía quería marcharse a casa, pero temía que no podría regresar allí. Por mucho que intentara recordar, no se acordaba de por qué su casa ya no era segura. Solo sabía que era un sitio al que no podía ir. Pero ¿dónde estaba ahora?

Miró un par de ángeles de piedra, unos guerreros que parecían estar observándola como si pudieran darle una respuesta, aunque parecía que ellos también habían estado llorando.

—¡Aquí estás! —Un joven elegantemente vestido, con rasgos fuertes y atractivos, el cabello oscuro y un par de ojos preocupados entró precipitadamente en la habitación—.

Me tenías muy preocupado.

Con un movimiento galante, la levantó en sus brazos y la apretó contra un pecho cubierto por un jubón de terciopelo muy delicado.

Ella se tensó en sus brazos.

—¿Quién eres tú?

—No te preocupes. Estás a salvo conmigo. —No la soltó, pero dejó de apretarla tanto—. Yo nunca te haría daño, Evangeline.

Dijo su nombre con cálido afecto. Todavía no lo reconocía. Parecía algunos años mayor que ella, aunque había algo en su mirada que la hizo sospechar que había sufrido mucho. Sus ojos castaños lucían heridos y un poco hechizados, pero se suavizaron al mirarla.

Deseó recordarlo.

—Lo siento —le dijo, con la voz ronca después de tanto llorar—, pero no tengo ni idea de quién eres.

La sonrisa del joven se amplió, lo que le pareció una respuesta extraña a su confesión. Pero habló con voz consoladora: —Soy tu marido. Has vivido algo terrible, pero todo ha terminado. Estoy aquí, y nunca te dejaré marchar.

FIN

Un grito atormentado atravesó la noche como una daga. El cielo sangró, y en lugar de estrellas, cayó la oscuridad, borrando la luz del Glorioso Norte.

La maldición de las historias que afectaba a la mayor parte de los cuentos y baladas del norte se mantuvo vigilante. Aquella tragedia sería un cuento algún día, sin duda, y por lo que parecía, ya estaba maldito. La chica estaba muerta. Si su cuerpo sin vida no lo hubiera confirmado, lo habría dejado claro el grito horrorizado del Destino que la sostenía en sus brazos. La maldición de las historias estaba familiarizada con el dolor, pero aquello era agonía, un tipo de cruda

aflicción que solo se veía una vez en cada siglo. El Destino era cada lágrima que alguien había vertido alguna vez por el amor perdido. Era el dolor encarnado.

—Lo siento mucho, Jacks. Yo… —El vampiro miró a la chica a la que acababa de matar; se frotó la mandíbula con la mano y huyó.

El Destino no se movió. No soltó a la chica. Parecía que jamás lo haría. Seguía abrazándola como si pudiera devolverle la vida con la fuerza de su voluntad. En sus ojos había lágrimas de sangre. Las gotas rojas se deslizaron por sus mejillas y cayeron sobre las de ella. Pero la chica no se movió.

El resto de los inmortales dormidos comenzó a despertar, pero la chica permaneció inmóvil. Muerta. Y, aun así, el Destino siguió abrazándola.

—Devuélvemela —dijo en voz baja.

—Lo siento —contestó la reina que acababa de despertar. Era poquita cosa. Había intentado apartar a su hijo de la chica, detener su antinatural ingestión, pero sus manos no fueron lo bastante fuertes. La reina no podía luchar contra los inmortales físicamente, pero tenía una voluntad de hierro forjada por su coraje y sus errores—.

Sabes que no puedo hacer eso.

El Destino levantó la mirada por fin.

—Devuélvemela —repitió. Porque él también poseía una voluntad indomable—. Sé que puedes hacerlo.

La reina negó con la cabeza, pesarosa.

—Se me rompe el corazón por ti… Por esta situación. Pero no lo haré. Después de haber traído de regreso a Castor y de haber visto en qué se convirtió, juré que jamás volvería a usar ese tipo de magia.

—Evangeline sería diferente. —El Destino fulminó a la reina con la mirada.

—No —repitió ella—. No estarías salvando a esta chica: estarías condenándola. Justo como lo hicimos con Castor. Ella no querría esa vida.

—¡No me importa lo que ella quiera! —rugió el Destino—. No quiero que muera.

Ella te salvó, y tú tienes que salvarla a ella.

La reina tomó una inhalación temblorosa.

Si el curso de la historia pudiera respirar, habría contenido el aliento. Esperaba que la reina dijera que sí. Sí a traerla de vuelta, a convertirla en otro terrible inmortal. A pesar de lo que aquel Destino creía, la chica sería horrible; aquellos que gozaban de vida eterna siempre lo eran, al final.

—La estoy salvando —dijo la reina en voz baja—. Es más amable dejar morir a un humano que sacrificar su alma a la inmortalidad.

La idea del *sacrificio* hizo destellar algo en los fríos ojos del Destino. Abrazó a la chica con más fuerza y la sujetó entre sus brazos manchados de sangre para levantarse y atravesar el antiguo vestíbulo.

—¿Qué estás haciendo? —Una grieta de alarma apareció en el rostro implacable de la reina.

—Voy a arreglar esto.

Continuó caminando, sosteniendo a la chica contra su cuerpo mientras atravesaba el arco con ella.

Los ángeles que lo protegían estaban llorando. Lloraron lágrimas de piedra mientras el Destino dejaba a la chica a sus pies y comenzaba a sacar piedra tras piedra del arco.

—Jacks Hollow —le advirtió la reina—. Las piedras de ese arco solo pueden usarse una vez para volver en el tiempo. No fueron creadas para hacer viajes infinitos al pasado.

—Lo sé —gruñó Jacks—. Voy a volver y a evitar que tu hijo la mate.

La reina parecía abatida. Por un momento, pareció tan vieja como los años que había pasado en un estado suspendido.

—Ese no es un error pequeño que reparar. Si haces eso, el Tiempo te arrebatará algo igualmente valioso.

El Destino echó a la reina una mirada más cruel que cualquier maldición.

—No hay nada de igual valor para mí.

Mi corazón rebosa gratitud mientras escribo estas palabras. Sigo dando gracias a Dios cada día por permitirme escribir libros y que haya gente en el mundo que quiera leerlos.

Para esta novela, tuve una visión muy concreta de lo que quería que fuera la historia y no lo habría conseguido sin la ayuda de mucha gente excepcional.

Sarah Barley, eres una auténtica campeona. Todavía no puedo creer que sacaras tiempo para leer este libro la misma semana que diste a luz. Te estoy muy agradecida por tu dedicación, por cómo comprendes mis historias, por cómo me empujas siempre a ser una mejor narradora y por tu amistad.

Gracias, Caroline Bleeke, Kimberley Atkins y Sydney Jeon, por aceptar el relevo como superheroínas cuando Sarah se tomó su baja por maternidad. No podría haber pedido un equipo mejor. Este libro es mucho más fuerte porque todas fuisteis parte de él, y fue igualmente divertido trabajar con vosotras.

Jenny Bent, gracias por ser mi agente estrella, por leer la primera versión de este libro y por tu increíble apoyo. No querría hacer nada de esto sin ti. A Molly Ker Hawn, Victoria Cappello, Amelia Hodgson y todos los demás de la agencia Bent: sigo sintiéndome muy afortunada por teneros conmigo.

Siento mucho amor y agradecimiento por mi fenomenal familia, por mi hermana, mi hermano y mi cuñado, y por mis increíbles padres. Mamá, papá, os quiero mucho a ambos; sin vosotros dos no estaría haciendo esto.

¡Mi enorme gratitud a todos los de Flatiron Books! No podría pedir una editorial mejor o un grupo de compañeros más especial. Muchas gracias, Bob Miller, Megan Lynch, Malati Chavali, Nancy Trypuc, Jordan Forney, Cat Kenney, Marlena Bittner y Donna Noetzel.

Muchas gracias a toda la gente maravillosa de Macmillan Academic, Macmillan Library, Macmillan Sales y Macmillan Audio. También

quiero dar unas gracias enormes

a la fantástica narradora de mi audiolibro, Rebecca Solar, porque siempre hace un trabajo increíble dando vida a mis historias.

Muchísimas gracias a todos en mi genial editorial en Reino Unido, Hodder and Stoughton, y un reconocimiento especial a Kimberly Atkins: ha sido un placer tenerte como editora y te agradezco mucho que quisieras trabajar conmigo y con mis libros.

Lydia Blagden: ¡te estoy eternamente agradecida por tu talento artístico! Callie Robertson, gracias por tu fantástica publicidad.

¡Gracias, Erin Fitzsimmons y Keith Hayes, por otra maravillosa portada! Y

muchísimas gracias, Virginia Allyn, por poner tanto amor en otro imaginativo mapa del Glorioso Norte.

A mis fabulosas, maravillosas e increíbles amigas: Stacey Lee, gracias por estar ahí para mí siempre. Este último año ha sido especialmente tumultuoso, y te estoy muy agradecida por tu imperecedera amistad. Gracias, Kristin Dwyer, por escucharme hablar de este libro sin parar. ¡Te estoy muy agradecida por tu amistad y por tus preguntas y por tu eterna fe en mis historias! Gracias, Kerri Maniscalco, por leer algunos de mis primeros y desordenados borradores y por tu genial aportación.

¡Gracias, Isabel Ibañez, por tu increíble amistad y por estar ahí para casi todo! Gracias, Anissa de Gomery, por querer tanto a Jacks. ¡Jordan Gray, gracias por enamorarte de esta historia y por ayudarme a fortalecer el romance! Kristen Williams, gracias por ser tan buena amiga y un rayo de alegría en esta comunidad. Gracias, Adrienne Young, por tu feroz y maravillosa amistad. Gracias, Jenny Lundquist y Shannon Dittemore, por los increíbles paseos y charlas. Y gracias, Jodi Picoult, por ser la primera en leer el libro terminado y por tu cita mágica.

Y, por último, quiero dar las gracias a mis lectores. Me alegro mucho de que me guste escribir fantasía juvenil porque creo que estos lectores son los mejores que existen.

Gracias a todos por leer estos libros, por hablar de ellos y por amarlos.



STEPHANIE GARBER es una autora estadounidense de ficción para adultos jóvenes conocida por la serie *Caraval*.

Imparte clases de Escritura Creativa en el Norte de California y gestiona un blog, además de colaborar con otras plataformas para hablar sobre escritura y libros.

Fue durante sus años como estudiante universitaria cuando empezó a escribir. Terminó varias novelas pero todas fueron rechazadas hasta que su cuarto libro, una space opera, llamó la atención de un agente literario. Sin embargo, fue la publicación de otro título, *Caraval*, lo que la lanzó al estrellato.

Aunque Garber no pretendía convertir la novela en una serie cuando la escribió, pronto surgieron dos secuelas, *Legendary* y *Finale*, que completarían una trilogía.